Ella es demasiado joven para un amor como ese

BIRTHDAY GIRL



PENELOPE DOUGLAS

CROSS BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Lista de reproducción
Lema
1. Jordan
2. Jordan
3. Pike
4. Jordan
5. Pike
6. Jordan
7. Jordan
8. Pike
9. Jordan
10. Pike
11. Jordan
12. Pike
13. Jordan
14. Pike
15. Jordan
16. Pike
17. Jordan
18. Pike
19. Jordan
20. Pike
21. Jordan
22. Jordan
23. Pike
24. Jordan
25. Pike
26. Pike

27. Pike
28. Jordan
29. Jordan
Epílogo
Pike
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

JORDAN

Él me acogió cuando yo no tenía donde ir. No me manipula, no me hace daño, ni me ignora. Me escucha, me protege... ME VE. Pero mi corazón late demasiado fuerte cuando le oigo llegar a casa, o cuando me mira durante la hora del desayuno…

Tengo que parar esto. No puede pasar.

Mi hermana me dijo una vez que no hay ningún hombre bueno, y que cuando lo encuentras, no está disponible. El problema es que no es Pike Lawson quien no está disponible. Soy yo quien está fuera de su alcance.

PIKE

La acogí porque pensé que podría ayudarla. Pero a medida que han pasado los días, la situación cada vez es más difícil. Tengo que dejar de pensar en ella todo el tiempo, no puedo contener la respiración cada vez que tropiezo con ella por casa. Por más que lo desee, no puedo tocarla.

No podemos hacer esto.

Porque ella tiene diecinueve años, y yo tengo treinta y ocho. Y soy el padre de su novio. Por desgracia, los dos se han mudado a mi casa.

BIRTHDAY GIRL

Penelope Douglas



Lista de reproducción

Addicted to Love, Robert Palmer
All She Wants to Do Is Dance, Don Henley
Bad Medicine, Bon Jovi
Glory Days, Bruce Springsteen
Guys My Age, Hey Violet
Hurts So Good, John Mellencamp
I Love Rock 'n' Roll, Joan Jett & The Blackhearts
I'm On Fire, Bruce Springsteen
Jessie's Girl, Rick Springfield
Pity Party, Melanie Martinez
Poison, Alice Cooper
Pour Some Sugar on Me, Def Leppard
Run to You, Bryan Adams
The Girl Gets Around, Sammy Hagar
The Distance, Cake

Cuando crecemos, se nos muere el corazón.

Allison Reynolds, *El club de los cinco*

1

Jordan

No responde. Es la segunda vez que le llamo en los últimos quince minutos; también le he escrito, pero con la misma suerte. ¿Es que pensaba acordarse de estar aquí a las dos?

Cuelgo y echo un vistazo al reloj que hay encima de la barra. Ya casi es medianoche. Aún faltan dos horas para que mi novio suponga que he salido de trabajar y venga a recogerme.

Y yo que creía que hoy había tenido la suerte de salir de trabajar antes.

«Joder.»

Tengo que arreglar el coche. No puedo seguir dependiendo de él para ir a todas partes.

La música satura el aire a mi alrededor. A mi derecha, los clientes ríen; a mi izquierda, las demás camareras rellenan de hielo el arcón.

Esto ya está empezando a molestarme. Si no responde es porque está durmiendo o ha salido. En cualquier caso, cuando se acuerde de mí ya será demasiado tarde. No siempre es así, pero tampoco sería la primera vez que me deja tirada.

Supongo que ese es el problema de que tu amigo se convierta en tu novio, que continúa pensando que, aunque la líe, podrá salirse de rositas.

Saco la camisa y la cartera de la uni del armario que hay debajo de los grifos y me guardo el móvil en el bolsillo. Me pongo la camisa de franela por encima de la camiseta de tirantes, la abrocho y meto la parte delantera por dentro de los vaqueros. Elijo ropa un poco sexi para que me den más propinas, pero ni de broma voy a andar por ahí con esas pintas.

—¿Dónde vas? —pregunta Shel mirándome de reojo mientras tira una caña.

Miro a mi jefa, con su pelo negro con mechones rubios recogido en una coleta alta y el tatuaje de una hilera de corazones diminutos que rodea la parte superior de su brazo.

—Ponen *Posesión infernal* en el Grand Theater a medianoche —le cuento a la vez que cierro el armario y me paso la correa de cuero de la cartera por la cabeza—. Iré allí a matar el rato y a esperar a Cole.

Shel termina de servir la cerveza y me mira como si quisiera decirme un montón de cosas, pero no supiera ni por dónde empezar.

«Sí, sí, ya lo sé.»

Ojalá dejara de mirarme así. Teniendo en cuenta que Cole no responde al teléfono, es muy

probable que no venga a recogerme a las dos. Eso lo tengo claro. Igual está superborracho en casa de algún colega.

O quizá está durmiendo en casa, ha puesto una alarma para venir a buscarme y ha dejado el móvil en otra habitación. Es poco probable, pero no imposible. Aún tiene dos horas. Le doy dos horas.

Mi hermana está currando y en el trabajo no hay nadie que pueda salir para llevarme a casa. Está siendo una noche tranquila y yo soy la única que puede irse antes porque no tengo hijos a los que mantener.

Aunque también necesito la pasta desesperadamente.

Agarro la correa de la cartera a la altura del pecho y me siento como si tuviera más de dieciocho años.

«Bueno, ahora diecinueve.» Casi se me olvida qué día es hoy.

Respiro hondo y me esfuerzo en que la preocupación se desvanezca, al menos esta noche. Mucha gente de mi edad tiene problemas económicos, no puede pagar las facturas y depende de los demás para que le hagan de taxista. Sé que creer que tendría la vida solucionada a estas alturas era esperar mucho, pero no por ello resulta menos frustrante. Me da muchísima rabia que parezca que no me valgo por mí misma.

Tampoco puedo culpar a Cole; fue cosa mía invertir el dinero que me había sobrado del préstamo de estudios en reparar su coche. Y él también ha estado apoyándome. Hubo un momento en el que solo nos teníamos el uno al otro.

Shel se vuelve, deja la cerveza en la barra, delante de Grady, un cliente habitual, y recoge el efectivo. Luego, mientras introduce el dinero en la caja registradora, me lanza otra mirada.

—No tienes cómo irte a casa —señala— y ya es de noche. No puedes ir andando hasta el cine. Los proxenetas buscan precisamente a chicas como tú: rubitas, jóvenes...

Resoplo.

—Tienes que dejar de ver tanto la tele.

Puede que haya ciudades más grandes no muy lejos de aquí, y Chicago queda a solo unas horas, pero este sitio sigue estando en medio de la nada.

Levanto el pase y salgo de detrás de la barra.

—El cine está a la vuelta de la esquina —respondo—. Si corro como si no hubiera un mañana, llegaré en diez segundos.

Al marcharme, le doy una palmadita en la espalda a Grady. Su coleta gris se mece cuando se vuelve, me guiña un ojo y dice:

—Adiós, chiquilla.

—Buenas noches.

—¡Jordan, espera! —grita Shel, que está al lado de la gramola.

Me vuelvo y dirijo la mirada hacia allí. La veo sacar dos cajas del arcón, una de las cuales es un tetrabrik de vino, y las empuja por encima de la barra hacia mí.

—Feliz cumpleaños —añade mientras me dedica una sonrisa como diciendo: «Por si lo dudabas, no me he olvidado».

No puedo evitar sonreír. Abro la cajita de Krispy Kreme y descubro media docena de dónuts.

—Con las prisas no pude pillar nada más —explica.

Oye, no me quejo. Es pastel, al fin y al cabo. Bueno, más o menos.

Cierro la caja, levanto la solapa de mi cartera de cuero y meto el botín dentro, vino incluido. No esperaba que nadie me regalara nada, en serio. Es bonito que se haya acordado. Mañana he quedado con Cam, mi hermana. Estoy segura de que me sorprenderá con una camiseta bonita o unos pendientes espectaculares, y mi padre, probablemente, me llame a lo largo de la semana.

Aun así, Shel sabe cómo hacerme reír. Soy lo bastante mayor para poder trabajar en un bar, pero no para consumir alcohol. Tomarme ese vino de tapadillo fuera del local será la locura de esta noche.

—Gracias —respondo mientras me inclino por encima de la barra y le doy un beso en la mejilla.

—Ve con cuidado —añade.

Asiento, me doy la vuelta, me dirijo a la puerta de madera y salgo del bar.

La puerta se cierra tras de mí y la música del interior se convierte ahora en una melodía lejana. Mis pulmones ceden y sueltan todo el aire que ni siquiera yo sabía que había estado aguantando.

Quiero a Shel, pero ojalá no se preocupara por mí. Me mira como si fuera mi madre y quisiera arreglar todos mis problemas.

Supongo que habría sido muy afortunada si hubiese tenido una madre como ella.

Me envuelve un aire fresco y agradable; el frío de la noche hace que se me ponga la piel de gallina en los brazos, y el perfume de las flores de mayo entra por mi nariz. Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y tomo una bocanada de aire mientras la suave brisa mece los mechones largos de mi flequillo, lo que me produce un cosquilleo en las mejillas.

Ya falta poco para esas calurosas noches de verano.

Abro los ojos, miro a la izquierda y a la derecha y veo que las aceras están vacías, aunque hay coches estacionados en ambos lados de la calle. El aparcamiento del VFA también está abarrotado. A estas horas, sus noches de bingo suelen dejar paso a un ambiente típico de bar, y parece ser que los parroquianos continúan dándolo todo.

Al girar a la izquierda, me suelto el pelo, dejo caer mis rizos y me pongo la goma en la muñeca antes de retomar la marcha.

Es una noche agradable, a pesar de que todavía hace fresco. El alcohol abunda en las calles de esta zona y su olor se va colando en mi nariz a cada paso que doy.

También hay demasiado ruido, demasiados ojos.

Acelero el paso, con ganas de desaparecer en la oscuridad del cine durante un rato. No suelo ir sola, pero cuando programan una película antigua, de los ochenta, como *Posesión infernal*, no

tengo elección. A Cole le chiflan los efectos especiales, y las películas anteriores a 1995 no le llaman la atención.

Pensar en sus manías me hace sonreír. No sabe lo que se pierde. Los ochenta fueron una época maravillosa. Una década de pura diversión. No todo tenía que tener sentido o ser tan profundo.

Es una válvula de escape, y lo será todavía más esta noche.

Doblo la esquina y voy hacia la taquilla. Aún faltan unos minutos para que empiece la peli, lo cual es genial porque odio perderme los tráileres que salen al principio.

—Una entrada, por favor —pido.

Saco del bolsillo el fajo de propinas de esta noche y pago los siete con cincuenta que cuesta la entrada. Entre el alquiler, que está al caer, y todas las facturas que ahora mismo no podemos pagar y se amontonan en el escritorio del piso que comparto con Cole, no es que me sobre el dinero. Pero, bueno, no me arruinaré por siete pavos.

Además, es mi cumpleaños, así que...

Mientras me dirijo a la sala, esquivo el puesto de palomitas y voy directa hacia las puertas batientes. Aquí solo tenemos un cine y, sorprendentemente, ha sobrevivido durante sesenta años, a pesar de que abrieron otros mucho más grandes, con doce salas, en las ciudades de alrededor. El Grand tuvo que ingeniárselas y empezó a proyectar clásicos a medianoche, como hoy, e incluso a celebrar eventos de etiqueta o fiestas privadas. Entre las clases y el trabajo, no suelo venir mucho por aquí, pero es un buen lugar donde refugiarse cuando quieres desaparecer un rato. Un sitio solitario y tranquilo.

Tras cruzar las puertas, vuelvo a mirar el móvil y confirmo que Cole sigue sin llamar ni escribir. Lo pongo en silencio y vuelvo a guardarlo en el bolsillo.

Van saliendo anuncios en la pantalla, pero las luces continúan encendidas; aprovecho para echar una ojeada rápida a la sala: hay algún que otro espectador solitario más. En la fila del fondo, a mi derecha, hay una pareja; en el medio, un grupo de chicos que, a juzgar por su desconsiderada risa, deben de ser jóvenes. De las trescientas butacas que tiene la sala, doscientas ochenta y cinco siguen libres, así que puedo elegir dónde sentarme sin problema.

Bajo cinco o seis filas buscando una que esté completamente vacía; cuando la encuentro, avanzo hacia el medio y tomo asiento. Dejo la cartera, saco el brik lila de vino procurando no hacer ruido y leo la etiqueta bajo la tenue luz.

«Merlot.» Tenía la esperanza de que fuera vino blanco, pero estoy segura de que Shel se quiere quitar este de encima, pues solo lo servimos cuando tenemos un evento al aire libre y no queremos que haya cristal.

Desenrosco el tapón e inhalo el fuerte olor del líquido, no percibo ni uno de los sofisticados aromas que los sumilleres parecen apreciar en los vinos. Ni rastro de «roble con fuerte aroma de cerezas», o algo parecido. Muevo la bandeja del asiento hasta tenerla frente a mí, y aprovecho

que no hay nadie en la fila de delante para poner mis Converse Chuck en los reposabrazos de los asientos.

Coloco el vino encima de la bandeja, saco el móvil del bolsillo de la chaqueta y lo dejo justo al lado del tetrabrik, por si llama Cole.

Sin embargo, el aparato resbala, se desliza entre mis piernas y cae al suelo. Levanto las rodillas para intentar cogerlo, pero estas chocan con la bandeja, que manda el vino abierto directo al suelo mientras se derrama.

Abro tanto la boca que la mandíbula casi me llega al suelo y ahogo un grito.

—¡Mierda! —susurro.

«Pero ¿qué...?»

Bajo los pies, empujo la bandeja a un lado y me arrodillo en busca del móvil. El vino me moja los dedos y hace que me estremezca. Al levantar la cabeza, veo que hay un grupo de tres chicos unas filas más abajo, justo delante de mí, y que el vino va directo hacia ellos, en cascada.

Gruño. «Genial.»

Una gota de sudor frío se desliza por mi frente. Me levanto y tiro de la bufanda que había metido en la cartera para secarme los dedos. Lo último que quiero es ensuciarla, pero no tengo servilletas.

«Menuda porquería.»

La que he liado por evadirme estas dos horas.

Miro a mi alrededor para ver si encuentro algún acomodador con una linterna. En realidad, dudo de que en este cine los haya, sobre todo a estas horas de la noche, pero es que la única linterna que tengo es la del móvil y está todo muy oscuro.

Como no veo a nadie, cojo la bufanda y la cartera y bajo una fila más. Vuelvo a arrastrarme por debajo de las butacas con la esperanza de encontrar mi teléfono. No hay nada, así que bajo una fila más, y luego otra, porque estoy bastante segura de que he oído como caía. Aunque, teniendo en cuenta que las filas están en pendiente, también podría haber ido bastante lejos. *«Mecagüen...»*

Bajo otra fila más, dejo mis cosas en el suelo y me pongo a cuatro patas para palpar a tientas entre las hileras de butacas que tengo a ambos lados. Hay un par de piernas vestidas con vaqueros justo delante. Levanto la cabeza y veo como un hombre repantigado en su butaca a punto de meterse un puñado de palomitas en la boca me mira fijamente con las cejas levantadas.

—Lo siento —susurro al tiempo que me aparto el pelo y me lo coloco detrás de la oreja—. Se me ha derramado la bebida y el móvil se ha caído por aquí. ¿Te importa si...?

Duda durante un segundo. A continuación, pestañea y se endereza.

—Por supuesto. —Aparta la bandeja de su butaca a un lado, se levanta y saca algo del bolsillo —. Toma.

Enciende la linterna de su móvil, se agacha y alumbra al suelo.

Inmediatamente veo que mi teléfono está debajo de la butaca que hay al lado de la suya y lo

pesco. «Gracias a Dios.» Los dos nos levantamos y siento que mis hombros se relajan. Ahora mismo no puedo permitirme comprarme otro. Deslizo los dedos por la pantalla para asegurarme de que no se ha roto.

—¿Lo tienes? —pregunta.

—Sí, gracias.

Apaga la linterna, se acerca y pasa los dedos por la parte inferior de mi móvil. Luego se lleva la mano a la nariz y la olisquea.

—¿Es... vino? —pregunta con una mueca.

Bajo la vista al suelo y me doy cuenta de que tiene los pies justo encima de la bebida que se me ha caído tres filas más arriba.

—Ay, Dios. —Levanto la mirada—. Lo siento muchísimo. ¿Te has manchado mucho?

—No, no, tranquila. —Suelta una risita y sus labios se curvan más hacia un lado que hacia otro mientras saca los pies del charco de vino—. No sabía que aquí vendían alcohol.

Cojo la bufanda y limpio el móvil.

—Es que no lo venden —respondo en voz baja para no molestar al resto de los espectadores —. Acabo de salir de trabajar y mi jefa me lo ha dado porque... Esto... —Sacudo la cabeza a la vez que intento dar con la palabra correcta—. Para, em... celebrar.

—¿Para celebrar?

—¡Chsss! —sisea alguien.

Los dos desviamos la vista hacia el chaval que hay en la fila de atrás, a nuestra derecha, que nos lanza una mirada poco amigable por el rabillo del ojo. Todavía no ha empezado la película ni han salido los tráileres, y tampoco estamos obstaculizándole la visión, pero supongo que le molestamos. Me aparto y me acerco donde he dejado antes la cartera.

El tipo que me ha ayudado coge su bebida y las palomitas y hace lo mismo. El gel de ducha que usa tiene un aroma tan peculiar que no me pasa desapercibido.

—Solo quiero apartarme para no seguir pisando esto —dice.

Se sienta unas filas más abajo, me mira y luego mira hacia donde estaba yo antes, cuando se me han caído el móvil y el vino.

—Puedes sentarte aquí, si quieres. —Señala la butaca que hay a su lado. Debe de suponer que yo tampoco he traído acompañante.

—Gracias —contesto—. Voy a...

Dejo la frase a medias. Subo unas filas, recojo la cartera y me vuelvo en dirección a mi antiguo asiento cuando veo entrar a un chico y una chica. Me quedo helada. Los veo girar a la izquierda y subir hasta la última fila, en la otra punta de la sala. Luego se dejan caer en sus asientos.

«Joder.»

Jay McCabe. El único novio que he tenido aparte de Cole. A su lado, Cole parece todo un caballero. Por desgracia, a Jay todavía le gusta tocarme las narices siempre que puede, pero hoy

no estoy para aguantar sus tonterías.

—¿Estás bien? —me pregunta el hombre, con la luz del móvil encendida—. Te prometo que no estoy intentando ligar contigo. Eres demasiado mayor para mí.

Le lanzo una mirada y me olvido de Jay y de la chica por un segundo. «¿Demasiado mayor para él? ¿Cómo?» Me quedo mirando a ese tipo de más de metro ochenta, con unos músculos que se aprecian debajo de su camiseta y un mazadísimo antebrazo derecho lleno de tatuajes que desaparecen donde empieza la manga. He visto a miles de tíos así en el bar y ese hombre no se parece en nada a un chico de diecinueve años. Debe de tener por lo menos, qué se yo, ¿treinta tacos?

Resopla.

—Era broma —añade mientras se dibuja en su rostro una sonrisa de oreja a oreja que hace que me relaje un poco—. Solo decía que, si no quieres ver la película sola, puedes sentarte conmigo.

Miro de nuevo hacia Jay y quienquiera que esté con él, pero de repente un grupo de chicos atraviesa las puertas batientes e irrumpe en la sala con muchísimo ruido. Jay desvía la mirada de la chica y la dirige hacia el alboroto. En un acto reflejo para evitar que me vea, me siento en la butaca que hay al lado de ese tipo.

—Gracias —le digo.

Siento la presencia de mi ex en el cine y los recuerdos me traen a la memoria aquella época en la que dejé que me hiciera sentir inútil. Yo solo pido una noche sin pensar en nada.

Me recuesto e intento relajarme. Sin embargo, no tardo en advertir, por el rabillo del ojo, lo cerca que está de mí ese tío al que no conozco de nada y al que, cual hoguera resplandeciente, es imposible ignorar.

Vuelvo la cabeza y lo observo con detenimiento.

—No eres un asesino en serie, ¿no?

Se sujeta el puente de la nariz y me mira.

—¿Lo eres? —insisto.

—Suelen ser tipos caucásicos antisociales.

¿Un hombre atractivo que está en el cine sin acompañante? Mmm...

Levanta una ceja formando un ángulo perfecto.

—Y tienen la misma pinta que cualquier otra persona —añade con un tono de suspicacia mientras me examina de arriba abajo.

La luz de los anuncios de la pantalla se refleja en sus ojos y ninguno de los dos se mueve ni un pelo. Ya no aguanto más. Río por lo bajo y, finalmente, le tiendo la mano.

—Soy Jordan. Perdona por lo del vino.

—¿Jordan? —repite al estrechar mi mano—. No es un nombre muy común para una chica.

—No, la verdad es que no. —Me acomodo en la butaca, me cruzo de brazos, levanto las rodillas y apoyo los pies en los huecos que hay entre las dos sillas de enfrente, que siguen vacías.

—Era el nombre de la amante de Tom Cruise en *Cocktail*, ¿te acuerdas?

Levanta las cejas a modo de pregunta.

—¿*Cocktail?* —repito—. ¿Esa película de 1988 sobre coctelería acrobática?

—Ah, sí —afirma, aunque por su mirada puedo intuir que no tiene ni la menor idea de qué estoy hablando.

—¿Te gustan las pelis de los ochenta? —pregunto, y señalo la pantalla en referencia a la película que estamos a punto de ver.

—Me gustan las películas de terror —aclara a la vez que me ofrece palomitas—. Esta es un clásico. ¿Y tú qué?

—Me flipan los ochenta. —Cojo unas cuantas palomitas y me meto algunas en la boca—. A mi novio no le agrada mi gusto cinematográfico y musical, pero es que a mí me pueden. Siempre que ponen algo de esa época, vengo.

Me siento extraña al soltar esa referencia a Cole, pero tampoco quiero dar una impresión equivocada. Echo una ojeada rápida a su mano izquierda; por suerte no veo ninguna alianza. No sería muy apropiado estar sentada al lado de un hombre casado.

Me mira con complicidad.

—Y tu favorita es *El club de los cinco*. ¿Me equivoco? —se interesa—. Y cualquiera de John Hughes también, ¿verdad?

—¿Tienes algo en contra de *El club de los cinco*?

—No, las diez primeras veces que la vi no me pareció mal.

Mis labios se curvan en una sonrisa. Ya. Igual es verdad que la ponen mucho en la tele.

Se acerca un poco más a mí.

—Los ochenta fueron la época de los héroes de acción —continúa en voz baja pero grave—. A la gente se le olvida. *Arma letal*, *Jungla de cristal*, *Terminator*, *Rambo*...

—Jean-Claude Van Damme —señalo.

—Exacto.

Me muerdo la comisura del labio para no reír, pero se me tensa el estómago igualmente y se me escapa el aire.

—¿De qué te ríes? —pregunta con el ceño fruncido.

—De nada —respondo de inmediato y asiento—. Van Damme. Un gran actor. Tiene películas importantes.

Pero no puedo evitar reírme y él arruga la frente porque sabe que no tengo ni puñetera idea de lo que estoy diciendo.

Justo entonces oigo una sonrisa socarrona en alguna butaca detrás de mí. Vuelvo la cabeza por encima del hombro y veo a Jay con los ojos apartados de la pantalla, inclinado sobre la chica y liándose con ella entregadísimamente.

—¿Los conoces? —quiere saber.

Niego con la cabeza. No tengo por qué contarle mi vida.

Nos quedamos callados y me termino las palomitas que he cogido antes mientras dejo caer la cabeza hacia atrás y miro el techo de la sala, con sus elevados arcos antiguos de color dorado. Se mueve a mi lado y respiro con lentitud a pesar de que noto la fuerza con la que late mi corazón.

¿Por qué estoy nerviosa? ¿Es por Jay?

No. Ni siquiera estoy pensando en él ahora mismo.

La gente habla a nuestro alrededor mientras espera que empiece la película, pero no logro descifrar qué dicen. Tampoco es que me importe. Una especie de calor me recorre el cuerpo.

—Bueno, dime. ¿Qué estudias en Doral State? —me interroga.

Le lanzo una mirada de sorpresa. ¿Cómo sabe dónde estudio?

«Asesino en serie.»

Entonces señala la cartera que he dejado en el suelo, de donde cuelga un llavero con el logo de la universidad.

«Ah, claro.»

Me enderezo.

—Paisajismo. Quiero hacer de los espacios exteriores lugares bonitos.

—Suena bien. Yo me dedico a la construcción.

Sonrío.

—O sea que tú haces bonitos los espacios interiores.

—Los hago funcionales —me corrige.

Vuelve sus ojos castaños hacia mí, con una mirada cálida y penetrante que de golpe desciende hasta mi boca y, por un instante, me provoca aleteos en el estómago. Enseguida la desvía hacia otro lado. Yo miro al suelo. Me cuesta respirar.

Me aclaro la voz y me agacho. Saco la caja de dónuts de la cartera, la dejo encima de la bandeja y la abro.

El dulce olor de los bollos se cuela por mi nariz. Mis tripas rugen.

Miro a la pantalla y me pregunto si la peli empezará pronto. Estaba guardando los dónuts para ese momento, pero me estoy muriendo de hambre.

Siento sus ojos clavados en mí. Lo miro y le cuento de dónde han salido los dónuts:

—Es mi cumpleaños. Además del vino, mi jefa me ha regalado lo más parecido a una tarta que ha encontrado en un autoservicio.

Cojo uno, me recuesto y vuelvo a poner los pies en el reposabrazos de delante.

—¿Te vas a comer seis dónuts?

Me quedo con el bollo a medio milímetro de la boca y lo miro.

—¿Te da asco o algo?

—Qué va. Era solo por si podía robarte uno.

Sonrío y señalo la caja, dándole a entender que puede servirse él mismo.

Elige uno que solo lleva glaseado. No sé si es el tipo de persona a la que no le gustan los fideos de chocolate de adorno o si me está dejando los dónuts que los tienen a mí. Sea como sea,

me gusta el gesto. Nos acomodamos y comemos en silencio, pero no puedo evitar mirarlo de vez en cuando.

Su pelo es castaño claro, y sus ojos, azules, verdes o de color avellana, según cómo le dé la luz de la pantalla. Su nariz es afilada y una barba de dos días le cubre la cara, de forma más bien oval. Mis ojos se sienten atraídos por el movimiento de sus marcadas líneas maxilares al masticar. Intuyo, por las finas patas de gallo que rodean sus ojos, que tiene más de treinta años, aunque quizá esas marcas se deban a las horas que se pasa trabajando al sol. Es alto y fuerte, está en forma y tiene la tez morena. De repente, desvía los ojos a un lado, como si notara mi mirada. Vuelvo a centrarme en la pantalla.

«Mierda.»

No pasa nada, ¿verdad? Es normal que piense que alguien es atractivo. Le pasa a todo el mundo. O sea, Scarlett Johansson es atractiva, lo que no quiere decir que me guste.

Mordisqueo el dónut de nuevo y mis ojos se deslizan hacia un lado, estudiando sus brazos y tatuajes. Engranajes y tornillos negros, como el esqueleto de un robot, algo tribal que indica claramente que fue un niño de los noventa, y algo que creo que es un reloj de bolsillo y que da la sensación de que quiera salírsele de la piel, aunque no consigo verlo con claridad. Es como un batiburrillo de tatuajes que no parecen compartir temática, pero son bonitos. Seguro que cada uno esconde una historia diferente.

Doy otro mordisco al dónut. El glaseado rosa y los fideos de chocolate están tan ricos que quiero comerme la cobertura entera de un solo bocado.

—¿Sabes? No estaría mal tener abdominales —digo mientras mastico—, pero estos dónuts están demasiado buenos.

Se ríe, me mira y continúa riendo entre dientes.

—¿Qué?

—Nada. Eres... —Aparta la mirada, como si buscara las palabras—. Eres, en plan, no sé, interesante o... algo así. —Sacude la cabeza—. Perdona, no sé qué estoy diciendo. —Hace una breve pausa—. Mona —suelta de golpe, como si se hubiera acordado—. Quería decir que eres mona.

Me da un vuelco el estómago y noto el rubor en las mejillas, como si volviera a estar en quinto de primaria y fuera un megacumplido que un niño dijera que eres mona. Ya sé que está hablando de mi personalidad y no de mi apariencia, pero me halaga igualmente.

Se termina el dónut y da un sorbo a su bebida.

—Bueno, ¿cuántos años tienes? —pregunta—. ¿Unos veintitrés? ¿Veinticuatro?

—Claro. Algún día.

Suelta una carcajada.

—Diecinueve —confieso.

Coge aire profundamente y suspira. Hay algo distante en su mirada.

—¿Qué?

Me como el último trozo de dónut, me limpio las manos, me arrellano y apoyo la cabeza en la butaca.

—Quién volviera a esa época —rumia—. Parece que fuera ayer.

A ver, ¿qué edad debe de tener? No puede ser que los diecinueve le queden tan lejos. ¿Cuánto hará?, ¿diez, doce años?

—Si pudieras volver atrás en el tiempo, ¿cambiarías algo? —pregunto curiosa.

Sus labios forman una tensa y efímera sonrisa. Luego me observa y pone cara seria.

—Déjame que te diga algo a modo de consejo, ¿vale?

Escucho y lo miro fijamente a los ojos.

—Ve a por todas.

«¿Ein?»

Debe de ver la confusión en mi rostro, porque añade:

—Los años pasan a una velocidad vertiginosa —explica— y el miedo te da las excusas que buscas para no hacer aquello que sabes que deberías hacer. No dudes de ti misma, no te cuestiones tanto las cosas, no dejes que el miedo se apodere de ti, olvídate de la pereza y no antepongas la felicidad de los demás a la tuya. Hazlo y punto. ¿Estamos?

Me quedo mirándolo y, por desgracia, eso es todo lo que hago. Quiero sonreír, porque lo que me ha dicho ha sido bonito y me ha llegado al corazón, pero también siento algo que no logro descifrar. Es como una avalancha de emociones que me impide hacer nada más aparte de respirar de forma superficial.

—Sí —susurro.

No tengo claro si sus palabras son lo que yo quería o necesitaba escuchar, pero se me ensanchan un poco los hombros y levanto más la barbilla, como si me acabara de dar un empujón. Ahora yo soy un poco más valiente y ese tipo se acaba de convertir en mi nuevo héroe.

Saca una cajita y enciende una cerilla, cuya llama, aunque pequeña, brilla con fuerza. La clava en uno de los dónuts y el reflejo ilumina el glaseado rosa que Shel ha pedido a sabiendas de que es mi color favorito. Un detalle que me hace mucha ilusión.

Bajo los pies de los reposabrazos, me inclino hacia delante, cierro los ojos, pido un deseo (sin decirlo en voz alta, claro) y soplo.

No he pedido lo que pediría normalmente. El cerebro se me ha quedado en blanco, como si la vida fuera de este cine no existiera, y soy incapaz de recordar qué quiero o qué necesito ahora mismo. He pedido lo único que se me ha ocurrido.

Ambos nos recostamos y nos acomodamos de nuevo. Cogemos un dónut cada uno y la luz por fin se atenúa, dejando paso al sonido de la película.

Durante los próximos noventa minutos, comemos y reímos, y yo me tapo la cara un par de veces porque ya sé qué viene a continuación. Me sobresalto de vez en cuando y me río cuando le pasa lo mismo a él, porque parece que se avergüence de ello. Al cabo de un rato, me doy cuenta de que he inclinado la cabeza ligeramente hacia él, que tiene un pie apoyado en la silla de delante

y la cabeza también echada hacia atrás. Y no estamos para nada incómodos. Ni siquiera he pensado en mantener cierta distancia.

No veo muchas pelis en compañía. No estoy acostumbrada a sentarme en silencio al lado de alguien. Los horarios de Cole no suelen coincidir con los míos; mi hermana, Cam, ya no tiene tiempo libre, y, después de la graduación (hace un año más o menos), dejé de verme con casi todos los amigos del instituto. Poder compartir un rato con alguien no está nada mal.

Cuando aparecen los créditos, tengo la impresión de que no recuerdo mucho de la película. Sin embargo, hacía mucho tiempo que no estaba tan relajada. Me he divertido. He reído y he bromeado, y me he olvidado de todo lo demás. Lo necesitaba de verdad. Sinceramente, no tengo muchas ganas de irme a casa todavía.

Se van encendiendo las luces de la sala. Me enderezo poco a poco, pongo los pies en el suelo, me trago el nudo que tengo en la garganta y lo miro. Él hace lo propio, pero casi ni repara en mis ojos.

Cuando estoy de pie, me cuelgo la cartera en el hombro y recojo mis cosas.

—Bueno, echan *Poltergeist* en unas semanas —me dice por detrás mientras se levanta y coge sus cosas—. Si te veo, me aseguraré de sentarme unas filas por detrás de ti.

Me acuerdo del incidente del vino y río para mis adentros. Nos alejamos de nuestra fila y nos dirigimos hacia las puertas. Jay y su cita ya no están en sus butacas. Deben de haberse ido ya, pero, a decir verdad, hace un buen rato que me he olvidado de que estaban aquí.

Poltergeist. ¿Insinúa que vendrá a verla? ¿Es esa su forma de hacérmelo saber como quien no quiere la cosa por si me apetece acercarme?

Seguro que no. Sabe que tengo novio.

Aun así, no puedo evitar preguntarme qué pasaría si Cole y yo no siguiéramos juntos dentro de un mes. ¿Vendría al cine ahora que sé que él va a estar?

Pestañeo lentamente y un sentimiento de culpa va apoderándose de mí mientras camino por el pasillo. Es muy probable que sí. No es que haya mucho entre lo que escoger en esta ciudad, y esta noche me lo he pasado bien. Es un tipo interesante.

Y guapo.

Y trabaja.

Debería juntarlo con mi hermana mayor. No me explico cómo le ha pasado desapercibido durante todo este tiempo.

Cruzamos la puerta. Somos los últimos en salir del cine. Nos paramos en el vestíbulo y tiramos lo que toca a la basura.

Levanto la cabeza para mirarlo. Se me paraliza el corazón al verlo delante de mí, tan alto, bajo la blanca luz. Ojos de color avellana. Definitivamente son de color avellana, tirando a verde alrededor del iris.

No lleva el pelo muy largo, lo justo para que puedas agarrarlo con los dedos, y no lleva demasiados potingues. Bajo mi mirada hasta su suave y bronceado cuello, aunque la camiseta no

me deja ver si tiene la marca del moreno.

¿Es siempre así? Una imagen de este hombre, sin camiseta, dando golpes con el martillo y acarreando tableros se me cuela en la mente y...

Vuelvo a cerrar los ojos y aparto la imagen de mi cabeza. «Guau, vale, frena.»

—Em... Más vale que vaya tirando —le digo, agarrando la tira de la cartera—. Con un poco de suerte, mi novio ya estará esperándome en el bar.

—¿El bar?

—¿El Grounders? —respondo. Estoy bastante convencida de que sabe cuál es.

Solo hay tres bares en la ciudad, y el Grounders es uno de ellos. No obstante, muchos prefieren el Poor Red's o el club de estriptis antes que el antro donde curro.

—Hoy he salido un poco antes, lo cual no suele ocurrir muy a menudo. Mi novio tenía que recogerme, pero no he podido contactar con él. Imagino que ya habrá llegado.

Abre la puerta y la sujeta para que yo pueda salir. Me sigue.

—Bueno, espero que, aunque hayas tenido que trabajar, hayas disfrutado de tu cumpleaños —dice.

Giro a la derecha, en dirección al Grounders. Y él, a la izquierda.

—Gracias por la compañía —contesto—. Espero no haberte arruinado la peli.

Clava los ojos en mí, con una mirada indescifrable, y se le acelera la respiración. Finalmente, mueve la cabeza y aparta la vista.

—Para nada.

Nos quedamos en silencio un segundo y nos vamos alejando poco a poco, sin que ninguno de los dos le da la espalda al otro.

El silencio crece entre nosotros y cada vez estamos más lejos. Al final, se despide de mí con la mano, antes de esconder las dos en los bolsillos traseros de los pantalones.

—Buenas noches —añade.

Me quedo mirándolo. «Buenas noches.»

Me doy la vuelta y siento que tengo un nudo cada vez más grande en el estómago.

Ni siquiera sé cómo se llama. Me gustaría poder saludarlo algún día, si me lo vuelvo a cruzar.

No me da tiempo de rayarme porque suena el teléfono, lo saco del bolsillo y veo que el nombre de Cole aparece en la pantalla.

Me paro en la acera y respondo.

—Ey, ¿estás en el Grounders? —pregunto—. Estoy llegando.

Silencio. Me detengo antes de volver a hablar.

—¿Cole? ¿Estás ahí?

Nada.

—¿Cole? —digo en un tono más alto.

Se ha cortado la llamada. Me dispongo a llamarlo de nuevo, pero de pronto oigo una voz detrás de mí.

—¿Tu novio se llama Cole? —me pregunta el hombre del cine—. ¿Cole Lawson?

Me vuelvo y lo veo acercarse a mí lentamente.

—Sí —contesto—. ¿Lo conoces?

Duda un instante, como si estuviera sospesando algo. Me tiende la mano y se presenta por fin.

—Soy Pike. Pike Lawson.

«¿Lawson?», repito para mis adentros.

—Su padre —añade.

Se me corta la respiración.

—¿Cómo?

«¿Su padre?»

Me ha dejado con la boca abierta, aunque la cierro al instante mientras miro a ese hombre con otros ojos a medida que voy interiorizando lo que me acaba de decir.

Cole solo ha hablado de su padre alguna vez de pasada. Sabía que vivía en la ciudad, pero, por lo que tengo entendido, no se llevan mucho. Por lo poco que me ha contado Cole, yo me había hecho una imagen de este hombre que nada tiene que ver con el tipo del cine. Es majo.

Y es fácil hablar con él.

Y no parece tan mayor como para tener un hijo de diecinueve años ni de coña.

—¿Su padre? —repito en voz alta.

Me lanza una breve sonrisa y me doy cuenta de que él tampoco se esperaba esto.

Le vibra el móvil. Se lo saca del bolsillo y mira quién es.

—Y, si me llama, es porque se ha metido en algún lío —suelta con la mirada clavada en la pantalla—. ¿Quieres que te lleve?

—¿Adónde?

—A comisaría, supongo —suspira, lo coge y se pone a andar—. Vamos.

2

Jordan

—No creo que sea buena idea —le digo a Cole al mismo tiempo que saco mis cartones de leche del maletero de su coche—. Tengo la sensación de que me estoy aprovechando.

Mi novio hace esa mueca con los labios tan típica de él, esa con la que deja entrever los dientes del lado izquierdo.

—¿Y qué piensas hacer? —Me mira mientras se dispone a levantar mi mesa de dibujo plegable—. ¿Irte con tus padres?

Tiene los ojos hinchados, seguramente por la falta de horas de sueño. Avanzamos hacia el porche de la casa de Pike Lawson y dejamos nuestras cosas en él.

He aquí nuestra nueva casa.

Los últimos días han sido de locos y yo todavía no puedo creerme que este tío sea su padre. ¿Cómo es posible? Ojalá nos hubiéramos conocido de una forma distinta y no yendo a la comisaría a las dos de la madrugada para sacar a su hijo —mi novio— del calabozo.

—Vamos, ya te lo he dicho —continúa Cole mientras va a por más cosas al coche—. Ha sido idea de mi padre. Nos quedamos aquí, lo ayudamos con lo que necesite y ahorramos para mudarnos a otro piso más adelante. A uno mejor.

Claro. Y cuántas personas se plantean lo mismo y acaban quedándose a vivir con sus padres tres años, ¿eh? Es imposible que su padre no haya tenido en cuenta esa posibilidad.

Yo haré lo que haga falta para pirarme lo antes posible de aquí, pero Cole no sabe ahorrar. Instalarnos en otro piso, con los gastos adicionales que conlleva y la fianza (que ya perdimos en el anterior por culpa de algún que otro desperfecto en las alfombras, nada grave) es muchísimo dinero. Cuando encontremos el lugar adecuado, Cole podrá contribuir y pagar una parte del alquiler, pero el proceso de buscarlo e instalarlo todo me lo tendré que chupar yo.

Hace ya tres días de mi escapada al cine, donde conocí a Pike Lawson. Cuando sacamos a Cole de comisaría, fui a casa y me encontré el piso hecho una porquería. Se ve que me había organizado una fiesta de cumpleaños en casa para cuando volviera de trabajar, pero nuestros amigos —sus amigos, mejor dicho— no pudieron esperar a que llegara yo para empezar la celebración. A las once de la noche, todo el mundo iba pedo y se habían zampado la *pizza* entera. Pero, ¡eh!, me habían dejado un trozo de tarta.

Cuando vi cómo estaba todo, tuve que escabullirme al baño para no llorar allí delante.

Al parecer, alguien se peleó en la fiesta. Los vecinos se quejaron del ruido, Cole protestó y se lo llevaron a él y a uno de sus amigos para apaciguar la situación. Mel, el arrendador, dijo que estaba harto y que no quería ver más a Cole. Y fue clarísimo. Me dijo que yo podía quedarme sin problema, pero no puedo hacerme cargo de tantos gastos yo sola. Y menos aún después de haberme pulido mis ahorros en ayudar a Cole a reparar el coche el mes pasado.

La poli dejó que se fuera sin fianza. Y menos mal, porque si ya no tengo de dónde sacar cien dólares, imagínate dos mil quinientos.

—Tú eres su hijo —le recuerdo a Cole mientras cojo mi lámpara de pie, una de las pocas cosas aparatosas que no he tenido que almacenar porque, como una de las habitaciones libres de la casa de su padre ya está amueblada, casi no cabe nada—. Pero no es justo que yo también me quede sin pagar absolutamente nada.

—Bueno, y yo creo que no es justo para mí tener que sobrevivir a diario sin todo esto —bromea con una mueca fanfarrona al mismo tiempo que me acerca a él y me rodea con los brazos.

Suelto la lámpara y sonrío, siguiéndole el juego, aunque toda esta situación no acabe de parecerme del todo bien. Hace mucho tiempo que no estoy lo suficientemente relajada como para olvidarme del estrés que nos acompaña a todas partes. Hace bastante que no reímos cuando estamos juntos y la relación está empezando a convertirse en algo más bien forzado.

Sin embargo, en sus ojos veo ahora esa mirada infantil con la que parece preguntarme: «¿Verdad que me quieres?». Le hace parecer el torbellino más adorable del mundo.

Descansa su frente en la mía. Paso los dedos por su pelo rubio y observo esos ojos azules que siempre brillan ilusionados, como si acabara de acordarse de que tiene un pastel entero esperándolo en la nevera.

Su mano derecha coge la mía, levanta ambas, y yo apoyo mi palma en la suya. Ya sé qué está haciendo. Cerramos los dedos alrededor de la mano del otro y nuestros pulgares quedan pegados. Me aguanta la mirada. Nos vienen los mismos recuerdos a la mente.

Para una persona cualquiera, parecerá que estemos echando un pulso. Sin embargo, yo miro hacia abajo y me fijo en nuestros pulgares, juntos, y en una cicatriz muy muy pequeña que ambos tenemos y que compartimos con solo una persona más. Es una historia más bien graciosa: el hermano pequeño de un amigo tenía una pistola Nerf que, evidentemente, era de niños; cuando intentamos usarla, como teníamos las manos demasiado grandes para jugar con ella, nos rasgamos la piel. Los tres nos reímos al ver que nos habíamos hecho la misma cicatriz en la cabeza del metacarpiano.

Ahora solo estamos Cole y yo. Solo nosotros dos. Ya no hay tres cicatrices. Solo dos.

—Quédate conmigo, por favor —susurra—. Te necesito.

Y, casi por primera vez, parece vulnerable.

Yo también lo necesité una vez y él estuvo a mi lado. Hemos vivido muchas cosas juntos. Es

mi mejor amigo.

Justamente por eso, le consiento más de lo que debería. No quiero que esté mal.

Y, justamente por eso, me dejo convencer. No me apetece nada mudarme con mi padre y mi madrastra; además, será solo hasta finales de verano. Cuando me llegue el préstamo de estudios, en otoño, ya habré ahorrado y podré permitirme alquilar un piso otra vez. «Creo.»

Cole me abraza con fuerza y permanece en silencio. Sabe que sigo enfadada con él porque lo han detenido y por cómo ha dejado el piso, pero también sabe que me importa. Empiezo a preguntarme si no será ese uno de mis errores. Lo que está claro es que es mi talón de Aquiles.

Desliza las manos hacia abajo y me agarra el culo. Se hace un hueco en mi cuello y lo besa. Me acerca aún más a él; jadeo y luego me río, me retuerzo entre sus brazos e intento escabullirme.

—¡Para! —le riño en voz baja mientras me vuelvo nerviosa y miro hacia la casa de dos pisos que tengo detrás—. Se nos ha acabado la privacidad.

—Mi padre aún está trabajando, amor —dice con una sonrisa burlona—. No volverá hasta las cinco, más o menos.

«Oh.» Anda, una buena noticia, al menos. Miro de lado a lado de la calle. Hay niños jugando y algunas casas cuyas cortinas no están corridas. No es lo mismo que en un apartamento, donde cualquiera que mire por la ventana puede ver lo que estás haciendo, pero le da absolutamente igual porque estás ahí de paso y no te quedarás el tiempo suficiente como para merecer su atención. Aquí, en un barrio de verdad, la gente lo sabe todo acerca de sus vecinos.

Tomo una bocanada de aire. Huele a barbacoa y se oye el ruido de los cortacéspedes. Es un barrio muy bonito. ¿Viviré así algún día? ¿Encontraré un buen trabajo? ¿Tendré una casa bonita? ¿Seré feliz?

Cole vuelve a apoyar su frente en la mía.

—Lo siento, en serio —confiesa con los ojos clavados en el suelo—. No paro de cagarla y no sé por qué. Estoy muy inquieto. No...

Deja la frase a medias y niega con la cabeza. Sé lo que quiere decir. Siempre lo sé.

No es un fracasado. Tiene diecinueve años. Es impulsivo y está cabreado y confundido.

Pero, a diferencia de lo que me ha ocurrido a mí, él nunca ha tenido que madurar. Siempre ha tenido quien lo cuidara.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —respondo—. Cada uno lo hace a su manera, pero lo conseguirás.

Levanta los ojos y, solo por un segundo, su mirada denota indecisión. Tengo la impresión de que quiere decir algo, pero se limita a sonreír, divertido.

—No te merezco. —Y me da una palmada en el culo.

Pego un brinco, nos soltamos e intento que no se me note que estoy molesta. «No, la verdad es que no. Pero eres mono y das buenos masajes.»

Seguimos descargando el coche y lo metemos todo en varios viajes. Antes de venir he

comprado algo de comida que dejo en la cocina. En el salón ya solo queda una caja; la cojo y la llevo a nuestra habitación, que está en el primer piso a la izquierda.

Abro la puerta e inspiro profundamente por la nariz. El olor a recién pintado me hace sonreír. Por el aspecto que tiene la casa, parece que el padre de Cole está de reformas, aunque diría que la mayor parte del trabajo ya está hecha. En el piso de abajo, el suelo es de una reluciente madera noble. Cada habitación luce unas preciosas molduras de corona. En la cocina, sobre las encimeras de granito descansan unos electrodomésticos cromados que diría que son todos nuevos, y los muebles de ebanistería negros con cristales casi me dejan sin aliento. Jamás he vivido en un sitio tan bonito. Para ser albañil, a Pike Lawson no se le da mal el diseño.

Definitivamente, es una casa bonita. Mucho, en realidad. No es una mansión; es más bien una casa de dos pisos al estilo *craftsman* americano, con un pequeño porche al que hay que subir para llegar a la puerta de entrada. Sin embargo, está reformada y bien conservada, y tanto en el patio trasero como en el delantero hay césped. Es preciosa.

Dejo la caja, me acerco a la ventana y miro a través las lamas de la persiana. «Un jardín de verdad.» La situación de la madre de Cole no siempre ha sido buena, y me gusta saber que mi novio tiene un barrio decente y seguro donde quedarse en caso de necesidad. Siempre se ha comportado como si alguien tuviera que cuidar de él; sin embargo, ahora que veo que tiene todo esto a su disposición, no entiendo muy bien por qué lo hacía. ¿Qué pasa entre él y Pike Lawson?

Algún día tendré algo así. Aunque mi padre, por desgracia, morirá en la caravana en la que me crie.

Cole entra en la habitación y deja un par de maletas en la cama. Luego se saca el móvil del bolsillo y se vuelve a marchar de inmediato.

—¿Crees que a tu padre le importará que utilicemos la cocina? —pregunto mientras le sigo fuera de la habitación—. He comprado un montón de cosas para hacer hamburguesas.

Se le escapa una risita.

—Cariño, dudo que un tío, incluido mi padre, le diga a una mujer que no puede utilizar la cocina para prepararle algo de comer.

«Ya, claro.» Le dedico una mirada poco amigable a su espalda cuando gira a la derecha en dirección al salón. Yo me meto en la cocina.

Antes me gustaba hacer lo que fuera por Cole. Estar allí para él, hacerlo mejor que mi madre con mi padre; tener la casa limpia (bueno, el piso), y verle sonreír porque le hacía la vida un poco más fácil o me aseguraba de que tenía todo lo que necesitaba. Sin embargo, desde hace unos meses, parece que tenga que hacerlo todo yo.

Lo que sí es verdad es que su padre nos está ayudando mucho y una de las cosas que acordamos fue cocinar algunas noches a la semana. No tengo ningún problema en cumplir mi parte del trato. Bueno, nuestra parte del trato, pero, como Cole no cocinará, le tocará ocuparse del patio, como ya le dijo su padre.

Pike Lawson. He tenido que hacer un esfuerzo para no pensar en la otra noche en el cine.

Todavía me cuesta asimilar la situación en general.

Sigo pensando en la cerilla en el dónut y en su charla motivacional para animarme a que siguiera mis sueños, aunque creo que, en parte, también se lo estaba diciendo a sí mismo. Hablaba desde la experiencia y parecía un poco decepcionado. Quiero conocerlo mejor; saber, por ejemplo, cómo era como padre joven.

Pensé que era guapo, sí. ¿Qué más da? Pienso lo mismo de Chris Hemsworth. Y de Ryan Gosling, Tom Hardy, Henry Cavill, Jason Momoa, los hermanos Winchester... Tampoco es que haya fantaseado sexualmente con él, ¡por favor! No tiene por qué ser incómodo.

No puede serlo. Estoy saliendo con su hijo.

Saco el móvil de la cartera y abro la aplicación de música mientras me acerco a una de las sillas de la mesa de la cocina. Empieza a sonar *Jessie's Girl* justo en el minuto en el que la he parado cuando he terminado de correr esta mañana. Echo una ojeada a la cocina y al salón para asegurarme de que hemos acabado de ordenarlo todo. No quiero molestar a su padre más de lo que ya lo estamos haciendo.

Me dirijo hacia la nevera deslizando la mano por la isla. Las demás encimeras son de granito de color marrón con toques negros, pero la de la isla está hecha de tabla de carnicero. Siento el tacto suave y cálido de la madera en la punta de los dedos; la superficie es totalmente lisa, libre de cualquier ranura o corte. Parece que Pike ha renovado la cocina entera hace poco, de modo que no debe de haber tenido muchas oportunidades de utilizar la tabla de cortar. O a lo mejor es que no es muy cocinitas.

Un aplique práctico y metalizado de color bronce cuelga sobre la isla. Hago una pirueta antes de llegar al frigorífico y me río por la nariz. Es agradable tener espacio para moverse sin irse chocando por todas partes. Lo único que le falta a esta cocina, y que me volvería completamente loca, es un panel antisalpicaduras. Eso ya sería la leche.

Abro la nevera y saco la carne picada, la mantequilla y la *mozzarella*. Me vuelvo, cierro la puerta con el pie y lo dejo todo en la isla. Cojo las dos cebollas que he dejado antes en la encimera y las corto en finas rodajas con un cuchillo de carnicero que he sacado antes del soporte sin dejar de mover la cabeza al son de la música, bailando y patinando de un lado a otro.

Me dejo embriagar por la música, se me erizan los pelos de los brazos y siento un chute de energía en las piernas. Quiero bailar, pero tengo que contenerme. Espero que a Pike Lawson no le importe que suene música de los ochenta de vez en cuando en su casa. El otro día en el cine no dijo que no le gustara, aunque tampoco contaba con que fuéramos a vivir con él.

Me limito a hacer *playback* y a seguir el ritmo con la cabeza mientras doy forma a cinco hamburguesas. A continuación, las pongo en una sartén que he calentado y embadurnado de mantequilla previamente.

Sigo meneando las caderas y, de repente, un cosquilleo me acaricia la cintura. Brinco. Me da un vuelco el corazón y se me forma un nudo en la garganta.

Me doy la vuelta y me encuentro a mi hermana.

—¡Cam! —me quejo.

—¡Te he pillado! —bromea dándome pinchazos en las costillas con una sonrisa de oreja a oreja.

Paro la música.

—¿Cómo has entrado? No he oído el timbre.

Rodea la isla, se sienta en un taburete, apoya los codos en la encimera y coge un aro de cebolla.

—Me he cruzado con Cole fuera y me ha dicho que entrara sin llamar.

Estiro el cuello, miro por la ventana y lo veo a él y a un par de amigos suyos alrededor del antiguo Volkswagen de mi abuela. Como está estropeado, el padre de Cole ha pagado para que lo remolcaran hasta aquí. No podía dejarlo en nuestro antiguo piso y, por lo que parece, Cole por fin va a cumplir su promesa y lo arreglará para que yo también tenga mi propio coche.

Al oír el chisporroteo de la carne, le doy la vuelta a las hamburguesas. Una gota de grasa me salpica el antebrazo y esbozo una mueca de dolor.

Cam ha venido a ver cómo estoy, lo sé. Es típico de ella.

Solo me saca cuatro años, pero le tocó hacer de madre cuando la nuestra no estuvo para nosotras. Vivía en un aparcamiento para caravanas hasta que acabé el instituto. Cam se marchó al cumplir los dieciséis y se las ha arreglado sin la ayuda de nadie desde entonces. Ella solita, con su hijo.

Miro el reloj. Son más de las cinco. Mi sobrino seguramente esté con la canguro y, mi hermana, de camino al curro.

—Bueno, y ¿dónde está el padre? —me pregunta.

—Supongo que aún está trabajando.

Aunque volverá pronto. Saco las hamburguesas de la sartén, las pongo en un plato y abro el paquete de panecillos.

—¿Es amable? —me pregunta dubitativa.

Esta pregunta no me ha hecho gracia, pero Cam no tiene manera de saberlo porque le doy la espalda. Mi hermana no tiene pelos en la lengua y ahora mismo está midiendo cómo dice las cosas. Seguramente esté pensando algo que no quiero escuchar, como que por qué narices no acepté el trabajo que me ofreció su jefe el otoño pasado, con el que ganaría mucho más dinero y podría seguir viviendo en mi apartamento.

—Parece majo —asiento echándole un vistazo—. No es muy charlatán, diría.

—Tú tampoco.

Le dedico un gesto burlón y la corrijo:

—Soy seria. No es lo mismo.

Suelta una risita, se sienta bien e intenta bajarse el top de tirantes blanco a través del cual se aprecia perfectamente un sujetador rojo de encaje.

—Supongo que alguien tenía que ser la seria de casa.

Se refiere a nuestra casa, cuando aún éramos niñas.

Sacude su melena castaña y la deja caer por detrás de sus hombros. Se ha puesto unos pendientes plateados largos que combinan muy bien con su maquillaje: una sombra de ojos con efecto ahumado y brillo de labios.

—¿Qué tal Killian? —pregunto al acordarme de mi sobrino.

—Muy pillo, como siempre —responde. Luego para, como si acabara de acordarse de algo—. Ah, y espera. Hoy me ha contado que, cuando le recojo de la guardería, les dice a sus amigos que soy su hermana mayor. —Se ríe—. ¡El muy canalla se avergüenza de mí! Aunque en realidad también me he quedado en plan «Vaya, ¿y la gente se lo cree?». —Vuelve a sacudir su melena con un movimiento digno de película—. Sigo estando bien, ¿no?

—Tienes veintitrés años. —Añado la *mozzarella* a la hamburguesa para darle el toque final, pongo otro trozo de carne y de nuevo pongo queso por encima—. Claro que estás bien.

—Genial. —Chasquea los dedos—. Tengo que aprovechar para ganar pasta ahora que puedo.

Cruzamos una mirada fugaz, pero no necesito más para darme cuenta de que no está tan animada como quiere aparentar. La sonrisa más bien forzada que muestra a modo de disculpa y la forma en la que pestañea llenan el silencio que flota ahora en el aire.

Y luego está la manera en que tira de su top para cubrirse el abdomen tanto como pueda, sobre todo en presencia de su hermana pequeña.

A Cam no le gusta su trabajo, pero le gusta el dinero.

Vuelve a centrar su atención en mí.

—Por cierto, ¿qué haces? —pregunta con un tono de voz con el que parece más bien que me esté acusando.

—Preparar la cena.

Niega con la cabeza y pone los ojos en blanco.

—O sea que ahora no solo le haces todo al tío con el que estás, sino que ¿también le haces de chacha al otro?

Pongo un par de aros de cebolla en una de las hamburguesas dobles y coloco el panecillo encima.

—No.

—¡Hombre que no!

La miro cabreada.

—Ahora vivimos aquí; en un barrio maravilloso, por cierto. Y gratis. Qué menos que cumplir con nuestra parte del trato: limpiar y preparar algunas comidas. Y punto.

Arquea exageradamente la ceja derecha y se cruza de brazos. No se lo ha tragado. Madre mía, de verdad. Con las condiciones que hemos estipulado, Cole y yo salimos ganando; más que Pike Lawson. Tenemos un sistema central de aire acondicionado, televisión por cable, wifi, un vestidor...

Me acerco a la encimera y retiro las cortinas.

—¡Que tiene piscina, Cam, por favor! —grito para quitármela de encima.

Abre los ojos como platos.

—¡No jodas!

Salta de la silla y corre hacia mí para echar un vistazo al patio trasero. La piscina es increíble. Tiene forma de reloj de arena, los azulejos que rodean el borde son de distintos colores y de estilo mediterráneo, e incluso tiene una entrada de playa decorada con un mosaico. Creo que el padre de Cole todavía no ha terminado de arreglar esta parte del patio, porque al otro lado de la piscina todavía hay arriates sin flores y algunos tubos para unas minicascadas que aún no ha puesto en marcha. También hay una mesa y varias sillas aún sin colocar, y algunos muebles de jardín que, como todavía no están montados, no sé muy bien qué son. Al lado de la manguera, descansa una mesa con su sombrilla a juego, y, a la izquierda, cubierta con una lona, una barbacoa.

Mi hermana asiente con la cabeza a modo de aprobación.

—Qué bonito. Te mereces vivir en una casa así.

—¿Y quién no? —le suelto.

Todo el mundo debería tener la misma suerte.

Sigo sintiéndome mal por quedarme en casa de Pike, pero Cole es muy importante para mí y prefiero estar con él que con mi padre.

Mi hermana se da la vuelta, apoya las manos en el borde de la encimera y me observa mientras termino de preparar las hamburguesas.

—¿Estás segura de que solo quiere que cocines y limpies de vez en cuando? —pregunta de nuevo—. Los hombres son todos iguales, tengan la edad que tengan. Ya deberías saberlo.

«Que sí. Ya puedes cerrar el pico.» Sé cuidar de mí misma. Entre los rollos que tuve en el instituto y mi trabajo en el bar, todo eso ya me ha quedado claro.

Sin embargo, se acerca a mí para deje lo que estoy haciendo y le preste atención.

—Escúchame un momento —insiste con un tono más seco—. Esta casa está muy bien, está en un barrio seguro y sí, podrás ahorrar; pero no tienes por qué quedarte aquí.

—Es mejor que estar con papá y Corinne —rumio—, y no puedo quedarme contigo. Gracias por la oferta, pero no puedo dormir en el sofá, molestando a todo el mundo, ni tampoco puedo estudiar con un niño de cuatro años que quiere jugar en su propia casa, como cualquier crío a su edad.

Voy a clases de verano los jueves y necesito espacio para trabajar.

—No me refería a eso —protesta—. Podrías haberte quedado en ese piso. Te las habrías arreglado.

Abro la boca solo para cerrarla de nuevo. Me vuelvo y meto las hamburguesas en el horno unos minutos.

No quiero volver a hablar del tema. ¿Es que no se rinde nunca?

—No, ¿vale? —suelto—. No quiero. Me gusta lo que hago y no quiero trabajar en el mismo

sitio que tú.

—Claro, cómo no —me mira molesta—. Demasiado chabacano para ti, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

Jamás menospreciaría a mi hermana por su trabajo. Le sirve para dar de comer a su hijo y para comprarle ropa. Se tragó su orgullo e hizo lo que tenía que hacer. La admiro, pero (y jamás se lo diré a la cara) sé que, de haber tenido otras opciones, habría preferido dedicarse a algo distinto.

Y yo todavía tengo elección.

Cam lleva trabajando como bailarina en The Hook desde que tiene dieciocho años. Empezó siendo un trabajo temporal para poder apañárselas y cuidar de su hijo después de que la dejara su novio, pero compaginarlo con los estudios y el bebé fue demasiado, y, al final, acabó dejando la universidad. Su plan era volver a estudiar cuando Killian empezara primaria, pero ya falta poco para eso y no parece que tenga intención alguna de dejar el trabajo. Al menos, no en un futuro próximo. Se ha acostumbrado a tener dinero.

Hace más o menos un año, su jefe me ofreció currar de camarera allí y, desde entonces, Cam no ha parado de insistirme. Ganaría más de lo que en realidad necesito para mantenerme, y quizá no tendría que pedir tantos préstamos para la uni. «Unos cuantos años y ya», me dijo. Sería algo provisional.

Pero yo sé que su jefe ofrece este trabajo a las chicas para ir camelándoselas hasta que aceptan bailar.

Y ni de coña hago eso. Tampoco voy a pasarme cada noche viendo cómo lo hace mi hermana.

Mi cuerpo es mío. Me pertenece y yo decido a quién se lo enseño y a quién no. Gracias, pero me quedo en el Grounders.

—Estoy bien donde estoy —añado—. Tranquila.

Suspira.

—Muy bien —dice rindiéndose, al menos por el momento—, pero que no te pille desprevenida si esto no funciona.

Y con «esto» se refiere al hecho de que Cole y yo vivamos en casa de su padre.

Paso por detrás de ella y saco la limonada de la nevera. De pronto, oigo el ruido sordo de un motor que se acerca. Miro por la ventana y veo el lateral de una *pick-up* negra que acaban de aparcar en la calle. Es la misma Chevrolet Cheyenne del setenta y uno en la que me monté después de la peli de la otra noche para ir recoger a Cole a la comisaría.

Me da un vuelco el corazón, pero hago como si nada y cierro la nevera de golpe.

—Ha llegado su padre —informo a Cam mientras cojo su bolso, que sigue en la encimera, y se lo lanzo—. Tienes que irte.

—¿Por?

—Porque esta no es mi casa —suelto a la vez que la empujo hacia el cuarto donde se encuentra la lavadora y, luego, hacia la puerta—. Dame al menos una semana antes de empezar a invitar a amigos e invadir su espacio.

—Soy tu hermana.

Oigo la puerta del coche cerrarse.

Sigo empujándola hacia la puerta trasera, pero Cam clava los talones en el suelo.

—Más te vale mantenerme al tanto. No voy a permitir que dejes que un pervertido madurito con barriga cervecera que está encantado de meter a una adolescente sexi como tú en casa empiece a exigirle cada vez más a su nueva inquilina.

—Cállate —contesto, aunque no puedo evitar reírme.

Se vuelve y me hace cosquillas en el estómago. Baja la voz y, con un tono fingido y grave, bromea:

—Vamos, nena. —Se retuerce a mi alrededor en un intento de abrazarme seductivamente—. Ha llegado el momento de pagar el alquiler.

—¡Cállate! —susurro, riéndome e intentando arrastrarla fuera de la cocina—. En serio, qué vergüenza. ¡Sal de aquí!

—No tengas miedo —continúa fingiendo ser un viejo verde a la vez que se humedece los labios e intenta besarme—. Las niñas cuidan de sus papitos.

Con una ágil maniobra, se empotra contra mí y trata de sacar toda la barriga cervecera que le permite su cinturita de cincuenta y cinco centímetros.

—¡Que pares! —suplico muerta de vergüenza.

Me pasa las manos por la cintura, sonriendo, mientras sigo intentando sacarla de la cocina.

Pero, de pronto, para en seco. Se pone seria y fija la vista en algo que hay detrás de mí. O alguien.

Cierro los ojos un segundo. «Genial.»

Me vuelvo y veo al padre de Cole plantado en la entrada, entre el salón y la cocina. Está quieto, mirándonos. El corazón se me sale del pecho solo con verlo.

Oigo a mi hermana coger aire y me separo de ella. Carraspeo. Creo que Pike no ha oído nada. O eso espero.

Nos mira alternativamente a la una y a la otra, pero al final fija la vista en mí. Lleva el pelo corto y algo revuelto; está un poco sudado de trabajar y el sol de las cinco de la tarde ilumina su barbilla. Tiene algunas manchas negras en los brazos y, como lleva el cinturón de las herramientas y la bolsa en la que ha guardado el almuerzo esta mañana, se le marcan los tendones de su bronceada mano.

Toma una bocanada de aire y avanza para dejar sus cosas en la isla de la cocina.

—¿Ya te has acomodado? —me pregunta pasándose las manos por el pelo.

Asiento.

—Ajá —consigo decir—. Digo, sí.

Mi corazón vuelve a hacer de las suyas; parece que esté surfeando en mi pecho y no consigo recordar qué se supone que debo hacer, así que vuelvo a asentir. Pestañeo hasta que mi hermana se coloca en mi campo visual y recuerdo lo que está pasando.

—Pike. Señor Lawson —me autocorrijo—, perdón. Le presento a mi hermana, Cam. —La señalo—. Ya se iba.

La mira y saluda:

—Buenas.

Y, entonces, para mi sorpresa, vuelve a mirarme un segundo antes de fijarse en la correspondencia que hay en la encimera y ponerse a ojearla como si nosotras no estuviéramos allí.

Pestañeo algo confundida.

Cam es como un caramelo para los tíos. Puede que sea más joven que él, pero ya es una mujer y la mayoría de los hombres se quedan embobados mirándola. A ella, a sus largas piernas y a los caros y llamativos melones que tiene debajo de ese top. La mayoría de los hombres; Pike parece la excepción.

—Sí, encantada de conocerle —responde—. Gracias por ofrecerle su casa a mi hermana.

Nos lanza una breve mirada y esboza media sonrisa antes de coger los sobres y meterlos en la cajita del correo.

Cam se va alejando de la cocina y yo la sigo hasta el cuarto de la lavadora.

Se asegura de que Pike no pueda verla y entonces se vuelve y articula un «¡Madre mía!» con una mirada traviesa en los ojos.

Aprieto la mandíbula y le indico que siga caminando con la barbilla. Ahora vendrá cada dos por tres para tontear con él.

Oigo a Pike que abre el horno detrás de mí y me doy la vuelta.

—Estaba preparando la cena —explico—. Para los tres. Espero que no le importe.

Cierra el horno y en su cara se dibuja una expresión de alivio.

—Solo faltaría —suspira—. Gracias. Me muero de hambre.

—Estará lista en quince minutos.

Se acerca a la nevera, saca una Corona y la destapa con el abridor que hay incrustado debajo de la encimera de la isla. Agarra el tapón y lo tira en la basura.

—Perfecto, así me da tiempo a ducharme —responde mirándonos—. Disculpadme.

Sale de la cocina con la cerveza y despeja la entrada en un santiamén. No me muevo. Todavía me sorprende lo alto que es. La casa es grande, pero sería imposible que Pike pasara desapercibido.

—Ya lo pillo —me susurra mi hermana al oído—. Y yo que estaba preocupada por si un vejestorio gordo y sudoroso te hacía propuestas indecentes.

—Basta —cierro los ojos, exasperada.

Oigo cómo se abre la puerta de atrás y mi hermana me vacila socarrona:

—Venga, ahora ocúpate de tus hombres.

Me doy la vuelta para cerrarle la puerta en las narices, pero pega un grito y la cierra antes de que pueda hacerlo yo.

—Ay, no me gusta la cebolla.

Cuando estas palabras salen de la boca de Pike, me quedo quieta y bajo la mirada hacia la salsa barbacoa que he echado sobre los increíbles aros de cebolla que he preparado y emplatado cuidadosamente. Son dignos de publicación de Instagram. Sin estas perfectas cebollas doradas, el plato no sería más que una foto sin éxito de Pinterest.

—Pruébela —me atrevo a decir con una sonrisa tímida en los labios—. Le gustará, en serio.

La experiencia me ha enseñado que los hombres se comen cualquier cosa que tengan delante.

Parece que se lo piensa un momento, cierra la nevera y me mira a los ojos con una expresión más relajada.

—Está bien.

Creo que se siente medio obligado a hacerlo porque he preparado yo la cena. Mientras la pruebe... Cubro la hamburguesa con otro panecillo y le paso el plato. Se lo lleva al taburete y la muerde antes de sentarse. Lo miro por encima del hombro. Deja de masticar y parpadea unas cuantas veces. Se le tensan los músculos de la mejilla. Y gime.

Me doy la vuelta y me pongo de cara a los fogones para que no pueda ver mi sonrisa.

—Oye, pues está buena —afirma—. Muy buena.

Me limito a asentir, aunque sus palabras me han alimentado un poco el ego.

—Cuando desde pequeña comes lo más barato que hay, acabas encontrando formas de hacer que los platos sean un poco más sofisticados —le digo.

Permanece unos segundos en silencio.

—Ya... —responde a media voz.

No tengo muy claro si eso significa que está escuchando atentamente lo que digo o que me está dando la razón. Suponiendo que sabe cómo me apellido, ya debe de haber intuido quién es mi padre. Aquí todo el mundo conoce a Chip Hadley. Puede hacerse una idea de cómo vivíamos.

En cambio, yo no sé mucho de la familia de Cole. No sé si han vivido siempre aquí. Pike Lawson no es rico, pero, teniendo en cuenta la casa en la que vive, está claro que de pobre no tiene nada.

—Está muy buena, de verdad —repite.

—Gracias —me vuelvo y dejo un plato en la isla, delante de los taburetes de Cole y mío, perpendiculares al suyo.

Nos quedamos callados y me pregunto si para él también es una situación extraña. La otra noche, cuando ninguno tenía ni la más mínima idea de quién era el otro, la conversación fluyó sin ningún problema, pero ahora ya no es lo mismo.

Se oye movimiento en el salón; me vuelvo y veo que Cole viene hacia la cocina. Sonrío. Lleva la camiseta pringada de grasa y tiene una mancha debajo del labio. Puede que a veces no

demuestre el comportamiento más ejemplar del mundo, pero tiene un encanto más bien infantil que no he encontrado en nadie más.

Coge la hamburguesa de su plato con una sola mano y se mete algo sucio y oxidado del coche debajo del brazo. Me señala con la barbilla.

—Ey, cielo, te estamos arreglando el coche. No te importa que coma fuera, ¿verdad?

Me quedo mirándolo.

¿Lo dice en serio? Los observo a los dos.

—Pues sí —respondo con un hilo de voz, intentando decirle mucho más con la mirada.

No quiero comer a solas con Pike.

—¡Venga ya! —Cole ladea la cabeza e intenta ablandarme con una expresión juguetona—. No puedo dejar a los demás ahí fuera. Ven y siéntate con nosotros.

«Vaya, gracias.» Aprieto los labios y me doy la vuelta para sacar la jarra de limonada de la nevera. Sería de mala educación que me fuera. Su padre nos está haciendo un favor y yo debería hacer el esfuerzo de conocerlo.

Sin embargo, antes de que pueda decirle a Cole que se vaya a comer fuera y ya, su padre interviene:

—¿Por qué no te sientas aunque sean diez minutos? Hace mucho que no te veo.

Menos mal; qué alivio. Finalmente, Cole suelta una bocanada de aire y las patas de uno de los taburetes chirrían cuando lo arrastra para sentarse delante de donde ha dejado el plato.

Reviso que haya apagado el horno y cojo mi bebida. Pike se sienta y deja un espacio vacío entre ellos que acabo llenando yo antes de inclinarme y acercarme el plato.

—Bueno, ¿qué tal el trabajo? —pregunta el señor Lawson; supongo que habla con su hijo.

Este descansa la mano derecha en mi muslo y, con la izquierda, se lleva la hamburguesa a la boca. Miro a su padre y veo que sus ojos descienden hasta la mano que Cole ha dejado en mi pierna. Al levantar la vista, se le tensa la mandíbula.

—Sin más. —Cole se encoge de hombros—. Aunque ahora que no hace tanto frío es mucho más fácil.

Cole trabaja en el sector de la construcción vial desde que nos fuimos a vivir juntos, hace unos nueve meses. Desde el día en que lo conocí ha cambiado muchas veces de trabajo, pero este le está durando.

—¿Has vuelto a pensar en si irás a la universidad? —quiere saber Pike.

A Cole se le dibuja una mueca burlona en la cara.

—Me costó la vida acabar el instituto, ya lo sabes.

Me acerco la limonada a los labios y doy un sorbo. Se me ha cerrado el estómago y no me apetece comer nada ahora mismo. El padre de Cole mastica lo que tiene en la boca, deja la hamburguesa en el plato y coge la botella.

—El tiempo pasa más rápido de lo que crees —le responde con voz tan baja que casi ni se le oye—. Yo estaba a punto de enrolarme en los marines cuando supe que... —Se le apaga la voz de

golpe—. Cuando tenía dieciocho años —sentencia.

Creo que sé por dónde iban los tiros. «Cuando supe que sería padre», quería decir. Pike Lawson no es tan mayor como para tener un hijo de nuestra edad, o sea que debía de ser bastante joven cuando nació Cole. Tendría unos dieciocho o diecinueve, quizá. Y eso quiere decir que ahora ronda los... ¿treinta y ocho, más o menos?

—No me resultó nada fácil aceptar que iba a desaprovechar siete años de mi vida —continúa —, pero esos siete años pasaron volando. Si quieres asegurarte un buen futuro, debes hacer una inversión y comprometerte con ello, Cole. Merece la pena.

—¿A ti te mereció la pena? —replica mientras da un mordisco a la hamburguesa.

Con la otra mano, Cole me aprieta con delicadeza la parte interior del muslo. Es un gesto sutil que me encanta a pesar de la creciente tensión que nos rodea en ese momento. Es su forma de decirme que, aunque esté enfadado, no lo está conmigo, y que le sabe mal que me sienta incómoda.

Pike bebe directamente de la botella y luego vuelve a dejarla en la mesa.

—Bueno, me ha servido para ganar el dinero con el que te saqué del calabozo la última vez —puntualiza con un tono de voz más firme—. Y la anterior también.

La mano de Cole me aprieta aún más el muslo y estoy tan acalorada que desearía tener una goma de pelo cerca. Me pasan mil preguntas por la cabeza. ¿Por qué no se llevan bien? ¿Qué pasó? Por lo poco que lo conozco, el padre de Cole parece un buen tío, pero Cole ha construido un muro entre ellos. Además, Pike pierde los nervios casi tan rápido como su hijo.

Con la hamburguesa de queso en la mano, Cole aparta el plato que tiene delante y echa la silla hacia atrás para levantarse.

—Me voy a comer fuera —dice soltándome la pierna—. Ven si quieres, cariño. Y deja los platos. Ya los fregaré luego.

Abro la boca para decir algo, pero, en lugar de eso, aprieto los dientes. Verás tú qué bien nos lo vamos a pasar.

Cole se da la vuelta y sale de la cocina. Unos segundos más tarde, se oye un portazo que viene de la entrada. El murmullo de las voces ahogadas de quienes están fuera y el ruido de las bocinas de los coches en la calle llegan hasta la cocina, donde reina un silencio prácticamente asfixiante. Con un poco de suerte, Pike Lawson se olvida de que estoy aquí.

¿Cómo demonios se supone que tengo que vivir en esta casa? Si siguen así, yo no puedo posicionarme a favor de ninguno.

Pike rompe el silencio con un tono de voz más dulce:

—Tranquila. —Y veo que vuelve la cabeza hacia mí de refilón—. Puedes ir con él, si quieres.

Ahora soy yo quien vuelve la cara, busco sus ojos y me quedo mirándolo. Aprieto los labios, sonrío y me encojo de hombros.

—Fuera hace calor —respondo.

Y yo ya me estoy asfixiando con la tensión que hay aquí.

Además, los amigos de Cole no son mis amigos. Estar fuera no hará que me sienta mejor.

—Me sabe mal —confiesa antes de volver a coger su hamburguesa—. No se repetirá a menudo. A Cole se le da bien eso de alejarse de donde esté yo.

Como no sé qué decir, asiento con la cabeza. Tengo la sensación de que, sea como sea, no me quedaré mucho tiempo. Acabo de llegar y ya siento que tengo que medir todo lo que digo o hago.

Me obligo a comer a sabiendas de que mañana la hamburguesa no sabrá igual. Llega la música desde fuera y el ruido de una máquina cortacésped lejana, y la brisa se cuela por las ventanas abiertas, haciendo ondear las cortinas de color canela y embriagándome con el olor a verde. El aire fresco me acaricia los brazos.

Verano.

Suena un teléfono y Pike coge su móvil de la encimera.

—Ey —saluda.

Al otro lado de la línea se escucha la voz de un hombre, pero no oigo qué dice.

Pike se levanta, sujeta el teléfono con una mano y, con la otra, lleva al plato al fregadero. Aprovecho su distracción para echarle alguna que otra ojeada. Me acuerdo de las bromitas de Cam imitándolo y me ruborizo, pero no porque me guste.

Pike es más bien misterioso.

Más allá de las fotos de cuando Cole era un bebé o un niño pequeño que decoran el salón, en esta casa no hay muchas cosas de la vida personal de Pike. Lo único que sé es que está soltero. No tiene ningún libro que pueda indicarme qué le gusta y tampoco he visto ningún recuerdo de viajes. Nada de animales o de arte; no hay ninguna baratija suelta por ahí. Ni una revista ni nada de parafernalia que pueda sugerir cuáles son sus aficiones, si el deporte, los videojuegos o la música. Es una casa preciosa, pero es como si fuera de esas de revista: muy bonita, pero sin habitantes.

—No. Me hace falta una excavadora más y otros cien sacos de cemento como mínimo —le dice al tío del teléfono mientras sujeta el aparato con el hombro, se remanga y abre el grifo.

Sonrío. Lava los platos. ¡Sin que se lo haya pedido nadie! Suspiro y me levanto. A fin de cuentas, suele vivir solo. ¿Quién le lavaría los platos si no?

El hombre del teléfono le dice algo y Pike se ríe entre dientes, sacudiendo la cabeza. Yo tiro las sobras de mi plato a la basura.

—Dile a ese idiota que no me trago eso de que está enfermo y que, si no se sube la bragueta y se presenta antes de mañana por la mañana, iré a buscarlo personalmente —añade—. Quiero terminar cuanto antes.

Me acerco a él y dejo mis platos en la encimera procurando no hacer ruido antes de volver a guardar la limonada y las salsas en la nevera.

—Vale, vale... —le oigo decir en tanto que aclara los platos antes de meterlos en el lavavajillas—. Venga, nos vemos por la mañana.

Cuelga y deja el teléfono. Vuelvo a lanzarle una mirada rápida.

—¿Trabajo? —pregunto.

Asiente a la vez que enjuaga un vaso.

—Para variar. Estamos construyendo un edificio de oficinas en la veintidós, justo antes de llegar al parque. —Me mira—. Por mucho que lo organices todo y elabores un presupuesto, siempre acaban saliendo imprevistos que ralentizan las obras.

La autopista 22. Es la misma que cojo para ir a clase. Seguro que he pasado por su trabajo un millón de veces.

—Las cosas nunca salen como esperamos —musito—. Nunca. Ya me he dado cuenta de eso.

Ríe y las comisuras de los labios se le encorvan hacia arriba cuando me mira.

—Así es.

De repente, flaqueo y tengo un *déjà vu*. Por un segundo, vuelvo a ver al tipo del cine.

Pestañeo y hago ademán de apartar la vista. Sus ojos de color avellana son más verdes bajo la luz que cuelga del techo; el pelo ya se le ha secado, y de golpe parece más el hermano mayor de Cole que su padre. Aparto la mirada de su sonrisa y, al hacerlo, veo cómo se le marcan los músculos de los brazos mientras sigue lavando los platos.

Pillo el móvil que he dejado en la encimera y me doy la vuelta para irme, pero entonces me acuerdo de algo.

—¿Podría darme su número? —le pregunto volviéndome de nuevo—. Por si alguna vez pasara algo en casa o pierdo las llaves o algo así.

Me mira por encima del hombro, con las manos bajo el chorro de agua.

—Ah, sí. —Cierra el grifo, coge un trapo y se seca—. Buena idea. Dame.

Coge su teléfono, lo desbloquea y me lo pasa.

—Apúntame el tuyo también.

Le doy mi móvil, cojo el suyo y tecleo mi nombre y mi número. Menos mal que me he acordado. En una casa puede pasar de todo. Se puede inundar el sótano, pueden entregar paquetes que no sean míos, puede que Cole y yo tengamos una de esas noches en las que ni siquiera nos da tiempo a terminarnos la cena y tenga que avisarle... Ahora vivimos en casa ajena y las decisiones no las tomo solo yo.

Le devuelvo el móvil y me da el mío. Mi teléfono empieza a reproducir música. Pike dirige la mirada un segundo hacia mi pantalla y luego la aparta rápidamente, antes de desviarla otra vez hacia allí. La *app* debía de estar abierta y le habrá dado a algo sin querer.

«Mierda.»

Empieza a sonar *Father Figure*, de George Michael, y Pike levanta las cejas cuando llega el sugerente estribillo de la canción.

Se me seca la boca y voy interiorizando la letra.

Toco de nuevo el móvil y lo apago.

Pike ríe por la nariz.

«Maravilloso.»

Luego se yergue y se aclara la voz.

—Conque música de los ochenta, ¿eh?

Me paso los dedos por el pelo y me guardo el móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

—Sí. Lo dije en serio.

Cuando vuelvo a levantar la vista, observo que me mira fijamente, sonriendo.

Aparta los ojos de mí y se agacha para recoger una de las revistas de hogar y jardinería que se me ha caído de la cartera, que he dejado en la mesa de la cocina, sin que me diera cuenta.

—Y tutéame —dice mientras me la devuelve—. No me llames señor Lawson.

Está tan cerca que me da un vuelco el estómago. Soy incapaz de mirarlo a la cara.

Cojo la revista y asiento. Sigo sin poder mirarlo a los ojos.

Continúa con su tarea y yo me doy la vuelta para marcharme, pero me detengo y vuelvo a mirarlo.

—No tienes por qué hacerlo. Lo sabes, ¿no? —comento refiriéndome al hecho de que friegue los platos—. Cole ha dicho que se encargaría él.

Se ríe y, al hacerlo, se le agita el cuerpo entero. Se inclina para meter unos cubiertos en el lavavajillas y me mira.

—Yo también tuve diecinueve años una vez —responde—. «Luego» significa en el algún momento del día y ese momento no llega nunca.

Resoplo, pero se me relajan un poco los hombros. «Pues tienes razón.»

Ya he perdido la cuenta de las veces que me he despertado y he encontrado los platos de la noche anterior en el fregadero, aún sin lavar. Evidentemente, mi relación con Cole no irá mejor porque su padre se ocupe de las cosas que debería hacer su hijo, pero intento ignorarlo y pensar que no es mi problema.

Con tal de no tener que ocuparme yo...

—Gracias —contesto sacando una botella de agua de la nevera para llevármela.

De repente me asalta otra duda.

—¿Tiene más hijos?

Supongo que no está de más saber si habrá más gente que entre y salga de casa. Sin embargo, al mirarlo veo que se le ha tensado la mandíbula y que tiene el ceño fruncido. Ahora está mucho más serio.

—Si Cole tuviera hermanos, creo que a estas alturas ya te lo habría dicho, ¿no?

Me tenso involuntariamente. Su tono suena a reprimenda. Es verdad; Cole me lo hubiera dicho. Nos conocemos hace tiempo.

—Claro —respondo con rapidez y sacudo la cabeza, como si la tuviera nublada y por eso le hubiera preguntado algo tan estúpido.

—Además, nunca he estado casado —añade y la nuez se le desliza por el cuello—. Tener varios hijos con distintas mujeres... No tenía intención de seguir cometiendo errores.

Me quedo pasmada, observándolo y sintiéndome un poco mal. La llegada de Cole no estaba

planeada, es el resultado de un embarazo no deseado, al menos *a priori*, al que tuvieron que enfrentarse dos adolescentes. Quizá estoy empezando a resolver el misterio de su fría relación.

Sin embargo, valoro su pragmatismo. El joven Pike Lawson se dio cuenta enseguida de que seguir teniendo bebés con cualquiera no estaba hecho para él. Y eso era algo que yo no quería experimentar. Nunca.

Parece que se da cuenta de lo que ha dicho y de cómo debe de haber sonado porque deja lo que está haciendo y me mira entrecerrando los ojos en señal de disculpa.

—No quería que sonara... así. Yo...

—Te he entendido —le corto—. No pasa nada. —Con las manos en la espalda, me cojo el pulgar y me alejo—. Me voy a estudiar. Estoy asistiendo a algunas clases de verano y... Buenas noches —añado.

Pike se da la vuelta, pone detergente en el lavavajillas y lo enciende.

—Gracias por dejar que nos quedemos aquí —digo finalmente.

Me mira y contesta:

—Gracias a ti por la cena.

Antes de irme, me acerco a la mesa, donde he dejado una vela aromática encendida. Debería haberle preguntado primero. Quizá no le guste tener velas perfumadas en casa.

Me inclino, cierro los ojos, inhalo y pido el mismo deseo de siempre: «Que mañana sea mejor que hoy». Soplo y, casi al instante, un hilo de humo abandona la mecha y flota por el aire, impregnándolo con su olor.

Siempre deseo lo mismo. Con cada vela que soplo. Siempre. Quiero una vida de la cual no quiera desconectar. Ese es mi objetivo.

A excepción de la cerilla que soplé en el cine. Esa noche pedí algo distinto.

Al abrir los ojos, veo que Pike me está mirando. Se endereza rápidamente y me da la espalda.

Salgo de la cocina y me dirijo hacia la escalera del salón. Sin embargo, antes de subir, dejo mi revista en la mesa auxiliar que hay al lado del sofá.

Ahora sí que vive alguien aquí.

3

Pike

Pestañeo al despertarme. Me pesan los párpados y los muevo con lentitud para acostumbrarme a la oscuridad que envuelve la habitación.

Aún es de noche. Normalmente no me levanto hasta las cinco y media. «¿Por qué estoy...?»

No, espera. Gruño, abro un poco más los ojos y veo el tenue brillo que salpica la pared de la habitación.

Lluvia. Joder. No es de noche. Solo está nublado.

Me pongo boca arriba y miro al techo con los ojos entrecerrados. Escucho con atención. Y entonces, casi de forma inmediata, lo oigo. El repiqueteo de las gotas cayendo en el canalón.

Resoplo. «No fastidies.» Qué mal. Me paso la mano por los ojos para espabilarme antes de mirar el despertador que tengo en la mesita de noche. Las cinco y veintinueve minutos.

Exacto. Como un reloj.

Hace años que no necesito poner la alarma; mi cuerpo ya se ha acostumbrado a despertarse cada día a la misma hora. De todos modos, continúo poniéndola, por si acaso. Alargo el brazo y voy palpando el reloj hasta dar con el botón que hay en un lado; lo muevo dos posiciones para apagarlo antes de que empiece a sonar.

La lluvia de hoy puede retrasarnos mucho. No tengo que estar en la obra hasta dentro de una hora y media, pero casi seguro que la mitad del equipo llamará pensando que, total, como no vamos a poder trabajar tanto como de costumbre, mejor aprovechar y quedarse en casa directamente.

Ni por asomo, vamos. Hoy trabajaremos, haremos lo que sea, porque paso de tener que ir esquivando el mal humor y las miraditas de mi hijo durante todo el día si me quedo en casa. Prefiero ir a currar.

De pequeño era otro tema. Me adoraba. Hacíamos de todo juntos, hablábamos, quería pasar tiempo conmigo. Ahora, sin embargo...

Le ha comido la cabeza. Mi hijo es lo único que pueden usar en mi contra para hacerme daño, y su madre supo hacerlo a la perfección. Lo usó como una marioneta hasta que se creyó cualquier cosa que le decía; ella se convirtió en la víctima de cada historia, y yo, en el enemigo. Ella lo hacía todo bien, y yo, todo mal.

Con el tiempo decidí que simplemente estaría allí para él. Algún día abrirá los ojos y lo arreglaremos. Verá que lo engañó. A mí me toca esperar. Me da igual cuánta paciencia deba tener o las discusiones que deba aguantar por el camino.

Además, Jordan es muy buena. Apaciguará nuestras discusiones.

Aunque me quedé muerto cuando supe quién era.

Cierro los ojos, apoyo en ellos el dorso de la mano y rememoro aquella noche.

Me lo pasé bien con ella en el cine. Sus salidas, su sentido del humor, lo fácil que resultó entablar una conversación... La forma en la que se relajó sin más a mi lado durante la película. Era todo jodidamente cómodo y natural.

Y lo que me hizo sentir su sonrisa...

No le habría pedido una cita. Es demasiado joven para mí y ya sabía que tenía novio.

La idea se me pasó por la cabeza, eso sí. Es divertida.

Luego, cuando descubrí quién era, casi me enfado.

Recuerdo escucharla hablar por teléfono y apretar tanto los dientes que hasta me dolió la mandíbula. Me cabreé porque, en ese instante, tuve celos de mi hijo. Tuve celos de cualquier tío de diecinueve años que pudiera estar con ella.

Ella, con su impecable piel y aquella naricita respingona. Ella y sus labios perfectos. Creo que me pilló cuando me quedé mirándolos.

La espontaneidad con la que echó la cabeza hacia atrás, apoyó los pies en las butacas de delante y se quedó a mi lado.

Era fácil. Todo.

Pero la chica de mis sueños queda fuera de mi alcance. Está saliendo con Cole y tiene diecinueve años. No puede pasar nada.

Es una niña, y estos impuros y efímeros pensamientos seguirán ocultos en mi imaginación.

Vibra el móvil. Me inclino hacia la mesita de noche para cogerlo y echo un vistazo a la pantalla para ver quién es.

Y gruño. «Ahora no.»

Deslizo el botón verde de todos modos, cierro los ojos y me lo acerco al oído.

—Aún es temprano para ti, ¿no?

Lindsay, mi ex, ríe dulcemente con una versión perfeccionada de su voz sexi y seductora. Esta mujer está acostumbrada a salirse con la suya con todo el mundo.

O casi con todo el mundo.

—No si aún no te has acostado —me provoca.

Me ahorro la risita. Algunas mujeres, cuando han sido madres jóvenes, tienen la sensación de haberse perdido la juventud y haber pasado demasiado pronto a la vida adulta. Pero Lindsay Kenmont, la madre de mi hijo, no se perdió absolutamente nada. Incluso cuando estaba embarazada de nueve meses hizo todo cuanto quiso, y lo mismo ocurrió cuando Cole era pequeño.

—¿Cómo está? —me pregunta.

Me quito las sábanas de encima y me siento dándome impulso con las piernas. Bostezo.

—No pasa frío, come y está en un lugar seguro. —Me froto el pelo con la mano—. De momento, no sé más —continúo—. La verdad es que me sorprende que te parezca bien que se quede aquí.

—¿Por eso les dijiste que podían vivir contigo? ¿Porque pensabas que no aceptarían? —insiste—. Me parece bien que se quede en tu casa. Ya es hora de que empieces a responsabilizarte un poco de él.

«Ya es hora de que... Ay, señor.» Me río para mis adentros, sacudo la cabeza y me levanto.

—No me gusta empezar el día hablando contigo, Lin. Ya lo sabes. ¿Qué quieres?

Se queda callada un segundo y luego oigo que su suave voz recupera un tono más bien pícaro.

—Sabes muy bien qué quiero.

Y, a pesar del desprecio que siento hacia ella ahora mismo, ocurre algo que no es de mi agrado: la sangre me baja a la ingle. Al fin y al cabo, en su día nos lo pasamos bien.

Y mi cuerpo se acuerda.

Además, no he echado un polvo en mucho tiempo.

Aunque no estoy tan desesperado como para que me utilice. Al menos, no por ahora.

—¿Y ya? —Apoyo el teléfono entre el hombro y la oreja mientras tiro de los pantalones que hay en la banqueta al final de la cama y me los pongo—. ¿En serio piensas que voy a ir a socorrerte cada vez que lo dejas con un tío, te emborrachas y quieres follar?

—¿Por qué no? Da igual quién entre en tu vida o quién salga de la mía. Siempre hubo algo que se nos daba de perlas, ¿o no?

—Lo que tú digas, Lindsay. —No me esfuerzo ni en disimular el sarcasmo en mi voz.

—Bueno, no tienes nada con nadie, ¿a que no? —pregunta, aunque ya sabe que está en lo cierto—. Además, bien que nos hemos acostado de vez en cuando durante estos últimos años para desahogarnos un poco. Y, que yo recuerde, no te disgustaba.

—Ya —resoplo con fuerza—. A eso se le llama no tener más opciones. Esta ciudad no es muy grande que digamos.

—Gilipollas.

A pesar de todo, me río. Hay que reconocer que esta mujer reparte insultos con soltura.

A decir verdad, tiene razón. Después de que lo dejáramos, cuando Cole tenía dos años, seguimos enrollándonos esporádicamente, pero eso no implica que lo que he dicho sea menos cierto. El sexo estaba bien, Lindsay sigue estando buena y la cama es el único lugar donde nunca nos hemos odiado; sin embargo, yo solo volvía a ella porque era lo fácil. Cualquier otra mujer de la ciudad es la hermana o la hija de alguien y no puedes ir tirándotelas sin que esperen que te arrodilles y les pidas matrimonio algún día. Y yo no estaba listo para eso; no después del lío en el que me metí al convertirme en padre con solo diecinueve años. Si alguna vez dejo embarazada a otra, será a mi mujer, y mi mujer será alguien de quien no me canse.

Quiero tener más hijos. Siempre he querido, pero a los treinta y ocho —a las puertas de los cuarenta— tiene pinta de que Cole será siempre hijo único. Ya me estoy haciendo mayor para empezar de cero otra vez.

—A ver, ¿qué tienes que perder? —insiste—. Sé que te acuerdas y sé que te gustan esos recuerdos, Pike. El verano que pasamos cuando yo tenía diecisiete años sigue siendo uno de los mejores momentos de mi vida.

Claro, pero no lo que le siguió.

—Tú y yo dándolo todo debajo de una manta en el sofá y mis padres durmiendo en el piso de arriba —explica, como si tuviera que refrescarme la memoria—. Sé que no te faltan ganas.

Me acaloro y me quedo inmóvil.

—Así que ven aquí y fóllame —sentencia.

Me lo planteo durante un segundo, pero luego sacudo la cabeza. Es una idea tentadora. Mi cuerpo quiere hacerlo. Y, aunque eso no se lo confesaré nunca a nadie, la verdad es que, cuando freno un poco y me doy tiempo para sentir, me encuentro jodidamente solo. Muchas mañanas odio despertarme y no tener a nadie al lado.

Pero no. Estoy harto de tragarme el orgullo cada vez que ella quiere, y considera que estoy a su libre disposición.

—Tengo que ir a trabajar. —Cuelgo antes de que pueda darle más vueltas o, lo que es peor aún, reconsiderarlo. Me meto el móvil en el bolsillo trasero y voy hacia el vestidor a por una camiseta. El teléfono vuelve a vibrar.

—Joder, no se cansa nunca —me quejo sacando el aparato otra vez del bolsillo.

Esta vez, sin embargo, el nombre que aparece en la pantalla es el de Dutch.

Descuelgo y me lo acerco a la oreja.

—¿Qué?

—Llueve.

—¿En serio? ¡No me digas! —ironizo, metiéndome la camiseta por la cabeza—. Tío, eres un genio.

—Mira por la ventana.

Me quedo quieto y se me tensan todos y cada uno de los músculos del cuerpo. «No me jodas.» El timbre de su voz me da las pistas necesarias para saber qué pasa, pero voy hacia la ventana de todos modos y corro una de las cortinas para descubrir la tormenta matutina.

«Mierda.»

A ambos lados de la calle, el agua (que sale a borbotones de los desagües) ha formado riachuelos que se estrellan contra el bordillo de la acera antes de caer por las alcantarillas. Las gotas que caen al suelo o que repican en el capó de los coches han convertido la calle en una especie de orquesta de ruido de fondo. Llueve con tanta fuerza que apenas puedo ver las casas que hay enfrente.

—He quedado con los chicos en la tienda —me dice—. Vamos a recoger unas cuantas lonas y

sacos de arena. Nos vemos en la obra.

—Llego en veinte minutos —respondo antes de que colguemos los dos.

Mientras saco unos calcetines del cajón, me vuelvo a meter el móvil en el bolsillo. Me dirijo al baño y me lavo los dientes deprisa antes de salir de la habitación. Camino por el pasillo, dejando atrás una habitación en la que no hay nadie, el baño principal y la puerta cerrada de otra habitación, una en la que enseguida recuerdo que sí hay alguien.

Cuando llego a la escalera, percibo el olor a algo dulce y embriagador que me eriza la piel. Dejo de caminar e inhalo ese aroma. Tengo hambre y me ruge el estómago. Me estremezco. Anoche Jordan apagó una vela, pero quizá se olvidó alguna encendida. Igual debería tener una charla con ella. Tiene que saber que, además de ser algo peligroso, no soy muy fan de todo este rollo de la aromaterapia que consigue que tu cuerpo crea que hay magdalenas de arándanos esperándote en la cocina cuando realmente no las hay.

Bajo la escalera y esta cruje cuando apoyo todo mi cuerpo en ella. Al llegar abajo, repaso el piso con la mirada. Las lámparas del salón están encendidas y se oye una música tranquila que viene de la cocina.

Entro y veo a Jordan sentada delante de su ordenador, en la isla, en medio de la oscuridad. Está calentándose las manos con una taza de café.

Dudo durante una milésima de segundo. Ahora parece muy distinta. La luz de la pantalla hace que le brillen los ojos con un leve resplandor a medida que el vapor del café flota delante de su cara. Coloca la boca en forma de «o» para soplar, intentando enfriar la bebida, y de su moño se escapan algunos mechones rubios que le caen sobre la cara.

La fina línea de su mandíbula, esas largas pestañas, la punta de su naricita y... Bajo la vista en un acto involuntario y me fijo en sus piernas, suaves y morenas, que quedan al descubierto porque lleva puestos unos pantalones cortos de pijama. Siento un revoloteo en el estómago, me vuelvo y me aprieto el puente de la nariz.

Es imposible que tengan la misma edad. Mi hijo es un crío y ella...

Supongo que también.

Es raro. La última vez que conocí a una de las novias de Cole, la niña llevaba *brakets*. Pensar que ahora sale con chicas con las que yo habría salido a su edad me provoca escalofríos.

—Buenos días —saludo mientras paso por su lado para acercarme a mi cafetera Keurig.

La veo levantar la cabeza de reojo.

—Ay, hola. Buenos días —susurra con voz entrecortada.

Pongo una cápsula en la máquina y coloco una taza metálica de café para llevar debajo del surtidor. Jordan cierra el portátil. Al mirar por encima del hombro, la veo bajarse silenciosamente del taburete y recoger el ordenador y la libreta.

—Puedes quedarte —le digo—. Yo ya me voy.

Aprieta los labios y me dedica una pequeña sonrisa, sin mirarme, mientras lo deja todo a un lado y vuelve a coger su taza de café.

—¿Llevas mucho rato despierta? —pregunto.

—Tengo el sueño muy ligero. —Levanta la vista y se ríe—. Las tormentas no ayudan.

Asiento con la cabeza. Sé de lo que habla. A mí me pasa lo mismo con el calor. Para poder dormir, el aire acondicionado tiene que estar a unos dieciocho grados por la noche. Estoy a punto de preguntarle si la temperatura de la casa le molestó anoche, pero no viene a cuento. Necesito dormir y no pienso cambiarla; si tiene frío, ya sabe dónde guardo las mantas.

Nos quedamos en silencio un momento. Al final, pestañea y señala el horno que tengo a mis espaldas.

—Si quieres hay eh... magdalenas de arándanos. La masa es prefabricada, pero no están tan mal.

Miro detrás de mí y, efectivamente, una bandeja de magdalenas —que no es mía— descansa encima del horno llena de esos bollos dorados recién horneados. Me vuelvo para esconder mi sonrisa y cojo una. Al final resulta que lo de las velas aromáticas me lo he imaginado. Creo que me cae bien.

Se da la vuelta y, cuando empieza a alejarse, la llamo.

—¿Te importaría despertar a Cole, por favor? La lluvia entorpece mucho el trabajo en las obras y todavía estamos echando los cimientos. Necesitaré que me ayude a cubrirlo todo con sacos de arena.

Vuelve la cabeza y pregunta curiosa:

—¿Los cimientos?

—Del edificio que estamos construyendo ahora —aclaro—. Hoy no podremos trabajar por culpa del tiempo, pero tenemos que asegurarnos de que los cimientos no se inunden. Me vendría bien que Cole me echara una mano.

Al escuchar mis palabras, la expresión confusa que tenía en la cara hace unos segundos desaparece.

—Ah, claro. Voy. —Asiente, sale disparada de la cocina y sube la escalera con determinación.

De no haber visto que ella estaba despierta, posiblemente no habría pensado en pedirle a Cole que me ayudase, pero no podía dejar pasar la oportunidad de que su novia hiciera de intermediaria. Si se lo pido yo, se cabreará. Si se lo pide ella, quizá no le moleste tanto.

Además, sabe que esto forma parte del trato. Tanto él como Jordan tienen que limpiar lo que ensucien, colaborar en la cocina, encargarse del patio y ayudarme con cualquier otra cosa que necesite. Yo pagaré las facturas para que puedan ahorrar suficiente para volver a independizarse. Tampoco pido tanto.

Tapo la taza y meto dos cápsulas más en la máquina para llenar el termo. Me llevo los cafés a la entrada, donde guardo las botas de trabajo. Me siento en el banco que hay al lado de la puerta, dejo mis cosas, me calzo, cojo las llaves, saco el chubasquero del armario y me lo pongo.

Vuelvo a coger la taza y el termo.

—¡Cole! —grito, listo para salir.

El techo cruje y oigo pasos acelerados en el piso de arriba seguidos de un golpe seco y un portazo. Y entonces le oigo bajar la escalera.

Pongo la mano en el pomo de la puerta y vuelvo la cabeza.

—Te he preparado café. Podemos hacer una parada rápida en algún sitio con servicio por ventanilla si te apetece comer algo.

Sin embargo, quien aparece detrás de mí no es Cole. Jordan lleva unos vaqueros oscuros y apretados con los bajos doblados y sus Converse Chuck. Intenta sujetar su chubasquero amarillo debajo del brazo mientras se recoge el pelo y se hace una coleta.

La miro entornando los ojos.

—¿Dónde está Cole?

—Eh... No se encuentra demasiado bien —contesta poniéndose la chaqueta—. Ya te ayudo yo.

Que no se encuentra bien. ¿Será que tiene resaca?

—No, no te preocupes. Quédate aquí. Será... más seguro. Gracias de todos modos.

Levanta la vista, clava los ojos en mí y los entrecierra.

—¿Más seguro? —pregunta extrañada, como si acabara de decirle que me voy a hacer la pedicura—. ¿No será que te preocupa pasar más rato sujetándome la mano que trabajando en sí?

Intento que no me delate mi expresión. Qué lista es.

«Bueno, pues sí. Lo siento, cielo, pero sí.» Al menos Cole tiene un poco de experiencia (tampoco mucha, pero algo es algo) porque ya me ha ayudado algunos veranos y fines de semana. Hoy no tengo tiempo para ir dando explicaciones.

—Mira... —Se abrocha el chubasquero y su comportamiento dulce y tímido deja paso, lentamente, a uno más atrevido—. Si esta señorita no es capaz de soportar que se le moje un poco el pelo o que se le ensucien las uñas de barro, volverá a la camioneta y te esperará allí, en un sitio seguro. ¿Trato hecho? —Arquea una ceja y me mira como dando el tema por zanjado.

No sé qué responder de todos modos, me he quedado en blanco. Hasta me cuesta recordar por qué tengo un termo en la mano.

Sacudo la cabeza para aclarar las ideas y abro la puerta de un tirón.

—Está bien. Sube a la camioneta.

Esta maldita tormenta ha aparecido de la nada.

Siempre estoy pendiente del tiempo porque, según el día que haga, quizá no podemos trabajar la jornada completa. Para mí es algo bastante importante. Sobre todo, en verano.

Pensé que esta tormenta no llegaría hasta aquí, que tiraría hacia el norte. Paro el motor, me subo la cremallera de la chaqueta y entorno los ojos para mirar a través del parabrisas delantero.

La lluvia dificulta la visión, pero logro vislumbrar un casco naranja y amarillo flotando a algunos metros de nosotros, señal de que algunos ya han llegado.

Jordan, a mi lado, se pone la capucha. No le digo qué tiene que hacer; si le apetece estar aquí, que me siga.

Al bajar de la *pick-up*, las gotas de lluvia empiezan a aporrearme la cabeza y los hombros, lo cual hace que me encoja un poco, dé un portazo y corra hasta el edificio. Me salpico las botas al pisar algunos charcos no muy grandes y me acerco a la caja de una camioneta de la empresa para bajar inmediatamente el portón trasero y coger tantos sacos de arena como pueda. A mi lado, un chubasquero amarillo chillón me imita sin pedir instrucción alguna: Jordan. En un santiamén, coge otros tantos y me sigue mientras bordeo el edificio para encontrarnos con los demás.

Dejo los sacos y echo una ojeada a la estructura de acero. En el nivel inferior ha quedado un palé de cemento sin cubrir. «La madre que los parió.» Nueve hombres, incluido mi mejor amigo, me están mirando y esperan que les dé órdenes. El viento y la lluvia me golpean por detrás. Tengo los pantalones empapados y se me pegan a la piel.

—¡Quiero que todo el perímetro quede cubierto de sacos! —grito para que me escuchen a pesar de la tormenta—. ¡Apiladlos de tres en tres! ¿Entendido?

Los chicos asienten con la cabeza.

—¡Y tapad el cemento, hostia! —sentencio.

Señalo con la barbilla el palé que está quedando destrozado unos pisos más abajo. Tiene que estar siempre cubierto, llueva o no. Alguien la pifió en el último turno.

Dutch, mi mejor amigo desde el instituto, aparece a mi lado. Clava sus ojos marrones en mí y su expresión se relaja al instante. Dirijo la mirada hacia Jordan, que se ha escondido el pelo debajo de la capucha y que, por suerte, no está pegada a mí esperando que le presente a todo el mundo. Regresa a la *pick-up* y coge más sacos de arena de la caja. Vuelvo a mirar a Dutch, que me observa curioso.

Me limito a sacudir la cabeza. «Ahora no.» Que la novia de mi hijo quiera contribuir y ayudar no es raro; lo que sí es raro es que Cole no esté aquí con ella. ¿Sabe que Jordan le está cubriendo y me está echando un cable? ¿A qué tipo de hombre le parece bien esta situación? Yo le enseñé a cumplir con sus obligaciones, joder.

O quizá es que no quería venir conmigo.

Tengo que hacer algo al respecto, pero no sé qué. Eso de dejar pasar los días y «el tiempo dirá» no está dando resultados. Tiene que ponerse las pilas.

Mis hombres se ponen a trabajar y llevan los sacos de tres en tres para amontonarlos alrededor del edificio. Mientras, yo saco la navaja multiusos que guardo en la caja de herramientas de mi camioneta y corto rectángulos de lona azul para graparlos a la estructura del primer piso. Al cabo de una hora (que se me ha pasado volando), ya hemos colocado las lonas, los sacos de arena están absorbiendo la lluvia y parece que en la obra solo quedo yo.

Tiro la navaja y la grapadora dentro de la *pick-up*, cierro la puerta de golpe y busco a Jordan

con la mirada.

Hace un rato que no la veo. Empiezo a sentir cierto remordimiento. Debería haberle indicado por dónde ir. Quizá no sepa volver y la gente que no está formada puede hacerse daño fácilmente aquí.

Al pasearme por la obra, me fijo en que los sacos estén puestos como yo he pedido y que la lona siga intacta a pesar del viento. Han cubierto bien el palé de cemento. Oigo unas voces; las sigo hasta la parte de trasera y veo a Jordan, que está ayudando a llevar ventanas al remolque. Uno de los chicos se está asegurando de que también estén tapadas.

Está sonriendo. Un montón.

Está contenta y le brillan los ojos. Madre mía, parece una niña con zapatos nuevos.

Se lo está pasando... ¿bien?

Se le ha resbalado la capucha, tiene empapada la coleta y se le han pegado algunos mechones a la cara. El agua le ha mojado las zapatillas y tiene los pantalones sucios de barro. Menos mal que no lleva una camiseta blanca, porque, incluso con el chubasquero puesto, los chicos no parecen quitarle los ojos de encima.

Miro a Dale, Bryan y Donny, que, mientras llevan material al remolque, no paran de echarle miraditas, le sonríen, y luego se vuelven y se ríen entre ellos diciendo algo que no logro escuchar.

—¡Daos prisa! —grito haciendo que se den por aludidos y continúen trabajando.

Sigo al lado del edificio. Jordan se acerca a mí, se agacha y mete un trozo de lona debajo de una viga.

—Conque el jefe, ¿eh? —Me mira con cara de interrogación.

Algo en su expresión me dice que se ha ablandado desde esta mañana. Parece más alegre. Más relajada.

¿Cole no le ha contado que tengo una empresa de construcción? ¿O es que nunca habla de mí?

Esos pensamientos me duelen.

—Bueno, lo intenta —bromea Dutch, respondiendo a su pregunta.

Le lanzo una mirada no muy cordial, aunque me siento tentado a sonreír. Siempre nos estamos vacilando, pero me gustaría que el muy idiota no lo hiciera en el trabajo. Me hace parecer menos autoritario, cojones.

—¡Mierda! —grita Jordan de repente.

Desvío la mirada hacia ella y veo que un chorro de agua se le precipita encima cual cascada. La lona se ha desenganchado de la parte superior de la estructura y toda el agua que había ido acumulando se ha derramado. Se aparta del aguacero e intenta coger la lona para volver a colocarla bien.

Pero no llega.

Me acerco a Jordan por la espalda, levanto las manos pasándolas por delante de ella, agarro la lona y la sujeto donde tiene que ir mientras me vuelvo y hago una señal con el mentón a Dutch.

Este asiente y va a por la grapadora.

Jordan suelta la lona y se escabulle de entre mis brazos. Se queda a un lado y se ríe entre dientes.

—¿Estás bien? —pregunto.

Afirma con la cabeza, se seca la cara y se limpia la chaqueta.

—Sí. Aunque el chubasquero no ha servido de mucho.

Bajo la vista hacia su camiseta. La tela azul marina está adherida a su cuerpo, ceñida a cada centímetro de su pecho y vientre.

La camiseta deja al descubierto una parte diminuta de su cadera y del estómago. Tiene la piel perfecta y unas curvas increíbles. Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta y me vuelvo de inmediato.

El cuerpo de Jordan no se asemeja en nada a los de las chicas de su edad cuando yo era joven, pero eso no cambia que tenga diecinueve años.

Y está con Cole. No conmigo. Tengo que dejar de mirarla.

Dutch se acerca y me pasa la grapadora. Estiro los brazos para fijar la lona de nuevo y Jordan vuelve a pasar por debajo, pone las manos bajo las mías y se inclina para sujetar la tela mientras yo la grapo.

Siento una especie de calor recorriéndome la piel, pero intento no pensar en ello.

—¿Necesitas eh... que te lleve a casa? —pregunto—. ¿Hoy no tienes clase ni nada por el estilo?

—Estamos en horario de verano —contesta subiendo la mirada hacia mí—. Este cuatrimestre solo tengo una clase y es mañana. Donde sí debo estar es en el bar, pero más tarde.

Me pregunto cómo va a trabajar (o a la universidad) y cómo vuelve. Cole empieza a las diez y no sale hasta las seis, y el coche de Jordan no funciona. Por cierto, tengo que pillar algunas herramientas que necesito en casa antes de irnos de aquí. Quizá, cuando llegue, pueda ayudar a Cole a arreglar el Volkswagen de su novia.

Después de casi una hora, lo hemos tapado todo lo mejor que hemos podido y hemos guardado el material para que no se estropee. El agua nos ha calado a todos hasta los huesos. Dejo que los chicos se marchen. No me gusta nada perder el tiempo, pero en verano llueve y ya hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos.

Puf, la mitad de los trabajadores ni se ha dignado a venir.

Subo a la camioneta con Jordan y me quito la chaqueta mientras ella, sentada a mi lado, se abrocha el cinturón. Pongo el motor en marcha y espero a que los limpiaparabrisas hagan su trabajo antes de arrancar. Ninguno de los dos dice nada.

De pronto, hay un silencio ensordecedor y me doy cuenta de que, durante las últimas dos horas, la lluvia ha sido tan intensa que no se oía nada a no ser que la otra persona gritara. Tampoco oía ningún movimiento a no ser que, quien se moviera, fuera yo. Ahora mis oídos buscan un sonido instintivamente. Lo que sea.

Las gotas aporrean la camioneta como si fueran balas de goma. El cuero del volante rechina entre mis manos. El ruido del agua al entrar en contacto con los neumáticos cuando me incorporo a la autopista mezclado con el ruido del motor parece una nana.

Pero sigue habiendo demasiado silencio.

Jordan respira profundamente por la nariz.

Su chubasquero chirría cuando pone las manos debajo de las piernas.

Oigo un ligero taconeo y desvío la mirada hacia el suelo. Está moviendo sus Converse con suavidad.

Se humedece los labios y yo me estremezco. «Dios mío.»

Me inclino para encender la radio. Cualquier distracción bastará.

No entiendo por qué estoy tan irascible hoy. «Sí, sí que lo entiendo.» Me he despertado con una llamada de Lindsay y ella es la última persona con la que quiero hablar a primera hora de la mañana.

Es fácil echar de menos lo feliz que era cuando tenía la edad de Cole y Jordan. Me lo pasaba bien con cualquiera que se dejara sobar, sin pensar demasiado en las decisiones que tomaba. Pero, al poco tiempo de conocer a Lindsay, todo cambió. Había dejado embarazada a una chica a quien casi no conocía. Una mentirosa compulsiva y experta en manipular a los demás.

Y cuando me fui, dejé a Cole con ella. Nunca le di una oportunidad.

La llevé a los tribunales, por supuesto, e intenté obtener la custodia, pero, por aquel entonces, los jueces consideraron que lo mejor sería que se quedara con su madre. Lindsay sabía cómo caer en gracia. Quería quedarse con Cole porque así cobraría la manutención. Una manutención que, evidentemente, pagué yo.

A Cole le tocaba estar conmigo algunos fines de semana, y, cuando debía devolvérselo a su madre, me sentía como si estuviera en la cárcel. Ella lo tergiversa todo y eso mismo hizo con nuestro hijo. Cuando cumplió diez años, si yo tenía que hablar con Lindsay, él se ponía delante y me echaba las culpas a mí.

A los catorce dejó de querer verme cada dos fines de semana; y ahora somos casi como dos extraños. Solo me llama si necesita dinero.

Sacudo la cabeza para hacer desaparecer estos recuerdos.

—¿Quieres poner una cinta? —le sugiero a Jordan.

No me vuelvo para mirarla a los ojos, pero veo que inclina la cabeza hacia mí.

—¿Una cinta? En plan, ¿un casete?

Fija la mirada en la radio de la *pick-up* y abre los ojos de par en par. La sorpresa le ilumina la cara. Casi me dan ganas de reír.

¿No se había fijado de camino a la obra?

—¿En serio es un radiocasete? —suelta.

Se inclina hacia delante, lo toca como si fuera una antigüedad preciosa y pulsa «Eject». La radio escupe una cinta con unas letras blancas que no he escuchado en la vida.

La saca, la sujeta por los laterales y lee el título.

—Guns N' Roses. —Se lleva la mano a la boca como si estuviera a punto de llorar—. Madre mía.

Busca la guantera con la mirada. La abre y se queda observando la hilera de cintas cuidadosamente ordenadas que hay antes de ponerse a leer los nombres de los grupos.

—Deep Purple, Rolling Stones, Bruce Springsteen, John Mellencamp, ZZ Top...

Y entonces parece que ha dado con algo que la fascina porque alarga la mano y saca el casete de Def Leppard.

—*¿¡Hysteria!?* —grita—. Han dejado de hacer este álbum. ¡Ahora solo queda la versión en directo!

Levanto las cejas. No entiendo por qué está tan contenta.

—Si tú lo dices, será verdad —digo feliz de verla tan entusiasmada—. Esta camioneta era de mi padre. Los casetes son suyos. Todavía no he podido sacarlos de aquí desde que... falleció hace unos años.

Acabo de darme cuenta de que Jordan es la primera persona que ha tocado la cinta de Guns N' Roses desde que mi padre la puso en el radiocasete.

Vuelve a mirar la colección de la guantera.

—Vale, supongo que es algo bueno —murmura—. Está claro que no tienes ni idea de lo que tienes aquí y, de haberlos sacado, habrían acabado en el fondo de un cubo de basura. Madre mía. Tu padre era un buen tipo.

Sonrío. Tiene razón. Con cuidado, vuelve a guardar la cinta de Guns N' Roses en su caja y saca la de Def Leppard.

—¿Puedo? —pregunta señalando la radio.

Río por la nariz y cambio de marcha mientras nos adentramos en la carretera.

—Claro, tú misma.

Escuchamos un par de canciones de camino a casa. He decidido coger el atajo que hay después del puente del ferrocarril que pasa por el río y que ahora queda a nuestra derecha.

—Ostras, mira —dice.

Reduzco la velocidad y sigo la dirección de sus ojos. A través de la ventana del copiloto se atisba el río, que ha crecido considerablemente. En lugar de los seis metros que suele haber entre el puente y el agua, ahora esta corre amenazante justo por debajo de la plataforma. Por suerte, ya no llueve tanto, o sea que el caudal no debería aumentar más.

Vuelvo a acelerar para llegar a casa.

—Ha sido divertido —afirma Jordan—. Lo de hoy, quiero decir.

Arqueo las cejas y la miro un segundo.

—A ver... —Pestañea y se corrige—. Divertido quizá no. O sea, espero que no se te haya retrasado mucho el proyecto y que no hayas perdido dinero, pero... —Toma aire y luego lo

expulsa, mirando a través de la ventana de nuevo—. Ha habido un par de ocasiones en las que casi he sentido que mi vida corría peligro.

Suena demasiado alegre para lo que acaba de decir, y, a juzgar por su tono de voz, sé que está sonriendo.

—¿Y eso te parece divertido? —pregunto.

Lleva la vista hacia delante y se encoge de hombros. Su sonrisa la delata y yo me río por lo bajo.

—Sí, ha sido divertido. Gracias por ayudarme. Luego te digo cuándo habrá otra tormenta, para que puedas ir preparándote —bromeo.

—Guay.

Sigo conduciendo por la autopista y giro a la izquierda, adentrándome en nuestra silenciosa ciudad. Luego tuerzo a la derecha para llegar a mi vecindario, ufano por primera vez en todo el día. Es maja. Espero que Cole no la cague, porque es evidente que esta chica sería una buena madre y estaría a su lado. En lugar de arrebatárselo todo, podrían construir una vida juntos.

Y, por alguna razón, me alegra que Jordan se haya divertido. En mi familia, nunca nadie se ha interesado demasiado por lo que hago (ni tampoco se han enorgullecido de ello). Mi madre me quiere, eso sí, y mi padre también me quería, pero me presionaron mucho para que fuera a la universidad. De hecho, esa era la idea hasta que llegó Cole.

Para ellos, siempre fue una decepción que me quedara aquí y trabajara en algo en lo que tenía que utilizar más la fuerza que la cabeza.

Incluso después de haber fundado Lawson Construction (mi propia empresa) y de haberme construido una casa, seguían mirándome como si eso no fuera suficientemente bueno. Y yo sabía que de nada serviría lo que pudiera decirles. Ya habían perdido la esperanza.

Tampoco es que odiaran lo que hacía o que no les gustara el hombre en el que me había convertido, pero les sabía mal que me hubiera perdido otras oportunidades y no dejaban de preocuparse por la felicidad de su hijo. En lo que no habían caído es en que yo ahora tenía mi propio hijo y, para mí, su felicidad era lo primero.

En realidad, disfruto muchísimo con la mayoría de las cosas que hago. Paso horas al aire libre a diario, me da el sol, hago ejercicio... Es una buena vida. Y duermo tranquilo por la noche. Me gusta que alguien más lo disfrute tanto como yo.

—Se ha acabado lo bueno por hoy —continúa Jordan—. Nada superará esto.

—¿Superar el qué? ¿Empaparte bajo la lluvia?

—Y jugar con el barro.

Sonrío y, mientras entro en nuestra calle, niego con la cabeza.

—Lo de hoy no cuenta como jugar en el barro.

—Ah, ¿no es como hacer *mudding*? —pregunta mirando hacia mí—. Porque la camioneta está tan sucia por eso, ¿no? ¿Porque conduces sobre barro?

Me río, paro el coche y la miro.

—Mira, jovencita, si vieras su verdadero color, querría decir que no la estoy usando bien. ¿Me sigues?

Pone los ojos en blanco y abre la puerta del vehículo. Nos bajamos los dos y nos dirigimos a mi casa.

Ahora que lo pienso, si hoy no le ha importado mojarse y ensuciarse, probablemente le encantaría conducir sobre barro. Yo hace mucho que no lo pruebo. La camioneta está sucia porque nunca la lavo, no por otra cosa.

—¿Has hecho *mudding* con Cole alguna vez?

—Sí, le llevé algunas veces cuando era pequeño.

Adelanto a Jordan para llegar primero a la puerta del porche, la abro y la sujeto para que pueda entrar ella antes. Sin embargo, se vuelve y me mira.

—Quizá la próxima vez podamos ir los tres —sugiere—. Eso sí, conduzco yo. No te importa que conduzcan otros, ¿no?

—No. Para eso están las camionetas. Si quieres conducir tú, adelante. Yo me limitaré a abrocharme el cinturón.

Sonríe dulcemente y se me queda mirando un segundo. Hay algo en su expresión que no logro descifrar. ¿Habré dicho algo malo?

La observo un momento. Sus ojos parecen de acuarela y son de un azul oscuro que se va aclarando cuanto más se acerca a la pupila. Aparto la vista y carraspeo.

—¡Jordan! —grita de repente Cole desde el piso de arriba—. Vida, ¿estás en casa? ¡Ven aquí!

Cruzamos una breve mirada y Jordan se aparta a la vez que me dedica una sonrisa a modo de disculpa.

—Tengo que prepararme para ir a trabajar. Gracias por dejar que te ayudara.

Asiento y, sin moverme, contemplo cómo cruza el salón y desaparece escalera arriba. Un sentimiento extraño se apodera de mí mientras la sigo con la mirada. ¿Cómo será con Cole? ¿Y él con Jordan? ¿Será bueno con ella?

Me quedo plantado en la entrada y oigo como se cierra la puerta de su habitación en el piso de arriba. Está en su cuarto, con él. De golpe, el ambiente de la casa es más pesado. Hay un aire cargado y sofocante que no me deja respirar. No quiero entrar. Qué más da que esté empapado.

Dejo las llaves en la mesa que queda a mi izquierda, donde descansa la llave del coche de Jordan. La cojo, salgo de nuevo y cierro la puerta antes de bajar la escalera de la entrada para ir al garaje, a mano derecha.

—Tienes compañía, ¿eh? —dice alguien.

Levanto la mirada y diviso a Kyle Cramer en su porche, con una taza de café en la mano. Está resguardándose de la lluvia; ahora no es más que sirimiri.

Lo saludo con la cabeza, pero no contesto. Nunca me ha caído bien y tampoco me he preocupado por ser amable con él. Imagino que ya se habrá dado cuenta.

La verdad es que me da igual. Me pongo de mala leche solo con verlo. No es que me moleste

algo en concreto; es solo un cúmulo de cosas que ha ido haciendo a lo largo de los años: cómo trataba a su mujer, que la engañara y nunca estuviera en casa, que se quedara la casa después del divorcio y mandara a su ex y a sus hijos a vivir a un piso, y que siempre contrate a niñeras cuando se supone que debería aprovechar los fines de semana para pasar tiempo con sus hijos.

Oye, ¿quién sabe? Quizá luchó por la custodia, o fue ella quien le engañó primero. Nunca podemos saber con total certeza qué ocurre en la vida de los demás. Cole y yo tampoco somos un ejemplo de nada. A fin de cuentas, ¿quién soy yo para juzgar a otro?

De todos modos, ese tipo sigue sin caerme bien. Se cree mejor porque trabaja en una oficina y participa en triatlones.

Y ahora parece que me muero de envidia. «Perfecto.»

Pongo el código en el panel que hay a la derecha de la puerta del garaje, me aparto y espero a que se abra. No guardo ningún coche dentro y tengo espacio suficiente para utilizarlo como taller.

Aquí tengo mis herramientas, un compresor de aire, otra nevera, un par de bancos de trabajo y una mesa que está repleta de piezas de automóviles que, por hache o por be, han acabado en mi garaje con el tiempo. El coche de Jordan está en la entrada, pero sé que tendré que venir a por algunas cosas una vez haya abierto el capó. A Cole no se le da mal reparar coches, pero soy consciente de que, si la idea es que vuelva a funcionar, van a tener que poner dinero, y de eso no tienen. Ya le echaré yo una ojeada.

—¿Qué hay, tío?

Vuelvo la cabeza y veo a Dutch acercarse. Lleva ropa seca y una cerveza en la mano, como de costumbre, porque tiene una neverita en la parte trasera de su *pick-up*.

—Ey.

Me quito la camiseta, que sigue mojada, y la tiro sobre uno de los bancos de trabajo. Saco un gato de debajo de una mesa, salgo del garaje y me dirijo al Volkswagen verde descolorido de Jordan. Dutch coge una silla de jardín y la acerca al coche.

—¿Mañana a las cinco? —pregunta.

—Ajá.

Dutch ya sabe que, como hoy hemos perdido horas de trabajo, mañana toca madrugar.

—Los chicos han pensado que podríamos ir un rato al Grounders para tomarnos unas birras y escuchar un poco de música —me informa—. Con este tiempo, tampoco podemos hacer mucho más.

Giro la llave inglesa a la vez que lo miro.

—¿Al Grounders? ¿Desde cuándo vais allí? ¿Han cerrado el Poor Red’s?

—No —se encoge de hombros—, pero se acaban de enterar de que ahí trabaja un bombón.

Lo miro. Dutch sonríe y señala mi casa con la cabeza.

—Anda, cállate. —Aprieto la llave inglesa—. Es la novia de mi hijo. Dejadla en paz.

—¡A mí no me mires, que estoy casado! —Levanta las manos, defendiéndose.

—No quiero ni que la miréis —advierto mientras me levanto y suelto la herramienta. Vale, yo lo he hecho, pero no tenía ni idea de quién era cuando la conocí. Me limpio las manos con un trozo de tela—. ¿Entendido? Dejad a la muchacha tranquila.

Dutch se ríe, se deja caer en la silla y echa la cabeza hacia atrás.

—Currando en ese bar, estoy seguro de que esa muchacha, como la llamas tú, ya ha tenido que lidiar con las miraditas de muchos tíos. Y dudo que le importara tener que apañárselas con unos cuantos más esta noche.

Esas palabras la hacen parecer una prostituta, pero supongo que tiene razón. Jordan ya debe de saber cómo deshacerse de las atenciones que no desea, sobre todo si trabaja en un antro como ese.

Aun así, no lo veo. La chica tiene boca, puede defenderse, pero sigue siendo bastante inocente y dulce. Imaginarla en ese ambiente me resulta imposible.

—Hola —nos interrumpe una aguda voz femenina.

Me inclino y miro por encima del capó para descubrir a la misma joven que ya vi aquí anoche. ¿Cómo se llamaba?

—Pike, ¿no? —pregunta con una mano en el pecho—. Soy Cam, no sé si te acuerdas. Soy la hermana de Jordan.

Dutch se la queda mirando con la boca ligeramente abierta.

—He venido para acercarla al trabajo —explica Cam antes de que sus ojos desciendan por mis brazos y mi abdomen—. Bonitos tatuajes, tío.

Con un resplandor en los ojos, asiente con la cabeza en señal de aprobación. Me fijo en que ella también tiene algunos en la parte superior del brazo y un ave fénix en el costado del tronco, aunque este solo puedo verlo porque entre la ropa que lleva e ir desnuda hay poca diferencia: una minifalda negra y un top corto que le llega justo por debajo del pecho.

«¿Dónde coño está tu padre? De verdad...»

Detrás de ella, aparcado en la acera, hay un Mustang descapotable blanco casi nuevo con otras dos chicas dentro. A juzgar por lo que aprecio, van todas vestidas más o menos igual. Llevan el pelo peinado con volumen. Me guiñan un ojo y puedo sentir la brisa que origina su pestañeo desde aquí.

Y entonces caigo en algo. Vuelvo a mirar por encima del capó.

—¿Trabajáis todas juntas? ¿Con Jordan?

—No, nosotras trabajamos en The Hook.

Dutch hace un ruido como de gárgaras y me doy cuenta de que se ha atragantado con la cerveza. Tose y ríe antes de aclararse la voz.

Cam asiente.

—Sí, tú ya sabes cuál es —bromea.

Dutch suelta una risita y veo cómo se pone rojo.

—Puede que lo frecuentara alguna vez cuando era joven.

The Hook es un club de estriptis que hay en el centro y que no queda muy lejos del Grounders.

—Jordan no trabaja ahí, ¿no? —pregunto.

A ver, supongo que podría tener dos trabajos, pero, si me cuesta imaginarla detrás de la barra del Grounders, no quiero tener que imaginármela currando en The Hook.

—Oh, no —se apresura a responder Cam—. Aunque no es porque mi jefe no le haya ofrecido la posibilidad de trabajar como camarera allí... Lleva un año detrás de ella, pero Jordan es tímida. —Y acompaña esta última información con un guiño que no tengo muy claro qué significa.

¿Cómo que tímida? ¿Es que tendría que ponerse algo parecido a lo que llevan las bailarinas incluso para estar sirviendo detrás de una barra?

«Eh... no.» Imaginarla en The Hook, con todos los tíos que entran ahí con un único objetivo me pondría enfermo. ¿Sabrá Cole lo de esta oferta? No creo que le hiciera ni pizca de gracia que ella la aceptara.

No me da tiempo a seguir pensando en eso porque Jordan se acerca al porche y cruza el césped en dirección a su hermana.

—Deja de hablar de mí —le advierte mientras se pasa la correa del bolso por delante del pecho. Cam, sin embargo, le lanza una miradita juguetona.

Jordan pone los ojos en blanco en señal de protesta, un gesto casi imperceptible. El corazón me palpita de una forma más bien dolorosa cuando me fijo en su vestimenta.

Miro a otra parte.

Por alguna razón, la forma en la que he juzgado a Cam por la ropa que lleva no se aplica a Jordan, aunque sea un poco más joven que su hermana. Lleva unos pantalones vaqueros azul oscuro que son muy cortos y de cintura baja, y una camiseta negra que le deja toda la tripa y un hombro al descubierto. Lleva el pelo suelto, los rizos le cuelgan por la espalda, y se ha maquillado con un lápiz de ojos oscuro y una sombra del mismo color, que logra que el azul de su iris resalte igual que lo hace el reflejo de la luna en el mar por la noche.

Me pregunto si se ha puesto las Converse otra vez, pero para descubrirlo tendría que bajar la vista hasta el final de sus piernas y ahora mismo no me resulta nada fácil. Aparto la mirada y sigo arreglando el coche.

Un sentimiento de culpa se apodera de mí. «Está con Cole.» Él la besa. La abraza. La hace sonreír. Yo no soy quién para opinar sobre ella, y menos aún si tiene que ver con dónde trabaja o cómo se viste. Pero es que me sigo sintiendo como ese día en el cine, como cuando era una mujer joven con la que me lo pasé bien hablando, sin terceras personas de por medio. Una parte de mí sigue pensando que la conocí primero, aunque en el fondo sé que no es así.

—Hoy me toca doble turno —dice, y supongo que habla conmigo—. Saldré tarde, pero ya tengo llave.

Asiento y me coloco bien la gorra sin mirar a nadie.

Hay un breve momento de silencio antes de que Jordan se vaya alejando.

—Os veré a los dos luego —sentencia.

—¡Gracias por ayudarnos antes, cielo! —le grita Dutch.

Levanta la mano y se despide de las chicas. Se oyen unas risitas antes de que el coche arranque. Sigo con lo mío sin pensar en lo insegura que es esa zona de la ciudad por la noche o la ventaja de trabajar detrás de una barra donde los clientes no pueden ponerle las manos encima, cosa que está bien. En realidad, tiene un buen trabajo. Gana más de lo que ganaría en el Burger King o siendo teleoperadora. Tanto ella como Cole se irán de casa enseguida.

Con razón el capullo de Mick quiere convencerla para que trabaje en The Hook. Por el amor de Dios. ¿Tal y como iba ahora vestida? Los hombres pagan muchísimo dinero por estar con una chica joven y que esté buena, pero más aún si es una chica joven, que está buena y es hija de un granjero.

Estoy desenroscando, lavando y volviendo a fijar los tornillos, pero me doy cuenta de que me duele la mano. Tengo los músculos cansados. Lo dejo, me pongo de pie, me enderezo y me crujo los nudillos de los dedos.

Y, en esas, veo a Dutch observándome de reojo. Desvío la vista hacia él y me quedo mirándolo.

—¿Qué? —pregunto.

¿Por qué me mira tan fijamente?

Sonríe con picardía y niega con la cabeza.

—Nada.

4

Jordan

—¿Me pones un *fuzzy navel*?

Levanto los ojos y veo a April Lester en la barra, entre Grady Jones y Rich Hensburg, mirándome expectante. Asiento y termino de colocar los vasos de licor que acabo de lavar en su sitio. Luego me vuelvo y cojo la botella de aguardiente.

—Bueno, ¿vendrás conmigo a casa o qué? —le pregunta Rich a April frunciendo el ceño de forma escéptica.

Grady ríe por lo bajo con disimulo y yo sonrío para mis adentros. Molesta, April se vuelve sin más.

Los tres frecuentan el Grounders. April suele irse a casa acompañada y todo el mundo lo sabe. Rich, sin embargo, finge ir medio en broma para no quedar mal cada vez que lo rechaza. Por lo que parece, solo les pone pegas a los señores mayores. Cualquier otro tío le parece bien. Y supongo que a él no le hace ningún mal seguir intentándolo. Quizá alguna noche tenga suerte.

No es que tenga nada en contra de April, solo faltaría. Al fin y al cabo, es una buena clienta y deja propinas generosas. Lo que no puedo evitar es vigilarla cuando Cole está cerca. La he visto ligar con hombres casados; no creo que le suponga un problema ir a por el novio de alguien.

Acabo de añadir el zumo de naranja y pongo una servilleta antes de dejar la bebida encima. Coge una pajita y luego el vaso.

—Gracias —canturrea antes de darse la vuelta y dar un sorbo al cóctel de camino a su reservado.

Se sienta con otros dos hombres que ya he visto alguna vez por aquí.

A veces me recuerda a mi madre. No sé muy bien por qué, no se parecen en nada. Mi madre era rubia (es rubia) y April, morena. Quizá es castaña, pero tiene el pelo tan oscuro que casi parece negro.

Deben de tener más o menos la misma edad. April ronda los cuarenta y se viste como recuerdo que lo hacía mi madre: faldas cortas, camisetas de tirantes holgadas de seda, joyas y tacones de quince centímetros.

Igual que Cam. Mi hermana ha heredado el estilo sexi de mi madre.

Me pregunto si mamá habrá sentado ya la cabeza con alguien o si aún necesita esa libertad

que tanto anhelaba cuando yo tenía siete años. No la echo de menos y casi no la recuerdo, pero a veces me pregunto qué será de su vida.

Me doy la vuelta y sumo el *fuzzy navel* a la cuenta de April. Luego cojo un paño para seguir secando copas.

De repente, se abre la puerta de la entrada y retumba una voz:

—Joder, aquí no hay ni el Tato.

Levanto la vista y se me ponen los pelos de punta inmediatamente. Mi novio entra al local seguido de algunos de sus amigos; aunque lo que me ha erizado la piel ha sido la voz cantante del grupo, una voz que conozco a la perfección.

Jay McCabe, mi exnovio, camina con arrogancia, como si siguiera siendo el *quarterback* estrella que fue en el instituto y continuara esperando un jodido aplauso. Lo gracioso es que, cuanto más le iba conociendo, menos guapo me parecía. Todo mi cuerpo se tensa y me pongo en alerta con solo saber que está aquí.

Cole camina por detrás con un par de amigos y Elena Barros, que los sigue. Cuando Cole mira a Jay y luego desvía la mirada hacia mí, arquea una ceja y se le dibuja una mueca de desagrado en la cara.

No son amigos; sin embargo, a veces coinciden en algunas fiestas. Supongo que Jay ha decidido venir aquí con su grupito y Cole se ha unido para asegurarse de que estoy bien.

Jay echa una ojeada a la sala y luego clava sus ojos en mí, dejando entrever una media sonrisa. Se me revuelve el estómago y aparto la mirada al instante.

Intento fingir que ya no me afecta verlo, pero creo que él sabe que ha ganado. Después de lo que me hizo, debería estar en la puta cárcel, pero no lo está porque hace dos años yo era una pánfila y tenía miedo.

Ojalá alguien le hiciera daño.

Y aún sería mejor si ese alguien fuera yo.

Cole viene hacia mí mientras sus amigos dan una vuelta por el bar y hablan con algunos conocidos. Levanta el pase y se cuela detrás de la barra. Se me acerca por la espalda con una mirada de disculpa y me agarra de la cintura.

—¿Qué haces? —pregunto con el puño envuelto en un trapo con el que seco la parte interior de una copa.

Noto como se encoge de hombros.

—No te he visto y te echaba de menos.

Suspiro, me río e intento relajarme, aunque sigo tensa.

—Estoy bien. No hace falta que te preocupes cuando estoy trabajando.

Me acaricia el cuello. Los dos sabemos que lo que le preocupa es que Jay esté aquí.

Pongo la mano encima de la suya, paso un dedo por encima de la pequeña cicatriz que tiene en el pulgar y respiro su olor a limpio. Está despejado y muy guapo, mejor que con las pintas que llevaba esta mañana. Nadie sabe cómo deshacerse de la resaca mejor que Cole.

—Ganamos menos si tiene al novio por aquí, ¿sabes? —avisa Shel dirigiéndose a la barra por la parte exterior y dejando una bandeja de copas.

Shel va del rollo de la propietaria del bar en *El bar Coyote*: «Tienes que parecer disponible, pero no estar jamás disponible». El problema es que esto es un bar de mala muerte en una ciudad no muy grande y las propinas nunca serán gran cosa. Esté aquí mi novio o no.

Cole vuelve a acurrucarse en mi cuello y sonrío. Me siento segura contra su cuerpo; es como resguardarme en un muro. Las voces de sus amigos llegan hasta nosotros y cada vez hay más ruido en el bar. Miro el reloj y veo que ya casi es medianoche.

Y es miércoles. Cole tiene que trabajar por la mañana.

Respiro y vuelvo la cabeza para mirarlo.

—Oye, no podemos permitirnos que hoy vuelvas a salir —le digo.

Si lo hace es muy probable que mañana llame a su jefe para decirle que no puede ir y seguirán descontándole dinero del sueldo.

Todavía tenemos facturas sin pagar de nuestro antiguo piso y yo contribuiré, pero ¡no estaría de más que ayudara él también! Como falte otro día, me va a escuchar.

Sin embargo, se limita a mirarme, pensativo.

—No soy tonto, cariño. Sé lo que me quieres decir, ¿vale?

—¿Eres consciente de la suerte que tienes de que no te hayan quitado el carné de conducir? —insisto un poco más.

Lo último que necesitamos ahora mismo es que lo pillen conduciendo bebido, pero Cole tienta a la suerte con mucha frecuencia. Después de todo lo que ha pasado, ¿cómo puede ir tan despreocupado por la vida?

Desvío la mirada hacia nuestras cicatrices y ese recuerdo vuelve a mi memoria.

—¿Qué haría yo sin ti? —me pregunta al oído.

El aire que acompaña sus palabras me hace cosquillas en el oído y me estremezco.

—Hacerte la colada, seguramente.

Cole se ríe y me abraza aún más fuerte.

—Siento ser un fracasado.

—No siempre lo has sido.

Levanta la ceja cuando oye mi pullita y me devuelve a mi sitio, detrás de la barra, con una media sonrisa.

—Algunas cosas sí se me dan bien, ¿no?

Me echa la barbilla hacia atrás y se pierde en mi cuello, besándolo y mordiéndolo con su hábil boca.

Se me ponen los pelos de punta.

—Cole... —susurro.

«Vale, te lo compro. No todo se te da fatal.»

Siempre ha sabido hacerme sonreír y besa bien, pero ojalá lo hiciera más a menudo cuando

estamos en casa. Últimamente casi ni me toca.

Y ahora va y sale.

Vuelvo la cabeza y lo beso. Necesito esa conexión, aunque me separo rápidamente y lo aparto con una sonrisa.

—Aquí no —le riño.

Me doy la vuelta, recojo un par de botellines de cerveza de la barra y los tiro a la basura.

—Lo siento mucho, en serio —me susurra al oído—. No quería que nos echaran del piso ni que tuviéramos todo este lío con mi padre.

Asiento con la cabeza; no me cabe duda de que lo dice en serio. Es un buen tío; yo sé cómo es en sus mejores tiempos. Ahora está estancado, pero estuvo a mi lado cuando nadie más lo hizo y quiero creer que volverá a espabilarse.

Miro a Jay y me acuerdo de que Cole fue el único amigo que tuve cuando lo dejé con ese cabrón. Todos los demás se pusieron de su parte.

—¿Mi padre es majo contigo? —pregunta mientras se aleja y me suelta.

—Claro. ¿Por qué no iba a serlo?

Se encoge de hombros.

—Solo quería asegurarme. En su día fue un poco imbécil. Le puso los cuernos a mi madre muchas veces, por eso no nos llevamos bien. —Hace una pausa—. Te lo digo para que entiendas de dónde viene la tensión que debes notar entre nosotros.

¿La engañó? ¿Por qué no me lo había dicho antes? «Dios mío.»

Pike no parece de esos, al menos a mí no me ha dado esa impresión. Pero la gente cambia y madura; quizá hace veinte años era distinto.

Espera...

—Pensaba que tus padres lo habían dejado cuando tenías dos años —insisto.

Si Cole era tan pequeño, ¿cómo puede acordarse?

—Sí. —Se va alejando hasta el final de la barra—. Lo único que sé es lo que me ha contado mi madre. Por lo que me dijo, no fue algo agradable, así que no me creo nada de lo que dice mi padre. Le gusta mangonear a las mujeres, seguramente por eso sigue soltero.

Bueno, es verdad que su padre parecía atónito esta mañana cuando ha intentado decirme que me quedara en casa y no le he hecho ni caso. Creo que está acostumbrado a que la gente haga lo que él dice. Lo que me acaba de contar Cole parece cierto.

—Vamos a ir a The Cue —dice saliendo de detrás de la barra—. Nos vemos en casa.

—No llegues demasiado tarde —le pido en voz baja.

Mañana no empieza hasta las diez, pero quiero verlo cuando yo llegue de trabajar. Hoy no hemos podido pasar demasiado tiempo juntos.

Cole y sus amigos van saliendo de uno en uno por la puerta y ponen rumbo a The Cue para jugar al billar. Antes de salir, Jay me lanza una mirada mientras rodea a Shawna Abbot con el

brazo. Baja la vista hasta mi pecho y luego vuelve a mirarme lascivamente a los ojos con lo que vendría a ser una cuarta parte de deseo y tres cuartas partes de amenaza.

Hace ya dos años que la cosa va así. Aguanto cualquier mirada asquerosa que me lance por miedo a que se cabree si reacciono. Si no hago nada, me deja en paz, así que me limito a hacer como si no estuviera.

Los dos grupos se marchan decididos a divertirse en otro lugar; sin embargo, antes de que la puerta se cierre, aparece mi hermana con un par de compañeras de trabajo. Todas las personas del bar se las quedan mirando, a ellas y a sus cuerpazos con tops diminutos y tacones.

Suena *The Girl Gets Around*, de Sammy Hagar, y Cam se dirige a la barra. Se agarra al borde de esta y se pone a bailar un poco a la vez que hace *playback* mirándome.

Está fatal.

—¡¿Ya habéis terminado?! —pregunto gritando para que me oiga a pesar de la música y miro el reloj de la pared—. A mí me queda al menos una hora más.

—No importa. —Hace un gesto con la mano mientras se inclina y coge una botella de ron de debajo de la barra y uno de los vasos limpios que tengo delante—. Total, tenemos que calmarnos antes de llegar a casa.

Se pone un poco de alcohol, coge el dispensador de bebidas gaseosas y se acaba de llenar el vaso con Coca-Cola Light.

Saco las pinzas de la hielera y le pongo algunos cubitos en el vaso antes de atender a otros clientes.

Sirvo otra cerveza a Grady y a Rich; relleno la bebida del marido de Shel, que está jugando al vídeo póquer, y preparo tres *cosmopolitan* para unas señoras que han dejado sus respectivas copias de *El libro de los secretos*, de Deepak Chopra, en su reservado: lo hacen cada semana para que sus maridos crean que han ido al club de lectura.

—¿Quieres echarme una mano? —pregunta Shel a Cam—. Tengo que reponer cerveza.

Mi hermana le lanza una mirada no muy amigable, pero se levanta y se pone detrás de la barra. Mi jefa camina pasillo abajo, donde guardamos el refrigerador y la cerveza.

—¡Vacía la jarra de las propinas y empieza de cero! —grito desde el otro lado de la barra para que me oiga mi hermana—. No pienso compartir las mías contigo.

Se ríe, me mira con aires de suficiencia y pone los brazos en jarras. Me doy la vuelta para preparar un *screwdriver* para un cliente y, acto seguido, Cam me planta un generoso taco de billetes delante de las narices.

—Ni que necesitara tu chatarra, mona —responde con arrogancia.

Abro los ojos como platos y miro boquiabierta el fajo de dinero.

—¿Qué demonios...? —Lo cojo y coloco los billetes en forma de abanico; muchos son de uno, pero también le han dado muchísimos de diez y de veinte.

—A eso, guapa, se le llama ganar el alquiler en una sola noche. —Me lo arranca de las manos —. Hemos tenido una despedida de soltero.

Una lluvia de dinero cortesía de un montón de borrachos. Cam se vuelve a colocar el fajo en el bolsillo trasero de los pantalones y frunzo el ceño cuando veo el brillo en sus ojos. Es evidente que gana mucho más que yo. Yo trabajo en un bar; ella, en un club. Cam entretiene; yo sirvo bebidas.

Llegar a casa sabiendo que al día siguiente podrás pagar las facturas debe de ser una sensación agradable. Lo mismo ocurre si tienes que ir al súper y no hace falta que vayas controlando qué pones o dejas de poner en el carrito de la compra.

Levanto la cabeza y la miro a los ojos; sé que está pensando exactamente lo mismo. Si aceptara la oferta de su jefe, yo también lo tendría más fácil.

No ganaría tanto dinero como mi hermana si trabajara de camarera allí, pero cobraría más que ahora.

Sin embargo, aunque currar en The Hook signifique ganar mucha pasta en poco tiempo, allí todo es más complicado. Los hombres miran a Cam como si les estuviera ofreciendo comida gratis, y tiene que aguantar muchas gilipolleces.

Aun así... Estoy cansada de preocuparme por el dinero cada día de mi vida.

Vuelvo a lo mío, pero noto su mirada clavada en mí. Para mi hermana, soy como un hámster en una rueda.

—Cá-cállate —balbuceo.

Cam resopla.

—No he dicho nada. Ni siquiera he abierto la boca.

—Gracias —digo al bajar del Mustang de Cam una hora y pico más tarde.

Reclino el asiento delantero, cojo la cartera que he dejado detrás y aprovecho para echar una ojeada rápida hacia fuera y ver si el coche de Cole está aparcado en la calle.

Nada. Solo está la *pick-up* de Pike.

Niego con la cabeza.

—Mañana no trabajas, ¿no? —pregunta Cam.

Me doy la vuelta.

—No, pero el sábado por la noche sí. Luego te mando mi horario.

—Vale.

Cierro la puerta con un golpe y rebusco en el bolsillo para coger la llave de casa.

—Te quiero. Adiós.

—¡Ah, por cierto! Te he comprado algo —grita Cam a través de la ventana del copiloto, que sigue abierta—. Echa un vistazo en tu cartera cuando llegues a la habitación. Ya me dirás qué te parece.

Me detengo, me vuelvo un poco sin llegar a darme la vuelta y entorno los ojos.

—Otro vibrador no... —me quejo.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe de lo que me regaló el año pasado, cuando cumplí dieciocho. No habría estado tan mal si no me hubiera obligado a abrirlo delante de todos los invitados.

—No es eso —me asegura—, pero sí es algo que puedes disfrutar con Cole. —Señala la casa que tengo detrás, donde todas las luces están apagadas, con la barbilla—. O, eh..., quizá también le guste al hombre de la casa. Al otro hombre de la casa, quiero decir.

Con los ojos puestos en mí, Cam levanta las cejas repetidamente, y yo le devuelvo la mirada, pero con cara de mala leche.

—Ahora ya no me apetece abrirlo.

—¡Buenas noches! —Se ríe antes de alejarse con el coche.

«Idiota.» Adoro a mi hermana, pero la tía sabe cómo hacerme pasar vergüenza.

Después de abrir la puerta principal con llave, entro, la cierro tras de mí, paso el pestillo y echo un vistazo al salón sin encender la luz. Está ordenado. Paso por delante de la cocina, donde solo vislumbro la única lucecita de los fogones que queda a la vista desde donde estoy yo. No veo que haya platos en el fregadero y respiro aliviada. Me encanta llegar y que esté todo limpio.

Subo la escalera y la casa me envuelve con un silencio inquietante. Mientras me adentro por el pasillo a oscuras, levanto la cabeza y veo la puerta de la habitación de Pike, que queda justo enfrente de mí. Está cerrada y no se cuela nada de luz por el umbral.

Abro la primera puerta a la izquierda de par en par y enciendo el interruptor para confirmar mis sospechas: la cama está vacía. Cole todavía está por ahí.

Dejo la cartera, cierro la puerta sigilosamente y me saco el móvil del bolsillo trasero.

Ya estoy en casa. ¿Dónde andas?

Le doy a enviar y espero a que aparezcan los tres puntos suspensivos que indican que Cole está escribiendo.

Sin embargo, pasan unos segundos y no aparece nada en la pantalla. Dejo caer el móvil encima de la cama.

Empieza a currar en ocho horas; más le vale no escaquearse. Como lo haga, que no espere venirse conmigo cuando yo haya ahorrado el dinero suficiente para largarme de aquí.

Me quito los zapatos con los pies y voy hacia la cama, lista para tumbarme y dar un descanso a mis pobres piernas, pero freno en seco porque me acuerdo de que mi hermana ha dicho que tenía «algo» en la cartera. Doy media vuelta, cojo el bolso, abro la cremallera y lo dejo en la cama. Encima de todo, reposa una bolsa de rayas rosa que yo no había metido. Es de Victoria’s Secret.

Desenvuelvo el paquete, hundo la mano en él y enseguida palpo algo de tela. Reprimo un quejido. Todo mi gozo en un pozo. Saco unas braguitas de encaje de color crema y un top que no tiene pinta de cubrir demasiado: tiene gran escote y no es suficientemente largo como para taparme la barriga.

Es bonito, de eso no cabe duda. Y sexi también. Pero es diminuto. Cole disfrutaría lo que no está escrito si llegara un día y me encontrara así en la cama.

A la mierda los preliminares. Lo tendría encima en un segundo.

¿Por qué me ha comprado este conjunto? Mi ropa interior tampoco está tan mal. Además, no necesito que me enseñe cómo mantener a un tío interesado, gracias.

Y entonces veo una hoja de papel no muy grande encima de la cama. Debía de estar entre la ropa. La cojo y la leo.

¡NOCHE DE AFICIONADAS!
¡Mójate! (La camiseta, al menos)
27 de mayo a las 21.00 h
The Hook, en Jamison Lane
Primer premio: ¡300 $!

«Genial.» Río por la nariz y dejo el folleto y la ropa a la vez que niego con la cabeza. Mi propia hermana está intentando corromperme. ¿Qué narices le pasa?

No voy a ir enseñando mis tetas a cada viejo verde de la ciudad para ver si gano trescientos pavos. Puedo trabajar en el Grounders porque algunas de las personas que lo frecuentan me caen bastante bien, disfruto escuchando la música que ponemos y me gusta tener un trabajo donde me dan propina; siempre acabo el turno con un poco de efectivo encima. Donde no me lo pasaría nada bien sería en un concurso de camisetas mojadas, a no ser que estuviera borracha. Y ni así.

Me aseguro de que las persianas estén bajadas antes de quitarme la camiseta y desabotonarme los *shorts* tejanos. Dejo que caiga todo al suelo, me paso las manos por detrás de la espalda y me desabrocho el sujetador. Luego me acerco a la cómoda para coger una camiseta.

Pero entonces me fijo en mi nueva lencería, que sigue en la cama. Igual Cole se arrepiente de no haber vuelto antes cuando llegue y vea lo que se ha perdido.

Me quito las braguitas, me agacho, cojo mi nueva ropa interior y me lo pruebo todo con delicadeza. La taza de café donde guardo los bolis y los lápices descansa en el tocador; me acerco y cojo las tijeras para cortar las etiquetas.

Plantada delante del espejo, me atuso el pelo con las manos y luego me coloco bien la ropa a la altura de las caderas y de los pechos, que ahora están cubiertos por unas copas sin aros. Me doy la vuelta y vuelvo la cabeza para mirar cómo me queda.

No puedo evitar alegrarme al ver mi propio reflejo. Cam no tiene un pelo de tonta, ¿eh? Este color me favorece muchísimo ahora que ya estoy morena. Las braguitas se ajustan a la perfección a mis caderas y el top, aunque no tenga mucha consistencia, me hace unos pechos bonitos y generosos. Me paso la mano por el vientre, plano y suave, y por la curva de mi cintura. Ojalá hubiera alguien aquí para apreciar estas vistas y hacerme sonreír.

Un calor se apodera de mi entrepierna. Es curioso cómo el simple hecho de cambiarnos de ropa puede hacernos sentir completamente distintas. Me bajo uno de los tirantes del top. Me

encanta sentirme así de sexi. Me palpita el clítoris. Ahora sí que tengo ganas.

Vuelvo a subirme el tirante, cojo el móvil y mando otro mensaje a Cole, que aún no me ha respondido.

Amor, necesito que me ayudes con algo. *guiño guiño*

Espero un poco, pero no aparecen los puntos suspensivos. Abro Spotify en mi móvil y pongo *Run to You*, tratando de no hacer demasiado ruido al tumbarme en la cama.

Ahora estoy superdespierta.

Y cachonda.

Cierro los ojos y dejo que la música me envuelva, que la melodía de la canción me corra por las venas hasta llegar a la punta de mis dedos; baje por los muslos y vuelva a subir por la parte interior de mi pierna, encendiéndome el cuerpo hasta que se me pone el pelo de punta. Deslizo una mano hasta mi entrepierna, muevo las caderas y me acaricio. Me hierve la sangre y el corazón empieza a latirme más deprisa a medida que el hormigueo que siento en el clítoris se intensifica.

Gimo cuando siento el roce de mis pezones, ya duros, con el encaje. Me llevo la otra mano hasta un pecho y lo aprieto al mismo tiempo que vuelvo la cabeza a un lado, dejando que el pelo me cubra la cara.

A veces me pregunto si yo podría hacer lo mismo que mi hermana. Cuando veo cuánto dinero gana, y con lo cansada que estoy de tantas preocupaciones y estrés, me planteo si sería capaz de hacerlo.

Me doy la vuelta, me siento encima de las rodillas y me inclino un poco hacia delante con las manos entre las piernas para apoyarme en la cama. Me aprieto los pechos con los brazos, juntándolos, llenando la tela y prácticamente forzándolos a que sobresalgan del top. Dibujo un círculo con la cabeza y el pelo me acaricia la espalda a la vez que empiezo a frotarme al ritmo de la música con los ojos cerrados.

No, no puedo hacer lo mismo que Cam. No quiero tener a un montón de tíos mirándome.

¿Y uno? En plan, uno que sea mi novio. Un hombre que tenga ganas de mí y que no aparte su mirada de mi cuerpo cuando le baile...

Me está mirando. Estoy en una habitación con poca iluminación, subida a un brillante escenario blanco y envuelta por una luz púrpura. Me pongo a cuatro patas, gateando y mordiéndome el labio inferior mientras me inclino. Me abro de piernas, presiono las rodillas contra el suelo y me follo el escenario.

Está al final del todo, muy lejos de mí, pero está ahí. No hay nadie más. Y soy toda suya. Se esconde en la parte más sombría y apoya el hombro en la pared sin dejar de mirarme. Meneo las caderas lentamente, coqueteando con él y provocándolo.

Vuelvo a ponerme de rodillas y me agarro al cabecero para sujetarme y seguir bailando y frotándome. El tirante me resbala por el brazo y me cojo el pecho que ha quedado al aire

mientras lo miro por encima del hombro.

Sujeta un cigarrillo —o un puro— con la mano, y deja que este suelte un hilo de humo. Parece haberse olvidado de él; solo me mira.

De repente caigo en que Cole no fuma, pero esta idea se me va de la cabeza igual de rápido que ha venido.

Quiero que me mire. Quiero que me desee.

Siento su deseo y eso me gusta. Dios, cómo me gusta. «Sigue mirándome.» Me pregunto a qué sabe su boca. ¿Cómo morderán sus dientes?

Se me tensan y se me endurecen los pezones. Ojalá los envolviera su boca.

«Voy a hacer que te corras. Sigue mirándome. Continúa mirándome.»

Me echo atrás y me apoyo en las manos, meneando las caderas cada vez más rápido y con más fuerza. Se me humedece la piel con mi propio sudor mientras me froto la vulva y muevo las nalgas por él.

Solo por él.

—Oh, Dios —gimo cuando siento que llego al orgasmo—. Me corro, me corro...

Pero entonces un portazo resuena por toda la casa. Levanto la cabeza de golpe y abro los ojos. «¡Mierda!»

Me quedo inmóvil y escucho atentamente. El parqué del pasillo crepita. Alguien se acerca y baja la escalera. Salto de la cama apresurada por si es Cole.

No habré despertado a su padre, ¿no? ¡Qué estúpida! ¿Y si la cama crujía?

Siento tanta vergüenza que me ruborizo. Me acerco despacio a la puerta de la habitación y la abro para echar una ojeada. El pasillo sigue a oscuras, pero oigo una conversación y una puerta cerrarse abajo.

Frunzo el ceño. Atravieso el pasillo, me escondo rápidamente en el baño y cierro la puerta. Me acerco a la ventana sin encender la luz y abro una de las contraventanas.

—Claro, no te preocupes. No me importa que me despierten si es por algo así —oigo que dice Pike y, al sacar la cabeza, veo que está de pie al lado de la piscina—. Los bebés son impredecibles. Tómate el tiempo que necesites. Ya nos las apañaremos estos días.

Lleva unos pantalones de pijama gris, pero va sin camiseta. Bosteza y se pasa la mano por el cuero cabelludo. Me relajo un poco. Probablemente lo haya despertado quienquiera que lo haya llamado.

Asiente a la persona con la que está hablando.

—Escríbenos a todos cuando haya nacido. Felicidades, tío.

Suelta una risita y se me relajan los músculos. Qué bien. Menudo bochorno si me hubiese oído.

Me dispongo a cerrar la ventana otra vez, pero veo que coge algo de un plato que hay en la mesa del jardín y se lo lleva a la boca mientras sigue escuchando a la persona que está al otro lado del teléfono.

Permanezco inmóvil, pero los ojos se me abren cada vez más cuando me fijo en que está encendiendo la boquilla de un puro. Un escalofrío me recorre el cuello y se me acelera el pulso. Tiro de la contraventana y la cierro de golpe. Me da igual si me ha oído.

¿Qué coño ha sido eso? Es la primera vez que lo veo fumar. ¿Por qué ha aparecido esto en mi...?

Vuelvo a mi habitación, cierro la puerta y me quito la lencería. Me pongo una camiseta y unos pantalones cortos de chico, apago la música y la luz, y me meto en la cama.

Cam y sus putos mensajes subliminales de mierda. «Muchísimas gracias.»

—Hola, Corinne. ¿Está papá en casa? —pregunto a través del teléfono.

Oigo a mi madrastra caminar hacia la otra punta y abrir una mosquitera.

—¡Chip! —grita con esa voz áspera de haber fumado tantos años—. ¡Es Jordan!

Se cierra una puerta y creo que ahora también se oye la freidora de la cocina. Casi puedo sentir ese granoso linóleo bajo mis pies desde aquí. Cuánto me alegro de haberme pirado de esa caravana, aunque eso signifique que tengamos que depender del padre de Cole.

—¿Necesitas dinero? —me interroga mientras espero a que mi padre se ponga al teléfono—. Porque no tenemos. Tu padre se jodió la espalda hace un par de semanas y no pudo ir a trabajar. Vamos un poco justos ahora mismo.

Pestañeo.

—N-no, yo... —tartamudeo, molesta por su pregunta—. No necesito dinero.

Y, si lo necesitara, ellos serían las últimas personas a quienes recurriría. Mi padre es un manirroto. Esa es una de las razones por las que mamá se fue.

Pero al menos mi padre no nos abandonó.

—¡¿Chip?! —vuelve a llamarlo antes de gruñir a los perros—. Vosotros dos, apartaos de aquí.

Muevo la cabeza. La idea de que debería haberle mandado un mensaje va ganando cada vez más puntos. Si mi padre llega a coger el teléfono, acabaré colgando cabreada porque es igual de amable que esta mujer. Gracias a Dios que, mientras yo aún vivía allí, no hizo de madrastra durante mucho tiempo. Me largué en cuanto pude.

—Solo quería que supierais que me he mudado —la informo—. Por si necesitáis mi nueva dirección.

—Ah, sí, claro. —La oigo inhalar; está fumando—. Te has mudado con Cole y estáis en casa de su padre. Ya nos hemos enterado.

—Sí, yo...

—¡Chip! —Me interrumpe para llamarlo otra vez.

Me tapo los ojos. Se me está acabando la paciencia.

—Da igual —añado—. Solo llamaba para decíroslo. Si papá ya está al tanto, no hace falta molestarlo. Ya... hablaremos en otro momento.

—De acuerdo. —Suelta el humo—. Bueno, cuídate. Te llamaré en una semana más o menos para que vengas a cenar o algo.

Me estremezco y reprimo una risa amarga. No es gracioso. En realidad, da pena. Cuelga sin esperar siquiera a que pueda despedirme. Suspiro y lanzo el móvil a la cama.

Ni mi padre ni mi madrasta son mala gente, pero ninguno de los dos me llamó por mi cumpleaños.

Nunca me pegaron, me insultaron o me dejaron sin comer, aunque podríamos decir que me sentí olvidada. Les costaba conseguir cualquier cosa decente en la vida; esperar que la responsabilidad o la preocupación por sus hijas interfirieran en sus noches de cerveza o bingo era demasiado pedir.

Cuando Cam se marchó y se independizó, ya no tuve con quién hablar. Yo no era nadie en esa caravana y no quiero volver a sentirme así de sola nunca más.

Cojo la libreta que hay en la cama y continúo haciendo los deberes de mi clase de verano. Con el libro abierto delante, aprieto la parte superior del portaminas para sacar más punta.

Alguien llama a la puerta de la habitación. Levanto la cabeza y me pongo un poco tensa.

—¿Adelante? —digo, aunque suena más bien a pregunta.

Cole no llamaría. Debe de ser su padre. ¿Me habré olvidado la ropa dentro de la secadora? ¿Habré dejado el horno encendido? Hago un repaso mental de todo.

La puerta se abre y veo a Pike de pie, con la mano en el pomo y sin moverse del pasillo.

—Voy a pedir *pizza* para cenar. ¿Sabes si Cole llegará pronto?

Jugueteo con el portaminas.

—Han ascendido a uno de sus compañeros en el trabajo y lo están celebrando en la granja de su padre —le cuento—. Seguro que volverá tarde.

Se queda allí un segundo. Es tan alto que casi no queda espacio entre él y el marco de la puerta. Sigo mirándole los brazos, pasando de un tatuaje al otro. Al final bajo la vista y finjo estar concentrada en los estudios.

—¿Y tú no vas a ir? —insiste.

Señalo los deberes que tengo delante con las manos.

Asiente en señal de comprensión.

—Bueno... —Se me queda mirando un momento, dubitativo—. Pero algo tendrás que comer, ¿no? —continúa—. ¿Qué *pizza* te gusta más?

—No, no importa —respondo, negando con la cabeza—. Ya he cenado.

Baja la mirada hasta el plato que tengo en la cama, donde yace un bocadillo de crema de cacahuete a medio comer. Sé lo que está pensando.

—*Ok.*

Se detiene justo antes de cerrar la puerta.

—Sabes que no tienes por qué esconderte aquí arriba, ¿verdad?

Levanto la vista y enderezo la espalda.

—No me escondo. —Río un poco para ver su reacción, pero creo que me ha pillado.

—Ya estás haciendo lo que acordamos —señala—. Estás pagando para poder estar en casa, así que si quieres utilizar la piscina o invitar a alguien o... salir de la habitación, puedes hacerlo.

Me humedezco los labios.

—Lo sé.

—Bien. Bueno, supongo que me zamparé la *pizza* solo. Para variar, sobrará tanta que comeré *pizza* durante días.

Suspira melodramático.

—Pues no la pidas grande —digo entre dientes mientras vuelvo a centrarme en mi libreta.

Se ríe por lo bajo antes de cerrar la puerta. Ha oído mi arrogante comentario.

Estoy segura de que ha pedido muchas *pizzas* en los años que lleva viviendo aquí, sin la compañía de nadie. Está intentando ser amable y que me sienta bienvenida, lo cual es genial por su parte y lo valoro, pero eso no hace que me sienta menos gorrona. No puedo dejar que encima me pague la cena.

Pienso en lo sola que me sentí cuando era pequeña y vivía en la caravana de mi padre, y en lo sola que me he llegado a sentir incluso viviendo con Cole. Quizá Pike Lawson está cansado de estar solo, de comer solo y de ver la tele solo. Yo soy una invitada en su casa y, a lo mejor, le gustaría conocer a la gente que vive bajo su propio techo, ¿no? Sería lo más lógico.

Y puede que yo también me haya hartado de no tener a nadie. A lo mejor incluso sigo con hambre y, a decir verdad, una *pizza* ahora mismo no suena nada mal.

Suelto una bocanada de aire, aparto la libreta de encima de mi regazo y me levanto. Corro hacia la puerta de la habitación, la abro de golpe y me asomo al pasillo.

—¿Pedimos en Joe’s Pizza? —sugiero cuando veo que está a punto de bajar la escalera.

Para y vuelve la cabeza para mirarme.

—Claro.

Hacen la mejor *pizza* de la ciudad sin duda. Salgo de la habitación y cierro la puerta.

—¿Pagamos a medias?

5

Pike

No pagamos a medias ni de coña, vamos. Yo la invité, ¿no? Y si están aquí es para ahorrar, ¿o no? Paso por delante de ella para llevar la comida a la isla de la cocina e ignoro el dinero que me tiende.

Suspira y suelta un pequeño gruñido. Me río entre dientes.

—Mira, la *pizza* la pago yo, ¿vale? Tú solo asegúrate de que no haya ni un trozo de tu queridísima lechuga en mi mitad.

—Ja, ja. —Va hacia la nevera y saca dos refrescos.

Yo soy un tío simple, de los que le gusta la *pizza* con *pepperoni*. Puedo entender lo de las *pizzas* de tacos, pero eso de que también lleven tiras de lechuga hervida ya no. Se las doy todas; que se las coma ella solita.

Separamos los trozos en dos platos. No obstante, antes de ir hacia el salón, me sirve un poco de verde en el plato con unas pinzas.

—Eh, gracias.

—Si te comes primero la verdura, cuando llegues a la *pizza* ya no tendrás tanta hambre —señala—. Es un truco que vi en Pinterest.

¿Pinter qué?

—Así comerás menos *pizza* —continúa—, ingerirás menos calorías y no estarás tan lleno después de cenar.

Ah, muy bien. Bueno, si me importaran las calorías que como, supongo.

Vale. A la mierda. Da igual. Me acerco a la nevera y cojo el aderezo ranchero que guardo en la puerta.

—No —suelta para advertirme de que no lo necesito—. Ya está aliñado con vinagreta de frambuesa.

Me yergo y me la quedo mirando.

Ella solo sonríe y se da la vuelta.

Cojo dos tenedores, le paso uno, y llevo mi plato y mi bebida al salón. Jordan me sigue.

Cuando ya nos hemos sentado, cojo mi tenedor y suspiro antes de clavarlo en la ensalada. Recuerdo lo que me decía mi madre sobre la verdura cuando no era más que un niño: sabe mejor

si tienes hambre cuando te la comes. Me la comeré antes que la *pizza*, tal y como ha sugerido Jordan, y así acabo cuanto antes.

Me llevo el tenedor a la boca. El amargo sabor de las hojas está ligeramente camuflado por ese aliño dulce.

—¿A que está rico?

—No. —Acompaño la negación con un gesto de cabeza—. Me estás matando.

Se ríe.

—Bueno, gracias por probarlo. No hace falta que te lo termines si no quieres.

A pesar de sus palabras, me termino la ensalada. Al fin y al cabo, no me vendrá mal.

Y tampoco es que odie la verdura. Me gustan las mazorcas de maíz y... las patatas y esas cosas. Técnicamente son verduras, ¿no?

—¿Qué estás viendo? —quiere saber.

Miro al televisor y me doy cuenta de que el volumen está muy bajo. Cojo el mando y lo subo.

—*El club de la lucha* —respondo.

—Anda, yo nací el año que la grabaron.

Levanto una ceja sin decir nada. Me pongo a calcular y recuerdo que vi esta película en mi último año de instituto. Sí, efectivamente.

Joder, qué viejo me estoy haciendo. Yo he vivido muchísimas cosas que ella no puede recordar porque o no había nacido o era demasiado pequeña. Me quedo mirando su joven piel y sus ojos llenos de esperanza.

El año pasado esta chica aún iba al instituto.

Nos pasamos las siguientes dos horas comiendo en silencio, absortos en una de mis películas favoritas. No sé si ya la ha visto o no, pero, después de un rato, veo que su plato sigue en la mesa auxiliar, con restos de comida, y ella está sentada en la otra punta del sofá, abrazada a sus piernas y prestando atención a la película.

—Hacen que fumar parezca apetecible de verdad —apunta mientras mira a Marla Singer en la pantalla.

—¿Apetecible?

Carraspea y se sienta.

—Sí, mira a Bruce Willis —explica—. Podría pasarme días enteros viéndolo fumar. Es como si estuviera comiendo; como si se comiera un rico y suculento...

—Bistec —termino la frase por ella porque sé a qué se refiere.

—Exacto. —Sonríe tímidamente—. Es que les pega mucho. Sin el cigarro, no serían los mismos.

—Bueno —suspiro, recojo los platos y me levanto—, tú no empieces a fumar ahora.

—Tú sí fumas.

Me detengo y la miro. Solo lo he hecho una vez desde que han venido a vivir conmigo y no precisamente dentro de casa. Ni siquiera creo que Cole sepa que fumo.

—Vi una colilla en el cenicero que hay fuera —aclara, pues debe de haber advertido la confusión en mi cara.

«Ah.» Voy hacia la cocina con los platos que acabo de recoger.

—Muy pocas veces, pero sí. Me gusta cómo huele.

—¿Por qué? —Se levanta del sofá, coge las latas vacías y las servilletas y me sigue.

—Me gusta y ya. —Enjuago los platos antes de meterlos en el lavavajillas—. Mi abuelo fumaba y...

De primeras, compartir esa historia con ella me ha parecido algo natural, pero de repente ya no me parece tan buena idea.

—¿Y...? —insiste.

Me limito a mover la cabeza, cierro el lavavajillas y lo enciendo.

—Me gusta el olor, sin más —contesto bruscamente.

No entiendo por qué ahora me cuesta hablar con ella. No es que la historia esconda algo misterioso. Mi abuelo era increíble y yo tuve una infancia maravillosa, pero, cuanto más mayor me hago, más me alejo de como me sentía a los ocho años. A esa edad, tenía la sensación de estar en un lugar que me encantaba y de experimentar algo único.

Felicidad.

Fumo un cigarro de vez en cuando para regresar a esa época, pero no me siento cómodo compartiendo esta información con cualquiera.

Sin embargo, es curioso que haya estado tan cerca de decírselo a Jordan hace un minuto.

Siento su mirada clavada en mí y, de pronto, me siento incómodo.

—¿Quieres una cerveza? —pregunto mientras abro la nevera y saco dos botellines. Lo que haga falta con tal de cambiar de tema.

—Eh... Venga.

Las abro y le paso una antes de mirarla a los ojos. Esos ojos tan jóvenes, tan azules y tan de chica de diecinueve años. «Joder.» Ya se me había vuelto a olvidar que es menor de edad.

Qué más da. Cojo mi botellín y salgo de la cocina. Trabaja en un bar, ¿no? Seguro que algún cliente le ha pagado ya algún chupito.

Vuelvo a apalancar el culo en el sofá y dejo que mi brazo cuelgue por el respaldo del asiento mientras bebo. Aún faltan unos cuantos minutos para que termine la película. Jordan se sienta al otro lado para acabar de verla, pero a mí me está costando concentrarme.

Y tampoco creo que ella la esté viendo.

Algo ha cambiado. Hemos ido encauzando la conversación hasta que, de pronto, ha dejado de fluir. Y la culpa es mía. Soy frío. En algún punto entre que rompí con Lindsay y me sobrevino el caos, dejé de saber cómo abrirme con los demás. Me acostumbré demasiado a estar solo.

Arrugo la frente. No quiero que me evite solo porque no soy capaz de mantener una puñetera conversación. Es la novia de Cole y no quiero que haya otro motivo más que me separe de mi hijo. Jordan podría ayudarnos.

—¿Tienes la intención de quedarte en la ciudad cuando termines los estudios? —quiero saber.

Me mira y se encoge un poco de hombros.

—Aún no lo sé. Todavía me faltan algunos años para terminar —explica—. No me importaría quedarme aquí siempre y cuando pudiera irme de vacaciones de vez en cuando. —Ríe—. Lo que no quiero es trabajar el resto de mi vida en algo que no me permita aspirar a más, ¿me explico? Pero, si puedo encontrar un curro por esta zona, me gustaría poder quedarme para estar cerca de mi hermana y mi sobrino, al menos durante un tiempo.

Hay muchísimo trabajo en el sector de la construcción, tanto aquí como en la periferia. Por eso me ha resultado fácil quedarme todos estos años. Si lo que le gusta es el paisajismo, tiene muchas posibilidades de poder seguir por aquí.

—¿Has viajado alguna vez? —pregunto dirigiendo la vista hacia ella.

Enmudezco de repente. He olvidado de qué estábamos hablando. Bajo la mirada hasta su culo; está de espaldas porque se ha inclinado hacia el reposabrazos del sofá para dejar la cerveza. Lleva unos pantalones cortos que se ciñen a las curvas de su cuerpo. Tiene las rodillas un poco separadas y, por un segundo, mis ojos se deslizan hasta el hueco que queda entre sus muslos.

El calor se acomoda en mi ingle y siento palpitaciones en la polla.

«Mierda.» Aparto la mirada.

Me cuesta respirar y empiezo a notar cierto sudor en el cuello. ¿Qué coño ha sido eso?

«Puede que no parezca tan joven, pero lo es.» Es una niña. ¿Qué hostias estoy haciendo?

Vuelve a sentarse y yo me llevo el botellín a la boca. Le doy otro trago a la bebida para que no se me noten los nervios.

—No mucho —responde.

¿Qué le había preguntado? Ah, sí, lo de viajar.

—Fui a Nueva Orleans con mi hermana cuando tenía quince años y antes me dieron una beca para ir a un campamento de verano en Virginia, a los doce. Y ya está.

—¿Fuiste a Nueva Orleans con quince años? —bromeo. Tuvo que ser una experiencia interesante.

Una sonrisa melancólica se dibuja en sus labios, pero desaparece enseguida.

—Mi madre vive allí —aclara.

Ah, sí, claro. Su padre es Chip Hadley. No presto demasiada atención a los cotilleos, pero sé que se ha casado un par de veces.

Jordan carraspea y se endereza.

—Se marchó cuando yo tenía cuatro años.

¿Cuatro? ¿Qué clase de persona es capaz de dejar a una niña tan pequeña?

Jordan se queda sentada en silencio, como si estuviera pensando en algo, y yo siento la necesidad de rodearla con los brazos.

Ahora mismo.

—Cuando mi hermana acabó el instituto, decidimos buscarla —continúa—; y ese mismo

verano hicimos un viaje por carretera para ir a verla.

—¿Y cómo fue?

Se encoge ligeramente de hombros.

—Bien, creo. Trabajaba de camarera, tenía un piso pequeño y hacía su vida. Se alegró de volver a vernos; supongo que porque ya habíamos crecido y no necesitábamos que nos cuidara nadie —añade.

Al final, se decide a mirarme y sonríe con tristeza.

—¿Le preguntaste por qué se fue? —me intereso.

Niega con la cabeza.

—No. En su día quise saberlo, pero, cuando la vi, me dio igual. —Hace una pausa—. Mi madre ya no me caía bien.

Me quedo mirándola en silencio. ¿Será eso lo que le pasa a Cole conmigo?

—Bueno, y tú ¿has estado casado alguna vez? —Su voz suena frágil y entiendo que quiere cambiar de tema.

Me siento bien, cojo aire, cierro los ojos y los pongo en blanco, aunque ella no lo vea.

—La madre de Cole y yo no aguantamos mucho después de que él naciera. Y no sé... Me centré en ver cómo ganarme la vida, cómo labrarme un futuro. Me acostumbré a estar solo.

Me paso los dedos por el cuero cabelludo y finalmente descanso la cabeza en mi mano. Luego dirijo los ojos hacia ella. Parece dudosa y me observa con una mirada escéptica, como si no se creyera que esa es la razón por la que sigo soltero.

—Tuve distintas oportunidades para casarme —prosigo—, pero supongo que, ya en el instituto, siempre fui uno de esos que no querían ser del montón y hacer lo que se suponía que debía hacer, ¿me entiendes? Graduarme, buscar trabajo, casarme, tener hijos... y morir.

Río por lo bajo. Sorprendentemente, ahora las palabras me salen solas.

—Mi abuelo, el que también fumaba cigarrillos —aclaro—, murió cuando yo tenía nueve años, pero todavía recuerdo la fiesta que montamos en casa cuando mi padre acabó los estudios. Tenía treinta y pico años y fue el primero de la familia en graduarse en la universidad. Fue un acontecimiento importante para nosotros. —Jordan se sienta, reclina la espalda en el sofá y sujeta el botellín con ambas manos mientras me escucha—. Creo que yo tenía unos seis años por aquel entonces. Mis abuelos también vinieron y todo el mundo hablaba y reía, pero lo que mejor recuerdo es a mi abuelo, que tenía unos sesenta años, medía un metro noventa y tres y pesaba ciento trece quilos, haciendo temblar los cimientos de la casa cuando bailaba al son de *Jump,* de las Pointer Sisters, como si se fuera a acabar el mundo. —Sonríe; es una escena fácil de imaginar —. Mi abuela lo miraba desde la mesa, riendo alegremente igual que todos los demás. —Trago saliva al recordar la gran sonrisa de mi abuela—. Todo el mundo estaba tan contento... A su edad, todavía seguían creciendo, divirtiéndose, haciendo tonterías... —Se me va apagando la voz —. Qué se yo. Supongo que me gustaba.

—Y quieres eso —dice Jordan con un hilo de voz.

Pienso en mis abuelos, que se hacían reír constantemente, y pienso también en todas las mujeres con las que he estado y con las que nunca me he sentido así. Ni siquiera con Lindsay. Seguramente sea incapaz de sentir eso.

—Es que no parecía que fuera algo forzado, ¿sabes? —continúo mirándola—. Pusieron el listón muy alto. Es difícil encontrar a alguien que hable tu mismo idioma.

Baja la vista, pensativa.

Yo sigo hablando, pero cambio de tema.

—Y tú, ¿qué? ¿Alguna idea de cómo quieres que sea tu vida de cara al futuro? ¿Tu matrimonio, tu boda, el día perfecto, el vestido ideal...?

Jordan suspira y da un trago al botellín.

—Lo de la boda me da igual. Yo solo quiero una vida completa y feliz —aclara con la vista puesta de nuevo en el televisor.

«Una vida completa y feliz.»

Encajo esas palabras como un golpe sin tener ni idea de por qué.

Quizá porque yo sigo esperando encontrar lo mismo.

Una semana más tarde, ya tenemos una rutina en casa gracias a la noche de *pizza* y peli.

Cuando bajo por la mañana, Jordan suele estar despierta y me encuentro un brillo distinto al de la noche anterior en las mesas y encimeras. El suelo está limpio, en la nevera no hay ni rastro de comida caducada o de sobras de hace tres días, y los utensilios de cocina están impecables.

Además, todo huele muy bien. A veces es porque Jordan ha preparado magdalenas o tortitas, y otras, porque ha encendido velas aromáticas, lo que ya ni siquiera me importa. Prepara el café en una prensa francesa, y me gusta tanto que incluso he dejado de utilizar mi cafetera Keurig.

Todo lo que Cole haya podido dejar en el salón la noche anterior —como sus zapatos o una lata de refresco, por ejemplo— ha desaparecido. Ya ni recuerdo cuándo fue la última vez que vacié el lavavajillas. Y en ningún momento se me pasa por la cabeza que sea gracias a mi hijo. Por lo que veo, diría que se ha convertido en un holgazán y yo ni siquiera me había dado cuenta del cambio.

A medida que iba creciendo, cada vez quería que pasáramos menos tiempo juntos. Ahora, cuando veo cómo trata a Jordan, me acuerdo de cómo era su madre conmigo. Es descuidado, y eso hace que tenga que apretar los dientes para mantener la boca callada y no dar una opinión que nadie me ha pedido.

Adoro a mi hijo, pero me cuesta creer que se merezca a alguien como ella.

Casi nunca está en casa, excepto para dormir, y, cuando está, Jordan trabaja hasta las dos de la madrugada. Me preocupaba pillarlos montándoselo en el sofá o algo así cuando les ofrecí que vinieran a vivir conmigo, pero, gracias a Dios, sus horarios no son muy compatibles y apenas

están aquí los dos a la vez. Y, cuando coinciden, yo estoy en el trabajo, de modo que no tengo que oír ni ver nada.

Aun así, Jordan está muchas horas sola. Cole no se queda en casa ni cuando ella tiene una noche libre, y no dejo de preguntarme por qué narices lo aguanta. Me parece una muchacha hábil y tenaz, de las que pueden apañárselas solas. ¿Qué los unió? En realidad, es como si Jordan no tuviera a nadie más que a Cole y a su hermana. No han venido ni amigos ni otros familiares a verla, al menos que yo sepa.

Sea como sea, me gusta que esté por aquí, aunque desearía que Cole pasara más tiempo con nosotros. Sonrío cuando cruzo la puerta al volver de trabajar cada tarde y oigo la música de los ochenta a todo volumen; es como si el verano ya hubiera llamado a nuestra puerta. Está bien eso de volver a casa y que no esté vacía, para variar un poco. Incluso me he dado cuenta de que ahora me gusta estar aquí, tanto que incluso salgo del curro a la hora que toca cada día.

Estos últimos días hemos hablado más, me ha preguntado por el trabajo y yo he querido saber qué tal le van los estudios. Esta chica tiene una capacidad asombrosa para hacerme hablar. Le gusta mandar y se le da bien vacilarme o hacerme bromas para que me sienta cómodo.

Podría vivir sin su lasaña de berenjena, de eso no cabe duda, pero, de no estar ella aquí, Cole me evitaría todavía más de lo que ya lo hace y yo no me mordería tanto la lengua delante de él. Me alegro de tenerla en casa.

Bajo la escalera con la bolsa de la ropa sucia apoyada en el hombro. Giro al final de la barandilla y me dirijo al cuarto de la lavadora.

Después de sacar lo mío de la secadora, saco lo que había metido en la lavadora y la cargo de nuevo. Luego enciendo ambas máquinas. Me fijo en la parte delantera de mi camiseta: tiene muchísimo polvo porque esta mañana he estado trabajando en el garaje. La sacudo un poco con las manos y, aunque la lavadora ya se está llenando de agua, la meto antes de cerrar la tapa.

Coloco la bolsa encima de la ropa seca, lo pongo todo en la cesta y vuelvo al piso de arriba. Cuando llego a mi habitación, saco todo encima de la cama y rebusco entre el montón para pillar otra camiseta.

Pero entonces me detengo. Los dedos se me enredan en un diminuto trozo de tela roja que no reconozco. Está dentro de uno de mis pantalones. No hace falta que piense demasiado porque ya sé qué es.

Me quedo tieso.

«Joder.»

Paso el dedo por la pequeña tira y observo el tanga transparente de color rojo que me cuelga del dedo.

—Manda huevos. ¿Cómo habrá acabado esto entre mis cosas? —susurro mientras voy revisando la ropa que acabo de subir para asegurarme de que sea la mía—. ¡Jord...! —la llamo, pero me callo enseguida porque me doy cuenta de que quedaría fatal si viera que tengo su ropa interior. Si me pilla con sus bragas creerá que soy un pervertido. «Santo cielo.»

Suelto el tanga como si de una sartén recién retirada del fuego se tratase.

Cae en mi cama. Me rasco detrás del cuello y siento un ligero velo de sudor en la piel. Mi mente empieza a divagar.

Ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que vi la ropa interior de una mujer en mi cama. Ya sea fuera o dentro.

Y, desde luego, tampoco era un tanga. Una imagen de la inocente y delgada novia de mi hijo con eso puesto se cuela en mi cabeza. Abro los ojos como platos y doy unos pasos hacia atrás. «Joder. Iré al infierno.»

Vuelvo a recogerlo todo y escondo la prenda de Jordan entre mi ropa. Bajaré la cesta otra vez al cuarto de la lavadora y dejaré sus bragas encima de la secadora, o algo así, para que las encuentre.

Al levantar la cesta, oigo el tenue ruido del cortacésped. Viene de fuera. Vuelvo a dejarla y me acerco a la ventana.

Jordan está en el jardín trasero, caminando de un lado a otro mientras empuja mi máquina cortacésped Craftsman de color verde. Pero ¿qué...?

Aprieto la mandíbula. Me estoy empezando a cabrear. Le dije a Cole que se encargara de cortar el puñetero césped. Es su responsabilidad ayudarme con el jardín.

Jordan mueve la cabeza y oigo el agudo zumbido de unas guitarras y el sonido de una batería. Debe de haber puesto música.

Sonrío. ¿Qué espantoso grupo de *rock* de los ochenta estará escuchando hoy?

El sudor hace que su camiseta gris se vuelva más oscura a la altura de la espalda, y, aunque está lejos, puedo ver que algunos mechones de pelo se le han soltado de la coleta y se le han pegado al cuello. Lleva unos pantalones cortos blancos que dejan entrever los músculos de sus piernas, que se tensan cuando empuja la máquina. El sudor hace que le brille la piel. Me concentro en una pequeña zona de su espalda, donde su piel, húmeda, brilla con el sol.

Una sensación cálida me baja por el estómago y la sonrisa se me va deshaciendo a medida que continúo mirándola.

Me he quedado petrificado. No quiero apartar la vista.

Sin embargo, acabo pestañeando, desvío la mirada y trago saliva a pesar de tener la boca seca.

¿No tenía que hacer algún proyecto o lo que sea de sus clases de verano? El otro día dijo algo por el estilo. Que se encargue Cole del maldito jardín.

Me agacho un poco, empujo la ventana hacia arriba para abrirla y saco la cabeza. Cuando me dispongo a llamarla, suelta el manillar, echa la cabeza hacia delante y hacia atrás, y se pone a imitar un solo de guitarra.

La miro, inmóvil. Arrugo la frente, pero la verdad es que estoy a puntísimo de echarme a reír. Y entonces oigo unos gritos a través de los altavoces *bluetooth*:

Pour some sugar on me!

Ooooh, in the name of love!

Jordan hace *playback*, se echa hacia atrás y luego empieza a hacer otros movimientos, bailando y dejándose llevar por la canción.

Vuelve a sujetarse al manillar mientras da cabezazos de un lado a otro, agitando su melena y meneando las caderas. La goma del pelo se le cae y sus rizos ondean sin ton ni son, haciendo que algunos de sus bonitos mechones ondulados le cubran la cara. Está increíblemente preciosa. La veo moverse y el deseo me corre por las venas; me falta el aire en los pulmones. Joder, si estás con una chica así, ¿cómo no te pasas cada minuto del día tocándola?

Reprimo estos pensamientos antes de que sea demasiado tarde y voy a meter la cabeza dentro de la habitación cuando veo a Kyle Cramer, mi vecino, de pie en el balcón de su cuarto.

Está mirando cómo baila Jordan con la vista clavada en su cuerpo.

Mis dedos se agarran con fuerza al marco de la ventana.

«Capullo.» Seguro que sus hijos están en casa y él aquí, mirando a Jordan con lujuria, como un puto depravado.

Intento no pensar en que yo estoy haciendo prácticamente lo mismo. Siento la necesidad de protegerla y de ir a por una escopeta o algo por el estilo. «A esta no la contratas de niñera, baboso.»

De repente, el ruido del cortacésped desaparece y desvío los ojos hacia Jordan justo a tiempo para ver que se acerca a la piscina con la respiración acelerada y empapada de sudor. Se aparta el pelo de la cara, toma aire profundamente y da un paso al frente. Cae en la parte más profunda de la piscina y desaparece bajo el agua, con ropa incluida.

Se me corta la respiración.

Hace calor. Hoy estamos a más de treinta grados y tiene que refrescarse. Lanzo una mirada a Kyle, que está levantando la barbilla para ver si así tiene mejores vistas. Entonces, Jordan sale a la superficie, flotando bocarriba, descansando, con la camiseta pegada al cuerpo como si se tratase de una segunda piel. Debajo de su camiseta, señalando al cielo, se pueden apreciar un par de puntitos no muy grandes y duros. Una sonrisa se dibuja en la cara del jodido Kyle.

«Me cago en la puta», gruño entre dientes. Vuelvo a meter la cabeza dentro de la habitación y cierro la ventana de un golpe.

Salgo del cuarto, cruzo con decisión el pasillo y bajo la escalera a toda prisa. Atravieso la cocina y el cuarto de la lavadora y cruzo la puerta trasera. Jordan está nadando hacia el borde de la piscina.

Jordan pega un salto para salir de la piscina con la ropa pegada a su cuerpo y el agua chorreándole por cada milímetro de piel que queda al descubierto. Kyle, por su parte, sigue mirándola.

Mi vecino desvía la vista hacia mí y le enseño el dedo corazón. Él se limita a reír y a mover la cabeza antes de volver a entrar en su dichosa casa.

Jordan se coge el pelo con las manos, se lo pasa por encima de un hombro y lo escurre. Bajo la vista hasta sus piernas. El agua resbala por su piel morena y cualquiera diría que los

pantalones cortos se le han fundido con el culo.

Me obligo a ponerme serio.

—Jordan —la llamo.

Se vuelve y, cuando me ve, se queda dubitativa un segundo antes de dirigirse hacia mí. Debe de haberse dado cuenta de que no lleva la ropa más adecuada del mundo porque cruza los brazos a la altura del pecho.

—Pensaba que le había dicho a Cole que cortara el césped. —Intento esconder el enfado que siento y que cada vez va a más.

Asiente con la cabeza y coge el agua con hielo que ha dejado en la mesa del jardín.

—Mientras lo hagamos, ya está, ¿no? —Me mira—. ¿Lo estoy haciendo mal?

—Claro que n-no —respondo enseguida; odio lo fácil que le resulta hacerme sentir como un desagradecido de mierda—. Lo estás haciendo bien, pero tú ya estás ayudando bastante. Estás ayudando muchísimo. Es Cole quien tiene que encargarse del jardín. Que busque un maldito hueco para hacerlo.

—No importa. —Le resta importancia a mi comentario y vuelve a dejar el agua antes de darse la vuelta e ir a por el cortacésped—. Así me da el sol y, de paso, hago algo de ejercicio.

—Ya lo terminaré yo —le digo haciendo que pare y adelantándome a coger la máquina.

Sin embargo, Jordan me coge del brazo.

—Yo me encargo —insiste con una mirada fría en los ojos—. En serio. No estamos aquí a pan y cuchillo; puedo hacerme cargo de algunas cosas.

—No. Vestida así, me da a mí que no.

Frunce las cejas hasta prácticamente juntarlas del todo.

—¿Disculpa?

Me acerco y bajo la voz para hablar con ella.

—Mi vecino no se ha movido del balcón y ha seguido cada uno de tus pasos mientras estabas aquí fuera —suelto—. A saber qué piensa.

—Ese no es mi problema —contesta—. Tenía calor. Me he metido en la piscina. Y estoy vestida.

—Sí, con una ropa que parece que sea una capa más de piel —añado enseñando los dientes—. A mí no me vengas con estas tonterías. Este es un barrio familiar, no el club de estriptis de tu hermana.

—¡Estoy en el jardín! —grita con una mueca en la cara—. ¿A quién va a importarle cómo me vista?

—¡A sus mujeres!

Arquea una ceja y se le hincha el pecho cada vez que respira. Está enfadada.

La miro y adopto un tono más calmado.

—A las mujeres de este barrio no les gustan las calientapollas que van pavoneándose y provocando a sus maridos, ¿estamos? —suelto de forma clara y directa para que se lo vaya

metiendo en la cabeza.

Jordan, en cambio, suelta una risa amarga, como si no pudiera creer lo que acabo de decirle.

—Eh... Sí, guau. —Asiente y toma una bocanada de aire mientras levanta la barbilla y me mira a la cara—. Hum, vale, a ver, es que... Sé que las cosas eran distintas cuando tú eras adolescente. ¡HACE OCHENTA Y NUEVE AÑOS! —escupe.

—Fue hace veinte, gracias.

—Ahora, sin embargo —continúa—, ya no culpabilizamos a las mujeres por el comportamiento de los hombres. —Tiene una mirada penetrante y levanta el labio superior como si fuera a gruñir—. Si quiere mirar, yo no se lo puedo impedir. Si quiere irse a algún lugar privado y darse un poco de amor a sí mismo, eh, yo no me voy ni a enterar. ¡No es asunto mío!

Aprieto los puños. «Manda huevos con la mocosa.»

Me cuesta respirar, pero le aguanto la mirada.

Tiene razón.

Sé que la tiene. No está haciendo nada malo. Es solo que...

No me gusta que Kyle mire.

Que la mire.

Pasados unos segundos, me recompongo, me enderezo y me alegro de medir quince centímetros más que ella.

—Cole se encargará del jardín. O yo —le advierto cuando paso por su lado para ir hacia el cortacésped—. ¿Entendido?

Lo único que oigo es su vocecita dulce detrás de mí.

—Sí, papi.

Pestañeo mucho y con fuerza, y un hormigueo se apodera de mi mano. De repente, siento la irrefrenable necesidad de pegarle un guantazo a alguien por primera vez en mi vida.

6

Jordan

No he hablado con Pike desde lo de ayer. Me niego a decir que nos peleamos. Apenas nos conocemos, ¿cómo íbamos a pelearnos?

Con quien tampoco he hablado desde ayer es con Cole, pero eso no me molesta. Somos así. Estuvo todo el día ayudando a un amigo a arreglar su coche y, cuando llegó a casa, yo ya estaba en el bar. Esta mañana he dormido hasta tarde, sobre todo porque quería evitar encontrarme a Pike por casa, y me he despertado cuando Cole me ha dado un beso de buenos días en la mejilla antes de irse a trabajar.

Me he pasado la mañana con un nudo en el estómago. ¿Por qué narices se enfadó tanto Pike? Pensaba que nos llevábamos bien. No hice nada malo. De hecho, estaba cortándole el puto césped cuando, de la nada, vino y me echó la bulla como si estuviera haciendo toples en el jardín delantero mientras niños de seis años montan en bici en la calle.

Es muy irascible. A diferencia de su hijo, que nunca se toma nada en serio.

Cole me ha dejado su coche para que pueda ir a la biblioteca y a él le ha llevado un amigo a trabajar. Bajo, cojo el táper de comida que Pike se ha dejado en casa y echo un vistazo a las obras. Hay más movimiento que la última vez que vine.

Los trabajadores van de aquí para allá con sus cascos y los cinturones de herramientas de cuero marrón en la cintura, y los camiones levantan polvo del suelo cada vez que entran y salen de la zona de construcción. Se oyen martillazos contra vigas de acero, y algunos hombres con vaqueros rotos y botas sucias no, lo siguiente, están sentados a horcajadas encima de unas vigas a muchos metros del suelo para hacer lo que quiera que hagan para convertir esos materiales en un edificio. Son pocas las personas que ven la estructura interna de una obra. Me pregunto por qué Cole no curra para su padre. Seguro que ganaría un buen sueldo. Al fin y al cabo, conozco a algunos tipos que se dedican a esto y que pueden mantener a sus familias gracias a su trabajo.

Estudio la zona y busco a alguien a quien pueda dejarle el táper; también me mantengo un poco en alerta e intento localizar los tatuajes de Pike. No me apetece demasiado encontrármelo. Cuando he visto que se había dejado la comida en casa, me he sentido tentada de hacer una buena acción: llevársela al trabajo y dejar que fuera él quien tuviera que ignorar nuestra discusión para venir a buscarme y darme las gracias. No quiero que nos sintamos incómodos.

Esquivo la suciedad y los escombros que hay en el suelo, me acerco al edificio y veo a su amigo Dutch arrodillándose para recoger algo. Me ve y se levanta.

—Buenas, Dutch. —Sonrío—. ¿Está Pike por aquí?

Baja la mirada hasta la bolsa térmica negra que tengo en la mano.

—¿Le traes la comida?

—Se la ha dejado en la mesa de la cocina. —La levanto y se la enseño—. Como tenía que salir a hacer unos recados, he pensado que podía aprovechar y acercársela.

—Qué amable. —Deja una herramienta en la caja y, en lugar de coger el táper, hace un gesto con la mano—. Ven conmigo, te enseño dónde está.

—Ah, no, no hace falta. No quiero molestarlo. Te dejo esto a ti y ya se lo darás.

—Si me lo das a mí, me lo zamparé. O igual lo pierdo. —Se ríe y me lleva hacia una escalera.

Dejo caer los hombros. «Mira tú qué bien.»

Subimos hasta el tercer piso por la escalera que intuyo que servirá de salida de emergencia cuando hayan instalado los ascensores. Llegamos a un rellano donde lo único que hay son los marcos de las paredes, que permiten imaginar cómo quedarán repartidas las oficinas y las zonas de trabajo una vez terminada la obra.

En esta planta no hay nadie más aparte de Pike. Está al fondo a la izquierda, con la mirada puesta en un sujetapapeles.

Cuando oye pasos, levanta la vista y vuelve la cabeza en nuestra dirección.

Me mira con los ojos entrecerrados y yo pestañeo lentamente. Qué estúpida me siento.

Lleva una camiseta azul marino de manga corta que le queda genial con su piel morena y esos bíceps tan musculosos. Creo que incluso me ruborizo al verlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Me temía que estuviera enfadado, aunque, por su voz, no lo parece. Solo está extrañado.

—Te has dejado la comida encima de la mesa —digo levantando la bolsa.

Tanto su expresión como su cuerpo se relajan.

—Hala, gracias. —Se acerca y se la doy—. Pero podrías haberte ahorrado el viaje. Ya habría pillado algo del *food truck*.

¿El *food truck*?

—A ver, tampoco iba a dejar que te alimentaras a base de la comida basura de un *food truck*.

Sonríe ligeramente y eso me tranquiliza.

—De hecho, es lo mismo que lo que hay aquí —señala mientras deja el táper en la mesa de trabajo.

Pero, cuando él va, yo ya he vuelto.

—Bueno, he añadido un rollo de pavo, queso y pepino, por si quieres variar un poco.

Se queda estupefacto.

—Tranquilo —bromeo—. Tu comida sigue ahí; es solo que me he pasado con las cantidades y necesitaba que alguien me ayudara a terminarme el rollo.

El miedo que se reflejaba en sus ojos hace un segundo desaparece y respira.

—No te vas a quedar contenta hasta que coma hummus, ¿verdad?

Intento no reírme.

—Te irás acostumbrando poco a poco.

Pone los ojos en blanco y, por fin, cojo aire profundamente. Podríamos decir que lo de la discusión es agua pasada.

Me quedo ahí plantada, con sus ojos clavados en mí. El martilleo de fondo y la brisa que corre resultan cada vez más imperceptibles.

Y entonces caigo en que Dutch sigue aquí.

Ambos lo miramos y él nos mira.

—Voy a... —traga saliva y se aclara la voz— hacer algo —concluye antes de marcharse y dejarnos a solas.

Vuelvo a mirar a Pike. Supongo que yo también debería irme y dejarlo trabajar, pero, en lugar de eso, me meto las manos en los bolsillos y echo una ojeada a mi alrededor.

—Me gusta el olor a serrín —opino.

Sonríe con la mirada y asiente mientras inspecciona visualmente la zona.

—Y a mí. Esto es como mi casa.

Cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, un cálido hormigueo se acomoda en la parte inferior de mi estómago y se me olvida respirar durante unos segundos. No tardo mucho en mirar hacia otro lado.

—Siento haberme puesto de esa forma ayer —se disculpa—. No hiciste nada malo. Cramer estaba babeando y no me pareció bien. Me cabreé. —Hace una breve pausa—. Quiero decir que me cabreé con él —aclara—. Siento haberlo pagado contigo.

—Trabajo en un bar —le recuerdo—. Estoy acostumbrada a que me miren de esa forma. Puedo apañármelas.

Va en serio. Puedo defenderme yo solita. Y Cole también, por si alguna vez se lo pregunta. Pike no tiene que sentirse responsable de mí. No es él quien tiene que cuidarme.

—Bueno, me voy —digo antes de dar media vuelta.

Pero Pike me lo impide.

—¿Quieres verlo? —sugiere—. Puedo hacerte una visita guiada.

Asiento, aunque ya lo vi bastante bien la semana pasada cuando estuve ayudándolo con los sacos de arena.

—¿Por qué no?

Me guía hasta la parte trasera del edificio y me pregunto si no debería llevar un casco, pero, como él tampoco lo lleva, ni se lo comento.

—Serán las oficinas de un casino fluvial que van a abrir en la zona —me cuenta—. En el muelle habrá un pabellón con restaurantes y algunos espacios para eventos, pero lo gestionarán todo desde aquí: la contratación, las finanzas, la publicidad...

Me mira con una sonrisa y yo vuelvo a apartar la vista.

—Es como un esqueleto. ¿Cuándo construiréis las paredes?

—Cuando los fontaneros y los electricistas lo tengan todo en orden. Yo me encargo del aislamiento térmico y luego empezaremos a levantar las paredes. Ya no será solo un esqueleto; habrá habitaciones.

Llegamos a un espacio grande en la esquina que queda detrás del edificio. A diferencia de las demás salas, esta tiene una pared entera sin vigas. Es como si quisieran poner un único ventanal enorme. Entro en la zona contigua, mucho más pequeña, y miro por encima de la viga que tengo delante.

—¿Y esto?

Pike me mira.

—Es un baño privado para esta oficina.

Qué lujo. Vuelvo a la oficina, de donde él no se ha movido, y camino por el borde para mirar hacia un terreno que se ve en la lejanía, verde y por explotar.

—Las vistas son bonitas. —Sonrío y me echo el pelo hacia atrás, dando vueltas por la oficina como si fuera mía, como si fuera la jefa de todo esto—. Sí, Christopher. ¿Podrías ponerme con Japón, por favor? Tenemos que hablar de la línea de producción de Malasia —bromeo.

Pike se ríe.

—¿Tienes un secretario?

—Los hombres podéis ser lo que queráis —contesto—. No dejes que tu género te frene.

Me mira y niega con la cabeza. Sus labios se curvan; le ha hecho gracia.

Volvemos a estar igual de cómodos que la otra noche mientras veíamos la tele y comíamos *pizza*. Lo sigo por el edificio y dejo que me cuente cómo es el proceso de construcción desde cero, que se ve que puede tardar meses o incluso hasta un año. Empezó a dedicarse a esto antes de que Cole naciera y al final acabó abriendo su propia empresa, donde él pone las normas y puede escoger qué clase de proyectos acepta. Saber que más de veinte operarios dependen de ti y del salario que les das para poder mantener a sus familias tiene que ser una gran responsabilidad.

Pero bueno... Contribuye al crecimiento de la ciudad, crea nuevos puestos de trabajo y va recibiendo encargos.

—Debes de estar muy orgulloso de construir edificios que ves cada día —le digo mientras bajamos de nuevo al primer piso—; lugares donde la gente vive y donde se gana la vida.

—Nunca lo había visto así. —Se para detrás del edificio y desvía los ojos hasta las áreas vacías que hay a lo lejos—. Supongo que también es mi forma de ganarme la vida.

Miro hacia fuera y veo que, justo al lado del edificio, por detrás, hay un espacio al aire libre. Es muy grande y enseguida me lo imagino decorado con una caprichosa fuente de mármol.

—¿Esto de aquí será un patio? —pregunto al ver que no lo han cubierto con un techo—. Es una buena idea. ¿También lo hacéis vosotros?

—Uy, no. Lo hará una empresa de paisajismo cuando el edificio esté casi terminado. Se

encargarán del césped, los árboles y de que quede estético.

Es justo lo mío. Me encanta ver el antes y el después de los espacios exteriores; ver cómo se transforman.

—Cuando empiecen, te avisaré —dice como si me hubiera leído la mente—. Puedes ir pasándote por aquí para ver cómo avanza todo.

Sonrío.

—Gracias.

Me haría muchísima ilusión. Aparte de mis profesores, no conozco a demasiada gente que disfrute con estos temas. Cruzamos la mirada y me doy cuenta de que eso es nuevo para mí. No es que tenga mucho en común con la gente que me rodea, la verdad.

Nos quedamos un momento mirándonos el uno al otro. Un obrero pasa por nuestro lado con tablones de madera en los hombros y Pike se yergue de repente, rompe el contacto visual y lo saluda con la cabeza.

—Yo debería... —Con las manos en la espalda, agarro mi dedo pulgar—. Creo que debería ir tirando.

—Ya. Y yo.

Me alejo un poco.

—Nos vemos en casa. La cena estará lista sobre las cinco.

Asiente y vuelve al trabajo.

En casa. Debería haber dicho «en tu casa», ¿no? A fin de cuentas, mía no es.

Regreso al coche y me monto. Estoy de peor humor que cuando he llegado. ¿Que la cena estará lista a las cinco? Pero si Cole no sale de trabajar hasta las seis. ¿Acabo de olvidarme de su existencia?

En el baño, todo sigue pegajoso por el vaho. Me envuelvo con la toalla y recojo la ropa sucia. Entreabro la puerta, saco la cabeza para asegurarme de que no hay nadie en el pasillo, corro hacia la habitación y cierro detrás de mí.

Siempre se me olvida coger ropa limpia para vestirme al salir de la ducha. Estoy acostumbrada a vivir sola y a no tener que preocuparme por si atravieso el pasillo con o sin toalla. Al menos, me estoy acordando de ponerme los pantalones cortos del pijama cuando bajo a por agua en mitad de la noche. Estoy bastante segura de que me moriría de vergüenza si el padre de Cole me pillara en camiseta y ropa interior.

Cojo el peine, me cepillo el pelo aún mojado y busco algo de ropa para dormir. Entra un poco de luz desde fuera; me acerco a la ventana y miro por uno de los agujeros de la persiana. Ya son más de las nueve y ha oscurecido, pero Pike sigue en la calle, arreglándome el coche.

Es muy buen hombre. Cole ha estado ocupado arreglándole el coche a todo quisqui menos a su novia; aunque me temo que eso no es más que una excusa para no estar en casa.

El capó está abierto y una lámpara muy potente cuelga de él. Pike rodea el coche y se agacha para desenroscar algo. Lleva ahí desde después de cenar. Él quería hacerlo con Cole, pero, para variar, ha vuelto a salir. Creo que lo está esperando.

Dos mujeres con vestimenta deportiva que van caminando por la acera se paran, sonríen y le dicen algo a Pike.

La morena de la izquierda continúa haciendo *footing* sin moverse de donde está, aunque hasta hace un segundo solo iba caminando a buen paso. La pelirroja se lleva las manos a la cintura y le sonríe, coqueta.

—¿En serio? —mascullo. «¿Quién narices sale a pasear a estas horas de la noche?»—. Muy listas, señoritas. Bien jugado.

Como si no hubieran visto a Pike trabajando sin camiseta, con su piel morena y sus músculos marcados, y con el mismo cuerpazo de tío duro que seguramente las hacía babear en el instituto desde las ventanas de sus respectivas cocinas. Luego se han llamado para ponerse ropa de deporte y «que parezca que pasamos por ahí de casualidad». ¿Me equivoco? Porque, claro, pasar por aquí y no saludar sería de muy mala educación, ¿a que sí?

Pongo los ojos en blanco. Las amas de casa de las afueras están tan aburridas de sus maridos que buscan algo de diversión, como si Pike Lawson fuera una parada técnica que sirviera solo para que les suba la libido.

Suelto la persiana y me aparto.

Me estoy pasando.

Están tonteando con él, ¿y?

Siempre me he sentido orgullosa de ser una persona bastante racional y calmada, pero mi comportamiento ha sido más bien errático últimamente. Entre la mudanza, las facturas y Cole, estoy un poco de bajón, me siento insegura y un poco desubicada. Y no me gusta.

Pongo una *playlist* desde el móvil. La melodía de *Pity Party* empieza a acompañar mi humor de perros cuando, de repente, oigo que la puerta de la habitación se cierra con un clic a mis espaldas. Paro de peinarme y vuelvo la cabeza.

De repente veo a Cole en la habitación, apoyado contra la puerta y con los ojos clavados en mí con una mirada que conozco demasiado bien. ¿Cuándo ha llegado a casa?

El calor me recorre el cuerpo y me agarro a la toalla sin saber muy bien por qué.

Se cruza de brazos y me repasa de arriba abajo.

—¿Qué? —le pregunto al ver que no dice nada.

—Suelta la toalla.

¿Ahora? Pero si su padre sigue despierto y...

—Venga... —me quejo intentando mantener un tono despreocupado y tranquilo—. Es tarde y estoy que no me aguanto.

—Yo te animo. —Se aparta de la pared, se acerca a mí y su metro ochenta hace que la habitación parezca todavía más pequeña—. Ya casi ni te veo. Te echo de menos.

Da un paso hacia delante, me abraza por la cintura y me mira. No puedo evitar que se me escape una sonrisa.

Me muerdo el labio inferior, juguetona, y tiro de su suave pelo rubio para acercarlo más a mí y darle un beso.

—Yo estuve aquí anoche. Y tú no.

Me aparto de Cole y me vuelvo a colocar bien la toalla.

—Te dije que vinieras conmigo —me reprocha.

—Estaba cansada. —Siento que todo lo que se ha ido cociendo en mi interior últimamente está a punto de estallar—. Y he tenido que ocuparme de tu parte del trato, o sea que...

—No te pedí que lo hicieras.

—Alguien tenía que hacerlo.

El deseo que sentía hacia él hace un segundo ha desaparecido y ahora solo hay un muro cada vez más grande entre nosotros.

Sin embargo, Cole intenta restarle importancia.

—Mi padre no me echará por tardar un par de días en cortar el césped, Jordan —aclara intentando abrazarme otra vez—. Te lo tomas todo demasiado a pecho.

—No. No lo hiciste porque sabías que ya lo haría yo por ti. —Me doy la vuelta—. Como de costumbre. Tienes que empezar a organizarte y a colaborar un poco más.

Suspira, me suelta y camina hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

—Esto es lo último que quiero escuchar ahora mismo. ¿Sabes por qué nunca estoy en casa? Justo por esto. —Me señala a la cara—. Por cómo me miras. Estoy harto de sentirme como si no fuera suficiente.

—Guau. Increíble —respondo con sarcasmo mientras cojo unos bóxeres de un cajón y una de sus camisas de franela de la silla—. Si estoy aquí es únicamente por ti, y tú nunca estás en casa. ¡Paso más tiempo con tu padre que contigo! ¿No crees que para él también debe de ser un poco extraño?

—Este no es el único sitio donde puedes quedarte. Si tan incómoda te sientes, márchate.

Siento un nudo en la garganta y lo fulmino con la mirada.

—¿Estás de coña? ¿Ahora me vienes con estas?

Suficiente caradura me siento ya viviendo aquí, y eso que no nos echaron del piso por mi culpa. Siempre he estado a su lado. Que somos amigos, joder. Siempre hemos cuidado el uno del otro. Nunca le haría sentir... «Qué hijo de puta.»

Me pongo sus calzoncillos, tiro la toalla, me visto con su camisa de franela roja y marrón y la abotono. Los ojos se me llenan de lágrimas.

Mi hermana tenía razón. Podría haberme tragado el orgullo durante unas cuantas semanas, currar en The Hook y pagar un alquiler para mí sola. Al menos ahí seguro que sería bienvenida.

Vuelve a acercarse a mí.

—Solo digo que estaría bien que nos olvidáramos un rato del estrés y nos prestáramos un poco de atención —tercia con una voz un poco más dulce—. Ya ni me acuerdo de la última vez que nos acostamos.

Y después de acostarnos, ¿qué? Lo que ya no funciona seguiría sin funcionar.

—Quizá, si no estuviera aquí haciendo lo que deberías hacer tú y trabajando hasta las dos de la madrugada, no estaría siempre tan cansada, ¡hostia! —espeto—. Y a lo mejor si tú me ayudaras a ahorrar un poco en lugar de gastarte la paga de fiesta cada maldita noche, podríamos volver a vivir solos y no me preocuparía tanto por el dinero ni me estresaría tanto. Me siento sola de narices. ¿Por qué nunca estás?

Cole se limita a sacudir la cabeza y, sin poder remediarlo, los ojos se me empapan de lágrimas, pero me niego a llorar. Tenemos que hablar y Cole no lo hará. No va a darme lo único con lo que podemos arreglar lo que nos pasa.

Viene hacia mí y me coge la cara entre las manos.

—Calla un ratito y fóllame.

Me besa y cierro los ojos con fuerza, dejando que las lágrimas me resbalen por las mejillas. La madre que lo parió. Cubre mi boca con la suya, me roba el aliento y se hace un hueco entre mis labios con convicción. Y yo quiero dárselo. Llevo muchísimo tiempo agobiada y preocupada, y sería maravilloso que lograra olvidarme de todo eso por un rato.

Me agarra el culo con las dos manos y me levanta, obligándome a sujetarme a su cintura con las piernas. Me deja caer en la cama, se coloca encima de mí y desciende por mi cuerpo.

Pero algo no me deja seguir. Es como si volviera a estar en la caravana, con mi padre y mi madrastra. Soy invisible.

Y para Cole también. Ahora mismo, yo podría ser cualquier chica.

Aparto mi boca de la suya y le empujo hacia atrás.

—Sal.

—Cariño, por favor. —Me besa el cuello, pero lo conozco demasiado bien como para descifrar su tono. Él también está enfadado—. Compórtate como una novia. Solo por esta noche. Antes disfrutábamos; hagámoslo ahora también.

—No. —Niego con la cabeza y me pongo tensa—. Estoy cabreada contigo. Necesito que me dé el aire.

Y me sentiré peor cuando terminemos.

Continúa besándome y refunfuño mientras lo aparto de mí. Finalmente, me suelta y se tumba en la cama, a mi lado. Casi sin pensarlo, se levanta y abre la puerta de la habitación de par en par antes de salir, mosqueado.

Unos segundos más tarde oigo el motor de su coche y luego el ruido de los neumáticos. Se ha ido.

«Capullo.»

Sin embargo, una parte de mí empieza a respirar con más tranquilidad.

Me siento mejor en casa cuando no está Cole.

Nunca me había tratado así. Las lágrimas siguen bañando mis ojos, pero pestañeo para que desaparezcan.

Me levanto de la cama, me acerco al mueble del televisor y cojo el fajo de facturas sin pagar que guardo allí: una del agua de nuestro antiguo piso, una del médico que aún no he acabado de pagar de cuando me rompí el tobillo el verano pasado, una del teléfono y otras cuantas de dos de las tarjetas de crédito de Cole (al final vendrá un cobrador a reclamarlas). No tengo seguro médico y me preocupo día sí y día también por si me pasa algo y tengo que pagar veinte mil dólares por una visita a urgencias.

Mi coche no funciona y, aunque lo hiciera, dudo que pudiera permitirme el seguro, lo que me sobre del préstamo de estudios después de haber pagado la matrícula de la universidad lo tendré que destinar a los gastos cotidianos. Podría pedir otro préstamo, pero no quiero cargar con ese lastre toda la vida, de modo que intento no gastar demasiado.

Y cada vez que abro el buzón, encuentro otra sorpresa poco agradable.

Abro el primer cajón de la cómoda, saco la propina que gané la semana pasada y que todavía no he ingresado, y estiro los billetes arrugados que tengo en las manos.

Ciento cuarenta y dos dólares. Estoy en un pozo que es cada vez más hondo porque no gano lo suficiente para salir de él.

Vuelvo a dejar el dinero en el cajón y cojo el folleto del concurso de camisetas mojadas, que también escondí allí, para echarle una ojeada. Por trescientos dólares no merece la pena; en cambio, servir copas en The Hook o hacer lo que hace mi hermana y llegar a casa con tanta pasta como ella quizá sí.

No puedo evitar sopesar la idea durante un momento. Podría llevar efectivo encima sin que se esfumara justo después de haberlo ganado. Podría tener cosas bonitas. Incluso un coche.

Pero entonces pienso en Cole y Jay y los chicos que iban a clase conmigo y que estarían ahí, mirándome, y vuelvo a meter el papelito en el cajón. Me han entrado ganas de vomitar. Puede que me las apañe para soportar a los desconocidos, pero no voy a bailar para los tíos con los que fui al instituto.

Y hacer de camarera sería más de lo mismo. La ropa que me harían llevar, los clientes a los que tendría que servir...

Salgo de la habitación, bajo la escalera, rodeo la barandilla, paso de largo la cocina, atravieso el cuarto de la lavadora y salgo por la puerta trasera.

El aire me golpea la cara y, de repente, puedo respirar con facilidad otra vez. El aroma de los árboles y del césped recién cortado me inundan las fosas nasales. Excepto la luz que ilumina el agua de la piscina, todo lo demás está a oscuras.

Camino hacia la parte profunda de esta, me siento en el borde y meto las piernas hasta media pantorrilla. El agua fría me abraza la piel y enseguida me siento más aliviada.

Cole volverá tarde. Cuando regrese, los dos nos habremos calmado, se meterá en la cama, lo

abrazaré por la espalda y él pondrá sus manos encima de las mías. Esta es nuestra señal para saber que todo saldrá bien.

Debo relajarme. Tengo diecinueve años, preocupaciones económicas y problemas amorosos. A mi edad, ¿quién no los tiene? Soy demasiado dura conmigo misma. A Pike no parece molestarle que esté aquí, así que seguiré contribuyendo con lo que me toque y así no tendrá motivo alguno para quejarse.

Y, en el peor de los casos, mi padre no me cerraría la puerta en las narices. Todo irá bien. Quizá no sea inmediato, pero ya llegará.

Sonrío casi convencida de ello. Miro el agua azul y la luz blanca que ilumina el limpio fondo de la piscina y siento que tengo que demostrármelo ahora mismo.

Puedo hacerlo.

Todo saldrá bien.

Cojo aire, cierro los ojos y salto del borde de la piscina para meterme en el agua. Unas cuantas burbujas se escapan de mi boca a medida que voy soltando el aire y me hundo. El pelo flota a mi alrededor, el agua me acaricia el cuero cabelludo y la franela se hincha cuando cruzo las piernas y me siento en el suelo.

No sé en qué momento empecé a hacer esto. En mi casa nunca tuvimos piscina, claro está, pero quizá me di cuenta del miedo que me provocaba lo desconocido cuando fui a un campamento de verano a los doce años o cuando Cam me llevó a una piscina pública de pequeña. Me gusta desafiarme así porque, cuando veo que soy capaz de arreglármelas, gano confianza en mí misma.

Bajar la ropa sucia al sótano de nuestro antiguo piso, que daba miedo, sola. Dormir completamente a oscuras, sin dejar la luz del pasillo encendida. Conducir de vuelta a casa a las dos de la madrugada después de trabajar sin comprobar antes que estoy sola en el coche y que no hay nadie en el asiento trasero.

Vuelvo la cabeza, miro a ambos lados y no veo nada aparte de agua; sin embargo, la vista me llega a donde me llega y, a partir de cierto punto, todo es borroso. Cualquier cosa podría venir nadando hacia mí, desde lejos. Podría tener vete a saber qué detrás. Algo podría subir por el desagüe o caer desde la superficie.

Cierro los ojos.

Si puedo hacer esto, Cole y yo estaremos bien. Todo nos irá bien y yo continuaré sabiendo gestionar la situación.

Empiezan a dolerme los pulmones, pero no abro los ojos ni me muevo. Algo me está mirando. Y algo se mueve en el agua y viene directo hacia mí. Lo noto. Viene a por mí.

Sé que es mi miedo, así que sigo con los ojos cerrados y me fuerzo a no abrirlos. Sé que todo acabará bien. Solo son imaginaciones mías.

«Puedo hacerlo. Puedo hacerlo.» Se me contraen dolorosamente los pulmones y me quema la garganta. Aprieto los puños. Solo un segundo más. Otro segundo.

Pero, de repente, el agua que me envuelve se agita y abro los ojos. No me lo estoy imaginando. Me coge por debajo de los brazos y yo lo golpeo mientras agito la cabeza.

Mis pulmones ya no aguantan más y yo tampoco. Lo empujo lejos de mí, toco el suelo de la piscina con los pies y me doy impulso antes de salir disparada hacia la superficie.

Saco la cabeza fuera del agua y toso con el pelo pegado por toda la cara. Lo oigo escupir a mi lado.

—¿Qué narices estás haciendo? —le recrimino.

—¡He pensado que te estabas ahogando! ¿Qué demonios...? ¿Qué estabas haciendo tú?

Vuelvo a toser, respirando con dificultad mientras respondo lentamente.

—Hacer frente a mis miedos. Joder —me quejo a la vez que nado hacia la orilla.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Levanto el brazo y lo apoyo en el borde; con el susto que me ha pegado, me flaquean todos los músculos.

—¿Seguro?

Se apoya para saltar y sale de la piscina. Luego me tiende una mano.

La ignoro. La mano y la pregunta. Me impulso y vuelvo a sentarme en el borde.

Si me vio entrar en el agua, imagino que se debía de estar preguntando qué hacía allí. Pero aun así...

Casi supero el reto.

La camiseta me cuelga, pesada, del cuello, pero no puedo quitármela. No llevo nada debajo. Vuelvo a toser, me aclaro la voz y cojo aire. Él se queda a mi lado, en silencio.

—Os he oído discutir —suelta.

¿Desde fuera? «Qué bien.»

Se pone en cuclillas a mi lado y se queda mirando el agua, igual que yo. No puedo ni imaginarme lo que debe de estar pensando. Primero discuto con su hijo y luego me meto vestida en la piscina. Hombre...

Tomo una bocanada de aire y me aseguro de que mi voz suene calmada para tranquilizarlo.

—Hago tratos conmigo misma —le cuento sin mirarlo a los ojos—. Si consigo hacer algo que no quiero hacer, sé que todo saldrá bien. Si hago algo que me da miedo, sé que podré con cualquier cosa. —Sonrío ligeramente—. No me gusta nadar sola. Me da yuyu; sobre todo por la noche. —Lo miro y él me escucha con los ojos clavados en la piscina—. Es un juego donde compito conmigo misma —añado y Pike asiente en señal de comprensión—. Cole no quiere que me quede aquí. —Bajo la mirada y siento como si unas agujas se me clavaran en la garganta—. Creo que ya no me quiere, en general.

No tengo ni idea de por qué le estoy contando esto, pero me escucha. En las pocas ocasiones que hemos hablado, he tenido la sensación de que le gusta escuchar. Con él resulta fácil.

—Es joven —tercia—. Todos somos un poco egoístas cuando somos jóvenes y creemos que vamos a comernos el mundo.

—¿Yo también? —le increpo.

A ver, no soy una santa, pero soy consciente de que trato a Cole mejor de lo que él me trata a mí.

Pike me mira, pero no responde.

Soy idiota. Me alejé de mi ex y de mis padres, pero nunca los critiqué. Nunca los ataqué. Sencillamente me fui.

Aparte de mi hermana, Cole es la única persona que forma parte de mi vida. Y le paso muchas porque, para mí, es más que mi pareja.

—¿Puedo preguntarte algo?

Lo miro y se me para el corazón un segundo cuando clava sus ojos en mí. El reflejo del agua hace que parezcan de color azul grisáceo.

—¿Cómo os conocisteis Cole y tú? —quiere saber.

A pesar de mi enfado, sonrío un poco.

Bajo la mirada hasta la cicatriz que tengo en el pulgar y me humedezco los labios.

—Cuando tenía dieciséis años estuve trabajando en un lavadero de coches. Había un grupo de tíos y yo era la única chica, pero, como no había encontrado ningún otro curro, hice de tripas corazón. —Siento el calor de su cuerpo a mi lado, mido las subidas y bajadas de su pecho y me doy cuenta de que respiro al mismo ritmo que él—. Tuve que aguantar mucha mierda —continúo mientras recuerdo los comentarios sarcásticos que tenía que escuchar cada vez que me agachaba o me inclinaba para lavar un coche—. Los adolescentes pueden llegar a ser...

—Ya. —Sabe dónde quiero llegar y termina la frase por mí con un tono burlón.

Intercambiamos una sonrisa.

Al fin y al cabo, él también fue un adolescente.

—Había un chico llamado Nick que siempre me defendía —prosigo recordando cómo fue—. Era amable conmigo y me sacaba tema de conversación. No me miraba con maldad y se comportaba de forma madura. —Sin darme cuenta, me paso un dedo por la cicatriz—. Un día me dijo si quería quedar con él y me presentó a Cole. —Miro a Pike y parece que el cabreo de antes ha desaparecido—. Los tres nos hicimos buenos amigos, nos lo pasamos muy bien y creo que con ellos congenié más que con cualquier otra persona hasta ahora. A excepción de mi hermana, claro.

Asiente. Parece pensativo.

—Y cuando tú y Cole empezasteis a salir, ¿cómo se lo tomó Nick?

Vuelvo a desviar la vista hacia la piscina y respiro profundamente.

—Nunca lo supo —contesto con un hilo de voz.

Pike permanece en silencio y en el aire se respira tensión. He dicho que «nunca lo supo», no «no lo sabe».

Me aclaro la voz.

—Hace un par de años, una noche, antes de que Cole y yo empezáramos, ellos dos se fueron

por ahí —le explico—. Cole había bebido demasiado y se quedó frito. A Nick lo llevó otra persona a casa. —Las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos y se me seca la boca—. El conductor perdió el control de la camioneta, volcó y los chicos que iban en la caja salieron disparados.

—Dios mío —dice en voz baja dejando caer la cabeza.

—Nick quedó atrapado debajo —termino—. Murió un par de días más tarde.

Aprieto los puños en un intento por reprimir el llanto. Es la única persona que conozco que haya muerto. No fue como cuando mi madre nos abandonó. Nick no quería marcharse. Se desvivía por los videojuegos. El pelo siempre le caía por encima de las gafas. Echo de menos todas sus rarezas.

A veces me pregunto qué pasó con la Nerf de su hermano pequeño, esa con la que jugábamos todos y con la que nos hicimos la marca en el pulgar.

—Santo cielo —masculla Pike—. ¿Cómo puede ser que no lo supiera? Recuerdo haber oído algo sobre ese accidente, pero no sabía que hubiera amigos de Cole entre las víctimas.

Me enderezo y asiento.

—Sí, a Cole... —Hago una pausa e intento encontrar las palabras adecuadas—. Le costó mucho superarlo. —Pike entrecierra los ojos y me mira—. Se suponía que era él quien tendría que haberle llevado a casa esa noche —aclaro.

La expresión de su cara cambia a medida que lo va encajando todo y no tengo ninguna duda de que siente que debería saber todo esto. Aun así, es lógico que Cole no se lo contara a mucha gente. Se sentía culpable.

—Después de eso, nunca volvimos a perdernos de vista el uno al otro —añado.

Yo lo estaba pasando mal y Cole también. La única que sabía por qué Cole se sentía responsable de lo que pasó con Nick era yo, y eso me convertía en la única persona con la que podía hablar.

Al final acabó siendo el pan de cada día. Cole y yo, codo con codo. Cole y yo recurriendo el uno al otro. Cole y yo buscando algo que fuera familiar, constante y seguro.

Cole y yo aferrándonos a nosotros mismos para no perder lo que nos quedaba de Nick. Estábamos desesperados por tener un amigo de verdad. Estábamos sufriendo por lo de Nick, pero yo también estaba pasándolo mal porque acababa de dejarlo con mi ex. Resultó tan fácil encontrar refugio en el otro y escapar de la realidad... Tanto...

—Lo siento muchísimo, Jordan. ¿Estás bien? —Levanto la mirada hacia él—. Perdona —titubea—. Imagino que es una pregunta estúpida a estas alturas.

No, no es para nada estúpida. Es agradable poder hablar con alguien.

—Todo bien —respondo—. Lo estará. Tiene que estarlo.

Vuelve a mirarme y yo señalo la piscina.

—Me he sentado en el fondo de una piscina a oscuras y con los ojos cerrados hasta que no podía seguir aguantando la respiración. Ahora todo tiene que salir bien, ¿no?

Pike ríe por la nariz y los labios se le encorvan en una sonrisa.

Se pone de pie, vuelve a tenderme una mano y esta vez la cojo. Tira de mí para levantarme y vamos hacia dentro. Sin embargo, antes de cruzar la puerta me doy cuenta de que mi vela sigue encendida en la mesa de madera que hay en el jardín.

Corro hacia allí, me inclino, cierro los ojos y soplo. La vela se apaga enseguida. Me doy la vuelta y subimos los escalones del porche.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Claro.

—¿Por qué lo haces? —Vuelve a mirarme.

—¿El qué?

—Lo de cerrar los ojos para soplar las velas. No es la primera vez que te veo hacerlo.

Me encojo de hombros. No me había dado cuenta de que se hubiese fijado. Pensaba que había aprendido a ser lo suficientemente rápida como para que nadie se percatase.

—Es una costumbre. —Atravesamos la puerta mosquitera—. Como los deseos que pedimos por nuestro cumpleaños no siempre se cumplen, prefiero no perder ninguna oportunidad cuando soplo una vela.

7

Jordan

—Oye, ¿puedes recogerme a las dos? —Sujeto el teléfono con el hombro mientras cuento el dinero y lo guardo en la caja registradora—. Ash no ha venido porque tiene a la niña enferma y nadie más puede llevarme a casa.

—Claro —responde Cole—. No hay problema. Cuenta conmigo.

Después de nuestra última discusión, la situación ha evolucionado tal y como sospechaba. Llegó a casa calmado y con unas copas de más, se metió en la cama, nos acurrucamos y se nos pasó. Las cosas ya casi han vuelto a la normalidad (o a lo que viene a ser normal para nosotros, al menos), tanto que prácticamente no me ha importado que intentara arrastrarme a la ducha con él esta mañana. Cuando hemos entrado en el baño, hemos visto que su padre había arrancado el lavabo y había empezado a levantar las baldosas de la ducha. Su lista de partes de la casa por reparar ha avanzado y ahora le ha llegado el turno a nuestro baño. ¿Cómo no nos hemos despertado con el ruido? ¿Y a qué hora se ha levantado Pike hoy?

—A las dos ya habré terminado —repito a la vez que cierro la caja.

—Apuntado. Te quiero.

—Y yo a ti —respondo antes de colgar.

Pike me ha estado arreglando el coche y, en lo que estoy segura de que ha sido un esfuerzo por suavizar las cosas, hoy Cole le ha ayudado. Lo que no sé es cómo voy a pagarle todo esto a su padre, porque soy consciente de que se está gastando una pasta en material, aunque finja que el tubo de escape que ha comprado le ha salido tirado o que ya tenía esos neumáticos sin estrenar por ahí. Cuando estoy en casa, intento esforzarme en hacer todo lo que puedo y más. Esta mañana, por ejemplo, he preparado el desayuno para todos e incluso he apartado los cojines para limpiar el sofá. El otro día planté algunas flores en los márgenes del jardín trasero para que quedara más bonito, y Pike estuvo de acuerdo con que lo hiciera siempre y cuando no pusiera flores dentro. Cuando pienso en lo cascarrabias que puede llegar a ser a veces, me entran ganas de reír. Es muy gracioso.

Al cabo de unas horas, solo puedo pensar en llegar a casa. Estoy reventada y me duelen los pies de llevar tanto rato con las Converse puestas. Iré directa a la cama; no puedo más.

Me hago una coleta, cuento el dinero, lo vuelvo a colocar en la gaveta y la meto en la caja

fuerte. Tapo las botellas de alcohol, friego los platos y apago las luces. Al terminar, miro a través de la ventana y veo que el coche de Cole está aparcado en la acera. Sonrío. Qué bien que haya llegado a la hora.

Soplo las velas que siguen encendidas en la barra con los ojos cerrados tomando una bocanada de aire para cada vela. «Ojalá mañana sea mejor que hoy.» Ese es mi «deseo comodín» cuando no se me ocurre qué más puedo querer, y cada día estoy más cerca de que se haga realidad.

Cojo la cartera de la uni, me guardo las propinas en el bolsillo, salgo y cierro la puerta con llave. Mis pulmones agradecen el aire fresco del exterior. Aprovecho que la ventana trasera del coche está bajada y tiro la cartera antes de abrir la puerta del copiloto. Me siento al lado de Cole y le dedico una sonrisa cansada a modo de agradecimiento.

—Ho... —Me callo y mi sonrisa desaparece al instante.

Jay, mi ex, está al volante. Me vuelvo para asegurarme de que Cole no esté tumbado en el asiento trasero, borracho, y le haya tirado la bolsa encima. Allí no hay nadie.

Me tiemblan las manos.

—¿Dónde está Cole?

Jay ladea la cabeza y pone ojitos.

—Se ha tajado, cielo. Los chicos no querían que condujera. —Tiene el brazo apoyado detrás de mi asiento y su mano descansa a solo unos centímetros de mi pelo y de mi cuello—. Está durmiendo la mona en casa de Bentley. Le han dicho que alguien se ocuparía de llevarte a casa y me he ofrecido voluntario.

No. Ni de coña. Ni en sueños.

Sin dudarlo ni un segundo, tiro de la maneta, abro la puerta, salgo y cojo la cartera del asiento trasero.

—Paso —le digo—. Ya me llevará Shel; aún está dentro.

—No es verdad. Acabas de cerrar con llave.

Sabía que diría algo. No se le escapa ni una.

Su voz viene acompañada de una serenidad inquietante, pero sé que solo está fingiendo.

—Vamos, ya he venido hasta aquí —insiste—. No esperarás que me haya desplazado para nada, ¿no?

Me agacho y me inclino para fulminar sus ojos marrones oscuros con la mirada a la vez que me saco las llaves del bar del bolsillo.

—A quien le he pedido que viniera no es a ti. Y como te he dicho ya, Shel puede llevarme.

Me doy la vuelta, me apresuro a llegar a la puerta del Grounders y la abro.

—¡Jordan! —grita.

Abro de un tirón, entro y lo miro, comedida. No se mueve del asiento del conductor.

—Vete a casa.

Vuelvo a cerrar la puerta con llave y me aparto, como si Jay fuera a tirarla abajo. Me quedo

plantada, temblando y respirando con dificultad.

No va a dejarlo correr. Esta noche no hará nada, porque si quisiera habría salido del coche antes de que me diera tiempo a llegar a la puerta del bar, pero el cabreo le durará una eternidad.

Lo nuestro fue un error que cometí en el instituto y que duró seis meses, pero ya no soy la misma tonta de antes. Ahora voy con más cuidado.

Y no ha venido para llevarme a casa; al menos, no del tirón. Quizá me habría dejado allí cuando hubiera conseguido lo que quería.

Cierro los ojos e intento borrar la imagen de Jay golpeando la ventana de mi coche mientras yo intentaba meter la llave en el contacto frenéticamente. Todavía siento cómo me ardía la cabeza cuando me tiró del pelo.

Abro los ojos para ahuyentar esos recuerdos. Un segundo más tarde, oigo el rugido del motor y el chirrido de los neumáticos cuando se marcha.

Ya está.

Dejo la cartera en la barra, corro pasillo abajo, paso por delante de los baños y compruebo que la puerta trasera esté bien cerrada. Giro la llave hacia un lado y hacia otro y tiro del pomo para asegurarme de que nadie puede entrar. Vuelvo a la puerta principal y sigo los mismos pasos; luego hago lo propio con las ventanas.

Saco el móvil de la cartera, me siento en uno de los taburetes que hay delante de la barra y lo sujeto entre las manos, con fuerza. ¿A quién puedo llamar?

Es bastante probable que Jay haya dicho la verdad. Cole ha vuelto a emborracharse. Pero ¿por qué? Sabía que lo estaba esperando. Estoy segura de que no tiene ni la menor idea de que ha sido Jay quien ha venido, pero aun así... Joder, me entran ganas de matarlo.

Me trago la bilis que me sube por la garganta.

Llamo a mi hermana, pero, como era de esperar, salta el buzón. Seguramente esté acabando de trabajar, o quizá ya esté en casa, durmiendo

¿Y si llamo a mi padre? ¿O a mi madrastra?

Ni siquiera me han llamado desde que lo hice yo hace una semana. Es como si todo les supusiera un esfuerzo colosal. Si les pido algo, estaré en deuda porque, para ellos, todo es una carga.

Yo soy una carga.

¿Y Pike? No tengo ninguna duda de que vendría.

Pero Cole se cabreará si su padre se entera de que la ha cagado y tampoco quiero que Pike lo sepa, la verdad. Menuda vergüenza. Somos adultos y tomamos nuestras propias decisiones. Ya está haciendo suficiente por mí como para que encima le despierte a medianoche cuando tiene que ir a trabajar por la mañana. Vuelvo a ser una carga.

Solo me queda una persona a quien podría llamar: Shel, pero vive en la otra punta de la ciudad.

No quiero llamar a Cole porque, evidentemente, no puede conducir, aunque a lo mejor podría

pedírselo a otro de sus amigos.

No. No lo voy a llamar de ninguna manera. Ahora mismo me hierve la sangre.

Y en esta ciudad tampoco tenemos taxis.

Me quedo mirando la mesa de billar. Los ceniceros, que están a rebosar, descansan en los laterales, y el tapiz está supersucio y lleno de rasguños.

«Hay que joderse.» En unas horas ya será de día y volveré andando a casa. Ajo y agua. No pienso pedirle nada a nadie.

Salto del taburete, paso por detrás de la barra y saco dos montones de paños de bar blancos. Me los llevo a la mesa de billar y los coloco uno al lado del otro para cubrir la mugrienta superficie.

Hace horas que he apagado el aire acondicionado, o sea que ahora la temperatura ronda los veinticuatro grados y es agradable. Sin embargo, saco la sudadera con capucha de la cartera, por si luego quiero taparme. Cojo el móvil, dejo la luz del pasillo encendida, subo a la mesa y me deslizo un poco para abajo para poder tumbarme. Descanso la cabeza encima del brazo, bostezo y me aseguro de tener el teléfono en sonido y con suficiente batería por si me pasa algo estando aquí sola esta noche.

Como que Jay regrese, por ejemplo.

Abro una aplicación que imita el sonido de un ventilador y le doy al «Play» con la esperanza de que me ayude a conciliar el sueño, necesito dormir aunque sea un rato. De todos modos, no tengo las expectativas muy altas. No me siento segura y, por lo tanto, relajarme me resulta imposible.

Cierro los ojos. Estoy tan cansada que incluso me pesan las pestañas. Tengo esa agradable sensación de cuando estás agotada, pero en el buen sentido: cuando sabes que te mereces descansar porque has trabajado como una mula todo el día.

Veinte minutos más tarde, mi cabeza sigue dándole vueltas a todo. Mi cuerpo no puede más, pero el cerebro me va a mil por hora.

Cuando me suena el móvil, estoy bastante segura de que es una señal de que hoy no voy a dormir.

Me lo acerco a la cara y entrecierro los ojos porque me molesta el brillo de la pantalla.

«Pike.»

Arrugo la frente.

—¿Sí? —Me llevo el teléfono a la oreja y vuelvo a bostezar.

—Hola —contesta como si no esperase que respondiera—. Yo, eh... He visto que eran más de las tres y que no había nadie en casa y llamaba para saber si había pasado algo.

Me doy la vuelta sin dejar de usar el brazo como cojín y sujeto el móvil con la otra mano.

—Todo en orden. —Sonrío al ver que se ha preocupado—. ¿Tengo toque de queda o algo por el estilo? —bromeo.

—No —responde divertido—. Salid y pasadlo bien. Disfrutad. Tú... —Hace una pausa más

bien larga—. Ya sabes, no te preocupes por cosas que no tocan. Cuando Cole no vivía conmigo, no siempre sabía dónde andaba o qué estaba haciendo, de modo que no le daba muchas vueltas, pero ahora que vivís los dos bajo mi techo, me preocupo constantemente. —Ríe por la nariz—. Ese bar da mal rollo. Quería asegurarme de que habías salido del trabajo sin problemas y estabas bien, nada más. Yo solo... llamaba por si acaso.

Su comentario no me ofende. Total, el bar no es mío y, sí, está hecho una pocilga.

Ya que está despierto, me siento tentada a contarle la verdad y preguntarle si puede venir a recogerme, pero mi orgullo me lo impide. No quiero molestarlo. Y, sobre todo, no quiero echar leña al fuego y que las cosas entre él y Cole empeoren por mi culpa. Ya me las arreglo solita.

—No pasa nada, estoy bien —miento—. Que ya no soy una niña, ¿eh? —me burlo.

—Un poco sí.

Me río por lo bajo. Bueno, sea o no una niña, no está mal que alguien se preocupe por mí.

—¿También has llamado a Cole? —pregunto.

No responde. Oigo un golpe y a Pike arrastrar los pies.

—¡Mierda! —se queja.

Abro los ojos como platos, asustada.

—¿Qué ha pasado?

—El puñetero microondas, que no funciona —rumia—. Si es que ya sabía yo que tenía que haberlo cambiado por otro, como el resto de los electrodomésticos. *Mecagüen*... Las palomitas no han salido.

Entorno los ojos, en realidad me muero de ganas de reírme. ¡Cómo se pone por unas palomitas!

—Hay un botón que sirve justamente para hacer eso —le recuerdo.

—¡Ya le he dado!

—¿Dos veces?

—¿Por qué iba a pulsarlo dos veces? —me contesta como si yo fuera tonta.

—Porque los paquetes de palomitas que compras necesitan tres minutos y medio de cocción —le explico.

—Eso ya lo sé.

—Vale, pues si solo pulsas el botón una vez, la cocción será de dos minutos. Eso es para los paquetes más pequeños —aclaro—. Para los demás, necesitas más tiempo y tienes que apretar el botón dos veces.

Silencio.

—A-ah —balbucea.

Me muerdo los labios para no reír. Me hace mucha gracia verlo así de desconcertado en ocasiones. Ojalá estuviera allí.

—Bueno —continúa después de un breve silencio—, te dejo con lo tuyo.

—¡Espera! —suelto antes de que cuelgue, pero me quedo callada; no sé muy bien cómo

decírselo—. ¿Te importa que te haga una pregunta?

—No, dime.

Me humedezco los labios, pensativa. No quiero que se ofenda, pero me pica la curiosidad.

—¿Dónde están todas tus cosas? —quiero saber.

—¿Ein?

Cojo aire antes de seguir.

—En tu casa tienes poco más aparte de muebles. Es como si no vivieras allí. ¿Por qué?

Al otro lado del teléfono, silencio. Dejo de respirar, por si eso me impide oírlo.

¿Le habrá molestado mi pregunta? No era mi intención. Es solo que me he dado cuenta de que él sabe mucho sobre mí y yo apenas sé nada sobre él. Sabe quiénes son mis padres, qué le pasó a nuestro amigo, que soy una forofa de los ochenta, que me crie sin una madre, lo que estudio...

Pero, para mí, él sigue siendo un misterio.

—Disculpa, no quería que sonara mal —continúo al ver que no responde—. Es una casa preciosa. Cole me comentó una vez que tú y su madre os conocisteis en el instituto, y que eras algo así como la estrella del equipo de béisbol. Seguro que te encanta el deporte. Por eso me extraña que no tengas trofeos ni fotos ni nada por el estilo en casa. No hay ninguna foto actual de ti y de Cole, ni tampoco música o libros... No hay nada que te describa a ti o a tu personalidad.

Suspira y carraspea. Una gota de sudor frío me resbala por el cuello.

—Está todo en cajas, en el sótano. Cuando me mudé, no acabé de sacarlo todo.

—¿Y cuánto tiempo llevas en esa casa?

—Mmm... —Se le apaga la voz, como si estuviera pensando—. Diría que la compré hará unos diez años.

¿Diez años?

—Pike... —insisto sin que suene a burla.

Tengo el móvil pegado al oído y le oigo reírse por la nariz. Sacudo la cabeza y sonrío.

—Supongo que es un poco extraño.

¿Que todavía no hayas vaciado todas las cajas? La verdad es que sí.

Me acuesto bocarriba, sin apartar el brazo de debajo de mi cabeza.

—Entiendo eso de que, a medida que crecemos, hay cosas que pierden su valor —explico—, pero algo habrás hecho desde que te mudaste aquí, ¿no? En esa casa no hay nada de tu vida; ningún *souvenir* de lugares que hayas visitado o recuerdos de todos estos años...

—No, si ya lo sé. Es que...

Vuelve a quedarse dubitativo y suspira. El sonido de su respiración se cuela por mi oído y hace que un cosquilleo me recorra la columna vertebral.

Me gustaría poder verle la cara ahora mismo. Me resulta muy difícil entender qué está pensando a través del teléfono. Lo único que logro imaginarme es la forma en la que clava los ojos en el suelo cuando quiere esconder sus sentimientos o la manera en que asiente con la cabeza como si tuviera miedo de las palabras que puedan salir de su boca.

—Cole se convirtió en una prioridad —admite finalmente—. En algún momento de mi vida, quién era yo y quién quería ser ya no tenían ninguna importancia.

Creo que le sigo. Cuando tienes hijos, tus aspiraciones cambian. Tu vida pasa a segundo plano y lo que ellos necesitan va siempre primero. Lo entiendo.

A pesar de ello, ahora Cole ya es adulto y Pike lleva viviendo solo unos cuantos años. ¿Qué hace cuando no está trabajando?

—Me encantaría ver algunas de esas cosas —confieso—. Si algún día te da por ir sacándolas de las cajas, yo te ayudo.

—Qué va, da igual.

Levanto las cejas, incrédula ante la rapidez con la que ha rechazado mi oferta.

—¿O sea que no me vas a enseñar ni los anuarios de hace años ni si Cole y tú erais como dos gotas de agua cuando teníais la misma edad? —lo chincho risueña.

Se ríe entre dientes, discretamente.

—¿Las fotos de cuando lo que más me importaba era mi pelo? Ni de broma.

Sonrío, aunque, evidentemente, no me ve. ¿Tuvo una sola novia en el instituto o salió con un montón de chicas como hizo Cole antes de empezar conmigo?

Me acuerdo de lo que Cole me contó sobre Pike, que había engañado a su madre, pero, por alguna razón, no acabo de creérmelo.

—La cosa es, Jordan, que cuando uno es joven puede llegar a ser muy imbécil —dice—. No quiero recordar esa época de mi vida. Prefiero pasar página.

«Pues, visto lo visto, no lo estás haciendo en absoluto.»

—Necesitas un poco de chispa en tu vida. Deberías ligarte a alguien.

—Claro. Y tú deberías volver ya con tus amigos —protesta.

Me río.

—¡Venga ya!

—¿Y qué te hace pensar que no estoy saliendo ya con alguien, Jordan? —pregunta con un tono burlón que no me pasa nada desapercibido.

Me noto la boca seca.

—¿Lo haces? —curioseo.

A ver, que estaba de cachondeo. ¿No sería raro tener a dos mujeres paseándose por su casa? Yo ya sé qué es lo que tengo que hacer y suelo encargarme casi siempre de la cocina. Esa isla de bloque de carnicero y yo tenemos una relación; si ahora viniera otra mujer y la tocara, creo que me pondría celosa.

—Hace poco que me conoces —bromea—. Tengo ciertas necesidades que debo satisfacer de vez en cuando. Qué quieres que te diga, soy humano.

Me da un vuelco el estómago y levanto las cejas. «¿Ciertas necesidades?»

Una imagen de cómo debe de ser Pike cuando tiene que satisfacer dichas necesidades me atraviesa la mente. La aparto de mi cabeza.

«Eh... Sí, vale.»

De repente se echa a reír.

—Es broma. A veces salgo, sí, pero no estoy conociendo a nadie. No te preocupes, no te encontrarás a una desconocida dando vueltas por casa.

—O desconocidas. Vete tú a saber.

Suelta una carcajada y me lo imagino riendo.

—¿En serio crees que puedo quedar con distintas mujeres a la vez? ¿De verdad?

—Para nada. Te gusta tener tiempo para ti.

—Efectivamente.

Su respuesta me alegra. Sabía que no me equivocaba. La madre de Cole le contó un montón de mierda para ponerlo en contra de su padre.

Estoy a punto de decir algo de su hijo, pero si Pike le suelta algo sobre las mentiras que seguramente le haya contado ella, Cole se lo tomará como una traición hacia su confianza. Y Pike quizá se sienta humillado. No son mi familia. Yo no soy quién para meterme en estos asuntos.

Bostezo, con ruidito incorporado. Cada vez me pesan más los ojos.

—Bueno, te dejo. Pásalo bien con Cole, ¿de acuerdo? Y vigilad.

—Lo haremos. —Se me cierran los párpados y el sonido de su voz sigue resonando en mi oído—. Y recuerda: tienes que pulsar el botón dos veces —añado.

Pike ríe por la nariz.

—Sí, señora.

—Hasta luego —me despido.

Hay un momento de silencio y luego responde:

—Buenas noches, Jordan.

Cuelga, dejo el móvil, vuelvo a bostezar y ni siquiera me preocupo de encender la aplicación de nuevo, esa que imita el ruidito del ventilador.

Sigo sonriendo. ¿Cómo es posible que un hombre de treinta y ocho años no sepa hacer palomitas en el microondas? Hasta la persona más torpe del mundo sabe hacerlo.

Se me escapa una risita. Los párpados se me cierran con pesadez y me olvido de Jay, de Cole, de lo incómoda que es esta mesa de billar y de lo cansada que seguramente estaré mañana. Pike deambula por mi mente, con sus comentarios y el profundo tono de voz con el que me ha dicho «Buenas noches, Jordan», que ha hecho que se me pusieran los pelos de punta.

Ya van tres noches, en solo una semana, en las que la última persona con la que hablo antes de dormirme es él.

8

Pike

A la mañana siguiente, me sorprende ser el primero en levantarme. A estas horas, Jordan ya suele estar despierta y, o bien se está duchando, o bien está trabajando en su ordenador incluso antes de que me dé tiempo a bajar la escalera. Sin embargo, ahora parece que no hay nadie en casa. Abro la puerta de la entrada y veo que el coche de Cole tampoco está aparcado fuera.

Es domingo. No puede ser que ya se haya despertado. ¿Es que no han vuelto a casa todavía?

Yo voy a lo mío y sigo con lo que tenía pensado hacer por la mañana. Alrededor de las diez, quiero ponerme a arreglar el baño principal; para ello tengo que arrancar la bañera vieja y levantar las baldosas del suelo, haré mucho ruido. Llamo a la puerta de la habitación de Jordan y de Cole para asegurarme de que no están aquí.

Nadie contesta. La abro y me fijo en que la cama sigue hecha y la habitación está vacía. Supongo que anoche se quedaron en casa de algún amigo. Vuelvo a cerrarla y me pongo a trabajar.

—Ey —saluda Cole cuando entra en la cocina una hora más tarde.

Cierro la nevera, refresco en mano, y me vuelvo hacia él mientras tira las llaves sobre la encimera. Tiene mala cara, los ojos rojos y el pelo enmarañado.

—Buenas. —Señalo el armario que hay a mano izquierda—. Aquí tienes aspirinas. Bebe un poco de agua y date una ducha. Luego me ayudas con el baño.

Asiente, pero más bien parece que vaya a vomitar en cualquier momento. Está muy pálido y la verdad es que me siento mal por él. No echo nada de menos esa sensación.

—Últimamente estás bebiendo mucho —apunto.

Pasa de mí, camina hacia el armario arrastrando los pies y coge una aspirina.

—Bebes demasiado —insisto.

Sé que me ha oído porque aprieta la mandíbula, pero no dice nada.

Ojalá me hablara. Me conformaría con que discutiera conmigo, porque ya sería mejor que nada. Quiero saber qué tal le va en el trabajo, en la vida en general. Que me cuente que perdió a un amigo. No debería de haberme enterado por Jordan.

Debería haber insistido más cuando me apartó de su vida. Muchísimo más.

Pero ya sé quién es la culpable de que me alejara.

—Me porté bien con tu madre —declaro.

Resopla y da otro trago de agua, aunque sigue sin mirarme.

La cree a ella. Todavía no está listo para escuchar mi versión de los hechos, pero se la doy igualmente.

—Trabajaba mucho, os mantenía a los dos y le fui fiel. —Me levanto de la silla y bajo la vista para mirarlo—. Puedes preguntarme lo que quieras; te diré la verdad.

Cole se limita a negar con la cabeza. Se termina el vaso de agua y lo deja allí encima.

—Voy a ducharme.

Se da la vuelta para irse, pero yo todavía no he terminado.

—¿Acaso alguna vez me has pedido que hiciera algo y no lo he hecho? —quiero saber.

Se detiene, pero no se vuelve.

Siempre que necesitaba dinero se lo daba. Siempre que necesitaba que lo llevara a alguna parte, allí estaba yo. Yo siempre estuve a su lado: cuando quería ir a algún sitio o ir a ver algo o dar clases de karate o, sencillamente, estar conmigo. Me quedo con la mirada clavada en su espalda mientras se me llena el pecho de dolor.

Fui buen padre. Cuando me quiso cerca.

—¿Me has pillado mintiendo en alguna ocasión? —prosigo.

Mintiendo en serio, quiero decir, no lo que le hizo creer su madre.

Vuelve la cabeza por encima del hombro y me mira. Sus ojos lo dicen todo. Quiere enfadarse con algo o con alguien, y yo fui ese alguien durante mucho tiempo, pero ahora ya no tiene tan claro el porqué. Tiene que empezar a ver quién es Lindsay y cómo trata a los demás. No puede seguir dejando que lo manipule.

—Me tienes aquí —añado—. No lo olvides.

Le oigo coger aire. El movimiento de su pecho acompaña cada respiración y acaba asintiendo. Sigue sin estar del todo convencido, pero algo es algo.

Se da la vuelta y se dirige hacia la escalera. Yo desvío la mirada hacia la puerta principal y me acuerdo de algo.

—¡¿Dónde está Jordan?! —grito mientras voy hasta el salón.

Cole, que ya está a mitad de la escalera, me mira de nuevo y niega con la cabeza sin decir ni una palabra.

—¿No la fuiste a buscar al trabajo? —le interrogo—. ¿No estuvisteis juntos?

—No. —Bosteza y se pasa la mano por el pelo—. Bebí demasiado, así que le dije a uno de mis colegas que fuera a recogerla y la trajera a casa. Debe de haber salido a correr y no la has visto.

Me quedo quieto e intento reconstruir la conversación que tuve con ella anoche mientras Cole sube la escalera.

O sea que, cuando hablamos por teléfono, no estaba con Cole. No lo estuvo en ningún momento.

Y en casa tampoco ha estado, porque la cama sigue hecha.

Cole sigue caminando.

—¡Utiliza mi baño! —le recuerdo.

Seguiré arreglando el suyo un rato más y el único que tiene otra ducha en toda la casa es el mío.

Vuelvo a la cocina sin parar de darle vueltas al tema.

¿Por qué no me dijo la verdad? Si se quedó en casa de una amiga, de su hermana, de quien sea... no pasa nada. Sin embargo, me hizo creer que estaba con Cole y, de hecho, la llamé justo por eso: para asegurarme de que los dos estaban bien.

«Le dije a uno de mis colegas que fuera a recogerla y la trajera a casa.»

Sí, pues tu amigo no la trajo a casa. En parte, tengo razones para estar preocupado, pero si me mintió fue por algo.

Y, aunque Jordan me caiga muy bien, vuelvo a tener una sensación que hace muchísimo tiempo que no sentía y se me retuerce el estómago. No me gusta que me mientan.

Y menos aún las mujeres.

Una hora más tarde, entro en el Grounders y veo a un montón de gente amontonada alrededor de la barra y de las mesas altas. Un par de camareras con vaqueros, camisetas apretadas y delantales cortos sirven a los ciclistas que han parado a reponer fuerzas antes de continuar su jornada dominguera de deporte y a los cazadores que vuelven de su excursión matutina. El bar está colmado de clientes habituales que parece que hayan dormido con lo puesto y, a pesar del olor a detergente que me golpea las fosas nasales, la luz mortecina de los fluorescentes le da al local un aire más bien sucio.

Las suelas de mis botas de trabajo se pegan a cada paso que doy mientras avanzo por el bar. Nunca he entendido qué ve la gente en este local ni tampoco cómo ha durado tanto.

Localizo a Jordan en la otra punta de la barra. Tiene la mano envuelta en un trapo blanco y está secando la parte interior de un vaso. No tenía claro si iba a encontrarla aquí, pero es que, cuando no está en casa, es porque está en el Grounders.

Va con la misma ropa con la que se fue ayer y un bostezo se le extiende por toda la cara. Lleva el pelo recogido en una coleta y un poco de pintalabios rosado.

Ayer estaba guapa, pero, esta mañana, las dudas no me dejan ver con claridad. De repente es como si volviera a tener veinte años y me preguntara dónde ha pasado la noche la madre de Cole.

Pero Jordan es distinta. Es buena chica.

No tiene ningún sentido que me dijera que estaba con Cole cuando realmente no lo estaba.

A no ser que estuviera haciendo algo que no debía.

No quiero que Cole tenga que pasar por eso con Jordan. No quiero que viva lo que viví yo con su madre. ¿Y si la deja embarazada y le toca apechugar con una persona de ese tipo? No quiero

que piense que no es lo bastante bueno para ella y se quede más solo que la una.

Me obligo a respirar más pausadamente. Estoy sacando conclusiones precipitadas. «Tranquilidad.»

Ve que me acerco y un brillo le aparece en la mirada. Abre la boca como para decir algo, pero la interrumpo.

—¿Estás bien? ¿Has pasado buena noche?

Ladea la cabeza y se tambalea un poco.

—Mmm... Bueno, se podría decir que sí.

O sea que no ha pasado nada. Está sana y salva, y parece bastante contenta.

—¿Os divertisteis Cole y tú? —la presiono y se me empieza a acelerar el pulso.

Baja la cabeza y esquiva mi mirada mientras guarda el vaso debajo de la barra.

—Ajá —asiente.

Aprieto la mandíbula. Se me están empezando a hinchar las narices. Acaba de volver a mentirme.

—Curioso. Cole piensa que no llegó a recogerte. —Pongo las manos encima de la barra y me inclino—. Dice que uno de sus amigos vino a buscarte, pero que no te vio en toda la noche. Y tampoco has dormido en casa.

Se ruboriza y me mira.

—Eh..., ya. Es que... Hum... Y-yo...

Tartamudea, aturullada, y yo me quedo ahí plantado esperando escuchar la explicación simple y fácil que sé que viene a continuación, aunque...

No llega.

Vuelve a abrir la boca para hablar, pero la cierra. En sus ojos vislumbro un poco de vergüenza, como si supiera que la he pillado.

Bajo mi tono de voz e intento sonar calmado.

—¿Dónde has estado esta noche, Jordan?

Pasea los ojos por todo el local, intentando evitar mi mirada. Noto como se le tensan los hombros y su respiración se vuelve más pesada. Podría responder a mi pregunta, lo que pasa es que no quiere.

—¿Jordan? —insisto.

—¿Cole ya ha llegado a casa? —pregunta.

—Sí.

—Señal de que los dos estamos bien. Lo demás no es de tu incumbencia.

La miro con los ojos entrecerrados.

—Mi casa no es un hotel, jovencita.

Podría haberse quedado en casa de su hermana o de una amiga, pero, si fuera así, ¿por qué iba a mentirme? Esconde algo.

Levanta la barbilla y continúa hablando:

—Donde haya dormido esta noche es algo que nos concierne a Cole y a mí.

Me pongo serio, pero por la cabeza no me paran de pasar imágenes de una versión muy joven e ingenua de mí mismo el día que pillé a mi novia tirándose a un tío dentro de un coche delante de nuestro apartamento a las tres de la madrugada. Blanco y en botella...

«Exacto.»

Me separo de la barra con un empujón y me cruzo de brazos.

—Me importa un bledo lo que hagas, Jordan. De verdad te lo digo —afirmo cada vez más cortante—. Pero no soy idiota. Puede que Cole ande un poco distraído, pero a mí no me la cuelas. Quienquiera que te recogiera anoche no te trajo a casa, así que, si estás engañando a mi hijo, me voy a cabrear y te voy a pedir que te vayas de mi puta casa. No voy a mantener a alguien que va de este plan. ¿Entendido? Ni se te ocurra volver a mentirme.

Aprieta la mandíbula como si estuviera igual de enfadada que yo. Espero a que su ávida lengua me ataque con algún contraargumento, y, por un segundo, creo que lo va a hacer, pero no. En lugar de eso, se le llenan los ojos de lágrimas, le tiembla la barbilla y empieza respirar de forma entrecortada. Pestañea y aparta la mirada.

—Entendido —responde con un hilo de voz antes de dejar el trapo y salir de la barra—. Disculpa.

Se marcha por el pasillo y la pierdo de vista. Me quedo mirando en su dirección.

Quizá me he equivocado. Podría no estar en lo cierto.

Pero he pasado tantas veces de mi intuición, que ahora ya he aprendido. Pensaba que era buena chica, pero no dejaré que alguien vuelva a reírse de mí. Si no estuvo haciendo nada, habría respondido a mi pregunta.

Me vuelvo y me voy hacia la otra punta de la barra para marcharme, pero alguien me lo impide.

—Engañar a tu hijo... —Una voz femenina imita lo que acabo de decir—. Tu querido hijo —añade con sorna.

Me detengo y miro a Shel Foley, la propietaria, que está detrás de la barra. Tiene un cigarrillo en la mano, del cual se desprende un hilo de humo que bailotea delante de su cara.

—¿Quieres decirme algo?

Se aparta de la contrabarra y da otra calada antes de apagar el pitillo en el cenicero y colocar las manos encima de la barra. Me mira fijamente.

—El imbécil de tu hijo tenía que venir a recogerla anoche, después de que se hubiera pasado diez horas trabajando —me cuenta—. Se emborrachó en una fiesta y adivina quién vino a buscarla: Jay McCabe, su ex; el mismo que en el instituto pensó que sería divertido abofetearla para desahogarse tras haber perdido un partido.

«¿Cómo?»

—Se negó a subirse en el coche con él —masculla Shel—. Así que esta mañana me la he encontrado acurrucada, durmiendo en esa asquerosa mesa de billar porque anoche no tuvo a

quién llamar. —Y entonces entorna los ojos—. Jordan no quería que te enteraras de que tu hijo es un idiota.

Me he quedado helado. No puedo moverme.

No respiro. No pestañeo. La rabia amenaza con salir disparada de mi cuerpo.

Le pegó. ¿Ese cabrón le pegó? Aprieto los puños. Me duelen los pulmones. Me quema todo el cuerpo.

«Hijo de la gran puta.»

¿Y Cole estaba en la misma fiesta que ese tío? ¿Le dijo que fuera a recogerla? ¿Qué coño le pasa a mi hijo? ¿Cómo puede estar en la misma habitación que un gilipollas como ese?

Visualizo a un gamberro cobarde cogiendo a Jordan, haciéndole daño, haciéndole llorar... Y...

Cierro los ojos.

Yo también le he hecho llorar hace un segundo.

—Es maja y tiene muy buen corazón —sigue Shel—, y se merece a alguien muchísimo mejor que todos los capullos que hay en esta ciudad, incluido tu hijo. Ojalá se largue de vuestras vidas para siempre y no vuelva a mirar atrás.

Madre mía. ¿En qué estaba pensando?

Doy media vuelta y me dirijo hacia donde la he visto marcharse antes. Tengo que hablar con ella inmediatamente. Todo lo que me decía mi intuición y parecía tener sentido hasta hace dos minutos ahora me parece una estupidez. ¿Cómo he podido sacar esas conclusiones si no tenía ninguna prueba de nada?

«¡Hostia puta, Cole! Es que manda huevos.»

Camino por el pasillo y paso por delante de los baños y de una oficina hasta llegar delante de un cuarto con la puerta entreabierta. Seguramente esté en el baño, pero, en lugar de esperar, abro la otra puerta por si acaso.

Y ahí está, en medio de ese pequeño cuarto, dándome la espalda. No necesito verle la cara para saber que se está secando las lágrimas. Las paredes están cubiertas de arriba abajo con estanterías repletas de botellas de licor, bebidas para mezclar y zumos, además de otras cosas como servilletas, pajitas y velas.

Me quedo en la puerta. Está sollozando.

—¿Jordan? —titubeo.

Se pone recta bruscamente y se vuelve un poco, dejando solo un lado de la cara a la vista.

—¿En serio? —dice intentando sonar firme—. Márchate. ¿Quieres que me vaya? Lo haré, no te preocupes. Ya no me verás más.

Doy un paso hacia delante, con calma.

—Jordan, lo siento muchísimo. No sé en qué estaba pensando.

—Vete.

—Deberías haberme llamado —continúo y doy un paso más—. Habría venido enseguida. Lo siento. Yo...

Se vuelve de repente y me lanza una mirada fulminante.

—¿Sabes qué pasa con los tíos? —me interpela mientras se seca los ojos y aprieta la mandíbula—. Que creéis que podéis tratarnos como os dé la gana porque aguantaremos lo que nos echéis, pero, en el momento en que no dejamos que lo volváis a hacer, ganamos nosotras. —Se acerca a mí—. Que te jodan —sentencia.

Pasa por mi lado y sale del cuarto.

Me he quedado muerto. Quiero seguirla. Quiero contárselo todo y decirle que me he equivocado. Quiero arreglar este marrón, pero...

Qué sé yo.

Ya es la segunda vez que discutimos y en ambas ocasiones ha sido por mi culpa. No deberíamos enfadarnos. Las mujeres se cabrean con sus novios, no con los padres de estos.

Y eso es justamente lo que soy yo. El padre de su novio.

Basta.

Pero, en el fondo, la llama que arde dentro de mí es cada día más y más grande, y yo sé que lo que acabo de decir no es más que una mentira.

No, basta, no. No me he enfadado para defender a Cole. Me ha jodido a mí.

Jordan se ha convertido en alguien importante para mí. Por primera vez en mucho tiempo, me lo paso bien hablando con alguien. Estoy empezando a abrirme más.

Me gusta tenerla cerca.

Y acabo de echarla de mi casa.

9

Jordan

Shel intenta que me vaya a casa temprano antes de que acabe mi doble turno, pero, después de lo que ha pasado con Pike, su casa es el último sitio donde quiero estar. No tengo adónde ir y, además, necesito la pasta.

¿Cómo ha podido montarme ese pollo e irrumpir en mi lugar de trabajo como si supiera vete a saber qué? Ni que fuéramos algo.

Y si está preocupado, ¿por qué no puede decírmelo de buenas? Las mentiras no siempre se dicen para hacerle daño a alguien. Yo, por ejemplo, lo hice por salvarle el culo a Cole.

Que sí, que entiendo sus dudas. Tampoco me conoce tanto y se preocupa por su hijo, muy bien, pero ¿cómo es posible que los Lawson sean tan torpes a la hora de tener una conversación de personas maduras y adultas?

Me restriego los ojos y me acuerdo de cómo me ha dicho que no iba a mantener a alguien que iba de ese rollo y que me largara de su puta casa. En ese momento he sentido que ya no era bienvenida. Otra vez. Volvía a no ser bienvenida en un lugar. Otra persona que no me quería cerca. Volvía a ser una carga, igual que con mis padres, e incluso con Cole y con Cam en algunas ocasiones.

¿Por qué tengo la manía de pensar que no me merezco algo mejor? Creía que Pike era majo. Pensaba que nos llevábamos bien y había empezado a relajarme.

Sollozo en un intento por contener las lágrimas. No me gusta nada que me haya visto llorar.

Sigo trabajando hasta que empieza el turno de noche, a las seis, y me como la mitad del bocadillo que me ha sobrado del mediodía antes de irme, así ya habré cenado. Me guardo las propinas en el bolsillo y hago caja antes de ponerme la sudadera y coger la cartera. Hace más de veinticuatro horas que no me ducho y tengo una jaqueca horrible por culpa de la falta de sueño. Lo único que me apetece ahora es meterme en la ducha, encender el agua caliente y dejar que todo lo demás desaparezca.

Se me encoge un poco el estómago cuando recuerdo que no puedo ir a ducharme a ninguna parte. No voy a volver a aceptar nada más de Pike Lawson en mi puñetera vida. Por no mencionar lo cabreada que estoy con Cole. Me ha escrito para asegurarse de que estoy bien y para pedirme perdón de nuevo, pero no le he contestado.

Me despido de Shel y de las demás con la mano y salgo del bar. Fuera me recibe la agradable brisa del atardecer. Ya se ha puesto el sol, pero aún no es de noche. Me coloco bien la correa del bolso, giro a la izquierda y bajo la calle.

Tengo que alquilar algo. Un sitio para mí sola y nadie más. Necesito vivir en una casa en la que no tenga que compartir nada con nadie y me sienta yo misma; una casa de la que nadie pueda echarme, donde no sienta que sobro ni que soy una molestia. Un sitio donde me sienta segura.

Lo cual quiere decir que necesito dinero.

Las piernas me llevan instintivamente por Cornell Street y luego siguen por Lambert. Está oscureciendo y las luciérnagas brillan en las copas de los árboles. Hay menos tráfico, pero, al cabo de una hora y a medida alejándome de la ciudad, este se intensifica. A pesar de que hay casas a ambos lados de la calle y tiendas y gasolineras en las esquinas, la iluminación es cada vez menor, de manera que no me aparto de la acera ni de la agradable luz que proviene de los porches.

Menos de una hora más tarde, vislumbro los focos de The Hook a lo lejos. El estacionamiento se va llenando por minutos. No es la primera vez que vengo aquí, pero no me gusta nada caminar por un sitio concurrido vestida con la ropa del día anterior y con el olor a humo pegado a mi pelo.

Echo un vistazo al *parking* y localizo el Mustang de mi hermana al lado del edificio. A las chicas siempre las acompaña un segurata al coche por si algún fan alocado decide intentar sorprenderlas cuando están solas.

Entro en el club, donde de repente todo está a oscuras y el suelo vibra bajo mis pies a causa del fuerte volumen de la música. No hace demasiado calor y huele a niebla y a perfume. Aquí está prohibido fumar, no como en el Grounders, y, en lugar de tener una superficie de madera vieja con grietas en las que se incrusta la suciedad, mis bambas caminan por un resplandeciente suelo negro.

—¡Hola, corazón! —me grita una mujer—. ¿Qué haces aquí?

Me doy la vuelta y veo a Malena detrás de la ventana de su pequeña taquilla. Como te imaginarás, nunca me cobra entrada. Yo no vengo a estas cosas.

—¿Has visto a Cam? —pregunto.

—Justo ahora acaba de bajar del escenario —responde—. Seguramente esté por la sala. Pasa.

—Gracias.

Le dedico una sonrisa y entro con un nudo en el estómago que crece a cada paso que doy. Nunca he molestado a Cam en el trabajo a no ser que fuese una emergencia. Las hermanas o amigas de algunas de las chicas suelen sentarse al final, con otras bailarinas, para charlar y socializar un poco, pero a mí me cuesta. Lo de ver a mi hermana sin ropa aún, pero ver cómo la miran otros cuando está desnuda ya no lo llevo tan bien. Aquí vienen los padres de algunos de sus amigos del colegio, quizá algún ex o incluso mujeres de la ciudad que acuden con su grupito

para disfrutar de una noche de chicas y «hacer algo diferente»; sin embargo, yo sé que se marcharán y al día siguiente irán soltando mierda de las bailarinas a cualquiera que los escuche. Si ahora apartase la cortina y viera al conductor del bus de cuando iba a primaria o vete a saber a quién, fliparía. No sé cómo lo hace.

La sala está repleta de luces estroboscópicas que giran en todas direcciones, mientras que el escenario está delimitado por bombillas de color blanco enfocadas al público y rodeado de mesas en ambos lados. No es que el local sea muy grande, pero hay dos podios con barras y sus propias luces donde las bailarinas pueden seguir exhibiéndose para los clientes sin ser el centro de atención principal.

Me quedo en la barra que hay justo al entrar en la sala y busco, entre la multitud, el pelo castaño de Cam, que debe de llevar un peinado suficientemente extravagante como para poner celosa a cualquier mujer de Texas. Hoy tienen muchísimos clientes. Hay personas que han venido solas y otras, acompañadas. Los reservados están atestados de hombres con traje que tienen toda la pinta de haber acabado de salir ahora mismo de trabajar, y que están devorando bistecs y hamburguesas y también hay un grupo bastante numeroso de chicos jóvenes a los que no reconozco.

Gwen, una de las amigas de Cam, coloca las manos en los reposabrazos de una silla y se deja caer hacia atrás.

En el regazo de un hombre que ya está ocupando ese asiento.

Se sujeta con los brazos, se menea y se frota moviendo las caderas, a la vez que apoya la cabeza en el hombro de ese tío. Siento calor y se me entrecorta la respiración. La he visto hacer esto un montón de veces, a ella y a cualquiera de las otras chicas. Lo que me hipnotiza no es eso, sino él.

Su cliente, un hombre joven (de unos veintitantos), lleva unos simples vaqueros y una camiseta de manga corta, pero es atractivo y está en forma. Está mirando hacia abajo, deslizando sus ojos desde el hombro de la chica hacia la parte delantera de su cuerpo a medida que esta le baila. Como no puede tocarla, sus manos se agarran con fuerza a los brazos de la silla. Levanto la vista y veo cómo aprieta la mandíbula.

Y ella sigue provocándolo, seduciéndolo, captando su atención y poniéndole lo que quiere justo delante de la cara antes de quitárselo, porque no puede tenerlo...

En lo poco que dura su servicio, me pregunto si yo sería igual de buena.

—Algunos ya se están fijando en ti.

Vuelvo la cabeza y veo a Mick Chan, el propietario, de pie en la esquina de la barra. Mick es un hombre de mediana edad, era luchador, se casó con una *stripper* y decidió que quería pasar el resto de su vida en un bar. Abrió The Hook con su esposa y han vivido felizmente desde entonces.

La camiseta negra se le tensa a la altura del pecho cuando me sonríe.

—Imagínate cuánto dinero ganaríamos. —Me guiña un ojo.

Me aguanto la risa y vuelvo a echar una ojeada a la sala. En lugar de acosarme tanto, este tío debería montar un estand en la feria de salidas profesionales del instituto para engatusar a otras chicas en cuanto hayan cumplido los dieciocho.

—Tu hermana dice que esto no es lo tuyo y que debería dejarte en paz, pero, Jordan...

—No he venido aquí para eso —lo interrumpo—. He venido para hablar con Cam.

Dejo de peinar la zona con la mirada y me dispongo a salir cuando, de repente, se me acerca y se vuelve a dirigir a mí con un tono calmado pero firme.

—A estos clientes también los ves en el Grounders, ¿a que sí? —Mira primero al público y luego a mí—. ¿No son estos los mismos tipos a los que sirves allí?

Repaso las mesas y los reservados otra vez y reconozco a algunas personas. Vivimos en una ciudad pequeña, ¿y qué?

—¿A ti por qué te parece que van allí? —me pregunta entornando los ojos—. Nuestro menú es más bueno que el vuestro porque tenemos chef. Y nuestras camareras están formadas. Los baños están limpios. ¿Por qué van a ese bar en lugar de pasar el rato aquí?

—Porque el Grounders es más barato.

—Porque el Grounders también les vende sexo —dispara—. Estos tíos van al Grounders por ti, por Shel, Ashley, Ellie..., no por lo barata que es la cerveza o por las cáscaras de cacahuete que tenéis esparcidas por el suelo. ¿No te has preguntado por qué todo el personal del bar son chicas? Shel te contrató por tu físico.

No respondo. Clavo los ojos en el escenario de nuevo y veo aparecer a mi hermana de detrás de una cortina. Mick me mira y, a pesar de tenerlo a casi un metro de distancia, casi noto su respiración pegada a mi cuello.

—No te engañes —me advierte—. Siguen mirándote por tu culo, vayas vestida o no. —Levanta la vista hacia el escenario, donde mi hermana está haciendo *pole dance*—. La única diferencia es que ella está ganando muchísimo más dinero que tú.

A la mañana siguiente, Cam no me pregunta por qué he dormido en su sofá. Nos lleva a desayunar fuera, a mí y a su hijo, y luego vamos a la feria de agricultura a comprar algunas cosas. Hablamos de la feria del condado, que está a la vuelta de la esquina, de las películas que se están estrenando últimamente en los cines y de cómo quiere Killian que sea su fiesta de cumpleaños en septiembre.

A mi hermana le gusta chincharme, pero cuando no estoy bien se da cuenta enseguida. Y sabe cuándo parar.

Después de verla bailar anoche, la seguí hasta la parte trasera del club y me dejó las llaves del coche para que pudiera irme a su casa y acostarme. Como no sabía qué explicación darle, no le dije nada. ¿Qué le contaba primero? ¿Que Cole me había dejado tirada la noche anterior y no había venido a recogerme? ¿Que había estado a solas con Jay dentro de un coche en una calle

desierta en mitad de la noche por primera vez en dos años? ¿Que había dormido en una mesa de billar? ¿Que Pike me había acusado de estar acostándome con otro y aprovechándome de su generosidad?

¿Que su jefe me estaba presionando para que trabajara para él?

¿Que Cole hacía como si yo ni existiera?

Las ganas de llorar se me acumulan en la garganta. No puedo volver a esa casa. Preferiría dormir en mi coche antes que eso. La niña de tres años que todavía vive en mí y su gigantesco orgullo, tan grande como el Pacífico, se lo demostrarán. Ya verás. Viviré en mi coche estropeado, sin aire acondicionado y con las manetas rotas porque no necesito a nadie, ¿a que no?

Con lágrimas en los ojos, sonrío sutilmente mientras conduzco el Mustang de mi hermana por la estrecha carretera. En realidad, tampoco es para tanto. Siempre puedo irme a casa de mi padre. Puede que mi madrastra no me quiera allí, pero no me dejarán de patitas en la calle.

«No siempre será así.»

Giro para entrar en el vecindario de Pike, reduzco y me acerco a su casa.

Hoy mi hermana no tiene que trabajar y me ha dejado el coche para que pueda venir a recoger las cosas.

Sin embargo, cuando vislumbro la casa de Pike, veo que su camioneta está aparcada en la calle y se me instala un nudo en el estómago inmediatamente.

No me apetece verlo.

Debería volver en un rato.

Pero no. Tengo que pillar algo de ropa y los libros de la uni. Me llevaré solo unas cosas y ya vendré a por lo demás en otro momento.

Aparco, salto del coche, cojo la maleta pequeña que me ha dejado mi hermana, atravieso el jardín y subo los escalones de la entrada. Saco la llave y me dispongo a abrir la puerta, pero ya está abierta. Pongo un pie dentro intentando no hacer ruido.

En el salón no hay nadie. Paso por delante de la cocina, pero Pike tampoco está aquí. Relajo los hombros, camino hacia la escalera y me cojo al pasamanos.

—Jordan.

Me quedo helada. Me ha visto. Los nervios me ponen los pelos de punta. «Mierda.»

Me doy la vuelta, me pongo seria, levanto la barbilla y miro a Pike. Está plantado entre la cocina y el salón, limpiándose las manos con una toalla que está hecha un asco. Tiene los dedos sucios y los brazos también. Lleva una camiseta de manga corta gris empapada de sudor y está más moreno que la última vez que lo vi, como si hubiera pasado mucho rato al sol en las últimas veinticuatro horas.

—Solo he venido a por mis cosas —suelto antes de volverme para subir la escalera.

Me vuelve a llamar.

—Jordan.

—Mira, da igual, ¿vale? —lo interrumpo dándome la vuelta—. Yo aquí no pinto nada y tampoco es que Cole esté mucho por casa, así que déjame recoger mis cosas y me piro antes de que la bola se haga más grande.

Da un paso hacia delante.

—¿Dónde irás?

Me dan hasta ganas de llorar.

—A casa de mi padre, en Meadow Lakes —respondo—. No tienes que preocuparte por mí, ¿de acuerdo?

Ale, ya está. No hace falta que finja que no tengo dónde quedarme. Me voy. No me hace ni pizca de gracia tener que volver a ese aparcamiento de caravanas, pero es algo temporal. Sobreviviré.

Me dispongo a subir la escalera una vez más, pero Pike empieza a farfullar, consiguiendo que me detenga de nuevo:

—Por favor, ven un momento. Quiero enseñarte algo.

Creo que me han delatado los ojos, porque insiste, aunque esta vez lo hace con más firmeza y rotundidad.

—Por favor. Será solo un minuto.

Se da la vuelta y se dirige hacia la cocina y, por un segundo, me planteo si seguirlo o no. Preferiría que no me picara la curiosidad, pero no puedo evitarlo.

Entro en la cocina y lo veo cruzar el cuarto de la lavadora y salir por la puerta trasera. ¿Qué querrá enseñarme ahí fuera?

La puerta mosquitera se cierra de golpe. Cojo aire profundamente, me estiro y salgo yo también.

Pike está de pie al lado de un trozo de tierra rectangular que, hasta hace un día, formaba parte del jardín. La hierba ha desaparecido y, ahora, hay tierra negra y fértil. Un borde delimita su perímetro. Hay una manguera conectada a una tubería de PVC que está metida debajo del suelo y tiene distintas salidas de riego.

Me observa y espera mi reacción, nervioso.

—¿Qué es esto? —pregunto.

Lo mira y vuelve a desviar la vista hacia mí.

—Un huerto —contesta—. Esperaba que quisieras ayudarme.

No tengo palabras. El corazón me late desbocado y me entra tanto calor que, de repente, es como si los rayos de sol quemaran muchísimo. ¿Cómo...? Y entonces me acuerdo. Sabe que me encanta el paisajismo. Sabe qué revistas leo. Sabe lo que me gusta.

Siento una punzada en el corazón. ¿Ha hecho todo esto en un solo día?

Aun así, no voy a dejar que esto me ablande.

—¿Desde cuándo quieres un huerto? —pregunto firme.

Se me acerca y yo me cruzo de brazos para hacerme la dura.

—Jordan, fui un capullo —declara—. Saqué unas conclusiones precipitadas porque tuve una mala experiencia en su día y, con los años, he visto de todo. No me fío ni de mi propia sombra. —Para un momento y frunce el ceño—. Pero quien no se ha portado bien he sido yo. Tú eres diferente y la he cagado. No volverá a ocurrir. No me puedo creer que esas palabras salieran de mi boca.

Mi visión se vuelve borrosa y, aunque aprieto los dientes lo más fuerte que puedo, las lágrimas me empañan los ojos.

—Quiero que te quedes —continúa—. Me gusta tenerte aquí. Eso de volver a casa y que haya vida, que haya alguien con quien hablar, es agradable. Como también lo es no tener que hacerlo todo yo solo. Y... —Aprieta la mandíbula y su expresión cambia a una más enfadada—. Y tú no deberías haber dormido en una puta mesa de billar. Te quedarás el tiempo que a ti te apetezca, ¿me oyes? No quiero que te vayas.

Me tiembla la barbilla. No puedo evitarlo. Las lágrimas me corren por las mejillas y agacho la cabeza para que no las vea.

—Por favor, no llores otra vez —me suplica—, o tendré que quitar la piscina y construirte un cenador o alguna chorrada de esas.

Se me escapa la risa, sollozo y me seco los ojos.

—No, deja la piscina. Me gusta.

Me paseo por mi nuevo huerto. Es muy grande; debe de haberle costado muchísimo prepararlo. Eso no justifica su comportamiento, pero me alegra ver que se ha matado haciendo algo que le parecía que podría hacerme feliz. Es la primera vez que alguien hace algo así por mí.

A ver, mi hermana me ha comprado ropa y me ha llevado de fiesta, pero Pike ha hecho algo que sabía que me entusiasmaría. Algo que es muy mío.

—Todo esto es increíble —le digo con total sinceridad—, pero creo que será mejor que me marche.

—Esta es tu casa —insiste— y puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Podéis invitar a vuestros amigos, puedes poner la música que te guste, encender tus velas...

—¿Poner una funda en el váter? —bromeo.

—Ni de coña.

Nos reímos los dos y vuelvo a mirar el huerto. Aquí caben muchísimas verduras.

—He comprado un montón de semillas. —Coge una bolsa y se pone unas cuantas en la mano —. Pero no sé cómo se plantan estas cosas ni cuánto espacio necesita cada hortaliza, así que he pensado que quizá puedas encargarte tú.

Mi mirada se cruza con la suya y mantenemos el contacto visual durante un momento. Creo que a lo mejor tiene más ganas de que me quede de lo que realmente dice. Quizá hago de mediadora entre Cole y él y, como ha dicho antes, le gusta que haya gente en casa.

Me pasa las bolsas de semillas y, con cuidado, me quita la maleta de la mano.

—La dejaré en el garaje —dice—. Voy a pegarme una ducha. Si quieres, podemos empezar a

plantar todo esto por la mañana.

Parece que busque mi mirada, y, cuando la encuentra, se me corta un segundo la respiración.

Asiento y me doy la vuelta.

Pike se dirige hacia dentro, pero, antes de entrar, oigo su voz detrás de mí:

—Si crees que hace falta algo más, solo tienes que decírmelo. Mañana tengo que ir a Home Depot.

—Vale —susurro.

Y entonces vuelvo un poco la cabeza y lo miro.

—¡Ah, y no eres mayor! —grito.

Me mira con una chispa de diversión en los ojos.

—Lo suficiente como para encasillarme en una idea y no ver más allá de mis narices. Y no ha estado bien por mi parte.

—Gracias.

Se le marcan los músculos del brazo mientras aguanta mi maleta y no puedo evitar examinar sus tatuajes. Parecen un poco gastados, como si se los hubiera hecho de adolescente.

¿Cómo era cuando tenía la edad de Cole? Me cuesta imaginármelo como... Bueno, como un chico, supongo. Es tan serio... Demasiado, casi.

Pero es honesto.

—La próxima vez que necesites que alguien te lleve a algún sitio, o lo que sea, prométeme que me llamarás —me pide.

Vuelvo a asentir con la cabeza y me centro en mis semillas de nuevo. Este verano será maravilloso.

10

Pike

—Dos —le digo a Dutch y le paso las cartas que no quiero.

Aparta la vista de las suyas y me pasa dos más. Me las guardo y miro la nueva mano. Pinta fatal, pero tengo dos sietes; no está todo perdido.

Tampoco es que me importe. No soy un tío competitivo; al menos, no cuando juego a póquer, pero así hacemos algo más que hablar cuando los chicos y yo quedamos una vez al mes en mi casa. Lanzo una mirada a Dutch y luego inspecciono el resto de la mesa para ver a Todd, uno de mis capataces, Eddie, John y Schuster intercambiar u ordenar cartas. Todo el mundo deja un poco de dinero en el centro y Todd sube tres más que el resto. Se marca un farol. Los demás esperamos que sea solo eso: un farol.

—Por mí, mis hijas pueden quedarse así y no crecer, mirad qué os digo —suelta Dutch y me mira divertido.

—¿Y eso?

Menea la cabeza y suspira.

—Me volvería loco con tanto alboroto. De momento, como mucho tengo que aguantar la risita de unas cuantas niñas de ocho años cuando se quedan a dormir en mi casa.

Río para mis adentros. Arriba hay tanto barullo que parece que las paredes van a venirse abajo en el momento menos pensado. Hago una mueca. Solo son las nueve y media, pero, si en una hora no ha parado, le diré a Cole que baje el volumen de la música o tendremos a todo el vecindario quejándose. Se suponía que no iba a montar una fiesta, pero fui yo quien los animé, a él y a Jordan, a que invitaran a algunos amigos, así que supongo que la culpa es mía.

—Hasta hace dos días nos gustaba ese alboroto —señalo y le lanzo una sonrisa.

Los chicos se ríen y coinciden conmigo. Nos graduamos a la vez y la vida quiso que algunos de nosotros tuviéramos la suerte de acabar trabajando juntos, aunque John y Schuster no forman parte de *la cuadrilla*, uno es policía y otro, techador.

Años atrás, nos parecíamos bastante a Cole: la liábamos y, aunque nos equivocáramos, nos lo pasábamos en grande (demasiado, quizá). Yo fui el primero en sentar la cabeza y, a pesar de que ha llovido mucho desde el instituto, hemos seguido estando unidos. Bodas, hijos, un divorcio... Hemos pasado todos por el aro. Y para mí fue como un toque de atención, porque un día me di

cuenta de que había estado esperando el pistoletazo que daría inicio a mi vida, a la de verdad, cuando en realidad eso ya había ocurrido y yo no me había ni enterado.

Seguía esperando un tren que había pasado por delante de mis narices sin parar en mi estación. Seguramente no me casaría nunca ni sabría qué se siente cuando tus hijos crecen a tu lado. A estas alturas, me he acostumbrado tanto a estar solo que es como si fuera hijo único.

Y los hijos únicos no saben compartir nada.

Todd sube su apuesta un dólar más y yo abandono la partida. Lin, Dutch y Eddie hacen lo mismo. Todd se queda con el bote y Dutch mezcla la baraja antes de volver a repartir las cartas.

De pronto, el sonido de la música del piso de arriba retumba aún más fuerte y con más claridad, y se oyen unos pasos bajando los escalones a los que les sigue un portazo. Unos pies descalzos aparecen por el hueco de la escalera, unas piernas también quedan a la vista a medida que baja más peldaños.

Jordan se agacha y asoma la cabeza a través del techo del sótano para mirarnos.

—¿Te importa que coja los *flashes* del congelador?

Todos desvían la mirada hacia ella y hago un gesto con la mano, casi sin apartar los ojos de las cartas.

—Claro, tú misma —me apresuro a responder.

Empiezo a notar cierto calor en el cuerpo y miro la mano que me ha tocado. Me cuesta concentrarme. Ahora solo puedo pensar en Jordan.

Acaba de bajar la escalera. Sus pasos son rápidos y ligeros, e intenta pasar desapercibida mientras corre hacia la pared que queda a mi derecha y levanta la tapa del congelador.

El silencio reina en la habitación. No tengo muy claro si los chicos tienen miedo de seguir hablando como hasta ahora porque están en presencia de una chica o si es que se han distraído. Clavo los ojos en mis cartas e intento hacer memoria. ¿De qué estábamos hablando antes de que bajara Jordan?

Ah, sí, de niños.

Oigo que aparta cosas del arcón, dirijo la mirada hacia allí e inmediatamente desvío los ojos hasta sus pies. De puntillas e inclinada, sujeta la tapa con una mano mientras, con la otra, busca los helados dentro de mi enorme congelador. Creo que es consciente de que lleva pantalones cortos y de que se está recostando delante de una mesa llena de tíos porque, cada pocos segundos, se yergue y se los baja los *shorts* tanto como le permite la tela.

Se ha pintado las uñas de los pies de color rosa claro y, debajo de su camiseta gris, se intuye la parte de arriba del bikini cuyas tiras se ha atado detrás del cuello. Lleva una camiseta sin mangas a la que le ha cortado los laterales por lo que deja entrever sus morenas y voluptuosas caderas. Se le tensan los músculos de las piernas y se me revuelve el estómago.

Cuando estoy a punto de desviar los ojos hacia las cartas, la pillo acomodándose el pelo detrás de las orejas y justo en ese momento aprecio los pequeños agujeros que tiene la camiseta, arriba, al lado de la costura.

¿Es...?

—¿Esa no es tu camiseta? —susurra Dutch arrimándose a mí.

Entorno los ojos y veo que mi número de béisbol se asoma, desgastado y con un verde descolorido, por debajo de su pelo. Ya sabía yo que esos agujeros me sonaban.

Aparto la mirada. Debí de dejarla por ahí el otro día y quizá Jordan la cogió pensando que era de Cole. A fin de cuentas, mi hijo también jugaba al béisbol.

¿Y la ha cortado? Quiero enfadarme porque acabo de perder una camiseta que tenía desde el instituto, pero...

Era demasiado vieja como para llevarla en público, de todos modos. Y a mí nunca me ha quedado tan bien como a ella. Vuelvo a mirarla y a fijarme en cómo cae la tela por encima de su piel, morena y suave. Me regodeo ligeramente en la idea de que lleve puesto algo mío.

Me enderezo y pestañeo para humedecerme los ojos mientras contemplo las cartas.

—¿Te echo un cable? —le ofrece Eddie.

Parpadeo, vuelvo la cabeza hacia Jordan, que sigue reclinada buscando en el congelador, y arrugo la frente.

—Anda, déjala. Se las está apañando perfectamente solita —comenta Todd, pícaro.

Los chicos se ríen. No me cabe duda de que están disfrutando de las vistas. Jordan se echa hacia atrás sujetando la caja de *flashes* con la parte interna del codo. Suelta la tapa del congelador, que se cierra de un golpe, y arquea una ceja a Todd.

Me preparo para escuchar una de sus perspicaces ocurrencias. No obstante, en lugar eso, se acerca a la mesa, mira por encima del hombro de Todd y baja los ojos hasta las manos de este.

—Anda, mira por dónde. —Se le iluminan los ojos—. ¡Pero si te han tocado todos los reyes! —exclama burlona—. Menuda suerte, ¿eh?

Dutch resopla y yo estallo en una carcajada mientras todos los demás se unen a la diversión. Todos menos Todd, que suelta las cartas y abandona la partida.

Jordan sonríe satisfecha y se dirige de nuevo hacia la escalera. Una parte de mí quiere decirle que se asegure de que nadie se mete en la piscina con el helado, pero estoy intentando no controlarlos demasiado, ni a ella ni a Cole. Ya no son niños.

—Por cierto, ¿te puedo preguntar algo? —Se detiene cuando ya ha subido la mitad de la escalera y la miro a los ojos—. Hay un pastel en la nevera —continúa—. Cole está deseando comérselo, pero, como no lo he comprado yo ni sé de dónde ha salido, quería pedirte permiso antes de que se lo zampe.

«Mierda.» Intento que no se me note en la cara que acaba de dejarme a cuadros. Noto las miradas de mis amigos clavadas en mí.

—Hum, sí, eh... —titubeo mientras muevo la cabeza y finjo que sigo estudiando mis cartas—. Esto... Lo he comprado para vosotros... hoy, en la tienda... Es para ti y para Cole.

No responde y, tras un silencio extremadamente incómodo, levanto la vista. Ladea la cabeza, perpleja.

Le lanzo tres cartas a Dutch para que me pase tres más, aunque no estoy muy seguro de cuáles he descartado.

Jordan sigue mirándome. Lo noto.

Me apresuro a darle más explicaciones con la esperanza de que diga algo y se pire.

—Pasaba por delante de la pastelería Etienne y me he acordado de que no llegaste a celebrar tu cumpleaños —le cuento intentando sonar despreocupado— ni tampoco tuviste un pastel como Dios manda. He pensado que igual os haría ilusión. —Dutch no me da las cartas, así que las pillo directamente del montón—. Lo he visto de camino, tampoco es gran cosa.

Aunque si no lo hubiera sido, no me habría sentido tan raro de golpe al llegar a casa. Comprarlo ha sido una estupidez. Jordan no es mi hija.

Pero, por alguna razón, he pasado por delante del escaparate, he visto ese pastel de tres pisos decorado con flores de color rosa y me he acordado de ella. Supongo que solo intentaba compensar el comportamiento de mierda que tuve el otro día.

Y como unas noches atrás me dijo eso de soplar las velas y pedir un deseo... El día de su cumpleaños no pudo hacerlo como es debido, porque los dónuts no cuentan, así que me he sentido mal, aunque la culpa no fuera mía. En ese momento me ha parecido que comprarle el pastel era una buena idea.

Traerlo a casa ya ha sido más sentimental. Demasiado, de hecho; tanto que lo he metido en la nevera, escondido dentro de su caja también rosa, para ver si volvía a apetecerme dárselo antes de que decidiera tirarlo a la basura.

—Es tuyo, así que sí, claro que puede comérselo —sentencio y la miro un segundo antes de volver a clavar los ojos en las cartas.

—¿Y no pensabas decirme que estaba ahí?

Me encojo de hombros.

—Se me habrá olvidado.

Mi mentira no suena nada convincente, pero su voz, entusiasmada, me salva de las intensas miradas de mis compañeros.

—En ese caso, no. No voy a dejarle ni que lo pruebe. Es mío.

Sin poder evitarlo, se me ensancha el corazón. Levanto la vista lentamente. Jordan está sonriéndome mientras continúa subiendo la escalera.

—¡Gracias! —grita.

Luego abre la puerta y, antes de que vuelva a cerrarla, la música inunda la sala.

«Rosa.» Le he comprado un jodido pastel de color rosa, como si tuviera siete años. Con rosas. ¿Ha visto el pastel? ¿Parece un pastel de niña pequeña? O lo que es peor: ¿parece más bien algo romántico? Había pasteles con globos. Pasteles lisos. Me cago en la leche, soy imbécil. Lo he comprado sin pensar.

Dejo las cartas en la mesa, cierro los ojos y me paso las manos por el pelo.

—Enseguida vuelvo. —Echo la silla hacia atrás, rodeo la mesa y voy hacia la escalera.

Salgo del sótano y la sigo mientras escucho algunas risitas que han estallado a mis espaldas.

Hasta hace nada podía pensar con claridad. No cuestionaba cada paso que daba ni me planteaba cuál podía ser el resultado de cada una de mis acciones o cómo reaccionaría Jordan. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía así de confuso.

Cuando llego arriba y abro la puerta, oigo que suena *I Love Rock 'n' Roll* a todo volumen en el jardín trasero y que alguien acaba de saltar a la piscina (lo sé por el ruido del agua). Le habría dicho a Jordan que se encargara de guardar las llaves de cualquier persona que bebiera alcohol, pero, si los vecinos deciden llamar a la policía por contaminación acústica, mi medida de seguridad para evitar que los chicos conduzcan borrachos de poco servirá. Para empezar, he cometido la ilegalidad de dejar que unos menores beban en mi propia casa.

Aunque uno de mis colegas es poli y está abajo, así que supongo que tendría las de ganar.

Entro en la cocina, desde donde echo una ojeada a los fiesteros que hay fuera, y veo a Jordan delante de la nevera, sacando la caja rosa del pastel.

Se da la vuelta y lo deja en la isla. Levanta la vista y me mira a los ojos.

—No me lo voy a comer ahora, porque tendría que compartirlo —explica—. Solo quiero ver cómo es.

A medida que va levantando la tapa, yo voy poniéndome cada vez más nervioso. Tengo una disculpa preparada en la punta de la lengua, pero ella sonríe alegre.

Me acerco a la nevera y pillo un refresco, para que parezca que he subido para eso.

—Perdona si es un poco infantil —me disculpo—. No sé muy bien en qué estaba pensando.

Se cruza de brazos y se muerde los labios por dentro, como si intentara contener la sonrisa, pero no lo consigue. La luz de la cocina está apagada, pero aun así puedo ver que tiene las mejillas sonrosadas y que le tiembla la respiración.

Vuelve la cabeza hacia mí.

—Creo que nunca me habían comprado un pastel tan bonito —afirma—. Gracias por haber pensado en mí. Es todo un detalle.

Clava los ojos en el pastel otra vez, con una mirada caprichosa.

Genial. Ahora todavía me siento peor. Lo mira como si fuera lo más bonito que alguien haya hecho nunca por ella. Qué triste, ¿no?

Aunque sí que es bonito. La cobertura está hecha de rosas; las filas de la parte inferior son blancas y, a medida que van subiendo, el color se intensifica hasta llegar a la fila de arriba del todo, que es de un color rosa chillón más oscuro.

¿Ves? No soy idiota. Ya sabía yo que le gustaba el rosa.

—También es rosa por dentro —señalo—. El pastel, digo.

Se le dilata la sonrisa.

Y no es un pastel para niños, ahora que me acuerdo. La chica que me lo ha vendido me ha comentado que llevaba champán.

«Bien hecho», me digo. Por fin vuelvo a tener la misma sensación que cuando lo he comprado

y no me machaco tanto.

Pasa el dedo por una de las rosas, se lo lleva a la boca y lo chupa. Se me congela la mirada cuando veo la forma en la que lo envuelve con los labios y cómo saca la lengua para lamer un poco de glaseado que le ha quedado en la punta.

Gimo para mis adentros y no soy capaz de reprimir el pensamiento de cómo debe de ser el calor de su boca.

Carraspeo.

—Eh... Me he olvidado por completo de las velas —admito a la vez que abro el cajón que tengo detrás—. Pero como sé que tienes que pedir un deseo...

Saco una caja de cerillas que guardo al lado de las manoplas de cocina y enciendo una.

—¿Le decimos a Cole que entre? —pregunto antes de ponerla en medio del pastel.

Jordan mira por la ventana y hace un gesto con la mano, descartando la idea. Clavo la cerilla en la tarta.

La observo mientras cierra los ojos, suelta el aire y destensa los hombros. Una sonrisa se le dibuja lentamente en la cara. En un acto reflejo y sin darme siquiera cuenta, sonrío. No tengo ni idea de qué estará pensando, pero creo que sí sé cómo se siente ahora mismo.

Sopla la cerilla y abre los ojos ante un hilo de humo que se enrosca delante de su cara.

Como no me apetece moverme de aquí, me quedo un momento a su lado.

Se supone que, ahora, alguien debería abrazarla. Debería haber un chico que se plantara delante de Jordan, apoyara las manos en la encimera, la rodeara y sintiera su aliento en la cara.

Intento descifrar a qué sabrá y se me acelera la respiración.

Cojo la lata de refresco que he dejado antes en la encimera y la aprieto hasta que hago crujir el aluminio.

«Esto no pinta bien.» Estos pensamientos están fuera de lugar.

Me doy la vuelta, trago saliva hasta tres veces para humedecerme la garganta y voy a por la caja de casetes de mi camioneta, que también reposa en la encimera, y la empujo hasta Jordan, a la otra punta de la isla.

—Y esto es para la cumpleañera —anuncio para desviar la atención de cualquier tensión que se haya podido crear—. De nada.

Baja la vista hacia la caja negra, la reconoce, abre los ojos de par en par y deja caer la mandíbula.

—¡¿Qué dices?! —grita— ¿Va en...? ¡¿Es coña?! —Sonríe entusiasmadísima—. No puedo quedármelos, ¡eran de tu padre!

Asiento con la cabeza. Menos mal que tenemos esta isla de por medio.

—A mi padre le habría gustado que se los quedara alguien que los tratara con cariño, y estoy seguro de que tú lo harás.

De todos modos, no los escucho nunca. Yo me limito a poner la radio. Cuando Jordan los vio por primera vez, parecía que le habían fascinado, así que ha sido lo único que se me ha ocurrido

que podría gustarle.

Levanta las manos en alto y las agita. Me mira como si no supiera qué hacer conmigo.

—Pero... —Se le va apagando la voz y entonces suelta una risita—. Pike, yo...

—¿No los quieres? —la interrogo.

Se burla de mí otra vez y hace una mueca. Hay cierta duda en su mirada. Jordan ve mi regalo como algo que tiene un valor sentimental y que no le pertenece, pero también se muere por quedarse los casetes.

—¿Lo dices en serio? —pregunta descansando la barbilla en las manos.

Me resulta imposible no reírme. Qué divertido es hacerla feliz.

Levanta la caja y la abraza.

—Tengo casetes. Tengo una colección de casetes. ¡Qué fuerte! —grita—. Me siento fatal, pero es que sí que los quiero... Ya está. Me los quedo.

Finge una mirada como de disculpa, pero se ríe y eso me hace aún más gracia.

—Así me gusta.

Además, ahora ya me siento mejor. Espero que, al menos, esto haya servido para compensar mis formas de principios de semana. Entre los casetes y el huerto, parece eufórica.

Me alejo de la encimera para volver al sótano, pero Jordan me detiene.

—Ay, espera.

Se vuelve, saca una bandeja de la nevera y camina hacia mí. Luego pone una bolsa de nachos encima de esta y me lo ofrece todo.

—He preparado una salsa para *dipear* y he hecho un poco más para vosotros.

Miro la bandeja y me suenan las tripas de inmediato.

—Guau, no hacía falta. —Solemos pedir *pizza* y alitas de pollo, pero lo que ha preparado Jordan tiene muy buena pinta—. Gracias. Les va a encantar.

Sonríe y, durante tres largos segundos, nos quedamos ahí plantados, mirándonos fijamente a los ojos. Es como si el aire pesara tanto que nos impidiera movernos.

Al final, respiro y me marcho.

—Asegúrate de que lo limpien todo cuando hayan terminado, por favor. —Quiero añadir «y que no te carguen a ti con el muerto», pero me lo callo.

Jordan pone los ojos en blanco y vuelve a centrar toda su atención en los casetes.

Un batacazo me despierta de golpe. Pestañeo para acostumbrarme a la oscuridad. ¿Qué cojones ha sido eso? Juraría que ha temblado hasta la cama. Tardo un momento en asimilar que el ruido viene de fuera. El sonido amortiguado de la música se cuela a través de las ventanas, que están cerradas.

Madre mía, ¿siguen despiertos? Miro el reloj. Es la una y pico de la madrugada. Me quito la sábana de encima, bostezo y me paso los dedos por el pelo.

Qué calor que hace, joder.

Me siento, cuelgo las piernas en el borde de la cama y me levanto.

Camino hacia la otra punta de la habitación, abro la puerta, atravieso el pasillo y bajo la escalera. Cuando llego abajo, me acerco al termostato y enciendo el aire acondicionado. «A veintiséis grados estamos aquí dentro.» Puedo ceder un poco, pero esto ya es pasarse. Lo que tampoco ayuda es que tenga que dormir con el pantalón del pijama ahora que hay más gente en casa, me da miedo despertarme sobresaltado y olvidarme de que voy en bolas.

Sin encender las luces, entro en la cocina, me acerco al fregadero y miro al patio a través de la ventana. Me sorprende que nadie haya llamado a la policía. Están haciendo menos ruido que antes, pero sigue siendo demasiado para estas horas.

Recorro el jardín con la mirada para ver qué ha causado ese estruendo. Abro los ojos como platos al instante y me alejo de la ventana. Vamos a ver, Cole, ¿qué clase de amigos se comportan así en casa de los demás?

Hay, por lo menos, dos chicas sin la parte de arriba del bikini; a una de ellas un tío (que intuyo que es uno de los amigos de Cole) está metiéndole mano descaradamente mientras se enrollan en la piscina. La otra está tumbada en una silla de exterior con la cabeza apoyada en un brazo y las gafas de sol puestas, aunque es de noche.

Me doy la vuelta y busco el móvil en los bolsillos del pantalón. Tengo que echar a estos maleducados de aquí inmediatamente, pero yo no puedo salir. Igual para ellos no sería una situación incómoda, pero, para mí, desde luego que sí. Seguro que conozco a sus padres.

¿Dónde narices está Jordan? No tengo ni idea de por qué se me pasa esta pregunta por la cabeza; hay algo que me dice que a ella todo este jaleo tampoco le gusta. ¿Y dónde he metido el móvil?

Caigo en que está cargándose al lado de mi cama, así que vuelvo a subir la escalera y a cruzar el pasillo. Entro en mi habitación y lo desenchufo del cable.

Por lo que parece, ya se ha ido la mitad de la gente, y menos mal. No creo que sea muy difícil hacer que se marchen los ocho rezagados que quedan. Eso sí: he hecho la vista gorda a pesar de que el jardín esté patas arriba, o sea que más vale que mi hijo no vuelva a pedirme organizar una fiesta hasta dentro de muchísimo tiempo.

Bajo la escalera y, al llegar a la cocina, marco el número de Cole. Me llevo el móvil a la oreja y empiezan a sonar los tonos de llamada.

No tardo en oír un repiqueteo que proviene del salón y, cuando me vuelvo para mirar hacía allí, veo una luz en el reposabrazos del sofá. Es su móvil, que se ha iluminado con la llamada entrante. «Manda cojones.»

Cuelgo, doy un golpecito en la pantalla con el pulgar y pulso el nombre de Jordan. Cuando voy a darle a «Llamar», levanto la vista y paro en seco.

Ahí está. De pie en la parte menos honda de la piscina, donde el agua le llega a los muslos, con los brazos pegados delante del cuerpo para que no se le caiga el top del bikini mientras Cole

intenta desatárselo por detrás del cuello. Está delante de ella, mirando hacia abajo, y ella, aunque sonríe, agita la cabeza e intenta resistirse. Puedo ver lo avergonzada que se siente desde aquí.

Una marabunta de sentimientos me inunda. Por mi cabeza fluyen un montón de pensamientos. Intento apartar la vista, en vano.

«No la mires», me riño para mis adentros.

Aprieto el puño alrededor del móvil, deseando que Cole la deje en paz. Es evidente que eso, a Jordan, no le gusta.

«Y a mí tampoco.»

Aun así, me resulta imposible no levantar los ojos hacia ella otra vez y veo las finas tiras de su bikini rosa de conchas deslizarse lentamente por su piel.

Joder, es preciosa.

Contemplo cómo su largo pelo le cae por encima de la piel. Con los brazos se sujeta la poca tela que todavía le cubre el pecho. Algo dentro de mí se remueve y deja, a su paso, una incómoda sensación.

Me restriego la cara con la mano e intento deshacerme del rubor. Si yo fuera Cole, estaría haciendo exactamente lo mismo con ella, solo que en un lugar mucho más privado porque no querría que nadie más viera lo que yo estoy viendo ahora.

Suspiro y bajo la vista. La noche acaba aquí. Quizá, si corto la electricidad, se vayan todos.

Pero antes de que pueda siquiera moverme, veo que Jordan ha salido de la piscina y se acerca a la ventana. Se sujeta el top con una mano y, con la otra, se pone mi camiseta vieja para luego atarse las tiras del bikini otra vez.

Frunce el ceño, como si estuviera enfadada, y estiro el cuello para ver por detrás de ella. Cole sigue en su mundo, riendo y pasándole una pelota de fútbol a alguien.

Jordan da la vuelta a la casa, se dirige hacia la puerta trasera. Me enderezo cuando entra en la cocina. Enchufo el móvil al cargador de la encimera para que parezca que estoy haciendo algo.

—Uy, hola. —Se queda quieta cuando me ve.

La miro y carraspeo.

—¿Qué hay? ¿Todo bien?

—Sí, solo iba a... —vacila, como si buscara la respuesta— cortar un poco de sandía.

Asiento con un solo golpe de cabeza y me acerco a la nevera para cogerla del estante de arriba por ella.

Jordan saca una tabla y un cuchillo de cortar, y a mí se me olvida lo de pedirle que vayan poniendo fin a la fiesta. No tiene pinta de que le apetezca volver en este preciso instante.

Saco la otra tabla de cortar que guardo al lado de la nevera, la dejo en la encimera al lado de la suya y parto la sandía en dos.

Dejo una de las mitades en mi tabla y la otra se la paso a Jordan. Los dos nos ponemos a cortar.

Los que aún siguen fuera se ponen a correr en el patio trasero. Un tío coge a una chica que

está medio desnuda y chillando, y yo vuelvo a bajar los ojos. Me siento completamente estúpido, como si no estuviera en mi casa y fuera un pervertido de setenta años espiando a unos adolescentes que están revoloteando por mi propio jardín como locos.

Jordan mira a través de la ventana que tenemos delante y luego a mí, brevemente, como midiendo mi enfado. Al fin y al cabo, hay chicas haciendo toples en mi jardín y el otro día me puse como loco porque ella estaba cortando el césped con una camiseta mojada.

Esta vez, recurro al sarcasmo.

—¿Crees que a Cramer, el vecino, le gustarán las vistas?

Resopla, jugueteando con el cuchillo, y ríe.

Al cabo de un minuto, pregunta socarrona:

—¿Y a ti?

Sorprendido, abro un poco los ojos y la miro. Me lanza una sonrisita burlona.

—Sigues siendo joven —bromea—. Se te ve enérgico. ¿Cómo es que no sales más?

¿Y quién dice que no lo hago? Ya se me ha pasado la época de ir de bar en bar, pero yo también he invitado a mis amigos esta noche. Vale que no es lo mismo que salir, pero tampoco soy un ermitaño.

—Porque no serás gay, ¿no?

La miro incrédulo. «¿Disculpa? ¿No hablamos ya la otra noche de mi vida amorosa?»

Jordan sacude la cabeza y añade:

—Bah, déjalo. Ya decía yo que no tienes pinta.

«Madre mía.»

Debo admitir que mi vida social deja un poco que desear. Eso ya lo sé. Aún no he cumplido los cuarenta y en mi tiempo libre hago casi lo mismo que hacía mi abuelo cuando se jubiló.

Me quedo callado durante un segundo y busco las palabras que me ayuden a explicarle esto a Jordan.

—Me gusta mi aburrida vida —digo con un tono que parece más bien una disculpa—, pero no va con la mayoría de las mujeres.

—Puede que con las jovencitas no —contesta graciosilla—. Yo creo que eres muchas cosas menos aburrido. Deberías salir más. A esta ciudad le sobran críos y le faltan hombres.

Sonrío para mis adentros. Me ve como un hombre, no solo como el padre de alguien. Y eso no debería alegrarme tanto como realmente lo hace.

«Y sí, puede que haya muchos críos, pero también hay muchas mujeres y ninguna de ellas es para mí.» Lo digo en serio: si mi futura esposa viviera en esta ciudad, ya habría dado con ella.

Parte uno de los trozos por la mitad y luego pone cada porción de lado para cortar cada triángulo en dos. Yo la imito.

Fuera, una chica joven con una coleta larga y castaña corre por el borde de la piscina. Lleva un bikini naranja que le da un tono más oscuro a su piel.

—¿Debería tirarle la caña? —La señalo con la barbilla.

Jordan mira a la chica a través de la ventana, vuelve a bajar la vista y sigue cortando sandía.

—Está demasiado buena para ti.

—¿No crees que pueda ligármela? —bromeo mientras corto dos triángulos más—. No sería mi primera conquista, eh.

—A tu edad, estoy segura de que ya llevas unos cuantos. ¿Necesitas descansar un poco?

Será...

Hundo el cuchillo en la sandía y lo deslizo hasta que la punta se me clava en el pulgar de la mano derecha.

—¡Joder! —Lo suelto y levanto la mano. El dolor me cala hasta los huesos y tomo aire por la boca, con los dientes apretados. «Mierda.»

—¡Uy! —Jordan suelta un grito ahogado, deja el cuchillo y se seca las manos—. Lo siento. —Ríe más bien apenada—. A ver, trae.

Me chupo la sangre del dedo sin darme apenas cuenta de que Jordan me ha sentado en un taburete al lado de la isla de la cocina antes de ir a por vendas al armario.

¿Las puse allí? No. Yo, allí, no las puse.

Se acerca corriendo hacia mí y abre el paquete de un tirón. Es una toallita húmeda. Debe de ser una cosa de esas antibacterianas o algo por el estilo.

—Puedo hacerlo yo. —Pongo la otra mano para que me la dé.

Jordan ignora mis palabras, se inclina e inspecciona la pequeña gota de sangre que se me está volviendo a formar en el dedo.

—Lo sé —responde—, pero me siento mal. No quería tocarte las narices y que te distrajeras. Estaba de broma.

Cuando lo que quiera que lleve esa toallita me toca la herida, siseo.

—No me las has tocado —le digo, aunque parece que rezongue—. Bueno, a lo mejor sí. Siempre lo haces, pero en el buen sentido.

—¿En el buen sentido? —Arruga la frente.

Sí. En plan divertido. «Eres divertida.» Y un poco graciosa. Y bastante interesante. No sé cómo lo hace, pero siempre consigue que me crispe, aunque sea por alguna mierda estúpida e insignificante. Y no logro entender por qué, pero es algo que me gusta.

Pero no sé cómo decirle todo eso. Suena raro.

Al ver que no respondo, sigue hablando con un tono tranquilo y sereno.

—Oye —añade sin mirarme—, en el caso de que sí tengas interés por esa chica, puedo traerla más a menudo, si te apetece.

¿La chica del bikini naranja?

—¿Traerla?

Asiente a la vez que me limpia el dedo.

—Quizá podría invitarla a dormir o algo. No tendrás que buscarla ni nada. Se te lanzará ella encima.

Aunque Jordan no me mire, bajo los ojos hacia ella. ¿Quiere que eche un polvo?

Cuando me doy cuenta del calor de su cuerpo entre mis piernas, siento cómo un cálido y ligero sudor me recorre la columna vertebral. La miro mientras sopla con la intención de apartarse el pelo de la cara solo para que le vuelva a caer exactamente en el mismo sitio.

«La que quiero que se me eche encima no es la del bikini naranja.»

Como quien no quiere la cosa, levanto la otra mano y le aparto el pelo del ojo, rozándole la frente para acomodárselo detrás de la oreja. Jordan levanta los ojos y los clava en los míos; yo dejo que mi mano resbale por los suaves mechones de su pelo. Nos quedamos ahí parados, mirándonos fijamente el uno al otro, y mi corazón se olvida de latir durante un segundo.

Casi puedo notar el tacto de su cara entre mis manos. Siento la imperiosa necesidad de saber cómo es tener aunque sea solo una parte de ella entre mis brazos.

«Por el amor de Dios.» Bajo la mano y aparto los ojos hasta clavarlos en la herida no muy grande que tengo en el pulgar.

—Entonces, ¿qué? ¿Quieres que lo haga? —Saca de nuevo el tema, a media voz, casi como si tuviera miedo de lo que pueda responder.

Niego con la cabeza.

—No. No está mal, pero no tiene lo que a mí me gusta.

Abre una tirita, me la coloca en el dedo y la presiona repetidamente, con calma.

Siento un hormigueo en los dedos, a la altura donde los sujeta Jordan, y me fijo en que aún no ha apartado la mirada de mi mano.

De repente, pregunta prácticamente suspirando:

—¿Y qué te gusta?

Se humedece los labios y se le entrecorta la respiración. Se me excita la polla y, joder, estoy a punto de arrancar lo que sea con los dientes.

Pero ¿qué me está haciendo?

—Mujeres que tengan edad suficiente para beber. Eso para empezar —argumento mientras aparto mi mano.

Arquea una ceja.

—Ya, claro. Ni que fueras un fiestero y te pasaras el día de garito en garito.

No, si tiene razón. Yo bebo en casa.

—Pero bueno, mejor. —Suspira a la vez que se echa hacia atrás y se lleva las manos a las caderas—. Tampoco me apetecía mucho juntarte con ella.

—¿Y eso?

—No creo que sea tu tipo. —Tira los envoltorios y su mirada se relaja—. Además, me pondría celosa. Me gusta ser la única mujer de la casa.

—¿Y si te hubiera dicho que sí?

Se encoge de hombros y me mira como si estuviera molesta, pero sé que solo está fingiendo.

—Pues entonces te habrías quedado sin tus nuevas hamburguesas favoritas, hechas tal y como

te gustan a ti.

Sonrío y muevo la cabeza. Qué descarada.

Aunque es verdad: me gusta más cómo hace las hamburguesas ella.

Me coge la mano y me mira la herida por última vez.

—Estoy bien. Gracias. —Me levanto y eso la obliga a retroceder un poco—. Ve con tus amigos.

Vuelve la cara para mirar hacia fuera por encima del hombro, pero no tiene pinta de que siga teniendo ganas de fiesta.

—¿Qué harás ahora? —me interroga mientras se acerca donde estábamos hace un segundo para llenar un bol grande con los trozos de sandía.

—Supongo que intentar volverme a dormir.

Con un poco de suerte, no toca el aire acondicionado y no me despierto otra vez.

Salgo de la cocina y me acaricio el dedo. La punzada me duele.

La miro de nuevo y la encuentro con la cabeza vuelta y la vista clavada en mí. Jordan vuelve a desviar su atención hacia la sandía y yo lo que quiero es quedarme.

Al cabo de un momento más bien largo, trago saliva.

—Buenas noches.

Antes de que llegue al salón, oigo su voz detrás de mí.

—¿Qué querías decir con eso de «en el buen sentido»?

Vuelve a mirarme y dibujo media sonrisa con la comisura del labio. No sé qué decir porque todo lo que se me ocurre suena más bien inapropiado.

Al final me dirijo hacia la escalera, vuelvo la cabeza, la miro y me decanto por la respuesta más fácil:

—Me gusta hablar contigo.

11

Jordan

«¿Me gusta hablar contigo?» ¿Qué he dicho que sea tan fascinante? Río al exhalar y sacudo la cabeza mientras pelo patatas para la cena.

A lo mejor es porque no tiene a mucha gente más con quien charlar. Ha vivido solo tantísimo tiempo que quizá ahora cualquier conversación le parece interesante. No tenemos absolutamente nada en común.

Pero la verdad es que... me ha encantado que me lo haya dicho. ¿Por qué quiero gustarle tanto? ¿Y por qué, cuando me di cuenta de que él no estaría en la fiesta, lo que menos me apeteció fue salir ahí fuera con los demás?

Levanto los ojos y miro por la ventana. Está en el patio trasero, podando el árbol que hay al lado de la valla que separa su patio del de Cramer y sujeta un artilugio portátil largo que llega hasta las ramas más altas. Comenté que el huerto no tenía suficiente sol y se ha encargado de resolver ese problema. Sin que se lo pida.

El huerto me gusta más de lo que realmente admito delante de Pike. Es como un rinconcito solo para mí que, cuando me vaya, seguirá ocupando el mismo lugar. Eso me reconforta.

Las semillas ya están sembradas y los aspersores dedican unos minutos a rociar la tierra cada día, por la mañana y por la noche, religiosamente. Ahora hasta me gusta oírlos a altas horas de la madrugada, cuando todavía está oscuro, no se ha despertado nadie y en la cocina solo estamos mi café y yo.

Todo esto ya se está convirtiendo en un lugar familiar y acogedor. Como si fuera mi hogar.

Clavo el cuchillo en la piel de la patata, áspera y rugosa. «Típico.» Siempre acabo enganchándome a algo pasajero. A la idea de que mi madre volvería a casa cuando era pequeña, a Nick, a Jay, a mi piso y al deseo de tener mi propia casa... Sigo siendo tan sentimental que incluso me doy lástima a mí misma. Dejo el cuchillo clavado en la tabla de cortar y saco unas cuantas patatas más de la bolsa.

Y por si eso no fuera suficiente, llevo todo el día pensando en lo de anoche. Y no hablo precisamente de la fiesta.

El pastel de cumpleaños, los casetes, cómo tonteamos... Y que se acordara de mi tradición de soplar una vela y pedir un deseo. Siento un aleteo en el corazón y sonrío, aunque luego frunzo el

ceño porque estoy confundida y no quiero sentir todo eso.

Anoche soplé una cerilla y pedí lo mismo que la noche en la que le conocí en el cine. En ese momento, me sentía genial y quería poder sentirme así cada día. No pedía más.

No quería cambiar nada ni quería algo que no tenía; solo quería sentirme exactamente así al día siguiente. Y al siguiente.

Sentir que se acuerdan de mí. Sentirme especial, feliz.

Y él me hace feliz.

Me hace feliz de la forma en la que debería hacerlo mi novio.

Lo veo salir por el rabillo del ojo mientras pelo otra patata. Aunque intento contenerme, acabo desviando la mirada hacia él.

Levanta los brazos y se quita la camiseta azul marino de manga corta. Se la guarda en el bolsillo de detrás de los pantalones y vuelve a coger la máquina de podar.

Me quedo congelada durante un segundo. Mis manos dejan lo que están haciendo y los sonidos de la podadora, el cortacésped de la casa de enfrente y la música que tengo puesta en la cocina empiezan a desvanecerse lentamente.

Su piel —tostada y tonificada— parece cálida y suave; los músculos del abdomen y los tendones del brazo se le marcan y dejan entrever lo mucho que ha trabajado a lo largo de su vida. El sudor deja un rastro reluciente al bajarle por el cuello y la columna, y le veo las ondas de los músculos de la espalda. Por mucho que los tapen los tatuajes.

Lleva unos tejanos gastados largos y la camiseta le cuelga del bolsillo, cubriéndole parte del... Me humedezco los labios al mismo tiempo que aparto la vista de su trasero y me quedo mirando cómo se le ajustan esos vaqueros a la cintura.

Se le marcan los músculos con cada rama que corta y yo solo soy capaz de coger pequeñas bocanadas de aire, no muy profundas, mientras admiro hasta el más mínimo detalle, como la manera en la que la pernera del pantalón le cae por encima de esas botas de construcción color canela.

El señor Lawson está tremendo. Está muy bueno y fuerte. Me pregunto cómo debe de ser estar con él. ¿Cómo es Pike con una mujer?

Bajo la vista de nuevo.

—Guau, qué bueno está —dice una voz.

Pestañeo y vuelvo la cabeza de golpe. «Cam.»

Está de pie al lado de la isla. Habrá entrado por la puerta principal y no la he oído. Tiene el antebrazo apoyado en el granito y está inclinada como quien no quiere la cosa, con mirada divertida.

Sigo pelando patatas. El corazón me late con tanta fuerza que hasta puedo oírlo.

Suficiente mal está ya que me coma a alguien que no sea Cole con los ojos como para que encima haya tenido que ser ella quien me pille.

—Nunca te he visto mirar así a Cole.

¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Decido cortarla de raíz.

—¿Así cómo? Deja de intentar meter mierda.

La oigo atravesar la cocina arrastrando los pies hasta llegar al fregadero y se pone a mi lado. Echo un vistazo rápido a Pike para ver si sigue trabajando. Quizá no ha reparado siquiera en que estamos en casa.

—Prácticamente tenéis una rutina —bromea mientras enjuaga las patatas ya peladas y las pone en la olla—. Él trabajando en el jardín, tú cocinando... Es como si fuerais una pareja.

—Cállate. Podría ser su hija.

—Pero no lo eres. —Se vuelve y se inclina hacia mí—. Eres una almeja joven y buenorra que vive debajo de su techo. No creas que no lo ha pensado ni te hagas la tonta. Puede que sea el padre de Cole, pero no deja de ser un hombre. —Se da la vuelta y lo mira por la ventana—. Uno atractivo y enérgico, encima.

—Tengo novio. Su hijo.

«Muy bien, Jordan. Eso es justo lo que tendrías que haberte dicho a ti misma cuando lo mirabas hace un minuto.»

Sin embargo, mi hermana se encoge de hombros.

—Más morboso aún.

Suelto una sonrisa amarga.

—Si te gusta, lígatelo.

—Ni de broma. —Sus labios se curvan en una sonrisa juguetona—. Ahora estoy entusiasmadísima con esta fantasía. Yo también quiero mi propio «padre de mi novio».

«Puffffffffffff...» Vuelvo a sentir el calor en las mejillas.

—Mira que llegas a ser odiosa. Además, no tienes novio —señalo.

—Bueno, me buscaré uno. Uno con un padre que esté bueno.

Niego con la cabeza. No quiero seguir hablando del tema. Está convencida de que estaba babeando con Pike y, si le sacas un tema obsceno a Cam, se crece. No voy a darle más pie.

—Además, eres mi hermana —apunta—. No quiero enrollarme con él y ponerte celosa.

—¿Por qué iba a ponerme celosa? —espeto mientras acabo de pelar la última patata—. De verdad. Tengo novio. A quién se tire Pike Lawson no me importa lo más mínimo. Adelante, todo tuyo.

Me aparto, me seco las manos, paso por su lado, cojo la olla en la que están el agua y las patatas, la pongo en el fogón y lo enciendo. «Las chuletas de cerdo están adobándose; la masa de las galletas, reposando...» Repaso mi lista mentalmente lo más rápido que puedo para no pensar en otras cosas, como en Pike, por ejemplo.

Puede quedar con quien quiera. Esta es su casa.

—Bueno —oigo que dice Cam—. Si a ti te da igual...

Me quedo ahí plantada, fingiendo que controlo la comida, pero agarro el botón de los fogones

con fuerza. El miedo me paraliza.

A continuación, se oye un portazo. Me enderezo de un tirón y me doy cuenta de que ha salido de la cocina.

Será hija de...

Vuelvo a acercarme al fregadero. Al otro lado de la ventana, Cam atraviesa el patio y se dirige hacia Pike. Vuelve la cabeza para mirarme, como si supiera que estaría observándola. Sonríe con suficiencia y yo pongo mala cara.

«Lo decía en broma.» La idea de que las manos de Cam toquen a Pike..., que las de Pike la abracen... No quiero verlo. Es mi hermana.

Pike se da cuenta de que se está acercando. La mira, apaga la máquina y se queda escuchando; seguramente se esté preguntando qué hace molestándolo.

O a lo mejor se ha quedado pasmado.

Mi hermana está buena y son pocos los hombres que la rechazarían si ella les echara el ojo. ¿Y si a Pike le atrae? Como bien ha dicho Cam, es un hombre.

Y mi hermana es mayor que yo, tiene su propia casa y un coche, y de momento está bien aquí. Sigue siendo muchísimo más joven que él, pero no es una adolescente.

No es tan «jovencita».

Cam se cruza de brazos y mueve un poco los pies para dárselas de tímida. Sacudo la cabeza porque mi hermana no es tímida ni en sueños.

Es muy buena fichando a la gente. Sabe que, si va en plan agresivo, lo asustará.

Poco después, le toca el brazo y casi dejo de respirar cuando la veo torcer el cuello para inspeccionar los tatuajes. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, se pone recta y levanta el brazo para enseñarle el gigantesco fénix que lleva tatuado en el costado.

Pike se la queda mirando cuando Cam se levanta la camiseta de tirantes y se aparta la tira del sujetador. Se me estremece el estómago y espero a que Pike se sonroje o parezca que esté incómodo, porque siempre parece estarlo; pero esta vez es diferente. En lugar de eso, la mira mientras ella le habla dicharachera, contenta, y, de repente, Pike sonríe y suelta una sonora carcajada. A saber qué le ha contado mi hermana.

Siento una punzada detrás del cuello y empiezo a marearme. Pike continúa mirándola. Casi no ha despegado los ojos de Cam desde que esta ha salido. ¿Es por deseo? ¿Le pone?

A ver, quiero que mi hermana le caiga bien a Pike, pero no que le apetezca estar con ella. Tampoco nos pasemos. No quiero tener que oír sus gemidos o jadeos desde la otra punta del pasillo toda la noche.

Además, a ella no le gustará Pike. Es demasiado estirado. Bastante aburrido, en realidad.

Pero no tengo ninguna duda de que Cam haría que se divirtiera un rato.

Cierro los ojos y siento un peso insoportable en los hombros.

Cam se da la vuelta y empieza a recoger ramas del suelo, y Pike sigue cortándolas, trabajando felizmente en equipo. Mi hermana me mira, gesticula con la boca y sonríe con arrogancia.

Tardo un poco en asimilar lo que ha dicho.

«¿Ya estás celosa?»

No logro contener el gruñido que sale por mi boca mientras le hago una peineta antes de volverme y alejarme de la ventana. «La madre que la parió.» No hará nada. Cree que me gusta. Solo está intentando mosquearme.

Tiro un poco del cuello de la camiseta. Es como si me escociera cada poro de la piel. Me falta el aire.

Me acerco a los fogones, apago el que está encendido, salgo de la cocina y subo corriendo la escalera. Entro en la habitación que comparto con Cole, saco ropa limpia de los cajones, dejo la habitación y cruzo el pasillo, en dirección a nuestro baño.

Nada más entrar, me detengo. Menudo lío ha dejado Pike aquí. Ha arrancado la bañera, las tuberías están desconectadas del lavabo y el suelo de azulejos blancos está lleno de escombros.

Aún lo está renovando. Se me había olvidado.

La puerta de su dormitorio está abierta de par en par; su cama queda justo delante de mí, con el cabecero que te da la bienvenida al entrar. Tener que pasar por su habitación cada vez que he tenido que ducharme esta última semana se me ha hecho raro, igual que estar aquí sola.

Resisto la tentación de fisgonear.

Siempre tiene la cama hecha, lo cual me sorprende, aunque es como si hubiese tirado de las mantas con prisas y las hubiera colocado sin orden ni concierto. Si no fuera por mi madrastra, la cama de mi padre estaría siempre deshecha.

Me dirijo al baño y veo las fotos de Cole desde que nació hasta el último año de instituto, una al lado de la otra, en el espejo del tocador. De la pared cuelga una pantalla plana, con el cable suspendido en el aire y desenchufado. Una maqueta de un barco Schooner descansa sobre su cómoda, con una ligera capa de polvo en las velas blancas.

Y, en una bandeja también encima del tocador, reposa un reloj antiguo con una correa de cuero gastada que no le he visto nunca puesto. Además de esto, no hay ninguna otra joya más.

Aparte de la cama, los armarios, el televisor y las mesitas de noche, la habitación tiene una decoración más bien minimalista. En las paredes no hay nada, para variar; solo una lámpara negra con una sombra gris y los intensos rayos de luz de la tarde que entran a través de las persianas medio abiertas.

No me gusta nada que haya vivido tanto tiempo aquí solo. Alguien tiene que darle vidilla a este lugar. Pero mi hermana no.

Entro en el baño, cierro la puerta, paso el pestillo, me acerco a la ducha y abro el grifo. Dejo la ropa limpia en la encimera del lavabo y me desvisto. Cojo una toalla de la estantería y la cuelgo en el gancho que hay justo fuera de la ducha.

«¿Ya estás celosa?» Niego con la cabeza. Me meto en la ducha y cierro la mampara de cristal, cada vez más cabreada.

No estoy celosa. Sencillamente no quiero verla jugando con Pike, porque la conozco. Para mi

hermana, estas cosas son como un juego; esconde sus inseguridades detrás del sarcasmo y de un comportamiento frívolo.

Y Pike no es así. Necesita a alguien tranquilo. A alguien que sepa calmarlo.

A alguien que le rodee el cuello con los brazos y haga que el resto del mundo desaparezca.

Echo la cabeza hacia atrás, me mojo el pelo y cierro los ojos, dejando que el agua caliente me acaricie el cuello y los hombros. Se me eriza la piel y, de pronto, mi cabeza se hunde en ese placentero calor.

Me doy la vuelta, apoyo las manos en la pared, me inclino y meto la cabeza debajo del chorro de agua. Luego vuelvo a enderezarme y apoyo la espalda en la pared mientras, con un cabezazo, me echo el pelo hacia atrás.

Se me revuelve el estómago. Si Cole y yo no estuviéramos juntos y Pike entrara una noche en el bar, se sentara en un taburete y se pusiera a hablar conmigo... me gustaría. Me gustaría mucho.

Lo desearía.

Cierro los ojos con fuerza. Dios, mi hermana tiene razón. Aquí pasa algo. «De hecho, ya ha estado pasando.» ¿Se habrá dado cuenta todo el mundo? ¿Y él?

«Mierda.»

Al abrir los ojos, lo primero que veo es su gel de ducha, que está en el estante justo enfrente de mí. Cole suele utilizar Axe, pero todavía no ha sacado sus cosas de la otra ducha, o sea que debe de estar tirando del Irish Spring de su padre.

Miro rápidamente a través del cristal para asegurarme de que estoy sola. Cojo el bote y lo abro.

Todavía hay un poco de espuma y burbujas alrededor del tapón porque los chicos se han duchado esta mañana. Cierro los ojos y me acerco el gel de Pike a la nariz. Cuando ese fuerte aroma me sube a la cabeza, un hormigueo me recorre todo el cuerpo. Es un gel de los baratos, sin florituras, pero hace su función y me recuerda a los tejanos, a la leña y al reflejo del sol de las cinco de la tarde sobre la mandíbula de un hombre con una barba de cuatro días.

Es él.

La garganta se me ensancha, como si estuviera bebiendo agua, y trago, decepcionada de que no haya nada. Me paso la lengua por los labios. Me cuesta respirar.

Aparto la realidad a un rincón de mi cabeza y, sin pensarlo, me echo una gota de jabón en la mano. Me la acerco a la nariz, huelo el jabón otra vez, y vuelvo a respirar con normalidad. Se me cierran los párpados y siento palpitaciones en el clítoris.

«¿Debería tirarle la caña?» Recuerdo su sonrisa, de esas que guarda con recelo y que tanto me excitó anoche. No quería que ligase con nadie, pero, joder, me muero por ver cómo lo hace. ¿Cómo es con una chica?

«¿No crees que pueda ligármela? No sería mi primera conquista.»

Me paso la mano enjabonada por el cuello, luego la deslizo por la clavícula y la bajo por el pecho, hasta llegar al pezón. «¿Ligársela?»

—A ella no —digo para mis adentros.

Me araño suavemente el estómago mientras echo la espalda hacia atrás y me reclino en la pared. Cuelo la mano entre las piernas, me muerdo el labio y me estremezco al sentir el contacto de mis dedos.

Empiezo a frotarme despacio, dibujando círculos en el clítoris, que cada vez se me endurece más.

—No —susurro abriendo los ojos—. Para, para, para...

Me obligo a pensar en Cole. En sus manos sobre mi cuerpo. En sus labios besándome la oreja. En cómo hunde su cara en mi cuello para que nunca le vea los ojos.

«Oh, cariño.»

«Mierda, cielo. Joder.»

«Qué bien lo haces. Qué pasada.»

Y él me agarra el culo con las manos.

Me froto con más fuerza. Más rápido. Recupero el ímpetu de hace un segundo. Un hormigueo en el estómago me indica que estoy a punto de llegar al orgasmo.

—Cole, más fuerte —suplico y vuelvo a cerrar los ojos.

Me doy la vuelta, poniéndome de cara a la pared y presionando el cuerpo contra esta mientras mi mano continúa enterrada entre mis piernas.

Lo tengo detrás, exigiendo que le deje entrar. Quiere follar.

Me meto un dedo y empiezo a moverlo. Apoyo la mejilla en la pared e intento acelerar el ritmo para no pensar. Igual, si se trata solo de follar, consigo correrme.

Tengo el dedo húmedo. Lo saco y vuelvo a acariciarme el clítoris. Quiero correrme. Ya casi estoy. Pero no puedo. Se me distienden los músculos del brazo y me duelen los pulmones porque me falta aire.

«Por favor.»

Pero no llega. Mis dedos ralentizan el ritmo, exhalo y las lágrimas me queman por detrás de los ojos.

Me muerdo el labio otra vez, llena de dolor. Estoy muy húmeda.

Y entonces, hecha un lío y con la mente enmarañada, me cuelo en mi cabeza, donde nadie más que yo puede entrar.

Me escondo y me rindo. No tiene por qué saberlo nadie. En ese momento, en mis sucios pensamientos y mi tórrida minifantasía, le deseo. Quiero ser suya. Que sea nuestro pequeño secreto.

A escondidas.

—Eres una niña muy buena —me susurra al oído.

Es la voz de Pike.

Es su cuerpo el que está detrás de mí ahora. Más grande, más alto. Empujándome contra la pared. Me coge el pelo por detrás con la mano y tira lentamente de él, echándome la cabeza

hacia atrás, mientras se inclina para darme un lengüetazo en el labio. Gimo.

—Haciendo las tareas de casa como a mí me gusta —me provoca y mi mano se enreda con la suya en mi cabeza mientras él se ocupa de tocarme—. Preparándome la comida como a mí me gusta. Una monada a la que puedo mirar. Lo estás haciendo muy bien, Jordan.

Sigo con los ojos cerrados y tanteo sus labios. El sabor de su boca y el agua que resbala por esa piel tan sexi hacen que una corriente eléctrica me recorra el cuerpo entero y me pongo a temblar.

—Ahora necesito que hagas todo lo que hace una mujer —me ordena—. Todo lo que una niña buena hace para un hombre. ¿Puedes hacerlo?

Asiento, jadeante.

—Sí.

Estoy volviendo a llegar al orgasmo. Mis pezones, doloridos, están apretados contra los azulejos de la pared, y lo que siento en la entrepierna es maravilloso. Le deseo. Quiero tenerlo encima de mí. Quiero saber cómo es tenerlo así.

Estiro el brazo por detrás de mí, sin pensar. Cojo una esponja vegetal y me la pongo entre las piernas. La forma en la que me roza el clítoris me pone a cien. Me ayudo con las caderas para sentir cualquier cosa, porque en mi mente lo tengo a él y con eso ya me basta.

Su olor me envuelve, su boca me lame el cuello y me está levantando para poderse colar dentro de mí. La tiene áspera y dura. Primero se llena las manos con mis tetas y luego su boca me roba el aliento. Dios, qué bien sabe su lengua.

El orgasmo me quema por dentro y es cada vez más grande.

El padre de Cole me está follando que da gusto.

Me corro. Esa ola me inunda y yo lloro en silencio. Me cuesta respirar, pero no hago ruido. «Dios.» Me dejo caer contra la pared; prácticamente me desmorono, tiritando, mientras el orgasmo resbala por mis piernas y me fallan las rodillas. Cierro los ojos con fuerza y tiemblo hasta que todo se desvanece. Me siento un poco mareada.

Cuando la ducha deja de dar vueltas y vuelvo a respirar normal, abro los ojos. Una avalancha de emociones se precipita sobre mí.

«Madre mía.» Quiero llorar.

«Pero ¿qué coño me pasa? ¿Por qué he hecho esto? ¿Y con su padre? Yo...»

Estoy confundida y muy estresada, y estoy buscando consuelo en un tío solo porque ha sido amable conmigo en un par de ocasiones. «Joder.»

Pase lo que pase con Cole y conmigo, Pike Lawson está vetado. No debo olvidarlo. Hay cientos de hombres ahí fuera como él. No es especial.

Con él, no. Nunca.

Me yergo y respiro profundamente. Aunque, cuando bajo la mirada, me doy cuenta de que la esponja que tengo en la mano no es la mía de color rosa. Es la plateada de Pike.

«Mierda.»

Todavía tiene un poco de espuma de la ducha que se ha dado esta mañana.

Y yo acabo de utilizarla para tener un orgasmo. «Genial.»

Me quejo en silencio.

Salgo de la ducha y sepulto la esponja en la basura, bajo un montón de papel. En una nota mental me apunto que, cuando vuelva a salir, tengo que comprarle una nueva.

Y, ya puestos, otro gel.

12

Pike

—¿Jordan?

Miro a derecha y a izquierda a medida que avanzo por los pasillos. La he perdido hace como diez minutos. «¿Dónde narices se ha metido?»

Los chicos y yo hemos acabado de trabajar temprano en la obra y, como aún no había caído la noche, he vuelto a casa y me la he encontrado arreglando el huerto. Jordan quería venir a buscar una malla de alambre o algo así para las tomateras y yo he pensado que podría aprovechar para hacer un parterre de piedra alrededor del árbol que hay en el patio trasero. Nos hemos subido a la *pick-up* y hemos puesto rumbo a Home Depot.

Sin embargo, la he perdido después de hacer el pedido de la piedra que voy a necesitar.

Por fin la veo al final de uno de los pasillos, rebuscando en una caja baja que hay en uno de los estantes. Se levanta, saca un panel de azulejos, lo sostiene en alto y lo estudia. Me acerco a ella, decidido, con las dos nuevas herramientas de jardín que acabo de escoger.

Hoy está guapísima y, cada vez que la miro, mi cuerpo reacciona de una forma extraña, como si mis músculos estuvieran recubiertos de cables de alta tensión. Camiseta negra, pantalones cortos blancos, el pelo suelto y desenfadado, y poco maquillaje. A Jordan no le hace falta ponerse nada extravagante para estar guapa. Es la hija de un granjero y, años atrás, ese era justamente mi tipo.

Agito la cabeza para deshacerme de esa imagen.

—¿Qué es? —le pregunto caminando hacia ella.

Me mira con el panel al aire.

—Un protector antisalpicaduras.

Alargo el brazo que tengo libre y paso el pulgar por encima de los azulejos que hay pegados al panel.

—¿Un protector antisalpicaduras?

—Te dedicas a la construcción. —Me reprende con la mirada—. ¿No ves nunca programas de reformas? Los protectores antisalpicaduras están muy de moda; todo el mundo los utiliza para decorar los interiores.

—Lo he visto —le aseguro bajando la mano—. Pero... no sé. No creo que sea necesario

comprarlo.

Pone los ojos en blanco y vuelve a clavar la vista en los azulejos.

—Los detalles son los que le dan personalidad a una casa. Una bonita lámpara de araña, la alfombra adecuada y un protector antisalpicaduras. —Le da la vuelta al panel justo delante de mí, y me lo enseña—. Es muy «tú». Quedaría superbién en la cocina tal y como la has arreglado.

—Conque muy «yo», ¿eh? —Se me escapa una risita y la miro a los ojos—. ¿Y cómo soy yo?

Se le deshace la sonrisa y un destello de sorpresa le ilumina los ojos.

Pestañeo.

—No quería que... sonara así —me justifico.

No es por lo que he dicho, sino por cómo lo he dicho. Ha sonado demasiado sugerente.

Sin embargo, Jordan parece restarle importancia, vuelve a girar el panel y lo observa detenidamente otra vez.

—Me recuerda a una cueva. Y tú eres como una cueva. No expones todos tus secretos a la vez. Hay cuevas que parecen muy pequeñas por fuera, pero luego resulta que son enormes; quizá la tuya también lo sea.

Levanto las cejas del tirón. «¿Que qué?»

¿Que la mía también sea enorme? ¿Acaba de...?

Abre los ojos como platos, me mira, muerta de vergüenza, y se apresura a aclarar:

—O sea, tu... tu... tu personalidad. Como que guardas muchas cosas en tu interior. —Se ruboriza—. No me refería en plan... Pufff. —Se le hunden los hombros, desiste y vuelve a meter el panel de azulejos en la caja—. Me voy a echar una ojeada a los accesorios del baño. Chao.

Se aleja en silencio y desaparece por el final del pasillo.

Mis labios esbozan una sonrisa y río tímidamente mientras la sigo con la mirada.

—Usted dirá. —Por el rabillo del ojo veo aparecer a un hombre con un delantal naranja.

No lo miro. Sigo con los ojos clavados en el pasillo por donde Jordan se acaba de largar.

—Empezaremos con tres cajas de esto. —Señalo los azulejos de la estantería—. Y ya veremos cómo queda.

Se hace a un lado y empieza a bajar las cajas.

—Buena elección. Hay que tener a la parienta contenta, ¿eh?

«Hay que tener a la parienta...»

Levanta una caja y se la lleva. La aorta me late con fuerza.

¿Se ha pensado que es mi mujer?

La comisura de los labios se me encorva en una sonrisa y, aunque no acabo de descifrar qué es lo que siento en el corazón ahora mismo, sé que es una sensación extraordinariamente agradable.

A última hora de la tarde, me apoltrono en el sofá con un brazo detrás de la cabeza y una cerveza

en la otra mano mientras veo la tele. Llevo un buen rato embobado. He puesto HGTV para ver un programa y ya voy por el quinto.

Dejo la cerveza y cojo el mando a distancia. Apago el televisor y pestañeo, puede que por primera vez en las últimas tres horas.

—Tiene razón —susurro—. La gente está obsesionada con los puñeteros protectores antisalpicaduras.

Al llegar a casa, después de nuestra excursión por los pasillos de Home Depot, me ha picado la curiosidad y he puesto este canal. A partir de aquí, poco más: me he quedado abstraído y solo he vuelto en mí para hacerme un bocadillo e intentar hablar con Cole.

Aunque ha vuelto a salir. Ha venido de trabajar, ha visto que Jordan no estaba, se ha pegado una ducha rápida y se ha ido enseguida. Tenía la esperanza de que pudiéramos cenar algo juntos, pero parece que, una vez más, nadie puede interponerse entre él y sus planes.

O igual le da miedo quedarse a solas conmigo. No quiero que nos peleemos. Con ver algo en la tele los dos juntos me conformaría. Hemos conseguido no matarnos hasta ahora y antes le caía bien.

Además, ¿de dónde saca tanto dinero para salir de fiesta? Seguro que se gasta todo lo que gana.

Tampoco tengo ninguna prisa para que ahorre y se marche, pero supongo que ahora es cuando debería juzgarme con la misma severidad con la que juzgué a Jordan. «Cuanto más haces por alguien, menos hará esa persona por sí misma.» Yo tengo tanta culpa como ella. Cole no madurará hasta que no le quede otra opción.

Me acabo la cerveza, me levanto y llevo el botellín a la cocina.

Suena el móvil y lo saco del bolsillo.

«Dutch.»

—Ey —respondo mientras tiro el botellín a la basura.

—Oye, deberías venir al Grounders inmediatamente. —«¿Qué?»—. Pero ya mismo —añade antes de que me dé tiempo a decirle nada.

—¿Por?

—Porque... —Hace una pausa y oigo una especie de risa socarrona—. Digamos que Jordan no está, emmm... portándose bien.

En este momento me pongo derecho y arrugo la frente todo lo que puedo.

—¿Que no se está portando bien? —repito—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Y a mí qué más me da? No soy su padre.

Se oye música de fondo y también a la gente hablar y reír. Uno de mis trabajadores se casa en un par de semanas y esta noche se lo han llevado de parranda. Mañana, al menos uno de nosotros debería ir a trabajar sin resaca, por eso me he quedado en casa.

—Si tú lo dices... —me contesta como si no se creyera que me da igual—. Pero a tu hijo no sé si le gustaría ver lo que estoy viendo yo ahora mismo. Bueno, lo que está viendo todo el mundo

ahora mismo.

—¿De qué me estás hablando? —pregunto.

—Vas a tener que venir para descubrirlo. Espero que llegues a tiempo.

Oigo un clic. Creo que ha colgado.

—Dutch —vocifero al teléfono—. ¡Dutch!

Suspiro, me aparto el móvil de la oreja y cierro la tapa de la basura de golpe.

Y entonces me detengo para volver a mirar algo que había encima de todo. Vuelvo a levantar la tapa y saco un trozo de papel de color rosa. Un folleto con la foto de una chica de calendario capta mi atención. Dejo que la tapa se vuelva a cerrar mientras lo leo detenidamente.

¡NOCHE DE AFICIONADAS!
¡Mójate! (La camiseta, al menos)
27 de mayo a las 21.00 h
The Hook, en Jamison Lane
Primer premio: ¡300 $!

Me tenso, hasta que veo la fecha y me relajo un poco. Aún faltan un par de semanas, o sea que dudo que Dutch se refiriera a esto. No es esta noche y no es en el Grounders.

Este panfleto seguramente sea de Cole.

En un acto reflejo, le doy la vuelta y veo que alguien ha escrito algo a mano en la otra cara del papel.

Tía, ¡¡a por el bote!!

Levanto una ceja.

¿Es de Jordan? Es de The Hook. ¿Se lo habrá dado su hermana? Por Dios, pero ¿qué le pasa a esa chica? ¿Quién cojones anima a su hermana pequeña a presentarse a un concurso de camisetas mojadas?

Aunque no es hoy y ha tirado el folleto a la basura. Es una buena señal.

Pero ahora ya me he alarmado.

La chica me cae bien. No quiero que piense que tiene que hacer mierdas de estas para ganar dinero. No le estoy metiendo prisa a ninguno de los dos para que se vayan de casa, ¿verdad que no?

Tiro el papelito y me rasco la cabeza, indignado. A Dutch le gusta vacilar a los demás, sobre todo a mí, pero también es verdad que Jordan se quedó una noche durmiendo en una mesa de billar porque su orgullo no le permitió acudir a mí para que la ayudara. No siempre toma las mejores decisiones.

Suelto un quejido. Ahora ya no voy a relajarme. Me meto el móvil en el bolsillo, cojo las llaves y apago las luces antes de salir de casa.

Subo a la *pick-up*, enciendo el motor y pongo la radio lo más alta que puedo para no pensar en

la sensación de angustia que está empezando a anidarse en mi estómago. Dutch no sería Dutch si no pudiera meter mierda.

Aunque, por su voz, parecía estar más entretenido que preocupado, o sea que es muy probable que me esté tomando el pelo. Solo quiere que salga de casa.

Tardo menos de diez minutos en llegar al Grounders; además, encuentro una plaza de aparcamiento justo al doblar la esquina, bastante cerca del bar. Se oye la música desde fuera y me pregunto si habría hoy algún partido de béisbol de la liga local. Quizá siguen todos de celebración.

«Que no se está portando bien.» Sacudo la cabeza y abro la puerta. Esta chica no sabe lo que es no portarse bien. Es más buena que el pan.

Respiro profundamente, entro en el local y reprimo una mueca cuando oigo tantísimo ruido. Hasta me cuesta creer que, en otra época de mi vida, me llegué a sentir como pez en el agua en sitios así.

Addicted to Love suena, estridente, a través de esos asquerosos altavoces, y las mesas, altas y redondas, están atiborradas de clientes. El bar está hasta los topes, no queda ni un taburete libre; miro alrededor y veo que los reservados también están a reventar. Algunas mujeres hacen cola para ir al baño, unos cuantos mirones se han amontonado alrededor del billar, y el aire, lleno de humo, está cargado. Acabo de entrar y ya noto el peso de algunos ojos.

Calista Mankin me saluda con la mano y se le ilumina la mirada; yo le devuelvo el saludo con la cabeza. Veo a James Lowry de refilón. Creo que, como mucho, los he visto cinco veces a ambos desde que acabamos el instituto y ya me siento incómodo.

Por fin distingo a Jordan, al lado de la gramola; revisa la lista de reproducción a través del cristal y las páginas se van reflejando en su cara. Hay muchísima gente, pero le veo la cabeza por detrás. Reconocería su pelo en cualquier parte.

Relajo un poco los hombros. Ya sabía yo que no era más que una estúpida broma para que viniera. A Jordan no le pasa nada.

Me mezclo entra la gente e intento buscar a Dutch y a los chicos, pero entonces Jordan se aleja del aparato de música y vuelve a la barra. Y en ese momento consigo verla un poco mejor a pesar de la multitud que hay y me doy cuenta de cómo va vestida.

Casi se me salen los ojos de las órbitas. «No fastidies, Jordan...»

Lleva unos vaqueros ceñidos, como siempre, y las curvas de su culo en forma de corazón son perfectas, pero joder: las tetas amenazan con salirse del... corsé. ¿Por qué cojones se ha puesto lencería?

Es un top de color blanco, brillante, con una lazada en la parte delantera, un corpiño con forma de corazón y unos modestos volantes en los laterales. Mis ojos se detienen en el escote y la cabeza me da vueltas, imagino lo que quedará al aire cuando se quite el top esta noche.

Ese corsé no le llega ni al talle de los pantalones; le cubre justo por encima de la cadera. Su vientre y esa fina cintura son el centro de atención de cualquier hombre con el que se cruce.

Lleva las cintas del corsé apretadas, y eso hace que parezca que su cintura de avispa pide a gritos estar entre las manos de un hombre. Yo aprieto las mías.

La piel desnuda en sus hombros, el pelo que le cae por la espalda, cómo menea las caderas al caminar... Aparto los ojos de su cuerpo antes de que me pille. Jordan vuelve a meterse detrás de la barra, y yo ignoro las sonrisas lascivas de los hombres que hay en el local y que la siguen con la mirada, e intento no pensar en qué deben de estar susurrándose los unos a los otros.

Por el rabillo del ojo, veo que alguien me saluda con la mano. Levanto la vista. Dutch y los chicos están apalancados en un reservado. Voy hacia ellos.

—¿Qué demonios lleva puesto? —refunfuño mientras me siento.

Dutch vuelve la cabeza hacia mí, con la bebida a solo unos milímetros de su boca.

—Es el desfile de lencería —explica—. Lo hacen cada jueves por la noche. Las camareras vienen con camisón y sirven bebidas y comida. Es divertido.

No, la verdad es que no lo es.

Examino con la mirada el bar y veo a otras chicas sirviendo aperitivos y bebidas; algunas llevan poquísima ropa. Al menos el de Jordan no es tan ligero.

—Pero Jordan es la primera vez que lo hace —sigue—, por eso me ha extrañado. Pensé que igual debías saberlo.

—¿Y yo por qué cojones querría saber esto? —Pillo una cerveza del cubo que hay en la mesa.

—Vale, perdona. —Se vuelve y se acerca el vaso a la boca—. Es obvio que te da completamente igual —se burla entre dientes.

Lo miro de reojo.

Vuelvo a dejar la cerveza, que ni he tocado, en el cubo. Me levanto y me dirijo hacia la barra. Uno de los chicos resopla cuando me doy la vuelta, pero lo ignoro. En parte, soy responsable de Jordan y no quiero que haga algo así solo porque cree que necesita dinero.

Detrás de la barra solo hay una persona más aparte de ella: Shel, la propietaria. Estoy seguro de que no se ha olvidado de mí, así que voy hacia la otra punta y llamo la atención de Jordan mientras abre seis botellas de cerveza que tiene delante, en fila.

—¿Qué coño llevas puesto? —Me inclino e intento hablar lo más bajo que puedo.

Se vuelve hacia mí de golpe, me mira a los ojos y me da la espalda otra vez, como si yo fuera la última persona con la que quiere hablar ahora mismo.

Pasa las cervezas a los clientes, coge el dinero, se da la vuelta y pulsa la pantalla que tiene delante.

—Tranquilo. Es solo un corsé, Pike —asegura.

—Te está mirando todo dios.

Asiente y sonríe con ironía.

—De eso se trata.

—Jordan. —Suspiro e intento hablar en susurros mientras me apretujo al lado de un señor mayor que hay en la barra—. Vivimos en una ciudad pequeña. ¿Y si ahora entrase tu padre?

—No viene por aquí —me asegura a la vez que cierra la caja registradora y me mira, por fin —. Y tú tampoco sueles hacerlo. —Se sonroja un poco—. Además, no soy idiota. No haría algo que creyera que me denigra.

Se vuelve y le da el cambio al cliente, pero este le indica con la mano que puede quedárselo. Jordan sonríe y se da la vuelta de nuevo para meter el dinero en un bote donde ya no caben más propinas.

—Además, ¿qué haces aquí? —me pregunta a la vez que empieza a preparar otro combinado —. Pensaba que no ibas a ir a la fiesta de despedida porque... —deja la botella—... «Mañana, al menos uno de nosotros debería ir a trabajar sin resaca» —me imita con voz gruñona y dibujando las comillas con los dedos.

Arqueo una ceja y me la quedo mirando. Yo no tengo esa voz.

Me meto la mano en el bolsillo, saco el panfleto, lo dejo encima de la barra y se lo acerco.

Se queda petrificada y palidece.

—¿De dónde lo has sacado?

Lo coge y lo tira a algún sitio debajo de la barra; a la basura, supongo.

Alcanza una servilleta, la coloca delante de un cliente y le sirve la bebida que le acaba de preparar.

—Si es por dinero —le digo mientras se vuelve para apuntar algo en un trozo de papel—, yo te puedo dejar todo el que necesites, ¿me oyes?

Para y desvía los ojos hacia mí, despacio. Ahora tiene una mirada incisiva y enfadada; hasta parece que quiera gritarme, pero no lo hace. En lugar de eso, se da la vuelta rápidamente y sale decidida de la barra. Luego se limita a volverse solo para enseñarme el dedo corazón antes de volver a darme la espalda y adentrarse en el pasillo.

Se me remueve el estómago. De verdad que mi intención no es fastidiarla tanto como lo hago. ¿Qué he dicho ahora?

Me voy abriendo paso entre la multitud y me cuelo en el pasillo, donde no hay nadie, hasta llegar al mismo cuarto donde la vi llorar la última vez que se enfadó por mi culpa.

La puerta está abierta, así que me decido a entrar. La encuentro con las manos en las caderas y la cabeza inclinada, mirándome.

—Preferiría rebuscar en la basura antes que aceptar tu dinero —escupe.

Debería callarme, pero no puedo.

—Siento decírtelo, pero ya lo estás aceptando. Vives en una casa donde no pagas ni un céntimo de alquiler ni de gastos, jovencita.

—¡Limpio y cocino! —grita, aunque creo que, aquí detrás y con la música tan alta, no nos oye nadie—. Te estoy pagando a mi manera, engreído de mierda.

—Muy bien. De acuerdo —refunfuño, pestañeando lentamente—. Tienes razón, ¿vale? Pero, Jordan, los hombres van a hacerse una idea equivocada. Pensarán que tienen vía libre para tocar lo que es de mi hijo. Lo estás avergonzando.

—¿A tu hijo? —Se ríe—. Acaba de marcharse. Ya me ha visto y le da igual, Pike. A Cole le ha parecido que estaba guapa y se ha ido con sus amigos. ¡Le da igual!

—¡Pues a mí no!

Las palabras se escapan de mi boca antes de que pueda contenerlas y me quedo helado. Casi tengo miedo hasta de respirar.

«Mierda.» ¿Qué acabo de decir?

Jordan entreabre la boca, pero no dice nada. Mi arrebato seguramente la haya dejado sin palabras. Me aguanta la mirada, sin pestañear, y en su hermosa cara se refleja una mezcla de sorpresa y confusión.

Sin embargo, en lugar de arrepentirme de lo que acabo de decir, me enfado todavía más. ¿Cómo es posible que a Cole le dé igual?

¿Y por qué no me da igual a mí?

«Hostia santa.»

Ya es mayorcita, ¿no? Y si a su novio no le importa que se vista así, ¿quién soy yo o cualquier otra persona para decirle nada? No soy nadie.

Y no. No tiene nada de malo lo que hace su hermana para ganarse la vida ni tampoco hay nada de malo en cómo se ha vestido Jordan esta noche. Está espectacular, joder.

Pero es que no... no quiero que su cuerpo esté al alcance de cualquiera.

—Eres especial, Jordan. —Doy un paso hacia ella—. Lo sabes, ¿verdad?

Le brillan los ojos, se le suaviza la mirada y la aparta de mí.

Dios mío. ¿Sabe que es increíble?

Me permito estudiar su piel, suave y radiante, y la curva de su cintura, que me queda justo delante y es perfecta para agarrarse a ella. Debería estar con un hombre que la viera vestida así y valorara lo que tiene de verdad.

—No hagas nada que no te apetezca solo por dinero —le pido—. Eres perfecta tal y como eres. No cambies.

«No quiero que cambies.»

—No es más que un corsé, Pike.

—Claro, y luego no será más que un concurso de camisetas mojadas seguido de un curro en The Hook, ¿no? —respondo de mala gana.

Pone los ojos en blanco, se da la vuelta, coge un paquete de Bud Light y me lo lanza. Lo pillo por los pelos. Entonces, ella coge una caja de Budweiser y sale del cuarto, dando nuestra conversación por terminada.

La sigo con las cervezas apoyadas en el hombro.

—Tú no vas a trabajar en The Hook —le digo.

—Y tú no eres mi padre.

Casi le atravieso la espalda con una mirada llena de odio, pero no sería muy maduro por mi parte. ¿Para qué cargarme la excelente imagen de adulto responsable y sensato que he

demostrado desde que se ha mudado a mi casa?

Deja su caja en la barra y se vuelve para coger la mía.

Abro la boca para decir algo, lo que sea, con tal de reparar el daño que haya podido causar ahora e intentar que se ponga algo encima.

Pero Jordan vuelve la cabeza y me corta antes de que pueda decir nada.

—Tráeme otro paquete de Bud Light —me ordena.

Sacudo la cabeza y maldigo mentalmente su piel morena.

Me giro y vuelvo donde guardan las bebidas. Cargo con otro paquete de cervezas y lo dejo en la barra. A continuación, me dirijo al reservado de donde los chicos no se han movido y cojo la misma botella de Busch Light que antes.

—¿Te quedas? —se interesa Dutch.

Me encojo de hombros y exploro el bar con la mirada, pero lejos de la barra.

—Solo un rato.

Vacío el contenido de la botella en un santiamén. No es la cerveza que más me gusta, pero siento demasiada vergüenza como para ir hasta la barra y pedirle una Corona. Debería haber pillado una antes, cuando estaba allí.

Una camarera se acerca y estoy a punto de llamarla cuando, de repente, me doy cuenta de que ya viene hacia nosotros con una bandeja repleta de chupitos. Es mona; lleva una minifalda negra y un chaleco del mismo color, y debe de tener la misma edad que Jordan.

Sonríe.

—Hola, chicos.

Empieza a repartir los chupitos, colocándolos encima de la mesa. Son de color rosa o naranja por abajo y llevan una especie de líquido amarillo encima.

—¿Qué es? —pregunta Jason Bryant, uno de mis hombres.

—Se llaman «Pastel de piña al revés» —responde—. Invita la casa. Dice Jordan que son los favoritos de Pike.

Una carcajada grupal estalla en la mesa porque todo el mundo se piensa que me gustan los chupitos «de tía». Lanzo una mirada a Jordan, que sigue en la barra.

Me dedica una amplia sonrisa. Bien grande y llena de soberbia.

Ya no estamos enfadados.

Me tomo el chupito de un solo trago y el alcohol resbala por mi garganta como si fuera un caramelo. Aunque el sabor no está mal, no tengo muy claro cuál es el objetivo de este chupito. Apenas tiene suficiente alcohol como para notar algo.

De lo que sí estoy seguro es de que esto se convertirá en la típica broma recurrente si algún día decido volver a salir con los chicos a tomar algo.

Una hora y una cerveza después, el local ha empezado a despejarse un poco y yo empiezo a estar ya un poco harto de tanta música ochentera. A Jordan se la ve bien; no necesita que la protejan. No entiendo por qué he pensado lo contrario.

Debería irme a casa.

Pero entonces aparece una Corona delante de mis narices. Levanto la vista y veo a Jordan frente a mí.

—Hola —saluda con una expresión dulce y amable.

Estoy seguro de que sería así siempre si yo dejara de joderlo todo.

—¿Todo bien, cielo? —le pregunta Dutch.

Jordan lo mira, sonríe y vuelve a mirarme a mí.

—En realidad iba a llamarte —me dice bajando la voz—. No sé si tienes pensado quedarte mucho rato, pero quería saber si, por casualidad, podrías llevarme a casa cuando termine. La cosa es que no salgo hasta las dos. ¿Es demasiado tarde?

Me mira con ojitos, como si tuviera miedo de molestarme, pero ya le dije que, si alguna vez necesitaba que la llevara a algún sitio, me avisara. Yo encantado.

—No te preocupes. Aquí estaré.

Dutch me pega un codazo.

—Tenemos que estar en la obra a las cinco de la mañana, no te olvides.

—No pasa nada —lo corto bruscamente sin apenas mirarlo.

Me encantaría poder dormir más de dos horas, por supuesto, pero estas cosas no se eligen.

Jordan da un paso hacia atrás.

—¿Estás seguro? —insiste—. Puedo pedírselo a Shel. Tendrá que desviarse un poco, pero tampoco quiero que te quedes sin dormir.

—No importa —la tranquilizo—. Te esperaré aquí.

—A ver, ¿por qué no le das las llaves y ya? —suelta Dutch—. Yo te dejo en casa y ella que vuelva con tu camioneta. De todos modos, no tardaré mucho en irme.

«La madre que...» ¿Qué problema tiene este tío?

Jordan empieza a disculparse apresuradamente.

—No, no; da igual. Puedo...

—Que he dicho que no pasa nada, joder —exploto; todos enmudecen y yo miro a Dutch—. ¿Te puedes callar de una vez?

Aparta la mirada y aprieta los labios porque lo que quiere el muy jodido es sonreír, como si se oliera algo.

Todos se quedan en silencio durante un segundo. Sacudo la cabeza y me saco las llaves del bolsillo. Ahora que Dutch se ha ofrecido a llevarme a casa, ya no encuentro ninguna razón lógica por la que deba esperar a Jordan aquí.

Le doy las llaves.

—Toma. Todo solucionado.

—¿Estás...?

—Sí, estoy seguro —la sosiego—. No te preocupes.

Se mete las llaves en el bolsillo.

—Gracias.

—He aparcado justo en la esquina.

Asiente con la cabeza y se dirige hacia la barra, desde donde me mira nada más llegar. Echo un vistazo al móvil. Es casi medianoche; si Dutch piensa dejarme en casa, más vale que nos marchemos ya.

Le doy un largo trago a la Corona y me bebo la mitad de golpe. Jordan se ha acordado de qué cerveza me gusta y eso no me ha pasado desapercibido. Saco unos cuantos billetes y los dejo en la mesa para pagar lo que quiera que haya bebido.

—Vámonos —le digo a Dutch.

Este sale a rastras del reservado y se revuelve el pelo, corto y desaliñado, mientras bosteza. De camino a la puerta, paso por delante de la barra y dejo unos cuantos billetes delante de Jordan.

Me mira cómplice.

—¿Qué te he dicho antes?

—Yo solo soy un cliente.

Sus ojos me dicen que mi excusa para dejarle propina no ha colado, pero el brillo de su mirada insinúa que lo dejará correr. Al menos, esta vez.

Salimos y caminamos por la calle hasta llegar al Tahoe de Dutch. Subimos.

—Lo de quedarte esperándola hasta las dos no te apetecía en serio, ¿no? —me pregunta cuando nos abrochamos los cinturones.

Hombre pues...

—No —contesto, porque no estoy de humor para hablar del tema—. Gracias por llevarme.

Se separa del bordillo y me acomodo el asiento, echándolo un poco hacia atrás para poder estirar mejor las piernas. Aquí suele sentarse su mujer. Reclino la cabeza hacia atrás, apoyándola en la mano, y cierro los ojos.

Damos un giro de ciento ochenta grados antes de que Dutch pise el acelerador y tome el camino que va hacia mi casa. Permanecemos en silencio mientras busca una emisora de radio. A pesar de tener las pestañas cerradas, la luz de las farolas no me pasa desapercibida. Mi casa no queda muy lejos del Grounders, pero, aun así, habría preferido traerla yo. A saber si el gilipollas de su ex aparece al cabo de una hora. ¿La acompañará alguien al coche?

Aunque no solo me preocupo por su seguridad. También siento la necesidad de asegurarme de que esté bien y no se sienta desamparada. Y, a pesar de que he intentado disfrazar esta sensación de una especie de responsabilidad paternal, de paternal tiene poco.

Y siempre será así.

Me gusta cómo me siento cuando la veo, cuando hablo con ella y cuando hablo de ella. Incluso cuando nos peleamos. Y tengo que aceptarlo: me atrae.

Detesto que sea así, pero hemos llegado a un punto en el que no puedo ignorarlo y hacer como si nada. Tengo que coger el toro por los cuernos.

Tampoco hay que hacer una montaña de un granito de arena. A lo largo de la vida nos cruzamos con muchísima gente que nos atrae. Es lo que hay. No podemos evitarlo. Lo cual tampoco quiere decir que vaya a intentar nada. Pero me siento culpable de que me pase con ella.

Que viva en mi casa lo complica todo aún más.

A Cole, desde luego, no le tocaron los mejores padres del mundo. Menudo cabrón estoy hecho; qué mierda.

No puedo evitar sentirme así, pero sí puedo asegurarme de no hacer nada.

Aunque Jordan tampoco me lo pone fácil. Con ella soy capaz de entablar una conversación sin problema, sabe cómo llegar a mí; es casi como si hubiera nacido para esto.

—Parece maja. —Dutch rompe el silencio.

Abro los ojos. Ha sido un día largo y me pesan las pestañas.

—Ajá. —Suspiro—. Es tranquila y limpia. Casi ni me entero de que está en casa.

—Qué bien. —Desvía la mirada hacia mí de vez en cuando—. ¿Hay buen rollo?

—Sí, ¿por?

Dutch se encoge de hombros.

—Es como si se pusiera nerviosa cuando está cerca de ti.

Me río. Si se fijara bien, podría decir lo mismo de mí.

—Bueno, es que a veces puedo ser intimidante —bromeo.

—Ni te imaginas. Parecía que quisiera sentarse a horcajadas encima de tu dura e intimidante polla ahí en medio del bar.

Abro los ojos como platos y lo miro.

—¿Me estás vacilando? ¿Qué coño dices?

—¡Venga ya! —dispara—. ¿Me vas a decir que no te has fijado en sus tics nerviosos o en que se mordía el labio solo con mirarte cuando te ha traído tu birra favorita?

¿Ah, sí?

—Ha puesto la misma cara que un cachorrito con la lengua fuera —añade.

¿En serio?

Me aclaro las ideas y vuelvo a mirar por la ventana. Ahora mismo, mi cara es un cuadro.

Qué más da.

—Venga, macho, no hables así de ella, que es la novia de mi hijo —le pido.

«Sentada a horcajadas encima de mi...» Meneo la cabeza. Lo de este tío es increíble.

—¿O sea que es terreno prohibido para ti?

—¡Por supuesto!

—Entonces, ¿por qué la miras como si te entusiasmara la ropa que lleva y quisieras que acabara esparcida por tu habitación esta noche?

—No la he mirado así —respondo apretando los dientes.

Dutch se ríe por la nariz.

«Idiota.»

—Oye, que yo no...

—Cállate —le corto.

Mierda. Esto no está bien. Suficiente reprobable es ya que la mire como si fuera una mujer y no la novia adolescente de mi hijo; lo último que me falta es que alguien se entere.

—Yo solo digo que es tu tipo cien por cien —argumenta con voz más serena—. ¿No te habías dado cuenta? En el instituto siempre ibas detrás de chicas como Jordan. Al menos, antes de conocer a Lindsay y que se torcieran las cosas.

—Déjalo ya.

Dutch me ignora.

—No te estoy diciendo que debas hacer algo. Precisamente por eso me he metido y no he dejado que la llevaras tú a casa. —Ahora su voz suena más seria—. Bromas aparte, Pike, Jordan es tu tipo; se ve a la legua. No deberías estar a solas con ella.

Ya.

Ya lo sé.

Solo espero que nadie más se haya dado cuenta de esto aparte de él.

—Gracias por la intervención —respondo—, pero, aunque me atrajera, soy capaz de controlarme.

—No te estás viendo desde fuera. —Mira por el parabrisas, serio—. Os miráis como...

—¿Cómo?

Traga saliva y veo que pone una cara de preocupación poco típica en él.

—Como si hablarais un mismo idioma que solo vosotros entendéis.

13

Jordan

Aparco en el camino de entrada a la casa. Mi cuerpo se tambalea de lado a lado y los faros delanteros iluminan la puerta del garaje. Aprieto el embrague, freno y apago el motor.

Los clientes se han ido temprano. Shel se ha quedado con un par de camareras más para cerrar y yo he podido salir mucho antes de las dos. Pike se ha marchado hace solo una hora, pero seguro que ya se habrá ido a la cama. No suele trasnochar.

Miro y veo el Challenger de Cole aparcado a un lado. Está en casa.

Frunzo el ceño, abrumada por un miedo repentino.

Cada vez estamos más distantes y estos últimos días he tenido la sensación de que lo ha estado más que nunca. La necesidad que parecía que sentía por tenerme cerca hace un par de semanas ha desaparecido. La verdad es que no sé qué sigo haciendo aquí.

Pero se me ocurre algo.

La culpa me revuelve el estómago al recordar lo que ocurrió el otro día en la ducha y las ideas que se me pasaron por la cabeza. Fue completamente distinto a lo que yo quería. O a lo mejor no sabía lo que quería.

La culpa la tiene el estrés. Me dejé llevar y me centré en Pike porque ha sido amable y atento conmigo, y yo echaba de menos que me prestaran un poco de atención. Por eso pensé en él. Por nada más.

A estas alturas casi no tengo ningún motivo para quedarme aquí, pero, a pesar de los problemas entre Cole y yo, la idea de tener que marcharme no me gusta nada. Ya me he acostumbrado a esta casa; me siento cómoda. Y, si bien es verdad que Pike puede llegar a ser un poco entrometido a veces, me cae bien. Se preocupa. Está claro que, cuando algo le inquieta, no se expresa de la forma más acertada posible, pero sé que tiene buenas intenciones. Eso de que alguien esté pendiente de mí y no pase de todo lo que hago no está mal.

Y, aunque detesto tener que admitirlo, me gusta cómo me hace sentir. Y la forma en que me mira, como si en el mundo solo existiera yo y nada más.

Bajo de la camioneta y cojo el bolso, donde he guardado el corsé. Me he cambiado antes de salir del bar y me he puesto una camiseta. Me he sentido bastante expuesta durante toda la noche porque he notado que me miraban más de lo habitual, pero sonrío para mí misma al pensar en el

fajo de propinas que llevo encima. No es lo que gana Cam ni de lejos ni tampoco lo que podría ganar si estuviera sirviendo copas en The Hook, pero sí es más de lo que suelo hacer en una semana, o sea que...

Y no mentiré: en parte me ha gustado recibir tanta atención. Me he dado cuenta de que me ha mirado justo al entrar en el bar, cuando estaba al lado de la gramola. Y también lo he visto por el rabillo del ojo cuando he llegado a la barra. Y conozco ese tipo de mirada. «Posesiva.»

Cierro la camioneta y, a medida que me voy acercando a la entrada, el corazón me late con más fuerza.

Tengo que hablar con Cole. Tengo que mirarlo a los ojos, cogerle la mano y bajar la vista hasta nuestras cicatrices. Solo así sabré si lo nuestro todavía puede funcionar. Hace unos meses lo tenía siempre encima. Ahora ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que me tocó.

Entro en casa, cierro la puerta, dejo el bolso y me quito los zapatos. Encojo los dedos de los pies y, de tanto que me duelen, un calambre me sube por las piernas hasta los gemelos.

El salón está completamente a oscuras. Me acerco a la escalera sin encender la luz y me detengo para escuchar con atención. Arriba no se oye nada; Pike y Cole deben de estar durmiendo. Intento no hacer ruido y voy de puntillas hasta la cocina. Cojo un vaso del armario y me sirvo agua del dispensador que hay en la nevera.

Cuando levanto la vista, veo a Cole en el patio trasero y me quedo petrificada.

Aparto la mano del dispensador, vuelco el vaso sin querer y el agua se desparrama por el suelo de madera. Se me cierra la garganta y me falta aire en los pulmones, pero no puedo apartar la vista. Empiezo a entenderlo todo y me siento como fuera de mí cuando lo miro.

«Cole.»

Trago saliva dos veces, aunque no me sirve de mucho porque sigo con la garganta seca. Elena Barros está en la piscina, con los codos apoyados en el borde de la piscina, de espaldas. Cole, inclinado, reposa su frente en la de ella, igual que hace conmigo. El cuerpo desnudo de Elena reluce con el brillo del agua; lo menea hacia delante y hacia atrás, al mismo ritmo que Cole, mientras este la sujeta por el culo y sus pechos chocan repetidamente.

Con la mirada perdida, me acerco al fregadero y sigo intentando procesar todo lo que estoy viendo. Cole jamás me haría esto. No es como mi ex. No es como mis padres.

Se me hunde el pecho; siento un peso enorme en el corazón que no me deja ni respirar. El estómago me da un vuelco y me entran tantas ganas de vomitar que la bilis me sube por la garganta.

Cole le coge la cara con ambas manos y la besa mientras mueve el cuerpo con fuerza y determinación. Cole entra y sale de Elena sin parar, y se sostienen la mirada. No oigo cómo gime ella, pero sé que le gusta.

Los ojos se me llenan de lágrimas, estrujo el vaso con fuerza y aprieto los dientes. Estoy más enfadada conmigo que con él. Debería haber sido yo quien acabara con la relación el día que nos

echaron del piso. Sabía que la única razón por la cual Cole no me había dejado era porque no quería estar solo. Ya era evidente por aquel entonces.

Pero míranos ahora... Y encima es él quien tiene la última palabra.

Me tiembla la barbilla y las lágrimas me resbalan mejilla abajo. Mi madre, Jay, Cole... No conozco a nadie que dé más pena que yo. Joder. Siempre espero que las peores personas del mundo me quieran. ¿Por qué?

—Ey. —La voz de quien lo haya dicho suena distante—. Veo que has llegado temprano. Me alegro de que ya no lleves ese corsé puesto. ¿Lo has quemado por mí?

Abre la nevera, que ilumina ligeramente la cocina, y coge algo. Yo sigo sin despegar los ojos de la ventana. Poco a poco, algo frío y espeso me va cubriendo el estómago, como si de un sirope se tratase.

«Puedo cambiar cuando quiera.»

—¿Jordan? —dice Pike—. ¿Estás bien?

Y entonces advierto que está justo a mi lado. Cierra la puerta de la nevera y me doy la vuelta para mirarlo con la cara empapada de lágrimas.

Preocupado, entrecierra sus ojos marrones, que ahora parecen más bien de color ámbar. Desvía la mirada hacia la ventana y palidece de golpe.

—Dios mío. —Me coge el brazo y me aparta de allí.

Pierdo la compostura y empiezo a respirar agitadamente, tomando pesadas bocanadas de aire que ni siquiera me llenan los pulmones mientras Pike pasa por mi lado y sale disparado por la puerta trasera. Me seco las lágrimas de la cara porque, además de estar triste y dolida, estoy muy cabreada. Y no solo con Cole. Esto me lo he hecho yo misma. Siempre lo hago.

—¡¿Qué cojones estás haciendo?! —grita Pike.

También oigo una especie de golpe en el agua, acompañado de la sorpresa que se percibe en las voces de Cole y de Elena.

—¡Joder! —grita Cole—. Pensaba que estabas durmiendo.

—¡En esta puta casa nadie está durmiendo!

—¿Cómo? —pregunta Cole.

«Nadie.» Creo que acaba de darse cuenta de que yo también estoy aquí.

Me seco los ojos mientras cruzo la cocina, dejando que mis piernas piensen por mí.

Salgo por la puerta trasera, bajo la escalera de madera y Elena esconde su desnudez detrás de Cole, a quien el agua le llega por la cintura.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le reprocha Pike a la vez que coge las toallas y se las lanza a su hijo.

Cole las pilla al vuelo y Elena tira de una para cubrirse, aunque media toalla se queda flotando a su alrededor. Me mira asustada.

—Pensaba que Jordan trabajaba hasta las dos —le dice Cole a su padre como si yo no estuviera aquí, con la voz llena de culpabilidad. Tiene la cabeza agachada y no mira a nadie.

—¿Porque si lo haces a sus espaldas no pasa nada?

—No, pero...

—Ya me ocupo yo —los corto mientras doy un paso hacia delante.

No estoy llorando y sueno calmada, lo cual me sorprende. Me da igual llorar delante de Cole, pero hacerlo delante de ella ya es otro tema.

Pike me mira y duda unos segundos. Al final, se da la vuelta y oigo cómo cierra la puerta mosquitera.

Cuando Pike desaparece, Elena sale del agua y se coloca bien la toalla antes de coger la ropa de la silla de jardín.

—Mejor me voy —dice con ojos de arrepentimiento mientras nos va mirando a Cole y a mí —. Lo siento mucho, Jordan.

Agacha la cabeza, pasa por mi lado y corre hacia dentro. Supongo que irá al baño, para cambiarse.

Vuelvo a mirar a Cole. Su pelo, rubio y mojado, le cae peinado hacia atrás y me mira con los mismos ojos que el día en que me dijo que Nick había muerto.

Ojalá pudiera enfadarme más con él.

Pero lo que estoy es, sobre todo, decepcionada.

—¿Ha pasado otras veces? —pregunto.

Cole baja la mirada y asiente, serio.

—Desde tu fiesta de cumpleaños.

¿Aquella a la que yo no fui?

Toma aire profundamente, se pone firme, sale de la piscina y se coloca la toalla alrededor de la cintura.

—Hace mucho que te conozco —suelta—. Cuando empezamos a salir nos necesitábamos el uno al otro, pero tú acabarías dejándome de todos modos. Lo sabes.

—Entonces, ¿por qué me trajiste aquí? ¿Por qué no rompiste conmigo? —le interrogo.

Podría hacerme la pregunta a mí misma. Cuando empezamos, los dos estábamos mal y nos apoyamos en lo bueno que tenía el otro sin saber que lo estábamos arruinando solo con estar juntos.

Le quiero. Es mi amigo. ¿Cómo ha podido humillarme así?

—Se suponía que tú no eras como él —le recrimino con lágrimas en los ojos.

Cole levanta la mirada. Sabe perfectamente de quién estoy hablando. Jay fue un cabrón. Pero Cole no. Cole sabía por lo que había pasado. ¿Acaso estaba buscando hacerme daño?

—Eras mi amigo antes que cualquier otra cosa —continúo.

Se supone que un amigo no te hace esto, pero Cole no dice nada porque no hay nada que decir. No es su culpa que se haya terminado. Lo que sí es su culpa es que se haya terminado así de mal.

—¿También lo habéis hecho en nuestra cama? —quiero saber—. ¿Mientras yo trabajaba?

No responde, y quien calla otorga. Me enfurezco de golpe. ¿Sabía Pike que Cole la traía aquí? ¿O quizá incluso a otras?

Basta. Decido no entrar en este bucle y el nudo que tengo en el estómago se va haciendo cada vez más pequeño. Pike parecía igual de sorprendido que yo.

Asiento y me doy cuenta de que Cole tampoco quedaba a solas con Elena. Se veían cuando iban a alguna fiesta, estoy segura.

—Y todos tus amigos lo sabían —afirmo, viendo con claridad que me han traicionado.

Ahora ya no tengo a nadie. Sin contar a Cam y a las chicas del bar, acabo de perder al último amigo que me quedaba.

Cole se acerca y se queda delante de mí.

—Me quedaré en casa de Elena unos días —me cuenta—. Quédate aquí hasta...

—Vete a la mierda. —Y lo digo con los ojos bien abiertos y la misma cara de indiferencia con la que diría «de nada».

Vuelvo a entrar en casa sin pararme a mirar si Elena ya se ha ido o si está esperando a Cole en el coche. Cojo el bolso y me voy a la habitación. Con el móvil en la mano, me dejo caer al suelo, apoyando la espalda contra la puerta que acabo de cerrar.

Marco el número, suena el tono de llamada y al cuarto toque me seco una lágrima que se desliza silenciosa por mi mejilla. Hago todo lo que puedo para que mi voz suene serena.

—Hola, papá.

Al día siguiente me quedo mirando nuestra habitación. Ya no queda nada mío, lo he recogido todo y lo he metido en el coche. La ropa de Cole sigue tirada donde él mismo la dejó.

Al final, no haber traído demasiadas cosas también ha tenido su lado bueno. La mayoría de la ropa me cabe en las únicas dos maletas que tengo, y una es la que me prestó Cam hace un par de semanas, cuando pensaba que iba a marcharme ya.

Pero Pike Lawson me hizo un huerto, lo cual demuestra que los hombres nunca han tenido que esforzarse en extremo para que vuelva corriendo a sus brazos.

Suspiro y me río de mí misma. Echaré de menos el huerto, eso sí.

Atravieso el salón con la última caja en brazos y resisto la tentación de mirar por la ventana una última vez. Cruzo la puerta. Pike acaba de llegar de trabajar y está aparcando la camioneta.

El corazón me late con fuerza. «Mierda.» Ojalá hubiera podido largarme antes de que llegara. Y eso que no son ni las cinco. Además, esta mañana he salido un poco antes de que terminara mi turno para poder venir, coger mis cosas e irme a tiempo. ¿Cómo es que ya está en casa?

—¿Qué haces? —Da la vuelta a la *pick-up* y me sigue.

Meto la caja en el asiento trasero de mi coche, encima de otra que ya había. Tengo el espacio justo para llevarme todo lo que traje el primer día. Todas mis pertenencias caben en dos maletas y tres cajas. Lo demás lo tengo guardado en un almacén y no creo que lo saque hasta dentro de

bastante tiempo. En la «casa» de mi padre no hay espacio para una mesa de dibujo, como tampoco lo hay en mi habitación aquí.

—Gracias por todo —me limito a responder, porque sabe perfectamente lo que estoy haciendo—. Has sido muy amable.

—¿Te vas? —Me observa confundido.

Cierro la puerta del coche y me doy la vuelta para mirarlo a la cara. Me trago el nudo que tengo en la garganta y me da un vuelco el estómago.

—Ahora que Cole se ha ido y que lo hemos dejado, ya no tengo ningún derecho a quedarme. Nunca tuviste la obligación de ayudarme, pero lo hiciste igualmente, y te estaré siempre agradecida. Muchísimas gracias por todo, de verdad. —Y en ese momento me obligo a sonreír, casi de forma automática, porque sé que es lo mejor para los dos—. Sobre todo, por regalarme los casetes.

Clavo mis ojos en los suyos, que dejan entrever una expresión afligida. El verde del iris se le va oscureciendo y a mí se me desgarra el corazón. Me vuelvo y finjo que compruebo haber cerrado bien la puerta para poder recomponerme.

—Mi padre me deja quedarme en su casa durante un tiempo —le cuento mirándolo de nuevo —. Estaré bien.

—Pero...

—Ay, me olvidaba el bolso. —Me paso los dedos por el pelo y salgo pitando hacia dentro, sin dejar que termine la frase.

No quiero discutir con él y me temo que, si dice algo más, me echaré a llorar.

No quiero irme, pero soy consciente de que ya no tengo derecho a quedarme aquí. Además, a lo mejor viene a saludarme al bar algún día, ¿no? Ahora que sé quién es, si lo veo por la calle, lo reconoceré.

Y, por supuesto, estoy enfadada por lo de Cole. Hemos hablado casi cada día en los últimos tres años. Pero ahora quiero estar lejos de él. Aunque no me apetezca alejarme de Pike.

¿Quién le hará hablar con otras personas? ¿Quién le echará extracto de vainilla o canela en el café sin que se dé cuenta, como hacía yo?

Me pican los ojos, pestañeo para quitarme esa sensación de encima y me riño a mí misma. «No le pasará nada.» Total, ha sobrevivido treinta y ocho años sin mí.

Me acerco al sofá y cojo el bolso de un tirón. Lo abro y echo una ojeada al interior: tarjetas, llaves, monedero, móvil... Lo cierro mientras reviso mentalmente que lo tenga todo y que no se me haya olvidado el cargador del teléfono, o la cuchilla y el champú que tenía en la ducha, y que no haya dejado ropa en la lavadora o la secadora.

Mierda. Se me ha olvidado comprarle una esponja nueva. Bueno, ahora ya...

Cojo aire. Creo que lo tengo todo.

Vuelvo a salir, con una media sonrisa en los labios y la cabeza alta. A la izquierda veo a Kyle Cramer. Está en su casa, con un par de niños que intuyo que son sus hijos, pero evito el contacto

visual. No quiero que los vecinos se pongan a chismorrear.

—Jordan... —insiste Pike.

—Muchas gracias de nuevo —le corto de inmediato—. Por todo.

Me acerco a la puerta del conductor y la abro. Se me cierra el estómago, es como si lo tuviera lleno de miles de nudos pequeños que cada vez son más y más molestos.

—Jordan —repite—. Ese coche aún no funciona bien. Se calará cada vez que frenes.

Le dedico una sonrisa con los labios temblorosos.

—Ya me las apañaré. No pasa nada, en serio. No creo que pueda enfadarme más de lo que ya lo estoy. Estaré bien. —Saco las llaves y me subo al coche—. Gracias por todo lo que has arreglado ya. No hacía falta que lo hicieras, de verdad.

—Espera —suelta apresuradamente.

Me quedo quieta, pero no me atrevo a mirarlo. Aun así, siento que se acerca. Duda, como si estuviera buscando las palabras adecuadas, y levanto la vista.

—Hum... —Sacude la cabeza, como fuera de sí—. Mete todas tus cosas en la caja de la camioneta. Yo te llevo. —Abro la boca para oponerme, pero me corta—. Tu coche no está del todo arreglado; tendrás que dejarlo aquí un par de días más para que termine. Y no me vengas con tonterías, porque dudo que de repente puedas permitirte pagar a un mecánico.

14

Pike

«Meadow Lakes.» Me dan ganas de reír. Con ese nombre, cualquiera esperaría encontrar lagos y prados verdes, pero aquí no hay ni prados ni lagos, y menos aún un lago en un prado. Este lugar no es más que un aparcamiento de autocaravanas que construyeron hace sesenta años y está lleno de cuchitriles apoyados en unos cuantos bloques de hormigón.

¿De verdad se crio aquí?

Empiezo a pensar que Cole no se puede quejar tanto. Miro a mi alrededor y me fijo en la vieja Airstream plateada que hay en medio de algunas caravanas estáticas de los ochenta, cuyas persianas rotas apenas se ven detrás de unos cristales mugrientos y con unos exteriores repulsivos: apolillados por las termitas, llenos de moho y con el material aislante completamente a la vista. En este puto lugar el riesgo de incendio no podría ser más elevado. No quiero que se quede aquí. No tiene por qué quedarse en mi casa, pero... aquí no.

Jordan está en el asiento del copiloto y se frota las manos con calma. Tiene la cabeza bajada, perdida en sus pensamientos. Estoy convencido de que no quiere mirar por la ventana y lo está evitando todo lo posible.

Aún no ha caído la noche, pero el sol ya se ha puesto y un par de críos están persiguiendo una pelota entre dos casas rodantes. Ralentizo por si cruzan corriendo la calle.

—Es allí —me indica Jordan.

Desvío la mirada hacia ella y veo que señala hacia mi izquierda. Sigo sus ojos hasta una caravana con un asqueroso revestimiento de color verde lima. Aprieto los dientes.

Un aparato de aire acondicionado sobresale de la ventana delantera. Una valla de madera, destartalada y vieja, a la que le faltan algunas partes y otras (que están rotas) están desparramadas por el suelo, limita la *caravana*. El porche está lleno de cachivaches de todo tipo, ropa y un par de bolsas de basura llenas a rebosar. Fuera hay tres chicos fumando y hablando.

—¿Aquí? —Me vuelvo para mirarla.

Jordan se limita a desabrocharse el cinturón, lista para salir.

—¿Quiénes son esos? —pregunto.

Levanta un momento la cabeza antes de volver a bajarla y coger el bolso.

—Seguramente sean mi hermanastro y sus amigos.

Como no hay espacio en la entrada, aparco delante de la caravana.

—¿Tienes un hermanastro? —Nunca ha hablado de él.

Se encoge de hombros.

—Técnicamente sí. —Sonríe, aunque parece más bien una mueca—. No hablamos mucho.

—Pero vive aquí —digo en un intento de entender mejor la situación.

Responde que sí con la cabeza y, antes de que me dé tiempo a decir algo más, sale de la camioneta con el bolso en la mano.

¿Cuántas habitaciones puede tener esta caravana para que vivan dos jóvenes aquí? ¿Tiene una cama, al menos?

Saca una de las maletas, se cuelga el bolso y se pone a caminar. La sigo, cargando con una caja, y apretando los dientes para mantener el pico cerrado. No sé si estoy enfadado, preocupado o qué; tampoco sé si tengo derecho a sentirme así o si hay algo que justifique mis preocupaciones. Estará bien. Esta es su familia. Pero es que...

Tengo la impresión de que voy a explotar en cualquier momento.

Nos acercamos a la puerta de entrada. Jordan apenas mira a su hermanastro y sus amigos cuando la abre.

—R-Ryan, este es el padre de Cole —balbucea—. Pike, este es mi hermanastro, Ryan.

Me dirijo al chaval, que se incorpora y me tiende la mano.

—¿Qué hay, tío?

Sujeto la caja como puedo y le doy un apretón.

—Buenas.

Para ser un chico, es rechoncho y bajito (debe de medir más o menos lo mismo que Jordan), pero intenta compensarlo con un tatuaje en el cuello y una chaqueta de cuero negra.

En pleno verano.

—¿De vuelta a casa? —le pregunta a Jordan y da un trago de cerveza.

—Ya ves.

Uno de los otros chicos le da un codazo a Ryan.

—¿Esta es la *stripper*?

Aprieto la caja con los dedos.

Ryan ríe por la nariz y casi escupe la cerveza.

—Qué va, tío. Eso, la otra. —Pero entonces mira a Jordan de arriba abajo con una expresión burlona—. Aunque esta también sabe bailar un poquito.

Los tres chavales se ríen y yo siento un nudo en la garganta y ganas de gruñir. Me armo de paciencia, me doy la vuelta, empujo la puerta y la sujeto para que Jordan pueda entrar, obligándola a pasar primero.

Debería ser más indulgente. A su edad, yo también solía pinchar a la gente así de vez en cuando.

¿Y cómo narices sabrá este cómo baila Jordan?

Agito la cabeza para disipar mis dudas y respiro profundamente. «Dejo sus cosas y me piro. No es mi responsabilidad. Es ella quien tiene que tomar esta decisión. Y, si yo fuera ella, habría actuado igual.»

En realidad, estoy orgulloso de mí mismo. Jordan conoce mis arrebatos y mis constantes exigencias, y estoy manteniendo la calma de una forma excepcional a pesar de que odie este lugar y de que la situación en general me saque de quicio. Puedo aguantar cinco minutos más, ¿verdad?

Si los aguanto, igual puedo darme un capricho y pasar por Dairy Queen de camino a casa. Pillaré algo de comer como recompensa por haber mantenido la boca cerrada al menos una vez en la vida.

Su padre, Chip, está durmiendo en la silla reclinable que hay a la izquierda. En la tele, que emite un sonido más bien apagado, echan una comedia. A la derecha, un par de señoras están fumando sentadas a la mesa de la cocina, sobre la cual descansan unas cuantas latas de cerveza. A lo lejos, se oyen los altavoces de un coche y, fuera, alguien está lanzando petardos.

—¿Necesitas que te echemos una mano? —pregunta una mujer con el pelo oscuro desde la mesa. Levanta la cerveza, da un sorbo y ni me presta atención.

Jordan niega con la cabeza, entra en la cocina y se acerca a ellas. No nos presenta, y la verdad es que me importa un pepino que la mujer tampoco lo haga. Tu hija —hijastra— llega a casa con un tío al que no has visto en la vida ¿y no le preguntas absolutamente nada?

Lo de que es su madrastra lo he dado yo por sentado, tiene los mismos ojos pequeños y marrones que el chico que estaba fuera.

Percibo un olor a desinfectante Lysol mezclado con burritos y tierra húmeda, como si algo se hubiera mojado o estuviera podrido. Caminamos por el pasillo y nuestros zapatos emiten un ruido hueco y sordo a medida que llegamos al primer piso y giramos a mano izquierda.

—Es posible que haya un poco de ropa sucia que dejamos allí —vocifera la mujer de la mesa —. Cógela tú misma y ponla a lavar.

Vuelvo a respirar hondo. «Estará bien.»

Jordan abre la puerta y me quedo mirando la que antiguamente fue su habitación. Aprieto la mandíbula.

—¡¿Dónde está mi cama?! —grita Jordan y suelta un suspiro.

Nadie contesta.

La habitación está atiborrada de mierda. Hay una cómoda a la que le faltan algunos cajones, una toalla de playa cuelga de la ventana y las esquinas del techo están llenas de telarañas. El montón de ropa que han sepultado en su habitación apesta, y, cuando veo el agujero que hay en la pared, entorno los ojos.

«No.»

Jordan deja la maleta, se vuelve hacia mí y pone las manos en la caja.

—No te preocupes —me dice con una sonrisa para calmarme, porque a saber qué cara tengo

ahora mismo—. Estaré bien. Ya me conoces; mañana, todo esto estará impecable.

Pero ni de coña voy a darle la caja, así que me aferro a ella con más fuerza.

Aparto los ojos de la ratonera que hay al lado de un conducto de calefacción sin rejilla que da libre acceso a los roedores. Luego dirijo una fría mirada a Jordan.

—Ni de coña —suelto—. Nos vamos ahora mismo. Estoy harto de este tema ya.

Sujeto la caja entre el brazo y el costado y me agacho para levantar su maleta con la mano que tengo libre. Me doy la vuelta de inmediato y salgo a toda leche de esa casa.

—¡¿Disculpa?! —grita a mis espaldas, perpleja.

Pero yo ya me he ido. No hago ni caso a las mujeres que hay en la cocina y ni siquiera me vuelvo para ver si su padre se ha despertado. Atravieso la puerta de entrada y paso por delante de los chicos, que siguen matando el rato en el porche.

—¡Pike! —grita Jordan detrás de mí.

La ignoro. Sé que me seguirá. Tengo todas sus cosas.

Vuelvo a meter la caja y la maleta en la *pick-up*, saco las llaves y subo. Jordan pasa por delante y abre la puerta del copiloto.

Me mira.

—¿Qué narices estás haciendo?

—Tú, aquí, no te quedas. —Enciendo el motor.

—Pero ¿tú qué problema tienes? —salta.

Miro a través de la ventana y veo que los chicos nos miran, curiosos, desde el porche.

—¿Tu hermanastro ha intentado algo alguna vez? —le pregunto.

—Nada que yo no haya podido frenar.

—¿Y sus amigos?

Coge aire y sé que está intentando no perder los nervios. La crispa que le haga tantas preguntas, pero es que me preocupo por ella.

—Estaré bien —reitera—. No soy tu hija. Mi padre está aquí.

—Tu padre no... —Me callo antes de acabar la frase.

Insultarlo no ayudará.

Apoyo la espalda en el asiento y cierro el puño alrededor del volante.

Su padre no es mal hombre. Al menos, no que yo sepa. Incluso hemos intercambiado cuatro palabras en alguna ocasión.

Pero es blandengue.

Es un borracho, un incompetente. Se rige por la ley del mínimo esfuerzo y se conforma con cuatro mierdas porque le da pereza espabilarse para conseguir algo mejor. Chip no va a estar pendiente de ella.

—Esto es una estupidez —prosigo—. No puedes irte de una casa bonita, en perfectas condiciones y que está en un barrio seguro para venir a vivir aquí. Trágate ese orgullo que tienes, Jordan.

—¡Allí ya no pinto nada! —Tiene la mirada llena de ira—. Y mis raíces están aquí. Gracias. Cole volverá a tu casa en algún momento y es tu hijo. ¿Cómo crees que irá la cosa si vivimos los dos bajo el mismo techo? Yo no tengo derecho alguno a quedarme.

—De eso ya nos ocuparemos.

—No. Todo esto, a ti, no te incumbe. Este es mi hogar.

—¡Esto no es un hogar! No...

Abro la boca para seguir hablando, pero el corazón me late con tanta fuerza que hasta tengo miedo de lo que pueda decir.

Respiro de forma agitada, aunque superficial, y alterno la mirada entre ella y otros puntos constantemente.

—En este antro no hay nadie que se preocupe por ti —digo con voz más baja.

—¿Y en tu casa sí?

Dirijo la mirada hacia Jordan. La respuesta a su pregunta me vuela hasta la punta de la lengua, pesada, y quiero decírselo.

Pero me lo callo.

Se me queda mirando, la respuesta que no le he dado queda suspendida en el espacio que hay entre nosotros. Flaquea y su mirada se ablanda. Lo ha pillado.

—Sube a la camioneta —le ordeno apretando los dientes—. Nos vamos a casa.

—Pero...

—¡Que te subas, Jordan! —Golpeo el volante con la palma de la mano.

Le brillan los ojos y toma aire por la boca. No sé si es que la he asustado o que tiene miedo de montar un pollo aquí en medio, pero se sube al instante y cierra la puerta de golpe. Está tensa y enfadada, y seguramente esté pensando que ya hablará conmigo de todo esto más adelante, cuando nadie esté fisgoneando, pero me da igual. He conseguido que se meta dentro y ahora ya nos vamos.

Meto la llave en el contacto y acelero un poco solo para poder girar, dar marcha atrás y dar media vuelta. Con la camioneta encarada al camino por donde hemos llegado antes, aprieto el pedal del gas y salimos de allí. Conducimos primero por una carretera estrecha y luego cogemos la que va a la ciudad.

No tengo ni idea de lo que estarán pensando su hermanastro y su madrastra, pero la verdad es que tampoco me importa. Que piensen lo que quieran durante cinco minutos, que es justamente el tiempo que tardarán en volver a olvidarse de la existencia de Jordan.

No me extraña que se largara de allí. No creo que abusaran de ella ni nada por el estilo (nunca he oído hablar así de su padre), pero está claro que no le hacían ni caso. Se merece algo mejor.

Los árboles se alzan, imponentes, a ambos lados de la ya oscura autopista, y bajo la ventana para que corra un poco el aire, que falta hace.

Jordan está sentada en silencio, sin mover ni un dedo, y me dan ganas de abofetearme porque todo esto se lo podría haber dicho en casa y nos habríamos ahorrado el paripé. Ya sabía lo que

acabaría pasando. Ni de broma iba a quedarse en Meadow Lakes. Lo de ayudarla con la mudanza esta noche era puro teatro. Solo estaba reuniendo el coraje necesario.

Pero ¿y si hubiese querido irse a vivir con su hermana? ¿O quedarse en casa de una amiga? También me habría opuesto. Lo sé.

No es que no pueda cuidar de sí misma. Soy plenamente consciente de que no es así.

Pero no quiero que tenga que hacerlo. En algún momento, empecé a preocuparme por ella.

No tiene a nadie más que pueda darle lo que se merece y, hasta que pueda vivir por su propia cuenta, yo asumiré esta responsabilidad. A la mierda. Se merece lo mejor y yo se lo voy a dar.

Miro hacia delante, descanso el codo en la puerta y me paso la mano por el pelo. «Aunque esto no lo decido yo. ¿O sí?» Mangonearla así me pone en el mismo lugar que el resto de las personas que forman parte de su vida.

Y no quiero agobiarla como lo hacen los demás o también acabará dolida conmigo. Si algo he aprendido sobre las relaciones —las que sean— es que nadie debe tener la sartén por el mango. Ambas partes deben saber cuándo dar un paso al frente y cuándo dejar un poco de margen.

Es un toma y daca. Es cosa de dos.

Pongo el pie en el freno y me voy desviando lentamente hacia la derecha de la carretera, hasta que freno de golpe cuando un coche me adelanta a toda velocidad.

Jordan alza los ojos, pero sigue sin mirarme.

Joder, a saber qué está pensando.

—Lo siento —digo con un tono de voz más calmado—. No quería ponerme así. —Aparto las manos del volante e intento ralentizar el ritmo de mi corazón—. Cole está en casa de... —Voy bajando la voz; ya sabe de quién hablo—. Al menos durante un tiempo —termino la frase—. Tendrás espacio para ti y puedes quedarte en la otra habitación. Es toda tuya. Mi casa te gusta, ¿no?

Coge aire mientras busca las palabras.

—Sí, pero...

—A mí me gusta eso de tener quien me eche un cable. Y lo de llegar y no tener que preparar la cena cada noche también está muy bien. Seguimos con el mismo trato.

Se queda callada y yo empiezo a asustarme. Quizá he malinterpretado la situación. Quizá solo estaba buscando la manera de deshacerse de mí. Quizá no quiere quedarse en mi casa.

—¿Te hará feliz? Quedarte en mi casa, digo. Sé sincera —le pido—. ¿Te hará más feliz que quedarte en la caravana?

El silencio entre nosotros se vuelve más pesado y empiezo a sentirme estúpido, como si lo hubiera entendido todo mal y Jordan, en realidad, no se sintiera cómoda viviendo bajo mi techo.

Pero todas las veces que la he visto esta semana (encendiendo velas, arreglando el huerto, bañándose en la piscina por la mañana o preparando algo en la cocina y agitando la cabeza mientras escuchaba a saber qué grupo de *rock*), cada vez que la he visto, parecía que estuviera en su propia casa. Sonreía mucho, nos empezábamos a llevar tan bien que incluso nos vacilábamos

un poco, y hasta se estaba volviendo un poco más pícara: el otro día me puso unas puñeteras coles de Bruselas y aguacate en el bocadillo de pavo que me había preparado yo mismo para comer.

Se me escapa una sonrisa al acordarme de eso.

Si de verdad se plantea irse de mi casa, que no sea porque cree que no es bienvenida o que se está aprovechando de mí. Puede quedarse. Quiero asegurarme de que le quede claro.

Pestañeo lentamente y con fuerza. De repente, estoy exhausto. Además, odio la idea de que se quede en ese antro de mierda donde nadie valorará nada de lo que haga.

Bajo la vista y también la voz.

—Por favor, no me pidas que te deje allí. —Vuelve la cabeza hacia mí. Me imagino cómo habrá sonado eso—. Por favor —susurro.

Me mira. Yo me niego a hacerlo porque me da miedo de que mis ojos me delaten o dejen entrever algo que me da vueltas por la cabeza pero que todavía no quiero aceptar.

En mi casa es feliz y está en un lugar seguro, con una cama y sin ratones. Joder, mira que es simple.

«Mucho.» Es muy simple.

Al cabo de un minuto, coge aire, tranquila, y se abrocha el cinturón.

Trago saliva.

—Estrenan *Noche de miedo* en Netflix —comenta—. ¿Pedimos media *pizza* de *pepperoni* y media de tacos?

Sonrío. Me vuelvo hacia ella. Tiene sus ojos azules clavados en mí y la misma cara alegre que la otra noche mientras cortábamos sandía.

Vuelvo a arrancar el coche y asiento.

—Ve encargándola. La recogeremos de camino a casa.

15

Jordan

Hemos establecido nuevas normas.

En resumen, ahora soy su inquilina. Aunque me quedo aquí principalmente para ahorrar un poco de dinero y poderme independizar en algún momento, ya no puedo seguir viviendo a costa de Pike como lo hacía antes. Mientras salía con Cole quizá tenía alguna excusa, pero ahora debemos llegar a un trato que sea justo. Pese a que él se niegue.

—No tienes que darme cuarenta pavos cada mes para pagar la factura del gas, Jordan.

—Pues déjame pagar la de la luz.

—¿Por qué iba a decirte que te quedaras a vivir aquí para ahorrar y hacerte gastar más dinero luego?

—Ya estoy ahorrando. Y puedo seguir ahorrando aunque pague una factura, Pike.

—Pero, si no pagas ninguna, podrás ahorrar todavía más e irte antes.

Eso me molestó. A lo mejor no quería que me quedara en su casa y punto. Sin embargo, Pike se dio cuenta de cómo había sonado, se estremeció y añadió:

—No, espera. No quería decir eso. Es solo que... No necesito tu dinero, ¿vale? Dejemos ya el tema, por favor.

Pero no lo dejamos. Seguimos discutiendo hasta que finalmente cedió. Ahora, quien paga la factura del gas y la compra semanal, soy yo. Eso sí: me hizo prometer que no compraría nada ecológico o bajo en calorías para sustituir sus aperitivos, y acepté. Si me pilla con el café de comercio justo o la leche de almendras le diré que se me había olvidado.

Salgo al porche de la entrada con la escoba, levanto el felpudo y lo sacudo antes de colgarlo en la barandilla. Fuera está cayendo la del pulpo; con cada gota de lluvia que cae y lo salpica todo, la calle parece más bien el mar, con la espuma de las olas y todo.

Me pregunto si Pike tendrá buena visibilidad mientras conduzca de camino a casa. Aunque todavía es la una de la tarde y es de día (si bien el cielo está más bien gris), o sea que a lo mejor deja de llover antes de que salga de trabajar.

Paso la escoba por el suelo de madera, que está seco porque queda protegido por el cobertizo. El aire es cálido y denso, y noto la humedad en la piel, aunque, como estoy debajo de la marquesina, no me ha tocado ni una gota de lluvia. Tengo la camiseta un poco pegada a la tripa y

me sujeto el pelo detrás de la oreja porque, cuando me acaricia el brazo, me hace cosquillas. Levanto la vista y veo a Kyle Cramer aparcando su BMW en la calle; sale del coche y se cubre la cabeza con el maletín mientras va corriendo hacia el cobertizo de su casa.

Me ha visto y me lanza una sonrisa. Yo le saludo discretamente con la mano.

¿Por qué no se lleva bien con Pike?

Kyle entra en su casa y yo acabo de limpiar la poca suciedad y las hojas que hay en la entrada antes de volver a poner el felpudo en su sitio.

Aparte de pagar el gas y la compra, también me encargo de la planta baja: quito el polvo, barro, paso el aspirador y la fregona, y me aseguro de que la cocina esté limpia. Pike friega los platos cuando cocino, y yo solo los friego cuando cocina él, aunque, ahora que lo pienso, no lo ha hecho ninguno de los tres días que llevo aquí desde que se armó ese lío. En las últimas semanas, ya me había dado cuenta de que solo cocina con lo que encuentra en la sección de congelados del supermercado (o estofados o sopas que ya vienen preparados), o sea que se podría decir que, de la comida, me encargo yo —así, en general— y él friega los platos. No me parece mal.

También me encargo del huerto; Pike se ocupa de los aspersores, y de cortar el césped y arreglar la piscina. En cuanto a las habitaciones, cada uno se ordena la suya, pero yo limpio mi baño y Pike, el sótano.

Dividirnos las tareas me pareció demasiado fácil. Pensé que se desentendería de todo y que yo acabaría limpiando la mierda que dejara por todas las zonas que se suponía que yo solo debía ordenar.

Pero no ha sido así. Cuando llega de trabajar, deja las botas en el armario; recoge las camisetas que se quita cuando tiene mucho calor, y nunca he tenido que pedirle que quite la ropa de la secadora. Ahora me doy cuenta de que nunca he convivido con un hombre que haya vivido solo antes de que yo llegara a su vida.

Hasta ahora, claro. Pike está acostumbrado a tener que hacerlo todo por su propia cuenta, porque si no lo hacía él... Y esto es nuevo para mí.

Vuelvo a entrar en casa, dejo la escoba en el armario y subo a por la ropa sucia. La habitación de Cole, nuestro antiguo dormitorio, sigue vacía. No ha vuelto desde que se fue el día que le pillé con Elena. No tengo muy claro qué ropa se habrá puesto desde entonces, y tampoco sé si ha hablado con su padre, pero lo que sí sé es que volverá en algún momento.

Aguanté tanto porque, más que mi novio, Cole era mi amigo. Muchas chicas —si son más listas que yo, lo cual, sinceramente, no es difícil— se cansan enseguida de los tíos que no hacen nada. Lo único que me consuela ahora mismo es que sé que Cole y Elena no van a durar. Al fin y al cabo, Cole dejó una cama para meterse en otra, ¿no?

Aunque quizá me hizo un favor. ¿Volvería con él? No. No quiero odiarlo y sé que en el fondo es buen chico, pero llevamos lo nuestro al extremo porque, en su día, necesitábamos aferrarnos a

algo. Forzamos una relación que no tenía que ser no porque nos necesitáramos el uno al otro, sino porque necesitábamos a alguien. Siempre fuimos buenos amigos.

Ahora es como si pudiera respirar. Y si tiene algún problema con que me quede aquí, que se espabile con su padre.

Justo delante del cuarto de Cole hay otra habitación: mi nuevo dormitorio. Abro la puerta y aparto la cesta de la esquina.

Me encanta este cuarto. Ya había un sofá cama, o sea que solo he tenido que comprar sábanas. Podría haber cogido las de la cama de Cole, porque, a fin de cuentas, son mías, pero quería empezar de cero. No quería tener nada que me recordara a la persona que fui cuando estuve con él. Saqué mis cosas, cerré la puerta y nunca he vuelto a entrar en esa habitación.

Pike y yo fuimos a IKEA y escogimos una cómoda, una mesita de noche y una silla acolchada (que pagué yo, pero que no podía transportar sin su camioneta). Me lo pasé bien decorando el cuarto, porque no tuve que tener en cuenta las opiniones de nadie aparte de las mías. Puse unas lucecitas alrededor del cabecero de la cama, que es de hierro forjado, unos cojines divertidos y una lámpara, y también colgué un cuadro que le compré a un vendedor ambulante cuando fui a Nueva Orleans con mi hermana. El amigo de Pike, Dutch, trajo una radio portátil Panasonic, de época, que encontró hace un par de días haciendo limpieza general en el garaje de sus padres. Supongo que Pike le habló de los casetes.

—¡Jordan! —grita alguien desde abajo.

Suelto la camiseta blanca que tengo en las manos y vuelvo la cabeza de golpe cuando oigo el ruido que hace la mosquitera al chocar con el marco de la puerta.

Se me acelera un poco el corazón.

Salgo de la habitación y bajo la escalera a toda prisa. Pike está delante de la puerta principal y saca la chaqueta del armario. Tiene la cara empapada, el agua resbala por la piel dorada de sus brazos tatuados y lleva el pelo tan mojado que se le ha quedado pegado a la cabeza. Se pone la chaqueta encima de la camiseta, que también está calada.

Me acerco a él.

—¿Qué pasa?

—La orilla del río se está inundando —dice mientras va directo hacia la cocina y se acerca a la nevera—. Han pedido que cualquier persona que pueda ayude a colocar sacos de arena antes de que el agua se desborde.

«Entendido.» Saco las Converse Chuck del armario y voy dando brincos con un pie mientras me calzo el otro.

—¿Has llamado a Cole?

—Sí, pero no contesta. —Coge unas cuantas botellas de agua—. ¿Por qué no lo intentas tú?

Descuelgo el chubasquero de la percha y cierro el armario. Luego cojo mi gorra del perchero que hay fuera.

—Si a ti no te ha cogido el teléfono, a mí menos aún.

Pike vuelve a entrar al salón sujetando cinco botellas. Arquea las cejas, como volviéndome a preguntar lo mismo en silencio, y pongo los ojos en blanco.

—Lo intentaré desde el coche. —Abro la puerta—. Vámonos.

Llegamos a la bahía enseguida. Pike ya ha metido todos los sacos de arena que le quedaban en la caja de la camioneta; por suerte, en esta ciudad no falta aprovisionamiento. Además, muchas personas se nos han adelantado y han bajado para colaborar.

Este verano está lloviendo mucho y en el norte ya se están deshaciendo las últimas capas de nieve, de modo que el río se ha convertido en una bomba de relojería. Recuerdo que, hace unos años, se desbordó e inundó las casas que había al oeste; pero la experiencia sirvió para que todo el mundo se pusiera las pilas y se preparara por si volvía a pasar. Ahora, policía, bomberos, brigadas del ayuntamiento y ciudadanos se encuentran sobre el muro de contención, intentando refrenar el río. Montones de sacos apilados los unos encima de los otros cubren la pendiente de rocas entera, desde donde llega el agua hasta los terrenos que hay arriba. El agua tendría que arrasar poco más de noventa metros de matorrales, árboles y vías férreas antes de alcanzar las casas de la antigua zona oeste, que fue la primera área que se construyó en Northridge. El caudal va subiendo, aunque no a mucha velocidad. Con un poco de suerte, en caso de que sobrepasara la barrera de contención, los sacos de arena impedirían que siguiera avanzando. La gente que vive en este barrio no se puede permitir marcharse de aquí ahora, y menos aún perder sus casas.

El río baja cada vez más rápido. Estoy completamente empapada y tiemblo un poco. Me van cayendo gotas de agua de la visera de la gorra y la lluvia me moja las piernas.

—¿Agua?

Pike está delante de mí y me tiende una botella. Levanto la vista, sonrío y la cojo.

—Gracias.

Continúa moviéndose a mi alrededor, yendo a por otro saco de arena y pasándoselo al tipo que tiene al lado. Hemos llegado hace tres horas y todavía no hemos podido localizar a Cole, aunque tampoco se puede decir que yo lo haya intentado con demasiado empeño. Ahora mismo no quiero ni verlo, o sea que he dejado que el tono de llamada sonara tres veces y luego he colgado.

Bajo los ojos hasta la botella de agua que me ha dado Pike. Tengo la boca más seca que un desierto.

Desenrosco el tapón y me trago la mitad del líquido del tirón; respiro y doy dos sorbos más. Como queda muy poca, me la guardo en la chaqueta para luego.

—Hola, Jordan —me saluda una voz de pito al pasar.

Desvío la mirada y veo a April Lester con unos pantalones tejanos que se le ajustan a la perfección y una camiseta de camuflaje muy chula. Se pone unos guantes de trabajo y se dirige

hacia Pike. Tiene el pelo negro y se lo ha recogido en una coleta que sale por el agujero de la gorra que lleva puesta.

Está bastante guapa con la ropa de calle. Estoy acostumbrada a verla en el bar, vestida más «de fiesta».

Cojo un saco de yute de la caja de la *pick-up* y le paso los dieciocho quilos de arena al chico que tengo al lado; luego me vuelvo y vuelta a empezar. Todos los sacos van pasando por las manos de distintas personas hasta llegar a su posición final: la orilla del río.

April está en otra cadena, justo delante de Pike, hablando con él.

Intento apartar la mirada. ¿A mí qué más me da lo que hagan? Sin embargo, me doy cuenta de que miro hacia allí sin saber por qué.

¿Se conocen? ¿Es el primer día que hablan? ¿Habrán salido alguna vez? Es imposible. Pike es como un cura, superretraído, y ella es un torbellino en toda regla. Lo asustaría.

Me humedezco los labios y paso otro saco, incapaz de no desviar la mirada hacia allí. Ella sonríe abiertamente mientras le dice algo y Pike la mira y la escucha, divertido. April (¡April!) le saca una de sus preciosas sonrisas, esas que son increíbles y que Pike guarda con recelo, y el corazón se me para un segundo.

Arrugo la frente y cojo otro saco.

¿No jodas que Pike se está sonrojando? Se le ve un poco tímido, pero no parece incomodarle que April esté tonteando con él.

Gruño.

«Olvídalo.» Es un hombre. Un hombre que todavía es joven, y seguro que vigoroso también. Se ha acostado con mujeres (Cole es una prueba viviente de ello). Pensar que ahora no está haciendo nada sería ser muy poco realista. Algún día traerá a una mujer a casa. Todo el mundo tiene sus necesidades.

Bajo la mirada por su tronco. El chubasquero, fino, se le pega al cuerpo como si fuera una segunda piel. Se ha remangado, dejando sus antebrazos a la vista, y juro que veo cómo la lluvia le resbala por el cuello desde aquí. Es alto y está cuadrado, y me encanta cómo le quedan las camisetas y los tejanos.

Cuando un hombre está así de guapo con ropa, sabes que también lo estará sin ella.

Y, si cuando iba al instituto, Pike era la mitad de guapo que ahora, seguro que tenía a todas las chicas detrás. Quisiera saber cómo era a esa edad, aunque también hay cosas de las que prefiero no enterarme.

April le pasa un saco, pero titubea y Pike se agacha a toda prisa para cogerlo antes de que se le caiga de las manos.

Sonríen y se acercan el uno al otro. Me duelen los pulmones.

Como si notara que los estoy mirando, Pike levanta la vista y clava sus ojos en los míos. Y, durante un segundo, me olvido del resto del mundo.

Dejo de respirar. «Mierda.»

Aparto la mirada y me apresuro a ir a por otro saco.

No vuelvo a mirarlo, aunque siento que sus ojos siguen puestos en mí.

Cuando la camioneta ya está vacía, recupero la botella de agua y me la termino. Entonces me acerco a la *pick-up* de Pike y tiro el recipiente a la caja.

—¿Lista?

Me doy la vuelta y veo que se acerca mientras se quita la chaqueta por la cabeza, chorreando. Al hacer ese movimiento, se le sube la camiseta y aparto la vista de su abdomen.

—¿Ya... ya está todo? —pregunto.

Deja la chaqueta en la caja y saca otra botella de agua de la neverita.

—Me temo que no podemos hacer nada más. Ahora solo nos queda esperar que los sacos de arena hagan su trabajo y aguanten.

Echo un último vistazo. Los demás están ocupados con una cosa u otra. Algunos se suben a los coches y otros siguen colocando sacos o hablando.

Yo también me quito la chaqueta y la meto en la parte trasera de la camioneta antes de sentarme en el asiento del copiloto.

Cierro la puerta y Pike arranca el motor. Los limpiaparabrisas empiezan a funcionar automáticamente porque ya estaban puestos de antes.

Miro por la ventana.

—No jodas. —Resoplo con los ojos perdidos en el horizonte. Pike sigue mi mirada.

Desde la furgoneta, que se encuentra en el lugar más elevado, tenemos una vista panorámica hasta la otra punta del río. En medio hay un grupo de islas que ahora el agua ha cubierto casi por completo, y amenaza con inundar las casas de la otra orilla a medida que el nivel del río ya llega a la mitad de los pilares.

Pero aún tiene mucho margen y la lluvia ha empezado a menguar. Esperemos que no pase nada.

—Ha subido tanto que casi hasta me cuesta creerlo —digo—. Es surrealista.

Pike se vuelve hacia mí.

—Ya estás sonriendo otra vez.

Busco su mirada y mi expresión se relaja. ¿Estaba sonriendo?

—Bueno, intento no hacerlo —le explico, aunque se me escapa otra sonrisa—. O sea, espero que nadie se haga daño y que no se inunde ninguna casa, pero...

—¿Pero?

Me siento un poco culpable por lo que voy a decir y me encojo de hombros.

—Diría que, en parte, me ha gustado poder ayudar hoy. Ensuciarse es divertido.

Pike ríe por la nariz y arranca el coche.

—Tú todavía no te has ensuciado —bromea—. Ponte el cinturón.

Media hora más tarde, estoy gritando y agarrándome al asidero que hay encima de la puerta mientras Pike acelera a fondo por el embarrado canal. Va pegando volantazos, y el coche salta, se separa del suelo por los laterales y vuelve a caer. Y yo río y reboto en el asiento.

«Dios mío, ¡qué pasada!» Creo que me voy a morir. Estoy llorando de la risa.

—No me puedo creer que sea la primera vez que haces esto —dice Pike mirándome como si no fuera lo suficiente pueblerina—. Cuando era joven veníamos aquí porque era el lugar perfecto para enseñarles a las chicas lo malotes que éramos con la camioneta.

Voy de un lado a otro cuando la *pick-up* se tambalea al pasar por los charcos y las zanjas llenos de barro. Me ha dado el control absoluto de la radio, o sea que he puesto un casete y ahora suena *Glory Days*, de Bruce Springsteen. Subo el volumen y me apoyo en el salpicadero para no caerme.

—Todavía lo es —confirmo—. Aunque ahora cada vez es más difícil salir con un tío a quien no le hayan quitado el carné de conducir.

Se ríe.

—Te creo.

Gotas de lluvia y barro se alzan a nuestro alrededor y me manchan la manga del chubasquero y la pierna desnuda que más cerca tengo de la puerta. Pike ha insistido en que bajáramos las ventanas sin importarle lo más mínimo que se ensuciara el interior de la camioneta.

—¿Traías a las citas aquí? —me intereso.

—A veces.

Encorvo la comisura de los labios en una sonrisa que dice: «Lo sabía».

—¿Y luego las llevabas a Hammond Lock y os enrollabais ahí?

Desvía la mirada rápidamente hacia mí, sorprendido.

—¿Qué sabes tú de Hammond Lock?

Me encojo de hombros.

—Ah, no mucho. Lo único que he oído es que allí es donde los viejos llevaban a las chicas cuando eran jóvenes.

Finge haberse enfadado y pega un acelerón que nos manda directos hacia otra zanja. El estómago me da un vuelco enorme y vuelvo a gritar, riéndome.

—¡Para! —suplico—. ¡Harás que volquemos!

El guardabarros choca con el suelo y otra ola de barro y agua se levanta justo delante de nosotros. Mi cuerpo se abalanza hacia delante, tirando del cinturón, y cierro los ojos con fuerza. Me lo estoy pasando en grande.

«¡Joder!»

A pesar de las sacudidas, no puedo dejar de reír. Pike tiene razón. ¿Cómo puede ser que no haya hecho esto antes? ¡Lo que me estaba perdiendo!

La lluvia se cuela a través de la ventana y me salpica la pierna. Vuelvo a abrir los ojos y me seco la mejilla con la mano, que acaba manchada de barro.

Me vuelvo hacia él, nos miramos a los ojos y reímos animadamente.

—¡Venga, me toca! —digo entusiasmada.

Me desabrocho el cinturón y tiro de la maneta de la puerta para bajar.

—No, ven —me ordena—. Ya salgo yo y doy la vuelta.

Me quedo quieta y me vuelvo. Pike abre la puerta, pero, en lugar de bajar, salta hacia detrás y cae en la caja. Me apresuro a cambiarme de asiento y ponerme en el lugar del volante. Lo bueno de que esta *pick-up* sea tan vieja es que tiene un asiento corrido y no hace falta saltar por encima del compartimento que suele haber en medio.

Me abrocho el cinturón y miro por el parabrisas. Sonrío. La adrenalina me revuelve las tripas.

—¡Prepárate para acabar lleno de barro! —le advierto sacando la cabeza por la ventanilla.

No tengo ni idea de si la zanja que hay en el lado del copiloto es muy profunda o no.

La camioneta se tambalea mientras Pike camina por detrás y yo espero a que abra la otra puerta. Cuando lo hace, se sujeta con una mano en el asidero y salta dentro sin poner los pies en el suelo en ningún momento.

Se acomoda en el asiento que hay a mi lado, cierra la puerta y se pasa la mano por el pelo que la lluvia acababa de bañarle.

Se me van los ojos a la camiseta que tiene pegada al pecho. Se le marcan la clavícula y los músculos de los pectorales y de sus anchos hombros.

Me mira.

—¿Qué?

Vuelvo en mí, pestañeo y carraspeo.

—Nada. A pesar de la edad que tienes, sigues siendo bastante ágil, ¿eh?

Le chispean los ojos. Saca la mano, vuelve a meterla dentro de la camioneta y me lanza un poco de barro a la cara.

Abro la boca, ahogo un grito y, en un acto reflejo, cierro los ojos y vuelvo la cabeza.

—¡Para! —Río cubriéndome la cara con las manos mientras Pike sigue tirándome más barro —. ¡Era broma!

—¿Desde cuándo tener treinta y ocho años es sinónimo de ser mayor? —refunfuña, aunque su voz le delata y sé que se lo está pasando bien.

Pike sigue lanzándome barro, y yo me encojo, dándole la espalda para protegerme.

—¡Perdón! ¡Estaba de guasa!

No puedo parar de reír.

Dos horas más tarde, ya ha caído la noche y me siento felizmente relajada. No puedo pensar ni aunque me esfuerce. Las facturas de Cole y mías descansan en mi habitación; el plazo para pagar la matrícula (con la que me endeudaré todavía más con mis préstamos de estudios) termina en dos meses, y me reconcome porque sé que, si tuviera lo que hay que tener, podría estar ganando

más dinero... Sin embargo, ahora mismo, todo eso queda relegado a un segundo plano muy lejano. Llevo toda la tarde con una sonrisa enorme en la cara.

—Ha sido divertido —le digo a la vez que rodeamos la casa para ir por la puerta de detrás.

Estamos llenos de barro y no quiero ensuciar el salón, por lo que le he propuesto pegarnos un manguerazo en el patio trasero antes de entrar.

Levanto la vista hacia Pike. Tiene el cuello sucio y la mirada perdida, como si estuviera absorto en sus pensamientos. Sus labios dibujan una pequeña sonrisa.

—¿Qué? —le pregunto.

Pestañea, respira hondo y sacude la cabeza.

—Me acabo de dar cuenta de que nunca hago nada. —Abre la puerta de la valla de madera y la sujeta para que pase yo—. No reía tanto desde... Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez.

El corazón me da un brinco. Me alegra no ser la única que se lo ha pasado bien. Y me alegra que le haya gustado pasar un rato conmigo, porque...

Porque me estoy acostumbrando a estar con él.

Me he fijado en que cada día estoy pendiente de la hora y, a medida que se acercan las cinco de la tarde, me pongo más contenta. Tengo ganas de que llegue a casa y ojalá no fuera así. Porque en algún momento me marcharé. No quiero encariñarme.

Una imagen de lo de la ducha me viene a la cabeza y me ruborizo al acordarme de su esponja.

Me siento bien cuando estoy a su lado, y me alegro de que a él le ocurra lo mismo. Pero no me puedo permitir sentirme tan y tan bien.

Llegamos a la parte de atrás de la casa, nos acercamos a la puerta y me agacho para abrir el grifo. La manguera empieza a escupir agua y la levanto del suelo.

Me pongo recta y me mojo la mano. Le ha dado el sol a lo largo del día y, por suerte, el agua sigue caliente.

Se la paso a Pike.

—Gracias por venir —dice en voz baja—. Nos hacía falta la ayuda.

Asiento y me quito las bambas y la gorra.

—También es mi ciudad.

Pike se lava la cara, los brazos y las botas. Me fijo en el agua que le chorrea por la ropa, creando ríos de barro a su paso.

Al final ha sido peor el remedio que la enfermedad.

—En la secadora hay toallas —digo como si nada.

Puede entrar, quitarse la ropa y ponerse una toalla mientras yo me quedo aquí fuera y me lavo.

Se quita la camiseta por la cabeza y la cojo para escurrirla. Pike se pasa la manguera por detrás para aclararse la espalda.

—¿Me he quitado ya todo el barro? —pregunta.

Se vuelve, con la manguera en la mano, y me da la espalda. Y, en ese instante, siento el calor

de su cuerpo a mi lado. La sangre me corre caliente por las venas y me da miedo mirarlo.

—Sí —respondo con un hilo de voz.

Tiro de la goma y empiezo a deshacerme una de las trenzas. Me arde la piel. Pike me está mirando.

Cierro los ojos un segundo mientras reproduzco esa imagen en mi cabeza.

Quiero que me mire.

Pero le oigo reír, abro los ojos y me encuentro a Pike acercándose para coger la otra trenza con las manos, levantar la manguera y mojarme las puntas.

Puf, el barro...

—Ja, gracias por la ayuda, eh —suelto con tono sarcástico.

—Me lo estabas pidiendo.

Pues sí, sinceramente. Es divertido tontear con Pike.

Me toca la cabeza y me hace cosquillas. Y, aunque ya no estoy tan relajada, vuelvo a sonreír. Solo me está tocando la punta de un mechón de pelo y ya me da vértigo.

Tengo un nudo en la garganta. Trago saliva y me vuelvo poco a poco.

—¿Puedes mirar si todavía tengo la espalda sucia? —susurro.

Espero un segundo. Siento cómo se me acelera el pulso y oigo el agua cayendo en el suelo.

Y entonces noto el tacto de sus dedos frotándome la camiseta. Es suave, casi imperceptible. El agua, fresca, atraviesa la tela a medida que Pike va quitándome las manchas de barro.

El silencio que hay entre nosotros es tan ensordecedor que me duelen los oídos.

Al principio hace movimientos rápidos y yo me abrazo a mí misma, nerviosa, como si fuera la primera vez que alguien me toca.

Pero entonces empieza a ir más despacio. Deja la mano en mi omóplato unos segundos y ejerce cada vez más presión a medida que la pasa por mis curvas y desliza los dedos primero por mi cuello, luego por la columna vertebral y, finalmente, por mis caderas.

Me empieza a palpitar la entrepierna y me revolotean los ojos.

Sus manos tocan mi piel desnuda a la altura de la cadera y se quedan ahí un instante. Exhalo. Aunque esté hecha un manojo de nervios, estoy excitada.

Pero no me lo estoy imaginando. No me estoy imaginando cómo es sentir su tacto en mi piel.

Trago saliva y ladeo un poco la cabeza, con lentitud. Veo su figura, bajo las manos hasta el dobladillo de la camiseta y dudo un segundo antes de tirar de ella hacia arriba para quitármela. Y entonces me inclino rápidamente para coger una toalla limpia de la escalera y cubrirme los pechos.

Quiero que me mire, pero me da muchísimo miedo que me rechace.

Mi camiseta, empapada, cae al suelo y yo me quedo allí, dejando que el miedo y el deseo se apoderen de cualquier pensamiento racional. Y, durante un rato, el chorro de agua cae en un punto fijo hasta crear un agujero en la hierba.

De repente, cambia de posición. El agua me resbala por la espalda, desde el hombro, y Pike

sigue su recorrido mientras limpia cualquier mancha de suciedad que pueda quedar en mi piel. Me mareo un poco y cierro los ojos.

Siento el calor en la espalda y reparo en que ahora está muy cerca, alzándose alto detrás de mí.

Le oigo tragar saliva.

—Se mojará la toalla —dice con la voz áspera.

Siento una sonrisa colarse en mis labios, pero la reprimo.

Abro los ojos, aparto la toalla de mi cuerpo y la tiro a la escalera otra vez. Estoy excitada y una especie de corriente eléctrica recorre cada milímetro de mi piel. Creo que no he deseado tanto algo en la vida.

Pike me lava la espalda y los brazos, y me vuelve la cabeza hacia un lado y hacia otro para asegurarse de que no quede suciedad. Acabo de deshacerme las trenzas y me paso los dedos por el pelo para peinarlo, algunos mechones mojados se mezclan con los que no lo están.

Quiero verlo y saber qué está pensando, pero tengo miedo de cargarme este momento tan mágico; si lo miro, quizá nos acobardemos los dos.

Y esto es maravilloso.

—¿Tengo las piernas limpias? —pregunto mirándolo por encima del hombro.

Sé que estoy siendo un poco mala, pero no quiero que termine.

Tarda solo un segundo, pero entonces noto el agua acariciarme las piernas por detrás, lentamente, y Pike se arrodilla en busca de mejores vistas.

Vuelvo a cerrar los ojos y me pierdo en mis pensamientos. En mi mente guardo a buen recaudo todo lo que deseo ahora mismo pero no puedo verbalizar. Y no hablo solo de su tacto. De sus caricias, largas y lánguidas, por mis muslos y de la forma en la que la punta de sus dedos avanza un solo centímetro más arriba de lo que debería. Y de cómo intenta evitar deslizar sus dedos por mi entrepierna, aunque no deja de jugar con ellos peligrosamente cerca, como si quisiera colarlos ahí, pero estuviera luchando con todas sus fuerzas para no hacerlo.

Acaba de limpiarme los gemelos y los pies, y yo vuelvo un poco la cabeza para mirarlo.

—Me toca —anuncio.

Pike levanta la vista y el pecho se le mueve mientras respira superficialmente. Tiene los labios separados y, aunque sus ojos dejan entrever cientos de emociones distintas, reconozco en ellos las mismas que siento yo. Miedo y ganas, confusión y necesidad.

Queremos lo mismo, pero sabemos que no deberíamos dejar que ocurriera.

Me doy la vuelta y le quito la manguera. Sus ojos se precipitan hacia mis pechos, que no me esfuerzo en esconder, aunque solo están cubiertos por un fino sujetador de encaje rosa con flores.

Soy presumida por naturaleza y creo que eso le gusta.

Sin mediar palabra, se levanta y me mira, impasible; yo tiro de la manguera y empiezo a mojarlo otra vez. Para empezar, tampoco es que estuviéramos demasiado manchados de barro.

Podríamos haber entrado en casa sin problema y meternos en las duchas. Eso lo sabe él y lo sé yo.

Paso la mano por su suave pecho y recorro los tatuajes con los dedos, comenzando por el pectoral hasta llegar al brazo, pasando por el hombro.

No lo miro a los ojos, pero noto como él me mira a la cara.

—¿Te hiciste todos los *tattoos* de joven? —pregunto en voz baja.

—La mayoría sí —responde ronco—. Me los hice cuando no tenía que controlar en qué gastarme el dinero.

—¿Y te arrepientes de alguno? —Tiene barro debajo de la oreja y me pongo de puntillas, haciendo que nuestros pechos choquen.

—No, yo... —Deja de hablar y su respiración, pesada, me acaricia la mejilla cuando me inclino hacia él.

—Tienes barro —explico mientras lo miro a los ojos y mantengo mi cuerpo pegado al suyo antes de volver a clavar los pies en el suelo—. ¿Qué decías? —prosigo.

Se aclara la voz.

—Ah, sí. Que ya... Creo que ya me he cansado un poco de algunos; pero hace unos años esos tatuajes representaban exactamente quién era y lo que quería decir sobre mí mismo —me cuenta.

Asiento, dándole a entender que le sigo. Luego me pongo detrás de él, le lavo el cuello y el omóplato, y dejo que mis dedos recorran su columna vertebral. Se estremece al tacto de mis dedos y el calor que siento en la mano se va extendiendo por todo mi brazo. Estoy muy cachonda. No quiero dejar de tocarlo, pero creo que lo de utilizar las manos empieza a quedarse corto. Quiero volver a sentir las suyas en mi piel.

¿Cómo es Pike Lawson cuando domina?

Vuelve la cabeza y, dulcemente, sugiere:

—¿No me vas a preguntar qué significa cada tatuaje?

Me pongo de nuevo delante y observo mis dedos mientras se pasean por su musculoso brazo.

—Algún día —susurro.

Claro que quiero saber qué significan. Lo quiero saber todo sobre él. Pero intuyo que, si no nos lo contamos todo enseguida, luego seguiremos teniendo una razón para buscarnos.

Y ahora mismo me muero por adivinar qué más sabe hacer su boca, aparte de hablar.

«Tócame. Por favor.»

«Bésame.»

Suelto la manguera a mi lado y paso los dedos de la mano izquierda por sus abdominales. El corazón me late con tanta fuerza que me duele. Los abdominales se le tensan cuando mis uñas le rozan los músculos y tengo muchísimo miedo de mirarlo a los ojos.

Esto está mal. Sé que está mal.

Pero, joder, acariciar a Pike es increíble. Noto su mirada clavada en mí y cada hilo del sujetador me irrita la piel. Ahora mismo solo quiero desnudarme. Y deseo que me vea.

Cierro los ojos. «Ay, Dios.»

—Jordan... —me coge la mano y oigo cómo le cuesta respirar.

Asiento y abro los ojos, pero todavía no me atrevo a mirarlo.

—Lo sé. —Suspiro—. Lo siento.

Estoy muerta de sed. No entiendo por qué, pero los ojos se me llenan de lágrimas. Y mi entrepierna pide más; lo pide tan enérgicamente que casi me hace daño.

Me levanta la barbilla con delicadeza y, por fin, alzo la vista; pero Pike tampoco me está mirando. Tiene los ojos fijos en el suelo y frunce el ceño, afligido.

—No estás pasando por una buena racha —dice a media voz—. Echas de menos a Cole y justo ha dado la casualidad de que yo estoy aquí. No te preocupes.

Me quedo quieta, con los dedos apoyados en su abdomen y su mano en mi barbilla. Su pecho se hincha al ritmo de su respiración, y, por un segundo, creo que voy a darme la vuelta y a salir pitando. Pike está poniendo excusas por mí. En concreto, una excusa tras la cual podría esconderme muy fácilmente. Tendría sentido que estuviera perdida y necesitara encontrarme en alguien.

Pero ¿cuál es la suya? Sé que me mira. Sé que lo hace cuando cree que no me doy cuenta, pero la verdad es que sí que lo veo.

Los ojos me arden y se me vuelven a llenar de lágrimas.

—No me disculpaba por eso.

Levanto la cabeza hasta dar con su mirada. Aunque me dé miedo, tengo que decírselo. No me lo puedo callar más.

—Me disculpaba porque esta no ha sido la primera vez que he querido que me tocaras —susurro con la voz temblorosa.

Sus ojos siguen clavados en los míos.

Me aguanta la mirada. Permanece inmóvil; solo se le mueve el pecho al respirar, y, aunque no tengo ni idea de qué le pasa por la cabeza ahora mismo, creo que no me arrepiento de habérselo dicho. Se han acabado las excusas y el argumentar que lo que me pasa es que estoy triste por haberlo dejado con Cole.

Ya nos atraíamos antes.

Aparta los dedos de mi barbilla, despacio, y cierra los puños. Luego aprieta la mandíbula y, de repente, su expresión cambia a una más enfadada.

Sin pensarlo, doy un paso hacia atrás, pero no me alejo. Me agarra de la cintura y tira de mí hasta acercarme a él. Me envuelve con un brazo y me coge la barbilla con la otra mano, entre el pulgar y los otros cuatro dedos. Ahogo un suspiro. Me encanta sentir su cuerpo, duro, pegado al mío, pero también tengo miedo porque parece muy irritado.

—No —gruñe con los dientes apretados y mirándome con rabia—. ¿Lo entiendes? No va a pasar. No te lo voy a dar.

Se me humedecen los ojos y apenas puedo verlo. Mi cuerpo tiembla y lloriqueo en silencio.

Su brazo me sujeta, firme. La cólera que siente se percibe a través del calor de su piel.

Y me zarandea.

—Si quieres echar un polvo, ve a buscarlo a otra parte.

Empiezo a respirar por la boca y me doy la vuelta para alejarme, apartándolo de mí.

Tiene razón. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué he hecho todo esto? Me siento realmente tonta. Me pongo de cuclillas y cojo la camiseta y los zapatos tan rápido como puedo.

Pero no ha sido fruto de mi imaginación, ¿verdad que no? Había algo entre nosotros, y era tanto por mi parte como por la suya. ¿O es que he visto lo que quería ver?

Quiero gritar. Las lágrimas ruedan por mis mejillas y Pike sigue aquí, de pie, mirándome.

—Sube a tu habitación —me ordena.

Me echo a reír amargamente, incrédula.

—¡Vete a tomar por el culo! —Me levanto—. Ya encontraré otra cama para esta noche, gracias —añado con firmeza—. Total, a una zorra como yo, cualquiera le servirá, ¿a que sí?

Me doy la vuelta de golpe y echo a correr hacia la puerta trasera, pero Pike me coge por el codo y vuelve a empotrarme contra su pecho. Se me cae todo. Pike me lleva hasta la fachada de su casa. Extiendo los brazos y mis manos chocan con el revestimiento de la pared.

«Joder.»

Tiemblo mientras respiro de manera entrecortada. El corazón se me acelera y la sangre me hierve.

Pero ¿qué...?

Me coge la cara con las manos y siento su cálido aliento en el oído.

—No me amenaces con gilipolleces como esta. Si quieres comportarte como una niñita mimada, quizá deberíamos castigarte como tal, ¿no?

Casi me río, a pesar de tener la cara pegajosa por las lágrimas que ya se me están secando.

—Por supuesto —lo provoco—. Me muero por ver cómo consigues controlarme. Ni siquiera has logrado que Cole se ocupe de lo que le toca. ¿Y cuándo fue la última vez que una mujer se puso calentorra en tu cama? Eso no es ser un hombre.

Gruñe y da una palmada contra la pared que tengo delante.

Pego un salto.

Y lo que viene a continuación es su mano enredada en mi pelo, mi cabeza hacia un lado y sus labios pegados a los míos.

Gimoteo. Su tacto y su sabor se apoderan de mí, y el clítoris se despierta entre mis piernas. «Mierda.» Me revolotean los párpados. El calor y la adrenalina que siento me bajan del pecho a la ingle en un solo segundo.

Pike se aparta.

—Joder. —Y me agarra el pelo con más fuerza.

Pero vuelve a acercarse. Su boca se apodera de la mía, pidiendo más, y apenas puedo respirar. Estoy supercaliente.

Sabe genial. Y sentirlo así de cerca también es genial. Por fin asimilo qué está pasando, lo abrazo por el cuello y le devuelvo el beso.

Me agarra de la cintura con una mano y sus dedos se cuelan por debajo de la tira roja de seda de mis braguitas, que asoman por encima del pantalón. Toquetea la tela con las manos, como si se estuviera preparando para arrancarla.

La vulva me palpita solo de pensarlo. Su lengua está caliente y pide más, juega con la mía y me golpea el interior de la boca. Y cuando se aleja solo un milímetro para mordisquearme el labio inferior, me pongo de puntillas y siento un cálido dolor entre las piernas.

«Dios mío.»

Pasa de mis labios a las mejillas; me besa por toda la barbilla y luego por el cuello. Y me arqueo hacia atrás para dejarle rienda suelta.

Sonrío para mis adentros. Sí que lo quiere. Me desea.

La piel me arde y se me ponen los pelos de punta. Sus manos y su boca exploran mi cuerpo y me producen escalofríos.

Aprieto el culo contra su ingle y siento su polla, dura y tentadora. Al sentir mi empujón, aparta la boca y gruñe.

—Jordan —dice con voz entrecortada, los ojos cerrados y el ceño fruncido—. Joder, no podemos hacer esto.

Me doy la vuelta, me pongo de puntillas y apoyo mi frente en la suya, sujetándome con las manos en su cadera.

—Lo sé —respondo—. Lo sé.

Dios, ¿por qué ha tenido que pasar esto?

Me acerco a sus labios. Quiero volver a besarlos y su aliento, cálido, hace que quiera fundirme con él.

—Ya lo sé —vuelvo a suspirar—. La he cagado, ¿a que sí?

Somos víctimas de las circunstancias. Por lo menos, no tengo ninguna duda de que me habría gustado en cualquier situación. Si Pike fuera otro tío que se pasara por el bar, se sentara y hablara conmigo, le habría deseado igual. Puede que sea arisco y que no tenga mucho tacto a la hora de tratar con las personas, pero, cuando estoy cerca de él, estoy de buen humor. Y me gusta que lo único que parece necesitar él sea mi presencia. Tenerme en casa lo hace más feliz.

—No hace falta que me insistas, ¿vale? —le digo—. Mañana me iré a casa de mi hermana; allí estaré mejor que bien. No tienes que preocuparte por mí. Nunca debí haber venido...

Pero de repente me agarra por detrás de los muslos, me levanta y yo le envuelvo las caderas con las piernas. Me empotra contra la pared, levanta la vista y niega con la cabeza.

—Tú no te vas a ninguna parte.

Y entonces su boca se apodera de mi barbilla. Ahogo un gemido. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos mientras me muerde y me besa, erizándome la piel.

Me agarro a sus hombros y me dejo llevar. Me retuerzo contra su cuerpo buscando la fricción

entre mis piernas.

Me sujeta con un brazo y, con el otro, me baja la tira del sujetador para besarme el hombro.

Jadeo. No puedo más.

—Quítamelo. Por favor.

Lleva su mano hasta mi espalda, pero, en lugar de desabrochar el sujetador, tira de él y lo baja de golpe. Me quedo desnuda en lo que viene a ser cuestión de segundos, porque enseguida nos sobresalta un portazo dentro de la casa.

—¡¿Papá?! —grita Cole—. ¿Estás despierto?

—Mierda —susurra Pike.

—Joder. —Intento escabullirme de entre los brazos de Pike y este me suelta.

Voy a por la camiseta y los zapatos, que aguanto delante del cuerpo para taparme. Veo como se enciende la luz de la cocina por la ranura de la puerta trasera y doy la vuelta a la casa para que Cole no me vea.

El corazón me late desbocado y soy incapaz de tragar saliva. Miro a Pike desde la esquina y él lo recorre todo con la vista, como si no supiera qué hacer. El agua sigue saliendo de la manguera. Pike la coge y continúa lavándose los brazos y las manos, que ya estaban limpios.

—¡Sí, estoy fuera! —La nuez le bailotea por el cuello.

Oigo el ruido de la puerta al abrirse y me escondo un poco más, para asegurarme de que Cole no puede verme.

—Ey. ¿Qué estás haciendo? —pregunta Cole.

Me apresuro a colocarme el sujetador otra vez y me pongo la camiseta, que sigue mojada.

—Nada. Aquí, lavándome —responde Pike—. Un poco más y el río inunda el puerto hoy. Te he llamado.

—Ya, lo siento.

Hay un momento de silencio durante el que solo oigo el agua caer encima de la hierba que, después de tanto rato, ya está inundada.

—¿Dónde está Jordan? —quiere saber Cole.

—Ni idea... ¿Dentro, quizá?

Bajo la mirada y la culpa me paraliza. Ha tenido que mentir a su hijo.

Bueno, claro, qué remedio. Yo también tendré que hacerlo. Pero la cosa es que yo puedo olvidarme de Cole y seguir con mi vida; Pike no. Es su hijo.

—¿Te quedas? —pregunta Pike.

—Solo vengo a por algunas cosas —explica Cole con seriedad—. No creo que quiera verme por aquí todavía. Gracias por dejar que se quede.

—No hay ningún problema —responde el otro casi susurrando.

Vuelve a hacerse el silencio y entonces oigo que el agua deja de correr y alguien arrastra los pies.

—Me cuidó mucho cuando... —Cole deja morir la frase antes de continuar—. Cuando no

quería tener a nadie a mi lado. Nunca quise hacerle daño.

Se me vuelve a instalar un nudo en la garganta. Estoy hecha un lío porque no sé hasta qué punto puedo seguir enfadándome.

Me engañó delante de mis narices. Durante semanas.

Pero mi corazón tampoco le fue del todo fiel.

Muy en el fondo, siempre supe que lo nuestro tenía fecha de caducidad.

—Puedes volver a casa —dice Pike en voz baja, casi suplicándoselo.

Pero Cole no responde y desearía poder verle la cara. ¿Estará mirando a su padre? Cuando está enfadado o triste, es incapaz de mirar a la gente a los ojos.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta Pike con la voz llena de tristeza—. ¿Se puede saber qué te estás haciendo?

Alguien suspira y, luego, Cole responde:

—Ya hablaré con ella en algún momento.

La puerta vuelve a cerrarse y choca con fuerza contra el marco. Entonces salgo de mi escondrijo poco a poco. En el jardín solo queda Pike, que no se ha movido de donde estaba.

Tiene la vista clavada en el suelo y una mueca de dolor en la cara. Vuelve ligeramente la cabeza hacia mí.

—No te trata bien y debería —me dice con una expresión cargada de culpa—, pero esto no puede ser, Jordan.

Aprieto los dientes y, como si quisiera llorar, otro nudo se me forma en la garganta.

Ya lo sé.

«Ya lo sé.»

16

Pike

Siento su tacto. El calor de sus piernas enroscándose con las mías y colocándose por encima de estas entre mis sábanas. Su entrepierna está caliente y húmeda mientras se frota contra mi cuerpo. La cojo de la cintura para darnos la vuelta; tiro de sus braguitas y me coloco encima de ella para besarla.

Dios, sus gemidos son adorables. Ya no quiero volver a salir de esta cama nunca más. No quiero hacer nada más aparte de sentir su tacto, saborearla y olerla, y hacer que sonría y que sude y que se corra. Es mía.

Pero entonces abro los ojos y pestañeo hasta que me acostumbro a la tenue luz del día.

Estoy solo. Respiro profundamente por la nariz, intentando recuperar su olor, el que percibía en mi sueño.

Vuelvo a cerrar los ojos.

—Joder. —Jadeo y me humedezco los labios; los tengo sequísimos.

Cierro los puños. Las palmas de mis manos todavía recuerdan el tacto de sus nalgas. La necesito. Necesito ese cuerpo suave, el mismo que tuve anoche entre mis brazos. Lo necesito tanto que hasta me duele la mandíbula de apretarla.

Me paso la mano por el cuello para secarme el sudor. Bajo los ojos y veo la erección de mi polla entre las sábanas.

«Joder.»

Tengo que echar un polvo. No hay más. Jordan no es especial.

No lo es.

Es una chica joven que está buena, que vive en mi casa y a la que veo cada dos por tres con sus pantalones cortos y sus piernas largas, y con su culo respingón y unos labios que saben a melocotón. Hostia ya. Es como poner un bistec delante de un pitbull hambriento para luego ordenarle que ni lo toque.

Gruño mientras la sangre me circula por la polla y me la pone aún más dura.

Dios, si ahora le dijera que entrara en mi habitación, ¿lo haría? Me siento tentado a retirar todo lo que dije ayer solo por volver a tenerla entre mis brazos.

Pero no.

Ya me siento suficientemente mal como para perder el control y dejar que las cosas vayan a más. No lo aguantaría. Lo de anoche no fue más que el resultado de llevar demasiado tiempo sin hacerlo. Y punto.

Que es una niña, por favor. Si tuviera dos años menos, hasta podrían meterme en la cárcel por lo que casi hice anoche.

Tengo que quemar toda esta energía.

Aparto las sábanas, salgo de la cama y me pongo un bóxer ajustado y unos vaqueros. Tras echarme agua fría a la cara, lavarme los dientes y peinarme con un poco de gomina, tengo la polla mucho más calmada y puedo salir de la habitación. Me pongo una camiseta y cojo todo lo que necesitaré para trabajar antes de bajar.

Si Cole no hubiera llegado justo en ese momento...

Bajo la escalera a toda prisa y aparto esa imagen de mi cabeza. Solo espero que Jordan no piense que, como pasó lo que pasó, ahora tiene que irse. Seguramente sería lo mejor, pero no quiero convertirme en otra persona en quien no pueda confiar.

Llego a la cocina, me sirvo una taza de café y abro la nevera en busca de la leche.

Arrugo la frente con fuerza mientras voy cogiendo un cartón tras otro y me doy cuenta de que todos son de almendras. Saco uno y arrugo la nariz, estudiando el envase. ¿Las almendras dan leche?

«Jordan.» Pongo los ojos en blanco y abro el tapón para oler el contenido.

—Mmm... —No huele mal.

Me encojo de hombros y me echo un poco en el café.

Cojo la taza con una mano y la otra la meto en el bolsillo. Me apoyo en la encimera y soplo la bebida. Oigo los pasos de Jordan, que baja la escalera, y me da un vuelco el estómago. Pestañeo despacio y me preparo mentalmente.

Entra como si nada en la cocina, levanta la vista y me mira a los ojos el tiempo suficiente para dedicarme una sonrisa de medio lado, apresurada, antes de dar la vuelta a la mesa y coger la mochila de la silla.

Creo que tiene prisa.

Me obligo a decir algo. Cuanto antes hablemos de ello, antes podremos volver a la normalidad.

—Siento lo de anoche —me disculpo—. Fue mi culpa. No debería haber pasado.

Sus manos ralentizan el ritmo y veo que sus ojos van de un lado a otro a la vez que busca algo en la bolsa, pero no me mira.

Cierra la cremallera y se pone recta. Se acerca a mí y abre la nevera.

—Tengo que irme —suelta.

La miro, cauteloso. No parece que esté enfadada, pero sí nerviosa. A lo mejor estaba esperando que yo tomara las riendas de la situación para ver cómo gestionamos todo esto.

O a lo mejor prefiere hacer como si no hubiera ocurrido nada. Quizá se arrepiente de lo que

pasó.

Y yo, ¿me arrepiento?

Sí. Por supuesto que sí.

Pero también disfruté. Anoche sentí la necesidad de cogerla y llevarla hasta mi cama para saborear cada centímetro de su cuerpo una y otra vez. Fue como estar a punto de entrar en el paraíso. Lo quería ya. No podía esperar.

Y no habría parado. Me duelen los músculos solo de pensar en lo que iba a hacer con mi cuerpo para poder disfrutar de cada segundo con ella.

Pero con Cole o sin él, sigo teniendo el doble de años que Jordan. Nada de esto está bien.

—Eres una niña preciosa, Jordan —afirmo con un hilo de voz—, pero es que eres una niña.

Se queda quieta delante de la nevera, a mi lado, y traga saliva. Es tan bonita... Se ha lavado el pelo, se lo ha dejado suelto y se ha pintado los labios de un color rosa muy suave.

—No estaba pensando con claridad —continúo—. Los dos nos sentimos solos y me ha gustado tanto tenerte aquí que la línea que separa una cosa de la otra se ha ido difuminando. Pero no volverá a ocurrir.

Asiente y baja la mirada. Ojalá supiera qué está pensando. Jordan no suele estar tan callada. ¿Me odia?

—No pasa nada —responde educadamente.

Niego con la cabeza.

—Sí que pasa. No espero eso de ti y quiero que lo sepas.

Suficiente mierda tiene que aguantar ya en el trabajo.

Pilla una manzana y una botella de agua, se da la vuelta y se acerca a la mesa para coger la mochila. Es imposible que tenga clase tan temprano, pero tampoco voy a ser yo quien le pregunte porque no es asunto mío. Bastante he hecho durante las últimas veinticuatro horas.

La veo marcharse de la cocina, llegar a la entrada y coger sus llaves de casa del colgador donde las dejamos. Se acerca a la puerta y se detiene.

—Yo también te toqué —declara.

Y entonces abre la puerta, sale y la cierra con suavidad desde fuera.

Me quedo mirando hacia la entrada y el espacio vacío que hay a mi alrededor hace que quiera tenerla a mi lado otra vez.

—N-no digas estas cosas —le digo balbuceando a una casa en la que solo estoy yo.

«Si sé que tú también lo estás deseando, ¿cómo podré resistirme a ti?»

—¿Seguro que no quieres venir? —pregunta Dutch.

Niego con la cabeza y meto las herramientas en la caja de la camioneta.

—Ahora mismo no se me ocurre peor plan que ir a un bar lleno de gente para comer palitos de *mozzarella* congelados —respondo—. Tengo una cita con las sobras de una *calzone* que guardo

en la nevera.

Todd pasa por nuestro lado y se ríe.

—Seguro que las *calzones* saben mucho mejor si te las prepara cierta rubia descalza.

Esta bromita me mosquea. Creo que nadie sabe que Cole no está en casa ahora mismo, pero la forma en la que Jordan y yo nos relacionamos no le ha pasado desapercibida a nadie. Está la noche que vinieron a jugar a póquer, lo del desfile de lencería, el día en que me trajo la comida... Estoy seguro de que estos han sacado sus propias conclusiones.

Y, en realidad, las *calzones* las cogimos para llevar hace un par de noches. Aunque lo cierto es que Jordan hoy no trabaja y tengo muchas ganas de ver cómo está. Con un poco de suerte, todo volverá a la normalidad entre nosotros.

Pero tampoco tengo tantas ganas. Les he dicho a los chicos que se quedaran una hora más de lo habitual porque, aunque me muero por verla, no quiero sentirme así y necesito demostrarme que soy capaz de controlarme.

Dutch se pone la gorra y me dedica una sonrisa socarrona, lo cual me da a entender que está de acuerdo con Todd. Yo me limito a fruncir las cejas y subo a la camioneta. Lo último que necesito ahora es imaginarme a Jordan caminando descalza por mi cocina, inclinándose en las encimeras para coger cualquier cosa o haciendo eso que hace y que es tan adorable: lo de soplarse el pelo para apartárselo de la cara y que de poco le sirve porque acaba volviéndole a caer en el mismo sitio.

Podemos vivir en mi casa. Nuestras vidas seguirán como siempre hasta que consiga un lugar para ella sola. Irá a la universidad y a trabajar y, de vez en cuando, quizá vendrá a recogerla algún chico. Y yo también seguiré con lo mío. Estoy soltero. Jordan ya debe de imaginarse que iré quedando con alguna mujer. No pasa nada; es tal y como debe ser.

Aunque si ella tuviera diez años más...

Sonrío para mí mismo y por fin tengo la sensación de que mi cabeza está donde debe estar. Le doy al contacto, arranco el motor, salgo del aparcamiento y pongo rumbo a mi casa.

Me alegro de no haber intentado irme de la obra a las cinco en punto. Después de todo, he hecho bien. Fui yo quien puso el freno anoche, ¿o no? Dos veces, además. En algún momento de la noche, mi instinto, que se había torcido un poco, acabó llevándome por el buen camino.

Al fin y al cabo, soy humano. Dudo que exista alguien que no vea lo preciosa que es.

Cuando ya estoy llegando a la ciudad, exhalo, enciendo la radio y me adentro en las calles del vecindario.

Necesito tener una cita. Voy a coger lo que ocurrió anoche con Jordan y lo meteré en un saco, lo ataré y lo guardaré como el recuerdo de un accidente de seis minutos, algo que ocurrió bajo la luz de la luna llena. Y luego volveré a ser... hum... alguien mayor que ella y demás. Un adulto responsable que pueda guiarla. Y punto.

No es una mujer y aún no ha visto el mundo. Y yo no soy el hombre con el que se va a casar o a tener hijos. No tengo ningún derecho a estar con ella.

Respiro profundamente. Ya estoy listo. Me adentro en mi calle y conduzco hasta mi entrada. Son las seis pasadas y el Volkswagen de Jordan sigue aquí, pero eso no significa que ella esté en casa. Le dije que no lo condujera aún, aunque a lo mejor está con su hermana.

Aparco, cojo el táper y bajo de la *pick-up*. Me dirijo hacia la caja, saco el cinturón de herramientas, me lo paso por encima del hombro y atravieso el jardín para subir al porche.

Pero entonces veo algo por el rabillo del ojo y vuelvo la cabeza hacia el jardín de Kyle Cramer. Jordan está saliendo de la casa de mi vecino; Kyle la sigue, le da un trozo de papel y le sonríe.

Ella continúa alejándose, pero le devuelve la mirada y señala mi casa con el pulgar. Intercambian algunas palabras y asienten. Jordan se aleja de Kyle y comienza a caminar hacia mí; yo desvío la mirada hasta mi vecino, que sigue detrás de Jordan y la repasa con la mirada.

Me arden los pulmones y, en un acto reflejo, pienso: «Ni se te ocurra intentarlo, capullo».

Jordan se acerca, levanta la vista y, cuando me ve, ralentiza el paso.

Levanto la barbilla y digo con voz firme:

—¿Qué ha sido eso?

Pestañea y va hacia el porche.

—Ah, eh... Esta noche se queda con los niños, pero se le había olvidado que tiene un partido de béisbol y me ha pedido si podía hacer de canguro. Le he dicho que sí. Me estaba enseñando la casa y explicándomelo todo un poco.

—¿Y por qué te lo pide a ti? —La sigo. Jordan me mira y en ese momento me doy cuenta de lo borde que acabo de sonar—. Quiero decir que seguro que tiene ya una lista de niñeras con las que puede contar. Me parece curioso que te lo haya pedido a ti.

—Pues no sé. —Se encoge de hombros, coge la mochila y mira que tenga todo lo que necesita —. Seguramente porque vivo en la casa de al lado y debe de pensar que todavía me van esas cosas —bromea—. No importa. En serio. No tengo nada más que hacer. Volveré tarde, *¿OK?*

¿Tarde? Pero si a las diez ya se han acabado los partidos.

Seguro que después irá al bar con el equipo.

Y luego el degenerado ese volverá borracho a casa, donde se encontrará a una niñera que está buenísima y que apenas tiene la edad de trabajar.

«Ni de puta coña.»

Jordan se acerca a la puerta. La bolsa que le cuelga del hombro se balancea y yo doy un paso hacia ella.

—Espera... —le digo.

Se da la vuelta, pero sus ojos apenas reparan en mí.

Está intentando evitarme.

—Si quieres puedes traer a los niños aquí —sugiero amablemente—. Pueden nadar en la piscina.

Entonces me mira a los ojos y veo que los suyos están rojos. No está contenta, pero intenta

disimular. «Madre mía.»

Niega con la cabeza, como arrepentida.

—Acabas de volver de trabajar y querrás estar tranquilo. Los niños harán ruido.

Vuelve a bajar la mirada, nerviosa.

¿Me lo parece a mí o aquí hay algo más? Anoche hice lo correcto. No quiero que se sienta rechazada, porque el tío que esté con ella será el más afortunado del mundo.

Algún día lo encontrará.

Quizá no está enfadada porque parara. Quizá lo está porque pasó, directamente.

Doy un paso más y bajo la voz, como si tuviera miedo de que los vecinos pudieran escucharnos.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunto.

Levanta la vista.

—No. —Se apresura a responder, aunque entonces se queda pensativa, buscando las palabras —. Solo estoy intentando aclarar algunas... cosas mentalmente.

Se le empañan los ojos y eso me destroza. ¿Por qué quiero abrazarla todo el tiempo?

Baja la cabeza en un intento fallido por reprimir las lágrimas. Me acerco a ella y, casi sin dudarlo, le pongo la mano a un lado de la cara y le paso los dedos por detrás de la cabeza. Jordan no se aparta de mí.

—Me tienes aquí, ¿vale? —susurro—. No ha cambiado nada. Me sigue encantando el olor de tus velas y el sonido de tu música por toda la casa. —Guardo silencio un segundo—. Aunque los burritos de pepino que ayer metiste a escondidas en mi comida no me apasionan.

Ríe sigilosamente y eso hace que le tiemblen un poco los hombros.

Le acaricio la mejilla con el pulgar.

—No me iré a ninguna parte.

La acerco a mi pecho y la abrazo. Solo quiero protegerla y darle todo aquello que no tiene.

La rodeo con la mano que me queda libre y, un segundo más tarde, Jordan también me envuelve, fundiéndose entre mis brazos. Nos abrazamos tan fuerte que no sé si soy yo quien la sostiene a ella o ella a mí, pero, por un segundo, me da miedo que, si la suelto, me vaya a caer.

—Tráelos —insisto—. Se entretendrán solos. Iré a por los manguitos y pediré *pizza*.

Se separa de mí y resuella, pero las lágrimas han desaparecido de sus ojos y esboza una media sonrisa.

—A los niños les gusta de queso —señala con una expresión más relajada.

—Sí, ya me acuerdo. —De hecho, creo que esa es la que sigue gustándole a Cole.

Suelta la bolsa al lado de la puerta, de donde la ha recogido hace un momento, y me mira antes de marcharse. Nos hemos entendido. No estoy aquí para hacerle daño.

Y, siempre que sea capaz de mantenerme alejado de ella (no como anoche), sé que no se lo haré.

—¡No puedo! —grita Jensen, a quien le caen unas cuantas gotas de agua por los labios.

El niño, de siete años, patalea en la piscina con unas gafas de buceo que son casi más grandes que su cara. En el fondo de la piscina, justo debajo de él, tres aros descansan de pie. Primero he conseguido que se agarrara a mi cuello mientras yo los cogía, pero ahora creo que es él quien debe intentarlo.

Cramer es gilipollas, pero sus hijos no son malos.

—Intenta poner los pies delante —le enseño—. Ven. Mete la cara y mira cómo lo hago yo.

La piscina no llega a los dos metros de profundidad, pero me pongo a nadar igualmente por encima de los anillos. Jordan está en la parte menos profunda con Ava, que tiene solo dos años, y le está enseñando a hacer burbujas con el agua. Verla salir con un bikini más discreto que el de conchas me ha aliviado, pero, por desgracia, tampoco me resulta tan fácil separar la mirada del top sin escote que lleva puesto.

—¿Preparado? —digo apartando los ojos de su pelo, que está empapado y se le ha pegado a la espalda, y mirando a Jensen.

El crío asiente como si la cabeza le pesara una tonelada. Cojo aire, me impulso hacia arriba, me dejo caer de pie hacia el fondo de la piscina y voy soltando el aire mientras bajo y muevo los brazos para ayudarme con el agua.

Al tocar el suelo, cojo un anillo y vuelvo a darme impulso con las piernas; cuando llego a la superficie, tomo aire otra vez. Jensen saca la cabeza y escupe un poco de agua.

—¿Lo has visto? —le pregunto y me paso las manos por los ojos—. He ido haciendo burbujas y moviendo el agua hacia arriba para poder llegar al fondo con más facilidad.

Indica que sí con la cabeza.

—¿Quieres intentarlo?

Niega silenciosamente.

Me río y me peino el pelo hacia atrás.

—Vale. Lo dejaremos para otro día.

Y, entonces, un chorro de agua me golpea la espalda. Vuelvo la cara y veo a Jordan disparándome con una pistola de agua. Ava está pegada a su cintura, riendo, y Jordan arruga la nariz, pone cara de «estoy lista para la guerra» y me apunta a la cabeza. Me vuelvo de golpe y oigo cómo la pequeña se está tronchando a mis espaldas.

—¡Yo también quiero! —Jensen corre hacia el borde de la piscina y coge una de las pistolas de agua Super Soakers que Dutch se dejó un día que trajo a sus hijos a mi casa el verano pasado. Yo me hago con otra y empezamos a rellenar nuestras armas mientras Jordan le da la suya a la bebé y va a por una cuarta para ella.

Durante los siguientes diez minutos, apenas nos damos un descanso para respirar con calma porque estamos demasiado ocupados riendo, atacándonos y yendo de un lado a otro de la piscina

para esquivar los pistolazos de agua. Nos disparamos los unos a los otros; la bebé dispara a Jordan en el ojo y Jensen, a mí en la cabeza.

Cojo a Ava y finjo que es mi escudo. Jordan chilla y se sumerge en el agua para esquivar el impacto de nuestros disparos.

Jensen acaba saliendo del agua y sentándose en uno de los escalones, y Jordan y yo respiramos con dificultad para recuperarnos del esfuerzo. Dejo a Ava en el borde de la piscina y ella solita va hacia la mesa del jardín, donde se pone a comer sandía ruidosamente. Su hermano la sigue y coge un trozo de *pizza* que había sobrado.

Y entonces tengo un *déjà vu*. Me sorprende que aún tenga energía para estas cosas. Parece que haya pasado muchísimo tiempo desde que intentaba enseñar a Cole a nadar y desde que le dejé traer a su primera novia a casa (en secundaria) mientras los vigilaba discretamente desde dentro. Aunque tampoco recuerdo que fuera tan estresante. Quizá sea cosa de la edad.

O quizá sea porque es más fácil si hay dos adultos cuidando a los niños en lugar de solo uno. En realidad, hoy me he divertido.

Jordan se sienta en el borde de la piscina, con las piernas dentro. Recoge todas las pistolas de agua, las vacía, las sacude y las deja a un lado.

Su bikini me confunde un poco. La parte de abajo es de color negro; le queda muy bien en contraste con su piel morena y está sexi. La parte de arriba es rosa: un color inocente, dulce y muy de su estilo, porque puede llegar a ser muy femenina.

Sus muslos son suaves y firmes, y tiene una expresión adorable de niña estudiosa cuando frunce el ceño y se concentra en algo. Todo en ella es sinónimo de juventud.

Excepto sus ojos.

Unos ojos con mucha paciencia, porque la han decepcionado tanto durante años que ya tiene muchísima práctica. Pero también son unos ojos que saben enfadarse, porque la vida le ha salpicado mierda día sí y día también desde que nació.

Cada decisión que toma y cada palabra que sale de su boca ha sido premeditada. Se le da tan bien evaluar las consecuencias y el peligro de cualquier situación que, para ella, ya es algo natural.

Sabe que la vida sigue y que llegará un día en que todo empiece a salirle bien. Solo tiene que esperar.

Tiene la piel suave y el cuerpo de una mujer joven, pero sus ojos son como los de alguien mucho mayor.

Desvío la mirada hasta su boca y me acuerdo del tacto de sus besos. El calor me azota el corazón, por debajo de la piel. Me doy la vuelta y me paso la mano por el pelo mojado.

No fue algo repentino. Quiero estar con ella.

Me encanta que la casa huela a Jordan. Me encanta cómo se sienta a mi lado, ya sea en casa o en el cine como la noche en la que nos conocimos; resulta tan jodidamente fácil y cómodo que es

como si fuéramos dos gotas de agua. Y me encanta despertarme con el pie derecho cada mañana porque sé que la veré.

—Joder —digo para mis adentros.

Me estoy enamorando por primera vez en veinte años. Tócate los huevos.

—¿Qué? —oigo que pregunta Jordan.

Levanto la cabeza y la miro. ¿Lo he dicho en voz alta?

—Nada —me apresuro a responder.

Me mira mientras vacía la última pistola. Saco los churros de la piscina y los dejo al borde para evitar cruzarme con sus ojos.

Quiero más de lo que pasó anoche y no sé qué voy a hacer.

En la mesa del jardín, vuelve a sonar un móvil y miro a Jordan.

—Te están llamando otra vez.

Asiente y frunce un poco las cejas.

—Ya. Ya sé quién es.

Levanto un poco las cejas. ¿A quién estará intentando evitar?

Desde que he llegado a casa, el teléfono ha sonado en más de una ocasión y, que yo sepa, no ha respondido a ninguna de las llamadas.

Me mira y estoy seguro de que se ha dado cuenta de que la estoy observando, dubitativo.

Se ríe.

—Desde que Cole y yo lo hemos dejado, los tíos de la ciudad creen que soy un blanco fácil —me explica pasándose los dedos por el pelo y manoseándose los mechones húmedos—. Se me están echando encima para «consolarme».

Lo dice entrecomillando la última palabra con las manos y a mí me salta la señal de alerta. ¿Consolarla?

Me obligo a hacer como si nada. En realidad, es justo lo que necesito para verlo todo con un poco de perspectiva. Jordan debería salir con sus amigos.

—Bueno, quizá deberías darle una oportunidad a alguno —le digo empujando las palabras para que salgan de mi boca—. Me gustaría que Cole y tú lo hablarais y volvierais a ser amigos, pero también deberías salir y pasártelo bien.

En mi boca, estas frases saben a mierda pura, pero me alegra estar haciendo lo correcto. Empezará a salir con alguien. Y yo también podré quedar con otra persona. Nos distraeremos y nos centraremos en alguien más.

—Lo haré —responde, y sus palabras cortan mi retahíla de pensamientos—. Carter Hewitt me ha invitado a hacer *tubing* este fin de semana.

Mi cara lo dice todo. No sé quién es Carter Hewitt, pero...

—¿A hacer *tubing*? —digo intentando que no me delate la voz.

Voy hacia el borde de la piscina y me acerco a ella.

—Eh... no —sentencio negando también con la cabeza—. No.

—¿Perdona? —Frunce el ceño, confundida.

—¿Seis horas en un flotador sin rumbo por el río sin nada más que hacer que beber alcohol? Cuando te vuelva a meter en su coche, llevarás un pedo que, entonces, sí serás un blanco fácil —añado riendo con amargura—. Ya le estás diciendo que no rotundamente.

Abre los ojos como platos y aprieta la mandíbula, enfadada.

«Mierda.»

—Eres tan... —grita en voz baja para que los niños no la oigan— ¡anticuado! —Me mira con mala cara, apretando los labios—. ¡Eso de ir del típico macho alfa, posesivo, que tiene a su hija encerrada en una habitación y la amenaza si quiere salir es insultante! Ni yo soy idiota ni tú... —Me enseña los dientes—. Tú no eres mi padre.

Arqueo una ceja mientras Jordan saca las piernas del agua y se levanta, resoplando. Me tumbo bocarriba y floto. «No si ya lo sé, créeme. Pienso en ti de una forma que no es para nada paternal.»

—Envuelve la *pizza* con papel de aluminio antes de meterla en la nevera —me ordena—. No la dejes de cualquier manera en un plato y ya.

Aprieto la mandíbula para disimular que sus órdenes me acaban de dejar de pasta de boniato. En la vida he envuelto las sobras en papel de aluminio.

Con las bolsas y las toallas de los críos a cuestas, Jordan coge a Ava de la mano y le indica a Jensen que vaya hacia la puerta trasera.

—Voy a llevarlos a casa y a acostarlos —me dice antes de volverse y dirigirse a ellos—. Niños, ¿qué le decimos al señor Lawson?

—¡Gracias! —farfullan estos con la boca llena de comida.

Salgo de la piscina, cojo una toalla y me seco el pelo.

—El señor Cramer dijo que volvería antes de las once —me informa Jordan—, pero sé que los del equipo suelen ir al *pub* a tomar unas birras después del partido, o sea que a lo mejor volveré tarde. Puedes cerrar con llave; yo ya tengo la mía.

—Seguiré despierto —respondo en voz baja. Me fiaría más de dejarle la cartera a un yonqui que de Kyle Cramer en general.

La puerta de madera se abre y los niños caminan perezosos hacia su casa.

Y entonces oigo a Jordan:

—Ah, y estás pirado.

Alzo la mirada hacia ella.

—El día que vayas a una cita y el tío no te viole me lo agradecerás.

Hace una mueca y cierra la puerta con un golpe brusco.

Me la quedo mirando y río en silencio. Es increíblemente adorable.

Y entonces me doy cuenta de que estoy casi ensimismado y me cambia la cara. No suelo sonreír mucho y, desde que Jordan está por casa, lo he hecho muchísimo más de lo habitual.

Va haciéndose de noche y yo acabo de ordenar el patio. Ya he envuelto la *pizza* con papel de

aluminio, tal y como me ha pedido Jordan; no queda nada en la piscina; he guardado los juguetes y los manguitos, y la mesa también está limpia. Recojo las toallas húmedas que hemos dejado al lado de la piscina, entro en casa, cierro la puerta trasera y apago la luz del exterior.

Dejo las toallas en la lavadora, pero no cierro la puerta porque así aprovecho luego y meto las mías cuando haya acabado de ducharme.

Me dirijo hacia la escalera, pero suena el timbre y me detengo.

Cruzo el salón, abro la puerta y veo a un chico joven detrás de la mosquitera. Me pongo en alerta y abro la puerta del todo, obligándolo a dar un paso atrás.

—Hola —saluda.

Hago un gesto con la cabeza para devolverle el saludo mientras repaso a ese pijo que va de universitario, pero no es más que un quiero y no puedo. Me suena de algo y no sé de qué.

—¿Se acuerda de mí? —Me tiende la mano—. Soy Jay McCabe, el amigo de Cole.

Le doy un apretón y analizo su cara. «Jay...»

—¿Está Jordan en casa? —pregunta—. Me han dicho que aún sigue por aquí.

¿Jordan? ¿Este qué quiere de...?

Y entonces me acuerdo.

—¿Jay, su ex? —Cuando me doy cuenta de qué va todo esto, me enderezo y me quedo más recto que el palo de una escoba.

Una sonrisa fanfarrona se dibuja en sus labios y se le iluminan los ojos.

—Sí, estuvimos saliendo.

Pero yo ya he dejado de escucharlo. Me acaricio el pulgar con los dedos, reprimo las ganas de apretar los puños y empiezo a respirar agitadamente.

Salgo de casa y me acerco al chaval. Solo le saco tres centímetros, pero me aseguro de que se percate de la diferencia de altura.

La sonrisita le desaparece de la cara en cuanto ve que no me detengo y se echa hacia atrás para que no choque con él.

—¡Eh! —se queja.

Sigo andando. Camino hasta que Jay se ve obligado a dar marcha atrás y a bajar la escalera que da al patio.

—¿Qué demonios hace? —dice alarmado.

Me acerco a él y cruzo los brazos.

—No suelo amenazar a muchachos como tú, pero quiero que te quede clara una cosa —suelto con malos modos—. Puede que tengas a una panda de secuaces que te siguen el rollo porque te adoran o igual porque te tienen miedo, pero a mí... —paro para añadir dramatismo a la frase— no me la cuelas. Sé quién eres y lo que te gusta. Aléjate de Jordan y, ya de paso, hazme el puto favor de no volver a acercarte a mi hijo. —Sigo caminando hacia él, lo cual le obliga a salir del jardín—. No vuelvas a pisar mi propiedad o te meteré en un agujero cubierto de cemento fresco,

te usaré de cimientos para la próxima casa que construya y nadie más volverá a saber de ti. Y ahora, ¡lárgate! —Acompaño esta última frase con un golpe de barbilla, para que le quede claro.

—¿Qué...?

—¿No me has entendido? —le corto.

Le cuesta respirar y la nuez le desciende por el cuello mientras busca algo en el bolsillo; las llaves, supongo.

—Joder —suelta subiendo al coche.

Lo único que puedo ver es que tiene la cara roja, pero ojalá se venga abajo. ¿Cómo puede mi hijo considerar a este tío un amigo?

Le puso las manos encima a Jordan, pero no le volverá a tocar ni un pelo. No si yo puedo evitarlo.

Me quedo mirando cómo sale de mi casa y conduce por la calle lo más rápido que puede. En un segundo, el miedo que ahora pueda sentir se convertirá en rabia e intentará convencerse de que no soy capaz de cumplir mi amenaza.

Y una parte de mí espera que vuelva a tentar a la suerte. Así tendré la excusa perfecta.

Dirijo la mirada hacia la casa de Cramer y, aunque todas las luces están encendidas, no ondea ninguna cortina. Con un poco de suerte, Jordan no lo habrá visto.

Vuelvo dentro y cierro con pestillo, pero entonces lo pienso mejor y vuelvo a abrirlo. Más que nada, por si Jordan está fuera, su ex vuelve y tiene que entrar a toda prisa o algo así.

Pongo los ojos en blanco. «Madre mía.»

Subo al piso de arriba, llego al baño principal, retiro la mampara de la ducha y abro el grifo. El vaho no tarda en envolverlo todo; me quito el bañador, me meto bajo el agua y cierro la mampara.

El agua caliente me golpea la piel y es como si me estuvieran clavando mil agujas, pero enseguida me acostumbro a ese agradable calor. Tanto que casi me mareo.

Apoyo las manos en la pared, meto la cabeza debajo del chorro de agua y dejo que esta me resbale por detrás de la cabeza, el cuello y la espalda.

«Vaya movida.»

No puedo acercarme a mi hijo y, cuando lo consigo, no quiere hablar conmigo. Y, evidentemente, que se me caiga la baba con la chica que hasta hace dos días era su novia como no se me había caído nunca con otra mujer tampoco ayuda.

Y lo peor de todo es que, ahora que ya no está con Cole, todos los capullos de su edad van a ir desfilando por mi puerta, muertos de ganas de ponerle las manos encima.

Sé que no puedo estar con ella, pero eso no hará que desaparezca. El deseo, digo.

Cierro los ojos, vacío los pulmones y la siento en todas partes.

—Jordan —susurro.

Se me hincha la polla enseguida y se me endurece con solo decir su nombre. Anoche me devolvió el beso. También le atraigo. ¿Fantaseará conmigo?

Se me pone aún más dura si me la imagino en la cama, pensando en mí. Deseándome.

Me agarro la polla porque me duele en exceso, pero la acaricio por error y gruño de placer.

En mi cabeza solo está Jordan, y juro que incluso puedo olerla. La siento tan cerca...

Cedo a mi fantasía y me acaricio.

Estoy en la cama y mi habitación está completamente a oscuras. Alguien llama a la puerta; me doy la vuelta y me siento.

—¿Sí? —digo mientras doblo una pierna y apoyo el brazo en la rodilla.

Jordan aparece detrás de la puerta. Sé que es ella porque reconozco su pelo dorado.

—¿Qué pasa? —pregunto con amabilidad.

Bajo la sábana que me cubre, estoy completamente desnudo, pero ella no lo ve.

—Hay tormenta —dice apoyada en el marco de la puerta—. ¿Puedo dormir contigo?

Las ventanas dejan entrever la luz de los relámpagos, que iluminan su silueta y me permiten atisbar esa dulce carita y sus piernas desnudas.

El agua sigue cayéndome y la polla se me agranda entre las manos. La realidad desaparece a medida que yo me hundo en la fantasía y persigo lo único que alguna vez tendré de ella.

Lo que se cuele en mis sueños.

—Ven aquí —susurro.

Jordan corre hasta el otro lado de la cama y echo las sábanas atrás.

Se mete dentro y se acurruca junto a mí. La rodeo con el brazo y pone una pierna encima de la mía. Deslizo la mano por su cuerpo y lo único que noto es la piel desnuda de su vientre y sus muslos. Casi no lleva nada de ropa.

—Jordan... —jadeo.

Dios, tiene la piel tan suave y es tan agradable tocarla...

—Tengo frío —dice acariciándome la barbilla con su aliento—. ¿Te importa...?

Se abraza a mi muslo con las piernas, siento el calor que desprende su cuerpo y la acerco más al mío.

—Ven aquí —repito.

Le acaricio las piernas y las caderas, subo la mano por su espalda y ella hunde la nariz en mi cuello. Con cada centímetro que recorro de su piel, siento una descarga eléctrica en mi polla.

Empiezo a acariciarme con más suavidad, pero aprieto el puño un poco más de lo habitual, estrechándolo, porque así es como me imagino su interior.

—¿Así mejor? —le pregunto.

Asiente, con sus labios a solo unos centímetros de mí.

—Aunque tu boca está mucho más caliente —me dice al notar mi aliento—. Es lo más caliente de tu cuerpo.

Intento contener la sonrisa que se va formando en mis labios con todas mis fuerzas. ¿Quién soy yo para no darle a mi niña lo que necesita?

La acuesto bocarriba y sigo recorriéndole el cuerpo entero con las manos, aunque ahora mi

boca también le acaricia la piel. Exhalo bocanadas de aire caliente por su cuello y a través de su camiseta corta de color negro, por encima de los pechos y de esos pezones endurecidos que se insinúan a través de la tela, llamándome. Pero yo me resisto. Desciendo hacia su tripa, paso los labios por su ombligo y, durante un segundo, saco los dientes, me muero de ganas de ponerme un trocito de ella en la boca. Pero Jordan gime. Levanto la cabeza y veo los montículos de sus pechos asomarse por debajo de su corta camiseta.

El agua de la ducha me resbala por la cara y se escurre por mi barbilla, y yo deseo que esto fuera verdad. Joder, quiero a Jordan en mi cama.

—¿Mejor? —me intereso.

Indica que sí con la cabeza, sin abrir los ojos.

—Mmm —asiente—. Pero no pares, por favor. Aún tengo frío.

Por supuesto. Me agarro a sus piernas, me tumbo de espaldas y la coloco encima de mí.

—Ven aquí, cariño.

No puedo tenerla del todo, pero me conformaré con esto.

Le acaricio las piernas y subo las manos por su cuerpo, provocándola por debajo de la camiseta.

Lleva un top negro y unas braguitas del mismo color.

—Pensaba que te gustaba el rosa —bromeo.

No puedo ver su sonrisa, pero la voz la delata:

—¿Quieres rosa? —me vacila.

Se levanta la camiseta justo por encima de sus hermosos pechos y se frota los pezones para enseñarme algo rosa.

Me siento, la sujeto con un brazo por la cintura y envuelvo uno de sus pezones con los labios para tirar de él y succionar.

La sangre me corre por la polla y estoy a punto de correrme. Abro la boca como si realmente pudiera sentir su suave piel entre los dientes.

«Joder, quiero descubrir a qué sabe Jordan de verdad.»

—¿Has entrado en calor? —pregunto, aunque sé perfectamente que tiene la piel acalorada.

Asiente con la cabeza y sé que tenemos que parar. Lo he llevado demasiado lejos.

—Jordan, tenemos que parar.

Pero está empapada; lo sé.

Empieza a frotarse contra mi cuerpo, meneando el culo mientras sus palabras me acarician la frente.

—No pasa nada —susurra—. No tiene por qué saberlo nadie.

Empieza a frotarse aún más rápido y sus jadeos son cada vez más fuertes y pesados. Estamos solos, está todo oscuro y nadie tiene por qué saberlo.

—Jordan. —Se me entrecorta la respiración y creo que voy a explotar de tanto placer—. Cielo, no podemos. ¿Qué estás haciendo?

—Ponértela dura.

Y que lo jures.

Me froto con más fuerza. El calor se me acumula en la ingle y siento una especie de fuego bajarme del abdomen hasta las piernas.

Me clava las uñas en los hombros y yo aprieto sus caderas mientras me cabalga enérgicamente.

—Cariño, tienes que parar —le suplico. Dios, voy a correrme.

—Pero me gusta mucho ahora que está dura.

Sacudo la cabeza y le susurro cerca de sus labios:

—No soy para ti. Otro hombre ya... No podemos.

—No puedo parar —gime—. Por favor, no me hagas parar.

Sus tetas me miran y sus caderas se balancean encima de mi cuerpo. Jordan es lo más sexi que he visto en mi vida.

A la mierda.

—Vale. —Me tumbo otra vez en la cama, sin dejar de agarrarla por las caderas y ella se frota con la cresta de mi polla—. Dale a tu coño lo que quiere.

Gime, cierra los ojos y, con los brazos hacia atrás, coloca las palmas de las manos en mis rodillas y se sirve de mi cuerpo para conseguir lo que quiere.

Me aprieto la polla con todas mis fuerzas, sintiendo sus voluptuosas caderas entre las manos, y eyaculo, agitándomela cada vez con más fuerza.

—Oh, joder. ¡Joder! ¡Mierda!

Dios mío. Apoyo la cabeza contra la pared de la ducha mientras sigo corriéndome y ralentizo el ritmo con la mano. Los músculos me queman y sigo eyaculando.

—Maldita sea —murmuro antes de humedecerme los labios y obligarme a tragar saliva—. Hostia.

Quiero más.

No recuerdo cuándo fue la última vez que me corrí de esta manera y, sin embargo..., no ha sido suficiente.

Aparto la mano de la polla y cierro el puño, cabreado. Se suponía que esto tenía que arreglarlo, joder. Se suponía que tenía que ayudarme a sacármela de la cabeza.

La polla se me vuelve a calentar poco a poco y me doy impulso para alejarme de la pared mientras gruño. Golpeo el grifo con fuerza para que corra el agua fría y me enjuago.

Solo tengo que tirarme a alguien de carne y hueso. Pero a ella no. A otra. Me encerraré en la habitación del motel con una caja de preservativos y me desharé de esta sensación.

Exacto. Eso mismo voy a hacer.

Lo haré esta semana y sanseacabó.

Levanto el brazo hacia la estantería y busco el colgador con la mano con la intención de coger lo que necesito para acabar de lavarme, pero aquí no hay nada.

En realidad, ya hace días que no lo encuentro. Frunzo el ceño y miro a mi alrededor.
—¿Dónde cojones está mi esponja?

17

Jordan

—Has preparado la salsa para *dipear*, ¿verdad?

Asiento y sigo echando una ojeada a mi Instagram desde el asiento del copiloto.

—Ajá.

—¿Y los jalapeños rellenos de queso y envueltos con beicon también? —pregunta Pike.

—Sí. —Siseo—. Solo me lo has preguntado unas diez veces.

Se queda callado un momento y sigue conduciendo por un vecindario cercano al nuestro.

Digo, al suyo.

Al nuestro.

—Bueno, porque me gustan —afirma.

Mis labios se encorvan formando una ligera sonrisa. Sus palabras me enorgullecen un poco. Me fascina que no diga las cosas por quedar bien. Le gusta lo que hago, sea una comida, un tentempié que he dejado en la encimera para que se lo encuentre al volver de trabajar o el nuevo elemento decorativo de piedra que hice ayer para el jardín y que le encantó.

Se me ocurrió después de lo del *mudding* y de darme cuenta de que con el agua aún lo embarrábamos todo más, así que pensé en poner unas cuantas piedras lisas cerca de la manguera para podernos colocar sobre ellas y lavarnos sin ensuciarnos los pies. Además, es un desagüe increíble. Perfecto para cuando volvamos a ensuciarnos conduciendo por el barro.

Ya hace una semana de esa noche y seis días desde que los hijos de Kyle vinieron a nadar. He intentado convencerme de que lo que pasó entre nosotros dos no fue más que un accidente irreflexivo derivado de mi ruptura, que me llevó a actuar así por despecho, porque me sentía vulnerable y necesitaba atención o algo por el estilo. Sin embargo, lo que he empezado a sentir por Pike no ha dejado de crecer. Esto es un *crush*. Pasamos demasiado tiempo a solas y es normal que hayamos creado cierto vínculo.

Con suerte, esta fiesta del barrio y lo que sea que hagamos allí, además de para salir de casa y juntarnos con otras personas, servirá para volver a ponerlo todo en su sitio.

—Y nada de beicon de pavo, ¿no? —suelta de repente.

¿Hum?

—En los jalapeños —aclara mirándome por el rabillo del ojo.

Jolín, ¿sigue pensando en comida?

—Y tampoco habrás puesto nada raro como germen de trigo ni has utilizado coliflor en lugar de patatas en la ensalada de patata como se recomienda en esas mierdas de dietas bajas en carbohidratos, ¿verdad? —prosigue.

Estallo de la risa, echo la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y se me cae el móvil en el regazo. «Santo cielo.»

—Jordan, hablo en serio —me riñe—. Llevo esperando este momento toda la semana.

Mi cuerpo se agita por la risa. Lo miro, niego con la cabeza y sonrío irremediablemente. Está fatal.

Y me encanta que tenga tanto antojo de comerse lo que he preparado.

Continúo riendo y vuelvo a centrar mi atención en el teléfono.

—Lleva todo un montón de grasa, es supersabroso y está riquísimo —lo tranquilizo—. No te preocupes, hoy te dejo comer tantas marranadas de esas que obstruyen las arterias como quieras.

Asiente.

—Perfecto. —Enmudece un segundo—. Si no estás a gusto, dímelo y te acerco a casa.

—No te preocupes. Siempre hablo con uno u otro en el bar. Sé mantener una conversación.

Dutch y su mujer nos invitaron a Pike, a Cole y a mí, pero Cole dijo que tenía que echar horas extra y que no podía venir.

No obstante, mientras cotilleo las publicaciones de la gente que sigo en Instagram, doy con una foto de Patrick’s Last Ditch, la supertienda que hay justo a las afueras de la ciudad, y reconozco el coche de Cole aparcado al lado del surtidor. La foto la ha subido él y la ha acompañado de un:

¡A pasar el dia fuera de la ciudaaad! ¡Yuju!

Y una mierda, trabajando. Aunque, viniendo de Cole, eso de irse por ahí con el coche en su día libre me sorprende. Para mi asombro, no busco a Elena ni a ninguna otra chica que pueda estar con él, pero sí siento un poco de rencor al ver que Cole sigue con su vida como si yo nunca hubiera existido. Si me llamara, tampoco le cogería el teléfono inmediatamente, pero estaría bien saber que lo ha intentado, que, al menos, se preocupa por saber cómo estoy. Supongo que nos cargamos la amistad cuando empezamos a salir juntos.

No sé si no por qué me importa. Mi padre, mi madre, mis ex... Supongo que es mejor mantener un círculo de amistades reducido. En mi caso, están Cam y Shel.

Giramos en Owens y enseguida veo que han cortado el tráfico de la calle de enfrente con un par de vallas. Pike pega un volantazo hacia la derecha y aparca en el bordillo. Son poco más de las dos de la tarde y, aunque la fiesta ha empezado hace un par de horas, la mujer de Dutch dijo que se alargaría hasta bien entrada la noche para que los niños pudieran jugar con las bengalas.

Bajamos de la camioneta y nos vamos apilando la comida en los brazos, con cuidado. Pike coge sus preciadas bandejas de jalapeños y la salsa para *dipear*, y yo arrastro la neverita con

ruedas (que está llena de bebidas) y la ensalada de patata que he colocado justo encima.

—¿Qué pasa, tío? —saluda Dutch acercándose a Pike con una cerveza en la mano a la que le ha puesto una funda térmica donde se lee «Me meo en las piscinas».

—¡Ey, Pike! —grita alguien más desde el otro lado de las vallas.

Pike saluda con la cabeza a quienquiera que lo haya llamado y yo me quedo a su lado y al de Dutch. Este me dedica una sonrisa. Vete a saber qué conclusiones está sacando al verme aquí con Pike. O al verme siempre con Pike. No sé si sabe que Cole y yo lo hemos dejado.

Una mujer muy guapa con el pelo de color caoba se acerca, le coge las bandejas a Pike y se inclina para darle un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás? —le pregunta con una sonrisa.

Pike se agacha y coge la ensalada de patata de encima de la neverita por mí.

—Bien. ¿Tú qué tal?

—Uy, ahora genial —bromea mientras nos enseña dónde está la fiesta—. Aunque, esta mañana, este de aquí —añade señalando a Dutch— no ha parado de beber cerveza cada vez que le pedían que moviera una mesa de pícnic.

Pike se ríe y yo doy por hecho que esta es la mujer de Dutch.

—Te presento a Jordan. La, eh..., amiga de Cole. Él no ha podido venir.

Su atropellada explicación me hace reír (aunque lo hago para mis adentros). Supongo que es mejor que decir: «Esta es la exnovia de Cole que sigue viviendo en mi casa, discute conmigo constantemente, y yo odio su música, pero, oye, mira... ¡tenemos salsa para *dipear*!».

—Soy Teresa —me saluda pronunciando una erre muy marcada y volviendo la cabeza para mirarme y sonreírme—. ¿Son de queso crema? —Señala las bandejas que llevo yo.

—¡Por supuesto!

—¡Ñam! —entona acompañándonos a las mesas de la comida.

Hay tres mesas llenas de aperitivos, una detrás de la otra, y está todo organizado como si fuera un bufé. Al final de las mesas están las neveritas. Me llega el olor a hamburguesa a la parrilla y se me hace la boca agua. Hay grupitos de gente apoltronados en las sillas de sus jardines o en la parte de la calle que ha quedado bloqueada, y los niños corren de aquí para allá, jugando al pillapilla o tirándose por los montículos de césped aledaños. Unos cuantos adolescentes que deben de tener casi mi edad están sentados, ensimismados en sus móviles mientras los adultos charlan y ríen, y solo abandonan la conversación para ordenarle algo a alguno de sus hijos de vez en cuando. Puede que técnicamente aún no sea verano, pero hace un calor oprimente; por suerte, las pocas nubes que cubren el cielo lo hacen algo más soportable. Hace un día maravilloso.

—Vamos. —Dutch le da un codazo a Pike.

Este me mira, probablemente para asegurarse de que estoy bien, y deja la ensalada en la mesa antes de irse. Se aleja, y saluda a algunos amigos con un apretón de manos. Alguien le pasa un botellín de cerveza y él lo abre.

Me quedo al lado de Teresa mientras esta lo coloca todo bien en la mesa.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados? —me intereso.

Suspira.

—Catorce años. —Me mira—. Y tres hijos después, sigo queriéndolo matar cada día de mi vida. Pero los espaguetis le quedan muy buenos, así que...

Río por lo bajo. Estoy segura de que no es más que una broma; dudo que vaya en serio. Va bastante arreglada en comparación con Dutch, que lleva una camisa de franela y unas botas.

—Tiene buena pinta —dice Teresa a la vez que quita el film transparente—. Gracias por traer tanta comida. Volará.

Y entonces, una mano se cuela entre nosotras dos y coge cuatro jalapeños por los palitos. Reconozco los tatuajes del brazo derecho enseguida.

—¡Eh! —riño a Pike intentando reprimir una sonrisa en vano.

Me lanza una mirada seductora. Está tremendamente sexi.

—Disculpad —susurra y se gira para volver al lugar en el que están sus amigos.

Vuelve a mirarme, me dedica una sonrisa burlona y yo arqueo una ceja. Debería de haberme olido ya que tendría miedo de que se acabaran antes de que pudiera probar uno.

—Me han comentado que Cole y tú estáis viviendo en casa de Pike de forma temporal —comenta Teresa.

—Sí. —Dejo nuestra neverita junto al resto y saco una botella de agua—. Parece ser que aún no somos suficientemente adultos como para pagar un piso para nosotros solos —bromeo.

Asiente.

—Tomáoslo con calma. Yo me moría de ganas de independizarme y luego, cuando me di cuenta de que no tenía nada de dinero porque eso de pagar facturas suponía una responsabilidad mayor de la que yo había imaginado, volví corriendo a casa. —Se acerca la limonada a los labios mientras echa una ojeada a los chicos—. Pero me alegra que Pike tenga un poco de compañía. Esa casa es demasiado grande para una sola persona.

Doy un sorbo al agua y sigo su mirada. No me gusta nada pensar que Pike vivirá ahí solo cuando me marche. Debería compartir su vida con alguien.

—Sé de algunas mujeres solteras a quienes no les importaría cambiar eso si pudieran —observo pensando en April, mi hermana y la mitad de las madres de nuestra manzana que ligan con Pike cada vez que pasan por delante de casa «haciendo *footing*».

—Ya, pero Pike es una persona solitaria —contesta.

Asiento y sonrío. Tiene razón.

—Sí, ya me estoy dando cuenta.

—No siempre ha sido así. —Me mira y da un trago a su bebida—. Cuando era joven, se parecía muchísimo a Cole. Salía de fiesta, se divertía, conducía a toda velocidad, rompía las reglas... Una vez incluso pasó la noche en el calabozo.

Levanto las cejas. ¿En serio?

Desvío la mirada hacia él. Se saca la gorra del bolsillo trasero y se la pone, los músculos de su

tatuado brazo se contraen bajo la manga de la camiseta.

—Y entonces nació Cole —continúo, intuyendo cómo sigue la historia.

—Así es. —Suspira, balanceándose de izquierda a derecha al ritmo de la música que suena desde el altavoz de alguna casa—. Alguien tenía que ser el adulto, y Lindsay... —Se le apaga la voz; se yergue y carraspea—. Perdona, no quería ser criticona.

—Tranquila. Pike no es que hable mucho, desde luego.

He visto a la madre de Cole en alguna ocasión y me cuesta imaginármela con Pike. Es bastante ostentosa y tengo la sensación de que el Pike que yo conozco acabaría desquiciado si intentara seguirle el ritmo.

Lo que sé —por lo que Cole me ha contado— es que la relación de sus padres no duró mucho. Si no fuera porque tienen algunas manías exactamente iguales, me preguntaría si Pike está seguro de que Cole es hijo suyo. En los últimos dos años y que yo haya visto, Lindsay ha tenido, como mínimo, cuatro parejas.

Teresa vuelve a suspirar y baja la voz.

—Pike es la prueba de que, cuando no nos queda otra, aprendemos; y de que maduramos con la experiencia, no con la edad —explica—. Yo no conocía a ningún otro chico de veintipico años que tuviera dos trabajos, pero Pike ni siquiera se paró a pensar en todos los amigos que estaba perdiendo porque no podía quedar con ellos.

La miro y, de repente, quiero saberlo todo. Quiero saber hasta el más mínimo detalle de cómo era Pike antes de que yo lo conociera.

—Todos sus amigos se compraban coches de moda —sigue—, pero yo siempre he visto a Pike con la camioneta vieja de su padre; nunca le supuso un problema. Además, siempre tuvo claro que lo primero era Cole. Hay que tener la cabeza muy bien amueblada para hacer lo que sabes que debes hacer, aunque no sea lo que realmente quieres.

Esas palabras me calan hondo y bajo la mirada. «Tener la cabeza muy bien amueblada para hacer lo que sabes que debes hacer...»

Y, de pronto, me siento como una mierda.

La otra noche me deseaba. Y, si no fuera por Cole, estoy convencida de que nos habríamos acostado.

Pero Cole está aquí, entre nosotros dos, y eso no podemos cambiarlo. Nunca podremos. Está mal y no importa cuánto quiera estar con él: lo único que conseguiría sería que se odiara más tarde por ello. Su hijo siempre será lo más importante de su vida.

—Es un buen hombre —concluye.

Se da la vuelta, deja una cuchara de servir en el bol de la ensalada y abre la bolsa de patatas para acompañar la salsa para *dipear*. Yo me quedo quieta allí. Me siento igual que si un camión estuviera a punto de atropellarme y no me pudiera mover.

«Es un buen hombre.»

No puedo entrometerme en su camino.

De pronto, siento que tengo que pirarme de aquí. Pike no es mi familia y, por muy natural que resulte estar con él, no es lo normal.

Durante las próximas dos horas, mantengo cierta distancia con Pike. Teresa me enseña su casa y me siento con ella y con otras personas; comemos y charlamos, aunque yo no digo mucho. Luego juego con uno de los hijos de Dutch al balón prisionero en el acceso a la casa de algún vecino. Más adelante, enciendo las bengalas a los niños, aunque todavía no sea de noche, y después ayudo a Teresa a tirar las latas vacías y a guardar los refrescos y las botellas de agua.

No sé ni si Pike me está prestando atención, porque tampoco me he parado a mirar dónde está. Sin embargo, de vez en cuando, siento un hormigueo que me recorre la columna vertebral o unos ojos clavados en la nuca.

—Uy, hola, Jordan —dice alguien a la vez que se tropieza con mis piernas y casi se cae—. No te había visto.

Se ríe y yo, tumbada en la hierba, levanto la vista para ver a Carter Hewitt sonreírme por encima del hombro. Está con otro chico y una chica cuyos nombres no recuerdo, aunque nos graduamos a la vez.

Teóricamente, Carter y yo teníamos que ir a hacer *tubing* hoy, pero canceló el plan porque sus padres le pidieron que viniera a la fiesta. Y, menos mal, porque a mí me estaba costando horrores no darle largas. No quería darle la razón a Pike, pero la tenía. Ese plan no era más que una excusa para emborracharnos, y yo no estaba para eso.

Me siento y me sacudo la hierba de los brazos; los estaba utilizando de cojín mientras veía aparecer las estrellas.

—Ey. ¿Qué hacéis? —pregunto.

—Lo que sea menos esto. —Suspira—. Hay un montón de peña en el A&W. ¿Te vienes? Te compro un helado.

Río levemente y me levanto. La verdad es que suena genial.

—Hace muchísimo tiempo que no voy —reconozco—. ¿Por qué no? Espera, que aviso a alguien.

Tanto él como sus amigos se dirigen hacia sus coches, aparcados más arriba, y yo corro hacia el medio de la carretera, donde algunas personas están sentadas en unas sillas de jardín. Pike me queda de espaldas; Dutch está repantigado a su lado, con su mujer sentada en su regazo, y hay algunos hombres más que reconozco de cuando vienen a echar una partida de póquer a casa de Pike.

—Buenas —saludo y me acerco a él—. Unos amigos van hacia el A&W. Ya sabes, zarzaparrilla con helado de vainilla y tal, y me han preguntado si quiero ir.

Por como lo digo, parece que le esté pidiendo permiso, aunque no es el caso.

Sin mirarme siquiera, se acerca el botellín de cerveza a la boca y le da un trago.

—¿Zarzaparrilla con helado de vainilla? —repite serio—. ¿Cuánto años tienes? ¿Cinco?

«Gilipollas.»

—Noooooo —respondo—. Aunque a veces te gusta tratarme como si los tuviera.

Dutch se ríe sigilosamente a su lado y se mete en la conversación para defenderme:

—Oye, tío, a mí todavía me gusta.

Miro a Pike y pongo los ojos en blanco; luego desvío la mirada hacia Teresa y le dedico una sonrisa.

—Muchas gracias por haberme invitado. Ha estado muy bien.

—Gracias por venir, cariño. Y por la comida.

—¿Cómo volverás a casa? —quiere saber Pike, que sigue sin mirarme a la cara.

—Ya la llevaré yo.

Levanto la vista y veo que Carter se está acercando. Pike gira la cabeza un milímetro y, cuando lo ve, vuelve a mirar al frente.

Encorvo la comisura de los labios y sonrío un poco, burlona, antes de agacharme.

—¿Tengo que regresar a alguna hora en concreto? —le pregunto a solo unos centímetros del oído.

Dutch ríe por la nariz y en la boca de Pike se dibuja una ligera mueca parecida a un gruñido que tarda poco y menos en desaparecer.

—Pasadlo bien —dice tajante.

Me levanto, me doy la vuelta y sigo a Carter hasta su furgoneta. Ya estoy de mejor humor.

Pike está celoso.

Y, aunque yo no quiero pensar en él, me gusta mucho saber que está intentando no pensar en mí.

¿Hasta qué punto está escondiendo, enterrando o intentando reprimir lo que realmente quiere? ¿Cómo es cuando deja de controlarse?

—Dios, ¿te has enterado de lo de Jillian? —Selena Gardner señala a otra chica mientras va masticando la punta de la pajita—. Primero les dice a Dean y a Matt que uno de los dos es el padre, van a hacerse la prueba de paternidad y luego resulta que ¡no lo es ninguno de los dos! —Ríe.

—¡Madre mía! —La otra chica pone los ojos como dos platos—. Joder, pero ¿sabe al menos de quién es la criatura?

—¿Qué más da? —Selena frunce el ceño y vuelve a acomodarse en el asiento—. Yo estaría más preocupada por lo que pueda pillar que no por quedarme preñada. Ahora ya no salgo de casa sin preservativos. Nunca sabes cuándo podrás necesitarlos. De verdad, eh...

Todos se echan a reír y yo finjo una media sonrisa en un intento de no parecer la rarita. De todos modos, estoy segura de que ya piensan eso de mí porque, en los últimos dos minutos, casi no he dicho ni mu.

Hemos llegado al A&W hace una hora y, tal y como me imaginaba, está lleno de adolescentes

y familias con un montón de niños sentados en la caja de las camionetas. El brillo de la luna y los grillos compiten con las luces y el ruido de los coches; el olor a hamburguesas a la parrilla y asfalto caliente llena el aire, y los coches aceleran y se oyen portazos por doquier.

Desde que terminé el instituto el año pasado, no he vuelto a hablar con nadie. Solo he intercambiado un par de palabras con algunos en alguna ocasión puntual.

—Me encanta —le dice alguien a Selena mientras se acerca a ella y le toca el bolso Louis Vuitton—. ¿Dónde lo has comprado?

—Es chulo, ¿eh? —Selena se lo quita y se lo enseña a la chica—. En parte, me siento mal. Le debo muchísimo dinero a mi padre, pero es que no podía resistirme.

Bajo la vista hacia el bolso, celosa y cabreada a partes iguales. Me encantaría tener un bolso como ese, obviamente, y también me encantaría tener los mismos problemas que ella, que gorronea a sus padres porque, a los diecinueve, la familia está para eso.

Una parte de mí espera ser así algún día.

Pero cuando termine la uni estaré tan endeudada que seguiré sin poderme permitir una frivolidad como esa. Y, por raro que parezca, no me importa no tener un bolso de marca. Prefiero tener un coche decente. Y una casa. Y poder pagar las facturas el mes que toca.

Selena y yo tenemos problemas completamente distintos y ahora me provoca incluso más indiferencia que en el instituto. Estoy segura de que el sentimiento es mutuo.

Sin inventarme cualquier excusa para marcharme de aquí, me doy la vuelta, me retiro a un rincón y saco el teléfono.

—Hola —saluda sin preguntar quién es porque ya sabe que soy yo.

—Hola —digo al mismo tiempo—. ¿Estás ocupada? ¿Puedes venir a recogerme?

—Estoy trabajando —responde—, pero puedo escaparme media hora. ¿Dónde estás? ¿Ha pasado algo?

Oigo música de fondo y me doy cuenta de que está en el *pub*.

—No, todo bien. —Me coloco el pelo detrás de la oreja—. Estoy en el A&W. Solo quiero irme a casa.

«A casa.»

Cada vez que lo digo, enmudezco al instante porque sé perfectamente que no es mi casa, pero decir «la casa de Pike» o «la casa del padre de Cole» también se me hace muy raro.

Después de hablar con Cam, voy al baño. Luego me despido de Carter que, en un primer momento, parece decepcionado; sin embargo, estoy segura de que es porque se ha quedado sin el ligue de la noche. Aunque no tengo muy claro cómo seguía pensando que nos acabaríamos enrollando, sobre todo porque, primero, ha pasado de mí y se ha puesto a hablar de coches, y, segundo, parecía encantado de dejar que me «pusiera al día» con unas cuantas chicas con las que nunca me he puesto al día, ni en el insti.

No es que Carter o Selena o cualquiera de las personas que están aquí sean mala gente, pero cuando hablan se nota que tienen cosas bonitas, como dinero en los bolsillos, por ejemplo. O a

sus madres. Su voz suena despreocupada, lo que demuestra que nunca los han echado de un piso o que no se están planteando cambiar su móvil de pantalla táctil por uno de tapa sencillamente porque son más baratos.

Yo no soy como ellos; nunca lo he sido. Ahora mismo me siento igual que me sentía en el instituto, y odiaba esa sensación. Pero cuando estoy con Pike...

Arrugo la frente, pensativa.

Supongo que se podría decir que, cuando estoy con él, estoy en mi salsa.

Y, ahora, lo que más me apetece es irme a casa. O donde esté Pike.

Cam tarda menos de quince minutos en llegar. Me subo al coche y no digo nada por muy rápido que conduzca mientras me lleva hacia el barrio de Pike. Aunque su jefe sea permisivo, cuanto más tiempo pase fuera del bar, más dinero pierde, o sea que la dejo conducir en paz.

—Gracias. Y perdona que te haya hecho salir del trabajo —me disculpo.

Lleva una especie de gabardina de color negro que le llega hasta los muslos y que va atada a la cintura con un nudo. Estoy bastante convencida de que no lleva mucha ropa debajo; se debe de haber puesto la chaqueta solo para llegar al aparcamiento sin que la acosaran.

—¿De verdad que no ha pasado nada? —insiste.

Me agarro con una mano a la guantera cuando Cam da un volantazo a la derecha.

—No.

—¿Todo bien con el padre? —Me lanza una mirada—. Ya sabes que puedes venir a mi casa cuando quieras. Y puedes quedarte.

—Lo sé.

No pasa nada. En realidad, ahora me doy cuenta de cuántas cosas me van bien últimamente, y poco tiene que ver con el ambiente del A&W. Sé lo que quiero y sé por qué no puedo estar con Pike. Lo único que necesito es encontrar a alguien que sea idéntico a él.

Sujeto con fuerza la zarzaparrilla con helado que le he comprado en plan coña mientras mi hermana va serpenteando por las calles. Cuando llega a la casa del padre de Cole, para justo enfrente.

Me quejo porque, de tantos volantazos, se me han revuelto las tripas.

—Gracias.

Salgo, me cuelgo la cartera en la muñeca y cierro la puerta.

—¿Ese coche no es el de April Lester? —pregunta Cam a través de la ventana, que sigue abierta.

Vuelvo la cabeza y veo un Mazda Miata descapotable rojo aparcado justo detrás de la camioneta de Pike y me da un vuelco el estómago.

¿Qué coño hace aquí a estas horas de la noche?

Lanzo una mirada hacia la casa; dentro está todo a oscuras. No hay luz en ninguna habitación. ¿Qué iban a hacer en casa con las luces apagadas?

Se me forma un nudo a la garganta y tengo ganas de vomitar.

—Seguramente esté vendiéndole galletas de exploradora —bromea Cam.

Me estoy cabreando.

—No es época de galletas.

—Ay, cielo... Para algunas de nosotras, siempre es época de galletas.

Me giro para mirar a mi hermana y la veo simulando una uve con los dedos delante de la boca; saca la lengua y la mueve.

Me separo de la puerta con un empujón.

—Vete a la mierda —murmuro.

Cam se limita a reír y vuelve a poner el coche en marcha.

—Bueeeeeeena suerteeeeee.

Levanto la vista y trago saliva. Dos veces. ¿Qué hace April aquí? ¿Qué hace ahí dentro?

Que sí, que es su casa y, hasta donde yo sé, Pike no se ha acostado con nadie desde que yo llegué hace unas semanas. Es joven, está soltero y tiene todo el derecho del mundo a invitar a mujeres.

Sin embargo, el corazón me late desbocado y me duele la tripa. Yo estoy aquí. ¿No podían haberse ido a casa de April? ¿O a un motel?

El corazón me palpita con muchísima fuerza a medida que voy subiendo la escalera del porche. Giro el pomo de la puerta, pero ha cerrado por dentro. Pike casi siempre deja la puerta abierta para que pueda entrar, incluso cuando trabajo hasta las dos de la madrugada.

Intento que no se me caiga el helado que sujeto con la mano izquierda mientras, con la derecha, busco la llave de casa en los bolsillos del pantalón. Cuando la encuentro, abro la puerta y el miedo se apodera de mí. Si los pillo haciendo algo, no sé si me echaré a llorar o a gritar.

«Por favor, Pike, no lo hagas. No hagas esto.»

Entro, cierro la puerta con sigilo y vuelvo a poner el pestillo. Echo un vistazo al salón: está a oscuras y no se oye absolutamente nada. Agudizo el oído por si oigo algo que confirme mis peores pesadillas.

Me dirijo con pasos lentos hacia la cocina. Mi vela de manzana acaramelada está encendida en la mesa y su ligera llama resplandece solitaria entre tanta oscuridad. Pero yo no la he encendido.

Aprieto los dientes. ¿Acaso Pike quería crear una atmosfera romántica o algo por el estilo?

Miro por la ventana que hay justo encima del fregadero para ver si están en el patio trasero, pero allí no hay nadie. Solo se ve la piscina iluminada.

Vuelvo al salón y voy a subir la escalera cuando, de repente, oigo risas a lo lejos y me detengo. Me acerco a la puerta del sótano, giro el pomo con suavidad y la abro lentamente. Los escucho a la perfección.

—Quiero darle a la negra —lloriquea April.

—La negra es la última —le explica Pike con un tono de voz más profundo y juguetón de lo habitual—. Si la metes ahora, pierdes.

—Y, si gano, ¿qué me das?

—¿Qué quieres?

Ella ríe dulcemente y oigo unos pasos. No los veo porque están en una esquina, jugando al billar, pero sé que April está haciendo algo. Enfadada, agarro el pomo con más fuerza.

Y entonces oigo la voz de Pike, grave y profunda.

—Creo que eso será si gano yo —responde divertido a lo que quiera que esté haciendo April.

—Mmm —gime esta.

Abro los ojos de par en par. No me queda claro si es ella quien está haciéndole algo a Pike o él quien se lo hace a April.

¿Qué demonios está pasando? ¿Lo dice en serio? ¿Cuánto tiempo llevan aquí? Pike sabía que yo llegaría en cualquier momento.

Que soy una niña, por el amor de Dios. ¿Cómo se supone que tengo que hacer los deberes y dormir si se pasan la noche dale que te pego?

Y esto, Pike, ya lo había planeado. Estoy segura. Si querían jugar al billar podían haber ido a The Cue. La ha traído a casa para acostarse con ella.

Vuelvo a la cocina con decisión y entro en el cuarto de la lavadora. La abro de un tirón y meto el helado en el tambor, vaso de cartón incluido. Vuelvo a cerrar la tapa y enciendo el programa. Luego abro la secadora y saco todas las cosas de Pike antes de cerrarla otra vez de un portazo. Si lo que quiere es tratarme como a una niña pequeña, pues, venga, que empiece la función.

Subo la escalera a toda prisa, me meto en la habitación y enciendo el radiocasete. Suena *Bad Medicine* a todo volumen, me quito la ropa y me pongo los *shorts* de un pijama y una camiseta que recorté y que me llega por el ombligo.

Cojo el reproductor por el asa y vuelvo a la cocina. Me siento en una de las sillas, lo dejo a mi lado y me pongo a trabajar en el prototipo de paisajismo que estoy haciendo para la universidad con la música a tope.

No pasan ni diez segundos y enseguida oigo los pasos pesados de Pike subir la escalera. Aprieto la mandíbula. Allá vamos.

Entra en la cocina, se acerca a la mesa y pulsa el botón de «*Stop / Eject*» del radiocasete. La casa se queda inmediatamente en silencio y yo levanto la cabeza.

—Ostras, perdona. Pensaba que no había nadie —me excuso.

Pike se queda allí de pie y me mira como si mintiera fatal.

—Hola, Jordan —me saluda este, aunque April entra en la cocina y se queda detrás de él—. ¿Qué tal?

Le dedico una sonrisa forzada.

—Bien.

Vuelvo a centrarme en mi proyecto a la vez que jugueteo con un poco de hierba artificial.

Pike sigue con los ojos clavados en mí. April debe de estar intentando descifrar qué está pasando mientras nos envuelve un largo e incómodo silencio.

—Yo... me voy a ir —dice esta finalmente.

Pike duda un segundo y cierra el puño alrededor del respaldo de la silla que hay en la otra punta de la mesa. No pienso mirarlo a los ojos.

Sé que acabo de comportarme como una idiota de campeonato, y estoy un pelín avergonzada de ello, sobre todo porque no se ha tragado mi mentira, pero...

Se la podría haber llevado a cualquier otra parte y, en cambio, la ha traído aquí para que los viera juntos.

La acompaña hasta la puerta. Oigo que intercambian cuatro palabras, pero no llego a escuchar lo que dicen. Sin embargo, en cuanto Pike vuelve a pasar el pestillo, exhalo.

Ya se ha ido.

Vuelve a la cocina y se dirige a la nevera. Todavía lleva la camiseta azul marino, los tejanos y las botas de trabajo; es justo lo mismo que se ha puesto antes. No se ha quitado nada. Buena señal.

—Siento que te haya resultado extraño —dice mientras saca un refresco—. En realidad, hemos llegado cada uno por nuestra cuenta. April ha venido a...

—Es tu casa. Me da igual —le digo fingiendo que estoy muy concentrada en el prototipo—. Haz lo que quieras.

—¿Estás segura? —me pregunta divertido—. Has cerrado la lavadora y la secadora a portazos a las diez de la noche y has puesto la música a todo volumen. Pareces... rabiosa.

Sacudo la cabeza y me encojo de hombros.

—Para nada. No espero que cambies tu vida solo porque yo esté en tu casa. Diviértete.

Pike no dice nada y lo veo ahí plantado de refilón. Estoy tan eufórica de que duerma solo que incluso me siento mal. Quiero que tenga a alguien. A alguien que lo quiera y que lo haga sentir bien.

Pero...

April no.

Ni ninguna otra, en realidad.

«Me estoy pillando de Pike.» Quiero que me tenga a mí.

Y es tan tozudo que ha montado todo esto para demostrarme que no quiere estar conmigo.

—Aunque pensaba que tenías mejor gusto, por el amor de Dios —señalo mientras pego un poco más de hierba bajo un árbol también artificial.

—¿Disculpa?

Levanto la vista.

—¿Sabías que se cargó el matrimonio de Marcus Weathers? —le pregunto—. Cada vez que viene al bar, se pasea por allí estudiando con quién acabará la noche. Y le sirve cualquiera: casado, con novia... Le da igual.

—Pues menos mal que no estoy saliendo con nadie —dispara—. Así no habrá ningún problema.

Vuelvo a bajar la vista y tapo el pegamento. Esta partida la ha ganado él.

—Puedes encontrar a alguien mejor —murmuro finalmente.

No es que odie a April. Antes me daba igual qué matrimonios se hubiera cargado. La culpa no fue solo suya: dos no se lían si uno no quiere, y Marcus Weathers también es responsable de lo que ocurrió.

Pero ahora que me toca más de cerca, sí que me importa. Pike ya está con alguien.

—¿Y a ti eso qué más te da? —me vacila acercándose de nuevo a la mesa—. Ya soy mayorcito y llevo acostándome con tías desde antes que tú nacieras. Estoy acostumbrado a follar cuando me apetece y no tengo que darte ninguna explicación. ¿Entendido? —Sus palabras se me clavan como un puñal y me siento pequeña—. Seguiré haciendo lo que me dé la gana. La opinión de una niñata que vive bajo mi techo me la trae floja.

Eso de «niñata» me ha dolido muchísimo. Se me encoge el corazón, pero aprieto los dientes y convierto esa sensación en enfado.

—Entendido. —Lo miro a la cara—. Me voy a mi habitación.

Me levanto de la silla y Pike baja los ojos inmediatamente hasta mi tripa; la camiseta me llega muy por encima del ombligo. Se ha quedado de piedra y tiene que obligarse a apartar la mirada. Y eso me encanta.

Doy la vuelta a la mesa y me dirijo al salón, pero entonces me acuerdo de que mi vela sigue encendida. Me vuelvo y me regodeo a la vez que me inclino encima de la mesa ovalada, arqueo la espalda y noto que los pantalones cortos se me bajan un poquito, dejando la tira de mi tanga rojo a la vista. El mismo tanga que llevaba hace una semana cuando nos enrollamos en el jardín.

—Se me olvidaba apagar la vela —digo mientras levanto la vista, divertida hacia él—. Aunque puedo dejarla así, si quieres. Sé que el rojo es tu favorito.

¿La vela roja o el tanga rojo? Es fácil adivinar en cuál de los dos ha centrado la atención.

Traga saliva y su mirada, tímida, observa el trozo de tela que sobresale por la cintura de mis pantalones. Sonrío burlona y Pike me mira a los ojos, entrecerrando los suyos.

—Me estás cabreando más por segundos. —El gruñido que suelta con su áspera voz suena peligroso—. Me has arruinado la noche y aún tengo mucha energía por descargar. Yo que tú iría con cuidado.

Cierro los ojos, pido un deseo y soplo la vela antes de enderezarme de nuevo.

—Esta niñata es la razón de toda la energía que tienes por descargar. ¿O me equivoco? —le vacilo—. Menudo mentiroso estás hecho.

Se pone firme y le cuesta respirar.

—Vete a tu habitación, Jordan.

—Encantada —me burlo—. Allí guardo un vibrador que tiene más huevos que tú.

De repente, me coge, me levanta en volandas y caigo contra su hombro que, con el golpe, me clavo en el estómago. Expulso todo el aire que tenía dentro y resoplo.

¿Qué narices...?

Sube la escalera con firmeza y siento que me voy a caer a cada paso que da.

—¡Pike, para! —grito.

—¡Pues deja de provocarme! —ruge y me azota el culo.

Me quejo y empiezo a sentir el calor en la nalga izquierda. «Hijo de...» Me pongo la mano detrás, intentando cubrirme el trasero por si vuelve a darme.

Oigo un ruido. Creo que ha abierto la puerta de mi habitación de una patada. Y entonces resbalo por delante de su hombro y caigo en mi cama.

Se me hunden los codos en el colchón y doy un cabezazo hacia delante, haciendo que el pelo me envuelva toda la cara.

—¡Y, ahora, vete a dormir! —me grita.

Soplo para apartarme el pelo de los ojos y lo veo darse la vuelta.

—¿No vas a darme las buenas noches?

Pike baja la cabeza. Tiene la respiración entrecortada, es como si estuviera agotado. Se vuelve y, con un hilo de voz, pregunta:

—¿Qué demonios te pasa esta noche?

¿Está de coña?

Salto de la cama y me pongo delante de él.

—Que la has traído aquí. Eso es lo que me pasa.

—¡Es mi casa!

Niego con la cabeza.

—No va a satisfacerte —le advierto—. No te dará lo que a ti te gusta.

—O sea, que tienes celos.

Bajo la voz y me acerco él.

—Todo lo que deseas ya está en esta casa. No tienes que ir por ahí buscando... —agacho la cabeza, un poco avergonzada— lo que necesitas —sentencio.

Lo que desea soy yo. Nada más.

Su pecho se hincha justo delante de mis ojos con cada inhalación y yo respiro ese perfume tan característico de Pike: una mezcla de sol, madera y un poquito de su gel de ducha, del champú y del detergente con el que lava la ropa. Huele a noches calurosas de verano y a cómo me hubiese gustado que fuera mi primera vez. Y yo aprovecho para embriagarme tanto como puedo de ese olor porque sé que, en cualquier momento, Pike desaparecerá.

—O sea que has pillado toda esta rabieta a propósito porque querías ser tú quien acabara en mi cama esta noche —asume más que pregunta.

Levanto la vista de golpe hacia él y entrecierro los ojos.

—Porque la has invitado para hacerme daño. Pero ya me conozco tu juego y serás tú quien salga perdiendo —protesto.

Me acerco todavía más, hasta que nuestras camisetas se rozan. Baja la cara para mirarme y el corazón me late con fuerza.

—Porque, aunque se hubiese quedado y te hubiera follado hasta la saciedad durante toda la noche, mañana te habrías despertado pensando en mí antes de caer en que tenías a otra durmiendo a tu lado. —Su respiración se vuelve más pesada y empieza a flaquear—. Y entonces te preguntarías qué hago sola en mi cama; si estoy despierta y caliente o —me pongo de puntillas y levanto la boca por encima de su mandíbula y susurro— si me estoy tocando y soñando con que llegues a casa y me comas lo que tengo debajo de las bragas.

Toma aire, cierra los ojos y siento que se le pone dura debajo del pantalón.

—Jordan, por favor —suplica desesperado—. Joder.

Intento contener la sonrisa, pero estoy muy contenta. Sé que me desea.

Me agarro a la cintura de sus vaqueros con los dedos y le doy un golpe a la barbilla con la nariz para vacilarlo.

—Sé que quieres —vuelvo a susurrar—. Te mueres de ganas por tenerme entre tus manos.

Y me quedo allí, a su altura, pero aparto las manos de su pantalón y me las llevo a la cadera. Me bajo los *shorts* lentamente, con cuidado, y se me caen hasta los pies. Aprieto los puños. Mi cuerpo rebosa miedo, deseo y necesidad.

«Mírame.»

«Tócame.»

—Me muero por probarte —le digo—. Y por sentirte. Cada día se me hace más y más difícil ignorar lo que me pide el cuerpo. Me despierto superhúmeda, Pike. —Muevo mi boca por encima de la suya, acariciándole los labios—. Quiero que me desees. Quiero ver cómo me deseas y te quiero ver haciéndomelo. —Siento su roce entre las piernas y el calor de su aliento. Apoyo los pies en el suelo sin apartar mis ojos de los suyos—. Me encanta que te preocupes por mí y que quieras protegerme —continúo—, pero las chicas también tenemos nuestras necesidades y, en algún momento, tendré que buscarme a otro hombre que sea capaz de hacer mejor tu trabajo. —Unos destellos de ira se esconden detrás de su gélida mirada, pero Pike ni pestañea—. Otro hombre que me besará —suelto el aire—, que me desnudará y me penetrará en la cama, en la ducha, y que me abrirá de piernas encima de la mesa mientras desayunamos...

Pike aprieta los labios como si estuviera a punto de explotar. Me mira y respira con dificultad.

Está ahí. Lo siento. Es como si estuviéramos los dos envueltos por el calor casi sofocante que nos rodea. Lo único que tiene que hacer es acercarse y rodearme con los brazos.

«Cógeme.»

Espero.

«Soy tuya. Acércate y cógeme.»

Pero no lo hace.

Se queda ahí, sin más, y las lágrimas me queman los ojos por detrás. Pike sigue ahí plantado, inmóvil.

Reticente.

Se me oprime el corazón.

Sacudo la cabeza.

—No tienes ni idea de qué hacer conmigo, ¿a que no?

Resoplo y me alejo, pero entonces me coge los brazos y tira de mí hacia él. Me pasa las manos por debajo de los brazos y me levanta del suelo, haciendo que nuestras caras queden a la misma altura, como si yo tuviera cinco años. Se me corta la respiración.

—Uy, es que igual he perdido la práctica, pequeñaja —responde con tono amenazador—. Aunque creo que me las apañaré.

Y entonces me acerca a él, me planta un beso y me roba el aliento con tanta fuerza que no puedo hacer más que abrazarme a su cintura con las piernas y quedarme ahí.

«Toma.»

18

Pike

Joder con la niña.

Joder. Ya no paro. A la mierda. No puedo parar.

Me iba provocando y provocando, pulsando todas mis teclas, dando justo donde sabía que tenía que dar para llevarme hasta aquí, y yo quería que lo hiciera. En el fondo, siempre supe que no podía no tenerla.

Le agarro el culo con ambas manos y la llevo a la cama. Abre las piernas y se sienta a horcajadas encima de mí sin que nuestros labios dejen de tocarse. Me encanta su boca. Es cálida y dulce, y juguetea con la mía con esa lengua, rauda, que me vuelve loco.

—No me ha gustado nada sentirme así —jadea.

—¿Cómo? —Paso las manos por todo su cuerpo, agarrándola y apretándola mientras respira justo por encima de mi boca y se frota contra mi cuerpo, lo cual me la pone dolorosamente dura.

—Celosa.

Tardo un minuto en recordar que estábamos discutiendo sobre que April estuviera aquí. Subo la mano por la camiseta hasta llegar a su pecho y Jordan jadea sutilmente. Gruño, encantado de tenerla por fin entre mis manos.

—Lo sé —confieso—. Cuando te has marchado antes de la fiesta con ese idiota me he cabreado muchísimo. —Le muerdo el labio inferior entre besos—. Joder, era como volver a tener diecisiete años y que alguien se llevara lo que es mío.

Se me hincha la polla y no puedo dejar de tocar a Jordan. Es preciosa, joder. Con su piel suave y su pelo revuelto. El triangulito de tela rojo entre sus piernas me confirma que no mentía cuando me ha dicho que estaba cachonda. Está húmeda y me muero de ganas de probarla.

«Otro hombre que sea capaz de hacer mejor tu trabajo...» Los cojones.

Le aparto el pelo de la cara mientras ella sigue frotándose y nos aguantamos la mirada. Sus ojos dicen todo lo que yo siento. Nos estamos enamorando los dos.

«Mierda.»

—¿Qué ves en mí, nena? —le pregunto agitando la cabeza. A los diecinueve no pude retener a una mujer de diecinueve años; ¿cree Jordan que ahora sí puedo?

—No tienes ni idea, ¿no? —Me coge la cara entre las manos y me besa—. El primer día que

nos conocimos y vimos la peli juntos en el cine me sentí superculpable. —Vuelve a besarme—. Cuando dijiste que pondrían *Poltergeist*... estuve tentada de volver porque quería verte otra vez —confiesa—. Ya en ese momento noté que había algo.

Me hundo entre sus labios con unos besos largos y profundos; la rodeo con un brazo y la pego a mí. Serpenteo con la tira de seda que le envuelve la cadera y siento la necesidad imperiosa de fundirme inmediatamente en su cuerpo.

Basta. Para ella no seré más que una aventura, pero me aseguraré de que sea la mejor de su vida.

Le beso el cuello, succionando y mordiendo con suavidad hasta llegar a la barbilla, y le acaricio sus pequeños y duros pezones.

—Pike... —implora—. Por favor, dime que tienes preservativos.

Asiento y vuelvo a centrarme en su boca.

—En mi habitación.

—Más de uno, ¿no?

Sonrío.

—Sí.

—Ve a buscarlos.

La rodeo por la cintura y me levanto con ella en brazos.

—Tengo una idea mejor.

Cruza los tobillos detrás de mi espalda y, con Jordan agarrada a mí, salgo de su cuarto y me dirijo al mío. Necesitamos una cama más grande.

No deja de besarme en todo el rato y casi cierro los ojos de placer. Creo que nunca me he sentido tan bien. Joder. Me va a malacostumbrar tanto que nunca nadie podrá superarlo.

Entramos en mi habitación, cierro la puerta de una patada y dejo a Jordan en la cama. Pero, cuando me separo de ella para levantarme, protesta.

—No...

Me acerco a la puerta con los ojos puestos en Jordan. Por fin la tengo aquí. Es como si me acabara de tocar la puta lotería.

Estiro el brazo hacia atrás y cierro el pestillo de la puerta mientras sigo mirándola. La luz de la luna se cuela por la ventana e ilumina su cuerpo. Se ha sentado de rodillas y apoya las manos en la cama, por detrás de la espalda. Tiene los labios hinchados de tanto besarnos y yo ya me la imagino desnuda entre mis sábanas.

—Dios, eres tan dulce... —susurro.

Sus labios forman una sonrisa coqueta.

—No te creas.

Arqueo una ceja ante su provocación.

—¿Qué te gusta?

—¿Qué haces tú?

«Manda huevos con la niña.»

Vuelvo a la cama, me abalanzo sobre ella y agarro sus braguitas con la mano.

—Dijiste que querías que me comiera algo —le recuerdo—. ¿Dónde quieres que ponga la boca?

Baja la vista y me mira los labios.

—Emmm... —Traga saliva y se acaricia la pierna por dentro, llevándose la mano hasta el triángulo del tanga—. Aquí.

—¿Y qué hay aquí? —Juego con ella, alejándome cada vez que se acerca para robarme un beso—. Utiliza el vocabulario de los adultos, Jordan. ¿Dónde quieres que te bese?

—E-emmm... —tartamudea juguetona, muriéndose de ganas—. Emmm, en el...

«¿El...?»

Vuelve a buscar mi boca, pero me alejo. Jordan enseña los dientes y gruñe suavemente.

—El...

—¿Sí...?

—En el, em..., en el coño —susurra.

Levanto las cejas, sorprendido. En realidad, no me esperaba que dijera esa palabra, pero vale.

—Quiero que me lo beses y que succiones —me suplica—. Haz que me corra.

Cierro los ojos con fuerza. Mi polla está peleando por hacerse con más espacio para crecer dentro de mis pantalones.

«Joder.»

«Lo que tú quieras.»

Aprieto los dedos alrededor de sus braguitas y se las arranco. La tela se desgarra de un tirón y lanzo el tanga a la otra punta de la habitación. Jordan coge aire.

Me quito la camiseta y me hundo entre sus piernas, me meto su hermosa vulva en la boca.

—Pike —gimotea acercando mi cabeza a su cuerpo y echándose hacia atrás.

Dios, vaya puto subidón. Llevo muchísimo tiempo deseando esto y ahora, por fin, está aquí, abierta de piernas en mi cama y llamándome con su cuerpo.

Primero le lamo el clítoris por encima, metiéndomelo en la boca y tirando de él para luego soltarlo; repito esta misma acción una y otra vez hasta que Jordan se retuerce y quiere correrse. Deslizo mi lengua hacia arriba y hacia abajo, arremolinándola por su saliente y embriagándome de su olor y su sabor. Un minuto más tarde, pierdo el control y empiezo a besarla y morderla por todo el cuerpo. Paso el brazo por debajo de su pierna y me sujeto ahí mientras me alimento de su cuerpo, me entrego totalmente buscando tanto su placer como el mío. Cuando doy paso a los lengüetazos, Jordan arquea la espalda y gime.

No dejo de hacerlo hasta que sus jadeos me indican que se va a correr en cualquier momento. Le agarro un pecho con la mano y sigo con la cabeza hundida entre sus piernas hasta que siento que empieza a temblarle el vientre. Jordan coge aire profundamente y se queda parada mientras llega al orgasmo.

Grita, lo suelta todo, y yo sigo paseando mi lengua por su clítoris, sin cesar, hasta que empieza a calmarse.

—Jordan —susurro a milímetros de su piel.

No sé por qué he dicho su nombre, creo que estoy acojonado de que en realidad no esté aquí, que esto no sea más que un sueño.

Me pasa los dedos por el pelo, me levanto y me tumbo sobre ella. Aparto un mechón suelto que le cae encima de la frente y me la quedo mirando. Tiene las mejillas sonrosadas y le brillan los ojos. Lleva la camiseta levantada, puedo ver sus preciosos pechos y sus vivaces pezones.

Me agacho y me meto uno en la boca, succiono y tiro de él igual que he hecho antes con su clítoris. Gimotea y vuelve a subir las manos hasta mi cuello. Le lamo el otro pecho y deslizo una mano por su cuerpo, intentando abarcar tanto como puedo.

Sé que lo que estamos haciendo está mal y no sé cómo podría explicárselo a alguien, pero, ahora mismo, no quiero estar en ningún otro lugar. Ojalá pudiera morirme así de feliz. Aquí, en medio de la noche, en esta oscura habitación, detrás de esta puerta, no tenemos que darle explicaciones a nadie.

Este momento es nuestro.

Salto de la cama y me pongo de pie. Me desabrocho el cinturón y luego hago lo mismo con los pantalones. Me acerco a la mesita de noche y saco un preservativo de la caja; vuelve a enderezarme y la miro. Ha cerrado las piernas, tiene una rodilla ligeramente doblada, las manos a los lados y agarra con fuerza el edredón sin dejar de mirarme.

—¿Estás segura de esto? —le pregunto.

Asiente.

Me quito las botas y el resto de la ropa y vuelvo a ponerme recto. La miro mientras abro el envoltorio, pero sus ojos están puestos en otra parte y su respiración se ha vuelto más superficial. Se le dibuja una sonrisa en la cara. ¿Qué otras palabras conoce del «vocabulario de adultos»?

Pero no me da tiempo a preguntárselo. Se sienta, cuelga las piernas por el borde de la cama, me coge la polla y se la mete en la boca.

Gruño y ahogo un gemido a la vez. La recorre con su lengua, húmeda y cálida, y succiona la punta.

—Jordan, por favor. —La agarro del pelo, por detrás, y tiro un poco de ella—. Si haces esto no aguantaré mucho, y quiero que te corras otra vez.

Vuelvo a tirarla en la cama, me coloco encima y la beso con ímpetu. Me acomodo entre sus piernas y ella dobla las rodillas y sus uñas me acarician la espalda.

Pongo una mano debajo de ella, cojo su culo y junto nuestros cuerpos. Tengo los ojos cerrados y todo da vueltas. Está justo debajo de mí, piel con piel... Tengo la polla durísima. Ya no aguanto más.

«Ahora sí.»

Me incorporo y desenrollo el preservativo sin dejar de mirarla.

—Tengo un poco de miedo —dice con una arruga de preocupación en la frente.

Paro e intento no apretarme demasiado la polla con el puño.

«¿Miedo?»

—¿Y si hacemos demasiado ruido? —susurra.

Suspiro, aliviado de que no esté empezando a arrepentirse. Me paso la mano por la polla y vuelvo a ponerme encima de ella.

—Súbete la camiseta, Jordan —le ordeno en voz baja—. Quiero verte las tetas mientras te follo.

Se le entrecorta la respiración y una sonrisa nerviosa se le dibuja en los labios. Se sube la camiseta, me inclino rápidamente y vuelvo a morderle un pezón con los dientes.

Resuella y abre las piernas. La punta de mi polla se dirige al húmedo y cálido epicentro de su estrecho coño como si fuera un puto imán.

Me levanto, sujetándome con un brazo, y luego me acerco y le muerdo los labios.

—Intenta no hacer ruido, ¿vale? —susurro en broma—. No podemos permitir que Cramer descubra lo que le hago a su niñera.

Ríe y me devuelve el beso.

—Por supuesto, señor Lawson.

Me inclino sobre Jordan y le aguanto la mirada mientras encajo con suavidad mi punta en su abertura. Entonces, la agarro de la cadera y empujo hacia dentro; su cuerpo me da la bienvenida y el mío empieza a temblar.

Arquea el cuello, cierra los ojos y gime. Sus pechos se mecen al compás.

—Ah, joder, ¡joder...! —grita—. Pike...

—Lo sé, cariño.

«Menudo placer estar dentro de ti.»

Vuelvo a empujar y Jordan se sujeta a mi cintura. Lentamente, voy cogiendo velocidad y se la meto cada vez más hondo, maravillado por tener su cuerpo bajo el mío. Acerco la cabeza y succiono uno de sus pechos mientras ella gime y jadea.

Me aparto un poco y la beso en la boca. Ella hace eso de chuparme la lengua y yo me vuelvo completamente loco.

—Joder, Jordan —digo soltando el aire y dando empellones cada vez más rápidos y fuertes hasta que lo único que oigo son nuestros cuerpos, corriéndose a la vez.

Sus gemidos llenan la habitación, grita cada vez más, y yo la beso, amortiguando el ruido mientras ella se vuelve a deshacer. Su vulva se estrecha alrededor de mi polla cuando llega al orgasmo.

Levanto la vista y nos veo en el espejo del armario. La imagen de sus piernas envolviéndome me pone todavía más. Jordan sigue mis ojos y su mirada se vuelve más traviesa.

Se incorpora un poco y me susurra:

—Quiero verlo.

Le envuelvo la cintura para darnos la vuelta y que quede ella arriba. La camiseta le vuelve a caer por encima de los pechos y su pelo hace lo propio en un magnífico desorden. Me agarro a sus caderas solo para notar el movimiento de su cuerpo cabalgándome. Me mira a los ojos a la vez que mece las caderas, ondeando su vientre y subiendo y bajando el culo mientras me monta.

Entonces levanta la vista y una sonrisa le ilumina inmediatamente la cara. Sé que le gusta vernos en el espejo.

—Qué gusto —gimo de placer ante la presión que ejerce su pequeño y estrecho interior alrededor de mi polla.

Apoya las manos en mi pecho y se mece dándose más placer. Aprieta los dientes y respira agitadamente. Me folla cada vez más rápido.

—Sí —dice cerrando los ojos—. Dios, por favor, sí...

La agarro del culo y me arqueo para morderle un pezón otra vez; succiono y tiro antes de hacer lo mismo con el otro con frenesí. Jordan se acerca a mí sin ralentizar sus movimientos y noto como le resbala el sudor por la espalda.

Se me tensan los músculos y cojo aire por la boca, aprieto los dientes. Estoy a punto de correrme. Me vuelvo a poner arriba, ansioso por tener el control de nuevo. Jordan tiene la cabeza al borde de la cama, demasiado cerca de la mesita de noche, así que la cojo por una esquina y la empujo para apartarla. Tiro la mesa y todo lo que había encima, lámpara incluida, se desparrama por el suelo.

Jordan gime y me besa, dejándose llevar por la enajenación del momento.

—No pares —jadea—. No pares. Voy a correrme otra vez.

Pego mi frente a la suya. Ambos estamos casi hiperventilando y empujo con obstinación, intentando pensar en cualquier cosa que evite que me corra, pero estar dentro de Jordan es maravilloso y estoy completamente perdido.

—Ah, Pike —grita—. Justo aquí. Sí...

Me queman los músculos y la cabeza me da mil vueltas, pero no paro porque, si me muero ahora mismo, lo habré hecho de la mejor manera del mundo. Joder.

—Ah —gime mientras se le tensa el cuerpo y se le entrecorta la respiración.

Se queda callada y entonces... echa la cabeza hacia atrás y grita.

—¡Ah, joder!

La beso con violencia a la vez que observo cómo se vuelve a correr. Me hace perder el control. Empujo con firmeza, cierro los ojos con fuerza y me corro dentro de Jordan, penetrándola tan hondo como puedo una y otra vez mientras mi cuerpo se deshace en un orgasmo y el agotamiento y la euforia se apoderan de mí simultáneamente.

Unos chorros blancos y calientes me resbalan por el muslo y la polla me palpita. Jordan, toda ella, es el mismísimo paraíso. Con ella es como volver a experimentarlo todo por primera vez.

Me tumbo sobre ella, apoyo los codos al lado de su cabeza y le aparto el pelo de la cara con delicadeza.

Me mira a los ojos, sonrojada. Una ligera capa de sudor ilumina su piel.

—No la has besado, ¿no? —me pregunta en voz baja.

Me río por lo bajo.

—¿En serio estás pensando en eso ahora mismo?

Arruga los labios, avergonzada, pero repite su pregunta.

—¿La has besado?

—No —la tranquilizo—. Y tampoco se habría quedado a dormir. Solo estaba intentando olvidarme de ti y de las ganas que tenía de que ocurriera esto; aunque no habría servido de mucho. Tenías razón. Te deseaba a ti.

La beso sorprendido de que, a pesar de haberme corrido, todavía me quedan cosas por hacerle. Podría pasarme toda la noche así.

—Con el tío ese de la fiesta de hoy tampoco ha pasado nada, ¿no? —quiero saber yo.

Los hoyuelos se le marcan todavía más.

—Jordan —le advierto frunciendo el ceño.

Se ríe.

—No —responde finalmente—. No tiene tu cuerpo. —Me da un beso rápido en la mejilla—. Ni tampoco tus tatuajes. —Me besa la barbilla—. Ni tu boca. —Me besa los labios—. Ni dice todo lo que dices tú, que me cala hondo y me vuelve loca en el mejor de los sentidos.

Me inclino hacia ella y la beso larga y apasionadamente. A la mierda. Ahora ya la hemos cagado. Ya me sentiré culpable mañana.

—Solo una cosa —dice apartando su boca de la mía para recorrerme la mejilla a besos—. Sé que tienes que trabajar mañana y querrás descansar, pero tengo bastante hambre. ¿Podemos bajar a la cocina, comer un poco de helado y luego hacerlo otra vez antes de irnos a dormir?

Apoyo la cabeza en su hombro y me río.

«Lo que tú quieras, cariño.»

Muevo el cuello en círculos bajo el chorro de agua caliente. Tengo todos los músculos tensos y doloridos. No suelo hacer ejercicio, pero, como casi nunca estoy mucho rato sentado, creía que estaba en forma. Sin embargo, anoche Jordan me hizo ver que estaba muy equivocado. No puedo evitar fantasear con la idea de hacérselo cada día y tantas veces al día como quiera. Por el bien de mis músculos, nada más, evidentemente.

Pero sé que no puedo. Anoche repetimos y luego nos quedamos fritos. Y, aunque esta mañana vuelva a tener muchísimas ganas, sobre todo ahora que he visto todo lo que me he perdido, sé que no podemos convertir esto en una rutina. Ya nos dolerá lo suficiente cuando se termine.

Cierro el grifo y salgo de la ducha. Cojo la toalla y me seco el pelo. El baño está a oscuras porque he querido autoengañarme fingiendo que todavía es de noche, pero la realidad es que son

más de las cinco de la madrugada y empiezo a currar en una hora. Cuando vuelva a verla ya será de día y tendré que aceptar que lo que he hecho esta noche está jodidamente mal.

Acabo de secarme, me envuelvo la toalla a la cintura y me dispongo a lavarme los dientes. Intento no pensar en la mujer joven que está tremenda y sigue durmiendo en mi cama en la habitación contigua.

Pero, a ver, ¿hasta qué punto lo que hicimos está mal? Ella no está con nadie y yo tampoco. Somos los dos adultos. Vale, hay una diferencia de edad notable, pero tampoco es algo insólito.

Además, ya me gustaba antes de saber quién era, joder. No hemos metido a nadie de por medio y tampoco pretendemos hacerle daño a nadie.

Vuelvo a la habitación y la miro. Está tumbada en la cama, durmiendo bocabajo y abrazada al cojín donde tiene apoyada la cabeza, con el pelo despeinado hacia atrás. Lleva una de mis camisetas, y, por mucho que me guste verla desnuda, no puedo quejarme. Me encanta verla con mi ropa.

Me acerco a su lado de la cama, cojo el reloj de la mesita de noche (la que eché al suelo no; esa está al otro lado) y me lo pongo en la muñeca mientras la sigo mirando.

Hace menos de un mes que nos conocemos, pero tengo la sensación de que siempre ha estado aquí. Como si este lado de la cama hubiera estado esperando siempre a que llegara ella.

No sé si la quiero, pero sé que nunca he deseado nada ni a nadie tanto como a Jordan.

Tiene un pie fuera de la sábana y sonrío al ver sus uñas pintadas de color rosa. Cómo no.

Gime y vuelve la cabeza. Yo levanto la mía para ver cómo se da la vuelta, dormida con la mano apoyada en el cojín, al lado de la cara.

La sábana le llega a la cintura y tiene la camiseta subida. Se le ve un poco la tripa y dejo que el instinto se apodere de mí. Todavía no ha salido el sol.

La noche no tiene por qué haber terminado.

Tiro un poco de la sábana, veo esas braguitas rosas tan sexis y me da igual que haya dormido con ropa. Eso quiere decir que puedo quitársela.

Le bajo la ropa interior con cuidado, me coloco encima de ella, pongo una rodilla entre sus piernas y le subo la camiseta con una mano.

La toco y la beso con suavidad, pasando de su mejilla a su oreja y volviendo a la boca.

—Buenos días —susurro dándole un pequeño mordisco.

Gime otra vez y se arquea en busca de mis labios, que le recorren el cuerpo en sentido descendente, saboreando su vientre y sus caderas antes de volver a subir hasta sus pechos.

—¿Verdad que sí? —bromea.

Me río.

Me estiro para llegar a la mesita de noche, saco otro preservativo de la caja y me deshago de la toalla.

—Un polvete rápido, ¿vale? —la provoco—. Para que me dé fuerzas para el día.

Vuelve a gemir y estira los brazos por encima de la cabeza.

—Vale.

Y me lanzo.

Unos minutos más tarde, los dos estamos jadeando y sudando de nuevo. Y yo debería pegarme otra ducha, pero ya no me da tiempo.

«Joder, qué pasada.» ¿Soy yo o hacerlo con Jordan por la mañana es todavía mejor?

Echo una ojeada al reloj.

—Me tengo que ir.

Aunque no quiero. ¿Tan malo sería que el jefe dijera que no puede ir a trabajar porque está enfermo y se quedara en casa retozando entre las sábanas con su joven y sexi inquilina todo el día?

Me separo de ella a regañadientes, me dirijo al armario y saco unos vaqueros y una camiseta.

—¿Tienes que trabajar esta noche? —le pregunto.

Vuelve a cubrirse con la sábana y me mira adormilada.

—A lo mejor. —Agito la cabeza; siempre está jugando—. A lo mejor estaré en casa —me explica— o a lo mejor tendrás que encontrarme.

Cierro el cajón del armario y abro otro para sacar unos calcetines.

Me vuelvo hacia ella y la miro, serio.

—Llegaré a las cinco. Espérame aquí —le ordeno y me dirijo a la puerta antes de volverme de nuevo—. Por favor —añado con voz más suave.

Sonríe, se vuelve y me mira dulcemente, abrazada a mi cojín.

—Échame de menos.

«Ya lo hago.»

Salgo y cierro la puerta. También cierro la de su habitación, por si Cole regresa, ve la cama vacía y se pregunta dónde está.

Bajo la escalera con prisas y no puedo evitar sonreír a pesar de que la culpabilidad me azota por dentro. Casi me siento como si nada.

Aunque tengo la sensación de que soy más afortunado que todos los tíos que conozco. La chica de mis sueños está durmiendo en mi cama ahora mismo y cuando vuelva seguirá en casa. Jordan tenía razón. Tengo todo lo que necesito bajo mi propio techo.

Excepto a mi hijo. Esta es su casa y no está aquí. Jordan hace que me olvide de él.

Durante diecinueve años, Cole lo ha sido todo para mí. Me sacrifiqué para poder levantar mi propia empresa y que mi hijo tuviera una buena educación y una casa donde vivir. Después de mi experiencia con Lindsay, me dio miedo meterme en otra relación y, cuando la tuve, siempre acabó yéndose al garete porque nadie quería tener que lidiar con la madre de mi hijo el resto de su vida. Mi vida giraba alrededor de Cole, pero, hiciera lo que hiciese, siempre la cagaba. Lindsay le comió el coco y lo puso en mi contra, y ahora Cole no sabe en quién confiar.

La relación que tiene mi hijo con su familia deja mucho que desear, y, aunque permitirme ser feliz con una mujer no es nada malo, que esa mujer sea Jordan podría acabar con la mínima

confianza que Cole siga teniendo en mí. ¿Por qué no puedo parar? ¿Por qué me duele tanto el corazón cada vez que Jordan sonríe? ¿O cada vez que se muerde la uña del pulgar? ¿O cada vez que se pone de puntillas para coger algo de la cocina? ¿O cada jodida vez que pestañea? Es que manda narices.

Entro a la cocina y me sirvo un poco de café para llevar en mi taza metálica. La cierro, saco el táper de la nevera y meto unas cuantas patatas de bolsa dentro porque no me da tiempo a desayunar.

Y entonces suena el timbre. Me doy la vuelta y frunzo el ceño. ¿Quién viene a estas horas de la mañana?

Lo dejo todo en la encimera y me acerco a la puerta de la entrada. Me inclino y pongo el ojo en la mirilla.

«Hablando del papa de Roma...»

Mi ex está ahí fuera, vestida con pantalones de deporte de nailon y un top corto a juego. Se ha recogido su castaño pelo en un moño despeinado, pero el maquillaje que no falte, eso sí. Aparte de a ella, no conozco a nadie que se arregle así para ir al gimnasio.

Aunque, claro, seguramente solo vaya allí para conocer a tíos.

Abro procurando no hacer ruido para no despertar a Jordan.

—¿Qué quieres? —digo con la mano en la puerta.

—Vaya, qué amable —responde con una mueca; tiene los brazos cruzados—. Tan cretino como siempre, ¿eh?

Sin esperar a que la invite, me aparta el brazo y entra.

—Que te presentes aquí a las cinco de la mañana no puede traer nada bueno. —Cierro la puerta—. ¿Has bebido?

Entra en la cocina, suelta las llaves en la encimera y se da la vuelta para mirarme.

—¿Qué hace mi hijo viviendo en casa de una chica cualquiera y no aquí contigo?

Intento, con todas mis fuerzas, no poner mala cara ante su falsa preocupación. No es más que una excusa para ser entrometida.

—Puede venir cuando le apetezca —contesto mientras me acerco a un taburete y cojo la camiseta—. Ha sido él quien se ha ido.

—Porque has dejado que se quede Jordan. Y, eso, ¿por qué?

Me acabo de vestir.

—Si quieres saber qué le pasa a Cole, ve y pregúntaselo. A quién le alquilo o le dejo de alquilar una habitación no es asunto tuyo.

Como me he olvidado de peinarme, me paso los dedos por el pelo. Se queda callada durante un segundo. Desenchufo el móvil que se estaba cargando en la encimera y me lo meto en el bolsillo, esquivando sus ojos.

Se coloca a mi lado, me coge la barbilla y me obliga a mirarla.

Me libero de un tirón.

—¿Qué?

—Pareces acalorado.

—Porque fuera hace calor —respondo de mala gana.

Pero, por debajo de la piel, la sangre me hierve y el corazón me late con fuerza. Cojo el café y le doy un sorbo para disimular lo nervioso que estoy. A esta mujer no se le escapa ni una; lo huele todo a kilómetros de distancia.

—Sé qué cara tienes cuando acabas de correrte —me suelta—. La pregunta es... ¿con quién? ¿Con el trozo de carne joven y dulce que duerme arriba o con otra?

Dejo la taza con fuerza en la encimera y la miro.

—Ya basta.

Mierda. Se me había olvidado lo lista que es. Todavía ni he salido de casa y no puedo contarle lo que siento a la única persona con la que me he cruzado. «Genial.»

Me dirijo a la mesa, me siento y me pongo los calcetines y las botas. Acto seguido, cojo todo lo que necesito para hoy.

—Cole ha dejado el trabajo —me cuenta finalmente—. Ya hace tres días.

Levanto la vista y dejo lo que estoy haciendo. «¿Tres días?»

—Déjame que te dé un consejo —dice con tono condescendiente—. Esto de ser su padre no se acabó el día en que cumplió los dieciocho y pudiste dejar de pagarnos la manutención. Aún te necesita.

—Pues discúlpame si no acepto lecciones sobre cómo ser un buen padre de una mujer que se quedó embarazada para tener un sustento de por vida. —Me doy la vuelta y clavo mis ojos en los suyos—. Quizá ha dejado el trabajo porque así no tendrá que trabajar gratis, porque le haces sentir culpable si no te da la mitad de lo que gana.

Me pega una bofetada en toda la cara y vuelvo la cabeza hacia un lado.

Pero me río.

Claro que estoy preocupado. No tiene trabajo y no ha venido a casa, pero no voy a dejar que Lindsay me sermonee. Lo ha utilizado y ya estoy harto de sus gilipolleces.

—Por eso no quieres que trabaje para mí, ¿verdad? —le pregunto insistente—. Porque, a cambio, yo pagaría sus facturas y le daría un estipendio para asegurarme de que no tocaras su maldita paga. A ti Cole solo te importa cuando llega a casa con dinero. —Recojo mis cosas, me acerco a la puerta y la abro de un tirón—. ¿Sabes de quién sí estoy muy celoso? De todos los tíos que se alejaron de ti antes de que pudieses atarlos con un hijo. No me arrepiento de haber tenido a Cole, pero sí de que fuera contigo. Vete.

Me alegro de haber mantenido la voz baja y de haberme podido controlar un poco, pero estoy alteradísimo por dentro. Viene a mi casa, me acusa de ser un mal padre y luego me abofetea. No es mi esposa y nunca lo ha sido. Tengo que aguantarla, pero tampoco nos pasemos.

Lindsay se queda ahí plantada. Por su mirada, diría que hasta se está divirtiendo. Finalmente, se acerca a mí.

—Me voy —dice a punto de salir por la puerta, aunque antes se da la vuelta—. Me marcho porque tu casa es la única parte de tu vida de la que puedes echarme.

Y, entonces, levanta la vista hacia la escalera y vuelve a mirarme con una sonrisa burlona en los labios.

Sale y yo me quedo inmóvil un instante. Todo lo que he sentido hace unos minutos en la habitación se ha desvanecido por completo. Cole está pasando una mala racha y me necesita.

Y Lindsay sabe lo de Jordan. Puede que no sepa nada con certeza, pero lo sospecha, y, para ella, eso es suficiente.

Va a machacarla. Y ni de coña voy a dejar que Jordan tenga que aguantar todo esto.

Ojalá la hubiera tenido más de siete horas.

19

Jordan

Coloco las piedras en su lugar con la ayuda de mi pico y pongo cola en la fisura para sujetar bien las piezas del prototipo. Quiero volver a mirar qué hora es en el microondas, pero me abstengo porque sé que no han pasado más de dos minutos desde la última vez que lo he mirado.

Ya son más de las seis. Pike llega tarde. Y eso es algo muy raro en él.

Pero a medida que avanzan los minutos, siento que me estoy mosqueando porque tampoco ha llamado y me ha pedido explícitamente que lo esperara en casa. Pike no suele hacer estas cosas, pero cualquier otro tío que conozco sí. Y yo soy la típica a la que pueden tratar como una mierda y hacerla esperar porque se lo paso.

Al menos, durante un tiempo.

La *pizza* que he pedido, mitad de *pepperoni* y mitad de tacos, ha llegado hace una hora y la he metido en el horno para que no se enfríe. Mi ensalada, en cambio, la he guardado en la nevera, para mantenerla fría. Incluso he encendido la tele; solo tenemos que darle al «Play» para ver *Jóvenes ocultos*, el siguiente título de nuestra lista de pelis de miedo de los ochenta, pero estoy sola.

Otra vez.

«Vale.» Podría estar terminando algo en el trabajo. Tendría sentido y ya soy mayor para entenderlo. No necesito que me cojan todo el tiempo de la mano. También podría haber tenido un accidente, pero esto ya es un caso mucho más extremo y tampoco quiero ser de esas que llaman para preguntar. Se pensará que estoy... pillándome o vete a saber.

Pego las bolas de cristal en la base de lo que pronto será un riachuelo y voy dejando que se esfumen los minutos, junto con su oportunidad de estar conmigo, mientras me quedo aquí sentada, esperándolo, cada vez más cabreada.

Ha sido un día maravilloso. Me he despertado dolorida, pero casi ni me he dado cuenta porque los recuerdos de anoche han hecho que no parara de ruborizarme. Pike no había perdido para nada la práctica. He recogido los pedazos de la lámpara que rompimos anoche y he arreglado la mesita sin conseguir borrar la sonrisa de mis labios.

También he limpiado la lavadora, porque aún quedaban restos del vaso del A&W que ayer eché dentro. Menos mal que Pike no se ha enterado de esto, cambiaría de opinión sobre si soy o

no adulta.

No quería deshacerme de su olor, pero, después de haber fregado la casa entera, he tenido que pegarme una ducha urgentemente. Después he llamado a Cam para pedirle que me dejara el coche y poder ir a cobrar al Grounders; además, también tenía que hacer unos cuantos recados. Tanto Shel como mi hermana me han mirado como si sospecharan algo; les habrá extrañado que fuese corriendo de un sitio a otro, pero la verdad es que he pasado de ellas.

En solo unas horas, sus ojos volverían a mirarme a mí. Y eso me encanta. Esta noche podríamos nadar o poner algunos cojines y mantas en la caja de la camioneta y enrollarnos por ahí. O quizá podría provocar una discusión para que me reclinara en la mesa de la cocina y me azotara.

«Qué tonta.» Esto no son más que fantasías y expectativas que siempre van a estar muy por encima de la realidad. Y ya debería saberlo, porque aquí estoy yo: sentada esperándolo para que, cuando llegue, me encuentre a su entera disposición.

Al cabo de un rato, vuelvo a mirar el móvil para ver si me ha mandado algún mensaje.

Nada.

Miro la hora otra vez. Ya son casi las siete. Llega dos horas tarde.

Sabía que lo estaría esperando. Si no me ha llamado, es porque quizá sí que le ha pasado algo.

Marco su número y me preparo para sentirme o muy dramática en caso de que no esté en urgencias o muy mal en caso de que sí que esté y haya desconfiado de él.

Salta el buzón y cuelgo. Casi sin pensarlo, me levanto, me acerco a la nevera y paso el dedo por la lista de contactos de Pike. Veo el teléfono de Dutch y lo marco mientras pienso qué le voy a decir sin sonar desesperada.

Suenan tres tonos de llamada antes de que responda.

—¿Hola?

—Ey, Dutch —me apresuro a saludar intentando sonar alegre—. Soy Jordan. Perdona que te moleste; como Pike casi nunca lleva el móvil encima, he pensado que quizá sería mejor llamarte a ti. Estoy a punto de irme a trabajar y he perdido la llave de casa. —Me humedezco los labios y el corazón me late con fuerza—. ¿Habéis terminado ya en la obra? No sé cuándo volverá Pike y no quiero marcharme y cerrar solo de un portazo.

—Hemos terminado hará ya un par de horas, cielo —me cuenta—. Yo estoy en casa; Pike se ha ido a tomar unas cañas al Poor Red's con los demás. Estoy seguro de que, si lo llamas, vendrá corriendo y cerrará por ti.

Se me cierra la garganta y las lágrimas me queman en los ojos.

Ha salido.

Me obligo a sonreír con la esperanza de que eso camufle la mala leche que siento ahora mismo.

—Claro, eso haré. Gracias.

Cuelgo, cierro los ojos y me obligo a tranquilizarme. Ha salido. Y ni siquiera me ha avisado.

Me ha dejado aquí esperándolo, sin más.

Pestañeo para apartar el escozor de mis ojos y me niego a que me duela. Le había cogido cariño. Y me lo he tirado. Pero no le quiero, y yo a él, claramente, le importo una mierda. Ya ha conseguido lo que quería.

Todo eso de ser tan posesivo y su necesidad de vigilarme y protegerme no ha sido más que una farsa para que me quedara y pudiera acostarse conmigo. Al principio se iba resistiendo porque se sentía mal, pero, en realidad, estaba ganando tiempo para convencerse de ello. Su plan siempre fue meterme en su cama. Y ahora que ya lo ha conseguido, ha perdido el interés. Quizá April también está en el Red esta noche y pueden continuar donde lo dejaron ayer.

Gruño y le doy una patada a una de las sillas.

Estas cosas a mí no me pasan. Ya no. Esto se acaba aquí.

Cojo el teléfono y marco el número de Cam porque me acabo de acordar de qué día es hoy.

—Ey, ¿qué tal? —responde.

Encorvo mis labios. De repente, me siento muy atrevida.

—Creo que quiero ver mi primer concurso de camisetas mojadas.

Ahoga un grito y grita al teléfono:

—¡Toma!

20

Pike

Aparco en la entrada pasadas las nueve y dirijo la mirada hacia mi casa. Jordan no estará durmiendo, y la verdad es que, en comparación con hace cuatro horas (cuando he acabado de trabajar), tampoco es que esté en mejores condiciones para ponerle las cartas sobre la mesa. Pero no puedo seguir posponiéndolo. Tenemos que hablar.

Hay una lucecita encendida en la cocina; seguramente sea la de los fogones. El resto de la casa, sin embargo, está a oscuras, y una parte de mí desea que esté durmiendo, porque no quiero tener que hacer esto.

Salto de la camioneta, pego un portazo y voy hacia el porche. Meto la llave en la cerradura, la giro, abro la puerta y entro en el salón, a oscuras. No hay ni pizca de luz en toda la casa y no oigo música. Soy consciente de que lo de haberla dejado plantada no le habrá hecho gracia alguna. Me ha llamado hace un par de horas, pero no ha dejado ningún mensaje. Está enfadada, seguro.

Cojo aire y huelo a queso caliente y a carne picante de inmediato. *«Pizza.»*

Entro en la cocina, abro el horno y me encuentro con una caja grande de la pizzería Joe. La saco y la dejo encima de los fogones.

La abro y veo que la *pizza* está entera. No se ha comido ni un trozo.

Se me forma un nudo en el estómago y me siento como el culo. Sabía que habría preparado algo para cenar. Vuelvo al salón, cojo el mando a distancia y enciendo el televisor. La pantalla pasa de negro a la portada de *Jóvenes ocultos* en la aplicación de Netflix. Jordan lo había organizado todo para esta noche.

Subo la escalera y me detengo justo delante de su habitación. No se cuela ni un rayo de luz por el umbral de la puerta.

Llamo dos veces y espero. Al ver que no responde, giro el pomo y la abro.

La luz de la luna baña ligeramente la habitación. Su cama sigue hecha y el cuarto está vacío.

Se me acelera el pulso. Su coche todavía no funciona. ¿Dónde habrá ido?

Igual ha tenido que ir a trabajar al final. Vuelvo a mirar el móvil, por si me ha dejado algún mensaje, pero no hay nada.

Quizá la ha llevado su hermana.

Pero, si hubiese tenido que ir a trabajar, me habría avisado.

Marco el número de Jordan. Bajo corriendo la escalera mientras suenan los tonos de llamada y apago la tele.

Cuando al final lo coge, una música a todo volumen me golpea el oído. Dibujo una mueca y me separo un poco el teléfono del oído.

—Ey —dice sorprendentemente... tranquila.

—¿Dónde estás?

—Fuera —responde—. Volveré más tarde.

—¿Estás trabajando?

Se ríe y oigo la voz de otra mujer y un montón de parloteo de fondo.

—Uy, no —responde finalmente.

Y entonces, a lo lejos, se oyen una especie de rugidos que tienen la pinta de ser unos cuarenta tíos animando. Me yergo e intento adivinar qué narices está pasando.

—Jordan, siento haber llegado tarde —me disculpo.

—¿Qué?

—¡Que siento haber llegado tarde! —grito al teléfono—. Tenía que terminar unas cosas y tuve que quedarme.

—¿Y por qué no me llamaste? —pregunta levantando la voz—. No estabas en el trabajo. Has ido al Red y yo no espero. Ya no. He salido con mis amigas y me lo estoy pasando bien. Ya volveré más tarde.

Y entonces la música y la voz del *DJ* que oía hace un segundo de fondo enmudecen y la línea se corta. Ha colgado.

Me ha colgado.

Bajo la mano y me quedo mirando la pantalla del teléfono. Vale, está enfadada. «Creo.» Aunque no sonaba enfadada. Ni borracha. Solo sonaba indiferente y, por alguna razón, me temo que eso es aún peor. Sé tratar con la gente cuando está enfadada, pero con una chica que parece que está perfectamente conforme con las conclusiones que ha sacado no. Mierda.

Y entonces caigo en lo que estaba anunciando el *DJ*.

«Noche de camisetas mojadas en The Hook.»

Pongo los ojos como platos. No habrá sido tan idiota de apuntarse, ¿no?

Hostia puta. ¿Qué demonios se supone que tengo que hacer? ¿Ha salido a pasárselo bien tal y como me ha dicho o me la está colando? ¿Está intentando provocarme para que vaya hasta allí y me la lleve amenazándola con hacer algo que no me gustaría o es un farol y es mejor que me quede donde estoy y ya veremos qué pasa? Por eso las mujeres y yo no nos llevamos bien, y por eso las relaciones que he tenido en otras ocasiones nunca han funcionado. Yo no estoy para estas tonterías.

Pero la cosa es que, si ha salido, ha sido por mi culpa. Si hubiese llegado a casa a la hora que le he dicho, ahora mismo estaría acurrucada sobre mí, en el sofá, provocándome con esos ojitos,

con sus manos, con su olor y con esa forma tan sexi que tiene de arquear la espalda cuando se estira.

Suspiro y niego con la cabeza.

Me muero de ganas de estar con ella.

Me meto el móvil en el bolsillo, saco las llaves y me dirijo a la puerta. Sin embargo, cuando la abro, veo a Cole ahí plantado, con la mano estirada como si fuera a abrir él.

Me detengo y levanto las cejas.

—Ey —saluda simpático, lo cual no es habitual en mi hijo.

Abro la boca para decir algo, pero tardo un poco en recobrar la voz.

—E-ey —tartamudeo un poco perturbado al verlo de repente—. Me he pasado el día intentando dar contigo. Incluso he ido a un par de sitios donde sueles ir a la hora de comer por si te encontraba. ¿Dónde narices estabas?

—Ya, lo sé. Perdona. —Entra y se dirige a la cocina—. Tenía que arreglar unos asuntos.

Se acerca a la nevera y saca un refresco. Entonces se vuelve, se apoya en el fregadero con la espalda y abre la lata.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —digo desde la isla—. Tu madre se ha plantado aquí esta mañana para decirme que has dejado el trabajo.

Levanta la mirada hacia mí como si estuviera exagerando.

—Si me mantuvieras al tanto de tu vida, no estaría dándote la lata —suelto intentando no sonar borde.

Vuelve la cabeza para mirar por la ventana. Ve algo, se aleja de la encimera, atraviesa el cuarto de la lavadora y sale al jardín trasero. Y yo voy detrás.

—¡Estoy bien! —grita volviendo la cara hacia mí—. En realidad, lo he dejado porque tengo otro curro.

Se acerca a la piscina y empieza a tirar del tubo del limpiafondos. Se me había olvidado completamente; lleva funcionando desde ayer por la tarde.

—¿Otro curro? —pregunto tirando del tubo por detrás de él—. ¿Dónde?

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas. ¿Dónde trabajas?

Se echa a reír y yo pongo mala cara.

—¿Por qué te ríes? —pregunto.

Este crío sabe cuánto nos preocupamos por él, ¿y pretende ir por ahí como quien lo tiene todo controlado y que no le pidamos explicaciones?

—Porque me flipa. Te lo contaré pronto, te lo prometo.

—¿Es legal? —Sigo tirando del tubo; el limpiafondos pesa más a medida que lo arrastramos por la piscina hacia nosotros.

Ríe y su espalda tiembla.

Yo arqueo una ceja.

—Te prometo que es el curro más legal del mundo. —Juega con las palabras y yo me pierdo —. Tengo un sueldo fijo, seguro médico y dental, jubilación y todo lo demás. —Me mira—. No me drogo ni estoy metido en problemas. Estoy perfectamente. Siento no haber estado mucho por aquí, pero no quería que fuera raro para Jordan.

Suelto el tubo que ya casi hemos sacado del todo.

—¿O sea que estás bien? —pregunto esperando confirmación.

—Ajá.

—¿Volverás a casa?

Cole se encoge de hombros. No parece que lo tenga muy claro.

—Creo que sería incómodo. Quiero que Jordan se quede aquí todo el tiempo que necesite.

Me acerco a él. Todavía le saco unos centímetros, pero cada vez que lo veo me sorprendo de lo mucho que sigue creciendo.

Dudo si decírselo o no, porque no quiero que Jordan se marche, pero esta es la casa de Cole.

—Puedo buscarle otra cosa —comento.

Seguro que encuentro la forma de que ambos estén bien.

Pero no parece que tenga que pensárselo mucho.

—No. —Niega con la cabeza y se endereza—. No vale la pena porque, de todos modos, muy pronto me independizaré.

—¿En serio? —Ahora sí que me preocupo; me da a mí que su nuevo trabajo es demasiado bueno para ser real—. Ya vuelves a ponerme nervioso.

Pero Cole se echa a reír y se centra en el limpiafondos de nuevo. Lo ayudo a sacarlo del agua.

—Oye —prosigue—, quería hacerme mi primer tatuaje antes de empezar en el nuevo curro y he pensado que nos podríamos tatuar algo los dos. ¿Qué te parece? —Me mira nervioso; sé que no le ha resultado fácil pedírmelo—. En plan, ¿el próximo finde?

¿Un tatuaje?

La última vez que me hice uno creo que fue cuando Cole tenía solo dos años. Ya no me llaman mucho la atención, pero, por él, lo haría con los ojos cerrados. Me alegra que quiera que hagamos algo juntos.

—Claro. —Asiento—. Buena idea.

Incluso sé lo que me quiero tatuar. Se me ha ocurrido enseguida.

—Vamos. Te ayudo con esto y luego me voy con mis amigos, ¿vale?

—Genial. —Tiro de la punta del tubo y sacamos el limpiafondos, que chorrea por todas partes.

En realidad, yo también tengo algo que hacer.

Dudo que puedan entrar menores de veintiuno a no ser que trabajen aquí, y más vale que Jordan no lo haga. Hasta me he planteado, durante un segundo, hacer una llamada y denunciar a Mick

Chan por dejar entrar a una chica de diecinueve años en su club de estriptis, pero soy el primero que, a su edad, también me gustaba que el propietario de un bar hiciera la vista gorda. Además, eso solo cabrearía más a Jordan. Ya la oigo diciéndome: «¿Soy lo bastante mayor como para me lo chupes, pero no para tomar una copa?».

A ver, legalmente hablando, sí; al menos, es así si lo miramos desde un punto de vista más técnico.

Me guardo las llaves en el bolsillo, cruzo el aparcamiento y abro la puerta de The Hook. La música retumba en las paredes y hace vibrar el suelo. El local huele al característico champú con perfume de orquídeas con el que Mick limpia las moquetas. Es el mismo olor que te embriaga cuando entras en un casino de lujo donde intentan disfrazar la peste a cigarrillo. Hace muchísimo tiempo que no venía, pero, de repente, es como si volviera a tener diecinueve años.

Pago la entrada y accedo al local. Paso por delante de la barra y me fijo en el gentío que hay dentro. Chicos jóvenes, señores mayores, y algunas mujeres y parejas. Bajo el escenario blanco hay unas luces de color lila y las extremos naranjas de los cigarrillos sueltan unas pequeñas columnas de humo que se elevan en el aire.

Y, entonces, el arrepentimiento se apodera de mí. No debería haber venido.

Será mejor que me marche antes de que me vea. Es adulta, lleva mucho tiempo cuidando de sí misma y la vocecita que oigo en mi cabeza tiene razón. Si la he metido en mi cama y lo hemos estado haciendo durante más de media noche, también es suficientemente mayor como para tomar sus propias decisiones. Tiene que poder salir con sus amigas. Y quiero que lo haga.

Pero no aquí, porque sé que Mick quiere que trabaje para él y Jordan necesita dinero. Además, esta noche he complicado aún más que Jordan siga viviendo en mi casa. Está enfadada. Y si ahora empieza a pensar que tiene que irse a otra parte, ¿qué pasará? ¿Y si bebe un poco y entonces decide que necesita ganar más dinero?

Me paso la mano por el pelo y noto la gomina que me he echado. Me he arreglado para ella. Hasta me he cambiado de ropa.

Miro el traje azul marino que llevo, me lo compré el año pasado para la graduación de Cole, aunque ese día me puse corbata. Hoy solo lo he combinado con una camisa blanca, aunque he dejado los últimos botones desabrochados, y unos zapatos negros. No sé ni por qué me he puesto esto, porque ahora mismo me siento ridículo de narices, pero creo que solo quiero que vea que no soy un libro abierto. Que puedo ser diferente. Que todavía puedo sorprenderla.

Me dispongo a salir, rezando para que no me haya visto, pero entonces el público empieza a animar y a ulular. Y en ese momento desvío mi atención hacia un grupo de chicas que están alineadas en el escenario.

Cada una lleva una vestimenta diferente: tejanos, faldas, tangas... Y, aunque parecen nerviosas, ríen juguetonas. Un par de mujeres ya han empezado el concurso y, a juzgar por lo que veo, ahora ganar trescientos dólares requiere medidas un poco más drásticas que cuando yo era joven. Hay dos mujeres que ya están empapadas; una, un poco más mayor que las demás, se

acerca y les tira jarras de agua mientras las otras cuelan las manos por debajo de sus chorreantes camisetas, se sacuden los pechos, y se dan la vuelta para sentarse a horcajadas en el suelo y menear el culo para la entusiasta multitud que las observa. Les echan más agua por la espalda y ellas agitan el pelo, empapado; parece que estén desnudas. En realidad, casi lo están.

Algunos chicos tienen la cámara del móvil encendida. Pondría la mano en el fuego por que no está permitido, pero les da a todos igual. Esas mujeres no son aficionadas, ¿verdad? Jordan no sabe hacer estas cosas.

¿O sí?

De repente, unas cuantas mujeres arrastran a una joven rubia al escenario. Jordan se resiste. Está riendo, pero niega con la cabeza, nerviosa.

«Pero ¿qué...?»

No la oigo, pero su boca va repitiendo «No» una y otra vez mientras clava los talones en el suelo e intenta deshacerse de las manos de su hermana.

Alguien pasa delante de Jordan y le baja la cremallera de su sudadera blanca y corta. Y yo me abalanzo hacia delante, pero entonces le tiran una jarra de agua al pecho y me quedo helado. No puedo moverme.

Jordan abre los ojos como platos y deja caer la mandíbula. Es como si el agua, que seguro que está fría, la hubiera dejado desconcertada. Y ella sigue allí, quieta, con las palmas de las manos abiertas delante de su cuerpo y la sudadera colgándole de los brazos, desnudos.

Tiene las puntas del pelo mojadas, pero sus largos mechones, sexis como siempre, le envuelven la cara. El agua le resbala por el vientre y hace que le reluzca la piel.

¿De dónde ha sacado este top lencero? Es de color crema y de encaje, con unos tirantes muy finos y prácticamente transparente. Puedo ver sus oscuros pezones desde aquí, y también las curvas de los pechos a medida que la tela, mojada, empieza a adherírsele al cuerpo.

Inspecciono con la mirada el local; todos los tíos la están mirando y silbando. Me queman los ojos. Debería estar con esta ropa en mi cama, no en un puto escenario. Aprieto los puños.

Parece que Jordan se repone porque, de golpe, se abraza a sí misma y sale pitando de allí sin llevarse la sudadera siquiera. Baja los escalones a toda prisa y bordea la pared, corriendo, hasta llegar al pasillo donde se encuentran los baños. Hay unas chicas en una mesa que le tienden la mano y la llaman, pero Jordan no se detiene, solo se vuelve, ruborizada, y sonríe a sus amigas. O a las amigas de su hermana.

Levanta la vista, se me queda mirando y se paraliza. Las chicas de la mesa la ven, siguen la dirección de sus ojos y luego alternan la mirada entre ella y yo.

Las líneas verticales que le delinean el abdomen a ambos lados del ombligo resplandecen ligeramente a causa del agua. El riego sanguíneo me desciende hasta la polla solo con verle la piel.

Lo llevaba puesto. Se lo ha puesto aposta, lo cual indica que estaba considerando subirse a ese escenario. Levanto la vista de su cuerpo y la miro a los ojos mientras doy un paso hacia delante.

«Es mía.»

Jordan da un paso hacia atrás.

Vuelvo a acercarme y ella vuelve a alejarse.

—Ha sido un accidente —suelta frunciendo el ceño—. Solo estaban haciendo el tonto. No necesito que me sueltes una chapa sobre algo que no ha sido mi cul...

Me precipito hasta ella, le paso un brazo por la cintura, la acerco a mí y estampo mis labios contra los suyos.

Jordan gime, sorprendida. Me da igual quién nos vea ahora mismo. La guío hacia el pasillo sin dejar de besarla y luego me meto en un recodo para escondernos de todos los ojos de la sala.

Separa su boca de la mía de un golpe.

—¿Qué haces?

Dios, necesito más. Busco sus labios de nuevo, pruebo su lengua y acaricio su suave pelo con la mano.

—No. —Se aparta de mí.

Bajo los brazos. El corazón me late con fuerza y mis dedos siguen excitados por el tacto de su piel.

—No voy a discutir contigo —le digo respirando con dificultad—, y tampoco te pediré que vuelvas a casa. Solo quiero decirte que lo siento.

Levanta la barbilla, fingiendo que no le importa.

—¿Qué sientes?

—Lo de la *pizza*, la peli...

—Haberte olvidado de mí —añade.

Me acerco a ella intentando aparentar calma y no tocarla.

—No me he olvidado de ti. No puedo... olvidarte.

Se queda callada y me aguanta la mirada. No tengo muy claro qué está pasando ahora mismo por su cabeza, pero necesito decírselo a la cara. No quiero que haga ciertas cosas solo porque piensa que paso de ella.

No articula palabra alguna. Se da la vuelta, atraviesa el pasillo y sale del local.

—¿Dónde vas? —la sigo.

—Mi hermana tiene una muda de ropa en el coche —responde cortante—. Estoy bien. Volveré luego, ¿vale?

Se dirige hacia el Mustang blanco de Cam que está en medio de un *parking* repleto de coches, y se acerca a la puerta del conductor.

—Para. —Me acerco a ella y pongo la mano en la puerta—. Déjame que te lo explique.

Se vuelve con una expresión compasiva.

—Uy, estoy segura de que tienes una excusa. Una muy buena. No sufras.

Se da la vuelta de nuevo y coge la maneta de la puerta, pero necesito que me escuche. Aunque sea solo un segundo.

—Para. Por favor —respiro con dificultad mientras miro su coronilla—. Jordan, yo...

Trago saliva. Solo quiero que se vuelva y que me mire de nuevo con esa sonrisa y esos ojos tan dulces.

Bajo la voz.

—No puedo perderlo —digo casi susurrando.

Jordan no se mueve y lo único que oigo es su respiración. ¿Se ha arrepentido de algo cuando se ha despertado esta mañana?

Finalmente, deja de darme la espalda, me mira y asiente con lentitud.

—Lo sé —dice en voz baja—. Y para que eso no pase, tienes que perderme a mí. Lo entiendo. Yo tampoco quiero hacerle daño.

Vuelve a ponerse de cara al coche para abrir la puerta, pero bajo la cabeza hacia su cuello y cierro los ojos. Es como si fuera agua y se me escurriera entre los dedos. Y yo me voy a morir aquí mismo.

—Me estoy enamorando de ti —susurro.

Se vuelve de nuevo poco a poco. No sé si debería habérselo dicho o no, pero levanto los ojos, cansados, y estudio su expresión. Jordan se queda pasmada y en su mirada se vislumbra una sensación que está a medio camino entre el deseo y la dificultad de contenerse.

—Sabía que estabas en alguna parte —le digo con una sonrisa afligida—. Las chicas y las mujeres con las que he salido, la madre de Cole... Nunca quise casarme con ninguna de ellas porque no tenían lo que yo busco. Había empezado a pensar que mis expectativas eran demasiado altas y que no existías. —Le cojo el cuello por detrás y la acaricio con los pulgares—. Pero resulta que la chica de mis sueños también es la chica de la única persona a la que no puedo hacerle daño, porque me moriría.

Se le llenan los ojos de lágrimas. La acerco a mí y le beso la frente.

—No quiero asustarte —sigo—, pero tú sí me asustas un poco. Porque lo único que quiero es estar contigo, y...

Asiente.

—Y es complicado —termina la frase por mí.

Se separa y aparta la mirada. Ninguno de los dos tiene claro cómo gestionar la situación. Este problema no tiene arreglo.

—Cuando he salido del trabajo, necesitaba tiempo para pensar —confieso—. Siento haberte dejado plantada.

—¿Y a qué conclusión has llegado? —Baja la vista y el puto corazón me da un vuelco—. Como has pensado tanto...

No dudo, porque sé que ya no puedo parar.

—Que lo de sentirme mal puedo dejarlo para mañana.

La beso con pasión y siento que se va fundiendo poco a poco conmigo, apretando su cuerpo al mío. El calor me recorre las venas y se me pone dura; bajo los brazos por la espalda de Jordan, le

agarro el culo y le levanto una pierna desde detrás de la rodilla. Le voy besando la mejilla y luego desciendo mi boca por su cuello mientras ella echa la cabeza hacia atrás para dejarme vía libre. La apoyo en el coche y le muerdo el cuello y la clavícula dulcemente.

—Pike, nos verá alguien —se queja.

Pero necesito todo esto. El tirante del top le resbala por el hombro. Bajo la copa del sujetador y me inclino para llenarme la boca con su pecho, su pezón y toda ella.

Ahoga un gemido.

—Pike. Ah, Dios...

Jadea cuando la beso y le succiono el pecho, mordiendo la piel rugosa de su pezón.

—Joder, tenemos que irnos a casa o te voy a follar aquí mismo —me quejo.

—¡Ey, Pike! —grita alguien.

Pego un salto y Jordan suelta un grito. La abrazo mientras ella se esconde en mi pecho, intentando tapar su cuerpo prácticamente desnudo.

—Mierda —gruño y vuelvo la cabeza para ver a Ben Lovell en un coche de policía que ha parado justo a nuestro lado. ¿Cómo no lo hemos oído acercarse?

—Ben —digo con la respiración entrecortada—. ¿Qué diablos haces?

Esconde fatal la gracia que le hace la situación en general cuando responde:

—Nada, aquí patrullando, tío. ¿Esa que tienes ahí es la hija de Chip Hadley?

—No te importa. —Me muevo un poco para esconder a Jordan, pero Ben estira la cabeza para intentar verla.

—¿Estás bien, cielo? —pregunta con una sonrisa en los labios.

Jordan se abraza a sí misma tratando de cubrir su casi desnudez y sonríe apretando los dientes.

—Em, sí, señor.

Ben ríe para sus adentros y niega con la cabeza.

—Lo que hay que ver —murmura antes de arrancar el coche y empezar a circular despacio.

Me espero a que salga del aparcamiento antes de volverme para mirar a Jordan.

—No te preocupes, no dirá nada.

A Lovell no le gusta cotillear.

Se vuelve a subir rápidamente la tira del top y, con los brazos cruzados, mira nerviosa alrededor.

—Vamos. —La cojo de la mano para ir hacia mi camioneta—. Vámonos a casa; nadaremos un poco.

—¿Sin ropa? —me provoca.

Le abro la puerta y niego con la cabeza.

—No. Ponte el bikini de conchas. Llevo días muriéndome de ganas de quitártelo.

Sonríe y se sienta. Doy la vuelta al coche y abro la puerta del conductor. Jordan saca el móvil; seguramente está mandando un mensaje a su hermana para que sepa que se va. Arranco el motor y meto la primera.

Antes de que nos dé tiempo a salir del aparcamiento, se acerca a mí y empieza a morderme el cuello.

—Hablando de ropa... —Cuela la mano por debajo de mi americana y me acaricia el pecho—. Podría acostumbrarme a verte así más a menudo.

—Pues no lo hagas —la aviso—. Solo me lo pongo en ocasiones especiales.

—¿Y yo soy una de esas ocasiones?

—Me da a mí que ya sabes la respuesta —bromeo—. No salgo de mi zona de confort por cualquiera.

Le dedico una sonrisa socarrona. Me da absolutamente igual que me haya puesto mi organizado mundo patas arriba. Hago cosas que normalmente no haría solo para contentarla, pero Jordan también está haciéndome sentir cosas que no había sentido en muchísimo tiempo; algunas nunca las había sentido. En realidad, hoy, sin darme cuenta, me he puesto a hacer una lista de todas las cosas que quiero hacer con ella, como llevarla a partidos de béisbol o hacer viajes por carretera. Hasta he buscado casetes de los ochenta en eBay para darle una sorpresa, como si fuera a seguir en su vida durante las vacaciones de Navidad o en su próximo cumpleaños. No jodas, por el amor de Dios.

Hace que me ilusione por lo que me depara el futuro. Sea lo que sea.

Me vuelvo para besarla, aunque intento mantener la vista en la carretera, pero acabo riendo.

—Ponte el cinturón. Al final la vamos a liar.

Regresa a su sitio, se sienta bien y hace lo que le he pedido.

—Ah —añado mirándola—, y sé que Mick quiere contratarte. No trabajarás para él, ¿te queda claro?

Apoya la cabeza en el respaldo del asiento y mira a través del parabrisas.

—Uy, ¿vas a poner tú las reglas a partir de ahora?

—No me gusta preocuparme y este tema lo vamos a dejar zanjado ahora mismo.

No creo que Jordan vaya en serio, pero prefiero dejar las cosas claras.

Se limita a encogerse de hombros.

—Mi hermana gana mucho y no le hace daño a nadie. No quiero que me tenga que mantener otra persona. —Guarda silencio un segundo—. Supongo que haré lo que tenga que hacer. No necesito que me des permiso para ello; lo sabes, ¿no?

Me sujeto el puente de la nariz. Esta situación me pone de los nervios.

Pero entonces pienso en lo mucho que les ha costado a las otras arrastrarla hasta el escenario esta noche porque Jordan ha visto que, evidentemente, participar en un concurso de camisetas mojadas no es lo suyo. Se hubiera vestido para la ocasión o no. Eso da igual.

Río sutilmente por la nariz y recuerdo cómo se ha puesto antes.

—Ni siquiera sé por qué me preocupo —digo un poco en coña—. Eres una niña buena. No tienes lo que se necesita para trabajar allí.

—No soy una niña.

Aprieto los labios para dejar de sonreír, pero me cuesta. Sí, ya lo sé: es una mujer.

—Y si Dutch o el tocapelotas de Jay o cualquiera de los tíos con los que trabajo vienen, ¿qué? —insisto—. ¿Vas a ser capaz de servirles bebidas detrás de la barra en bikini o, peor aún, desnudarte delante de ellos y bailarles? ¿Dejarías que te utilizaran para correrse? ¿Te sentarías en su regazo y te frotarías con su cuerpo por cuarenta pavos?

No puedo evitar reírme por lo bajo solo de pensar en una idea tan absurda. Si se lo piensa dos veces e intenta imaginárselo, verá que es completamente descabellado.

Me mira.

—¿Te estás riendo de mí?

—Estoy diciendo que te conozco —explico adoptando un tono más serio—. Tanto tú como yo sabemos que no tienes narices de hacerlo; yo tampoco las tendría. O sea que dejemos de perder el tiempo discutiendo sobre algo que nunca va a pasar.

Se queda mirando hacia delante y enmudece, pero veo que aprieta la mandíbula y clavo los ojos en el parabrisas. Estaría siendo condescendiente si pensara que la conozco más de lo que se conoce ella misma, pero con todo este berrinche está comportándose como una cría. Tiene más sentido común del que está demostrando y a mí no me van los juegos. Sabe que jamás sería capaz de servir a ese tipo de clientes, y mucho menos de hacerles un estriptis y bailarles desnuda. Seguramente pasaría tanta vergüenza que acabaría llorando.

Llegamos a casa siete minutos más tarde. Voy a aparcar en la entrada, pero Jordan salta antes de que me dé tiempo a apagar el motor.

—¡¿Jordan?! —grito abriendo la puerta.

¿Qué diablos le pasa? No nos habremos peleado otra vez, ¿no?

Se dirige al porche y me mira por encima del hombro.

—Solo voy a por el bikini.

Yo me quedo fuera, haciendo girar el llavero con el dedo. Vaaaaale.

En un momento de lucidez, me doy la vuelta para asegurarme de que ni el coche de Cole ni el de su madre están aparcados por aquí. Luego echo una ojeada a las ventanas de las casas de alrededor por si hay alguna cortina corrida o hay alguien despierto.

Estoy seguro de que ya están hablando.

La gente no es tonta. Por un lado, Cole apenas está en casa y, por el otro, su novia y yo estamos casi siempre juntos. Los vecinos no tardarán mucho en sacar sus propias conclusiones.

Entro en casa, pero no veo a Jordan por ninguna parte. Subo la escalera, paso por delante de su habitación, cuya puerta está cerrada, y me meto en la mía para ponerme el bañador. Cuando salgo, ella sigue en su habitación y vuelvo a bajar para coger un par de botellas de agua y encender las luces del patio trasero. La piscina también está iluminada. Pongo la radio que hay debajo del armario y, en la emisora que Jordan tiene sintonizada, una voz femenina canta *Guys My Age*.

Mi móvil suena con un tono que no es el habitual. Me acerco a la isla y lo cojo.

«Jordan.» ¿Por qué me llama por FaceTime?

Respondo y la veo en la pantalla. Me mira desde arriba, como si hubiera apoyado el móvil en alguna superficie baja; en el escritorio, por ejemplo. El pelo le envuelve la cara y no veo mucho aparte del reflejo de la luz del techo.

—¿Qué haces? —pregunto caminando hacia el salón con el móvil en la mano.

No dice nada.

Me siento en el sofá, apoyo los codos en las rodillas y me la quedo mirando. Una sonrisa discreta se le dibuja en los labios, mueve la cabeza de izquierda a derecha y me doy cuenta de que está jugando conmigo. Se endereza y, aunque dejo de verle la cara, su hermoso cuerpo aparece en pantalla. Lleva el bikini de conchas.

El corazón deja de latirme por un momento y me obligo a reprimir la sonrisa que se me dibuja en la cara. Sus pechos sobresalen de la escueta tela rosa y esas finas tiras parecen extremadamente delicadas al contacto con su piel morena. Quiero pedirle que se dé la vuelta, pero preferiría que estuviera aquí abajo.

La pantalla se desestabiliza; está colocando el móvil un poco más lejos. Cuando vuelvo a verla, aprecio parte del escritorio, su cuerpo y ahora también su cara. Se inclina hacia la cámara y me mira coqueta, apretándose el cuerpo entre los brazos y, por consiguiente, también los pechos.

Sonrío divertido.

—¿Sí, Jordan?

—No soy una niña —me dice poniéndose seria.

Empiezo a inquietarme un poco; ya sabía yo que era demasiado bueno para ser verdad. Está vacilándome y ahora no piensa bajar.

Suspiro y me apoltrono en el sofá.

—Pues deja de actuar como si lo fueras —refunfuño.

Se me queda mirando, desafiante.

—No soy una niña —repite.

La veo ponerse una mano detrás del cuello y la otra detrás de la espalda, y tira de ambos nudos. La diminuta tela que le cubría los pechos se cae al suelo.

Me trago el nudo que tengo en la garganta. «Joder, eso iba a hacerlo yo.»

Sus pezones, duros, apuntan hacia mí y las palmas me escuecen al recordar cómo es tenerla entre las manos. Me da un vuelco el estómago y la polla se me hincha pidiendo más.

«Por favor, no me hagas esto.»

Pero no puedo apartar la mirada. No oigo música en su habitación (aunque quizá ella oye la que he puesto yo en la cocina); sin embargo, empieza a mecerse suavemente y a menear las caderas con los ojos cerrados. Se acaricia el cuerpo, la cara y el pelo con las manos. Es un bombón.

Se muerde el labio inferior, juguetea conmigo, se acaricia los pechos, desliza las manos por su vientre y juega con la goma de las braguitas, amenazando con bajárselas.

Me provoca con la mirada y la promesa de ver algo bueno. Igual que una *stripper*.

Y entonces caigo. Ya sé qué está haciendo.

Sacudo la cabeza. Me ha puesto a cien.

—No puedes hacerlo —bromeo.

No puede quitarse la ropa y bailar.

—Tienes razón. —Se da la vuelta y me mira por encima del hombro—. No puedo hacerlo. Porque no soy más que una niña, ¿verdad que sí? Una niñita tonta.

Vuelve a ponerse frente a la cámara, sonríe con timidez mientras enfoca hacia abajo y me fijo en que está encajando su cuerpo en la esquina redondeada del escritorio. Sigue de pie, pero coloca una mano encima de la mesa y la otra en lo que imagino que es la pared, y deja que la esquina del escritorio de madera descanse entre sus piernas.

Y entonces veo cómo empieza a montarlo lentamente. Agita sus caderas hacia delante y hacia atrás, y su abdomen sigue el mismo movimiento mientras menea el culo y se frota contra la mesa. Hasta oigo la fricción de la tela que le tapa la vulva al restregarse con la madera.

Dios mío. Se me acelera la respiración solo con verla hacer lo más bonito que creo que he visto en la vida. Joder, me encanta mirarla. Se le balancean las tetas con el movimiento, y le botan cuando aumenta la velocidad. La boca se me seca tanto que no puedo ni tragar saliva.

—¿Quieres ver cómo lo hago? —bromea y sus grandes ojos me dicen que es plenamente consciente de que me gusta lo que veo.

—Deja de joder la marrana y baja.

Pero Jordan echa la cabeza hacia atrás y se pasa los dedos por la cara y por el cuerpo. Se agarra el pecho y lo aprieta, antes de seguir bajando las manos por su vientre.

—Ya te dije que tengo un vibrador —responde mirando a la pantalla—, aunque no lo uso. —Acelera los movimientos y oigo que se frota cada vez con más fuerza—. Me gusta tener el control. Me gusta tener que currármelo, como si estuviera follando de verdad.

Me humedezco los labios.

—Jordan...

—Chsss...

Abre la boca, gime y luego levanta una rodilla y la coloca encima de la mesa para abrirse más de piernas. Noto un sudor frío en la frente; me enderezo en el sofá y vuelvo a echarme hacia delante.

—Te gusta mirarme —afirma—. Siempre me has mirado, ¿a que sí? Siempre has querido pasártelo bien conmigo.

Titubeo porque sé que lo que dice es verdad. He querido tenerla entre mis brazos desde el primer día que la vi.

—No pasa nada —susurra—. Siempre lo he sabido y siempre me ha gustado. Siga mirándome, señor Lawson.

Trago. Todavía tengo la boca muy seca.

—Ya lo hago —digo con un hilo de voz.

—Ah, Dios —gime.

Me queman los ojos y necesito pestañear desesperadamente, pero no puedo apartar la mirada de Jordan. Casi puedo sentirla. Es como si la esquina del escritorio que se está follando fueran mis dedos, y su carne, suave, estuviera frotándose con mi mano. O mi puta boca, es que me da igual. Nunca he sentido tantos celos hacia un objeto inanimado.

—Pon el móvil en la cama —le digo—. Quiero verte por detrás.

Ralentiza el movimiento, se agita y respira con fuerza. Y entonces me doy cuenta de que la he pillado justo cuando llegaba al orgasmo.

Bueno, qué pena. Tendrá que currárselo otra vez.

Lleva el móvil a la cama, lo apoya contra algo y comprueba rápidamente que el enfoque sea bueno antes de volver a adoptar la postura que tenía hace un momento.

Se pasa los dedos por el pelo y me mira por encima del hombro, con una sonrisa divertida. Aprieto el puño. Qué ganas de agarrar ese alegre culo.

Pero antes de volver a levantar la rodilla, cuela los dedos por debajo de las braguitas del bikini y se las baja hasta debajo de las nalgas.

Y las deja allí. Apoya las manos en el escritorio y se inclina hacia delante; levanta una rodilla, arquea la espalda, saca culo y empieza a montarse la esquina del escritorio de nuevo.

Su espalda, cómo le cae el pelo por detrás, cómo se mueve y me provoca... Bajo la mano y me cojo la polla, ya agarrotada. Verla así me va a matar.

—Mmm, así me gusta —gime mirándome a los ojos por encima del hombro—. Mírame. Mírame cómo follo por ti. Haré lo que me digas. Lo hago todo por ti.

Empieza a darle más duro, con más fuerza, más rápido, y no estoy seguro de si primero quiero tener su vagina en mi boca o en mi polla. Esta noche se lo haré desde detrás. Tengo que tenerla en esta posición.

—Jordan... —Aprieto tanto el móvil que cruje en mis manos.

—¿Te gusta? —me provoca—. ¿Te gusta que me toque para ti?

—Cariño. —Me levanto del sofá.

La necesito.

—Mmm, me gusta que me mires —gime—. ¿Estoy portándome bien ahora?

Subo la escalera sin apartar los ojos del móvil.

—Ojalá hubiera diez Pikes más mirándome —dice—. Deseándome.

Si hubiera más Pikes, esta noche tendría graves problemas.

—Pike, estoy superhúmeda. Podrías colarte dentro de mí de golpe.

La polla se me empalma y me palpita. Agarro el pomo de su puerta y lo giro.

—¿Te gusta? —Se menea más deprisa—. Estoy supercachonda y húmeda por ti.

La puerta está cerrada con pestillo y yo agito el pomo, muriéndome por entrar.

—¿Jordan? —Se me ha agotado la paciencia—. Abre la puerta.

—Ah, Pike. Ah, Dios.

Vuelvo a mirar a la pantalla. El pelo casi le llega al culo cuando echa la cabeza hacia atrás y se folla el escritorio. Dios, ese culo...

—Más, más, más, más... —gime—. Me voy a correr. Ah, Dios. ¡Sí!

—Mierda, Jordan... —Golpeo la puerta y, si hace falta, la echo abajo—. Abre la puerta.

«No te corras sin mí.»

—¡Fóllame! —grita, gimiendo y jadeando—. ¡Sí! Sí... sí... sí.

Su voz suena cada vez más baja y tranquila a medida que va dejándose y se corre al otro lado de la puerta, termina sin mí.

—¿Jordan?

Joder. No quiero que se quede satisfecha aún.

Pero la puerta no se abre y, cuando miro a la pantalla, sus movimientos son más lentos. Se frota lo mínimo y apenas gime mientras acaba de correrse. Me la voy a tirar encima de ese puto escritorio ya.

—Jordan, por Dios, abre la puerta —gruño.

Se yergue, vuelve a poner el pie en el suelo y se sube las braguitas del bikini. Se acerca a la cama, se inclina y me mira a los ojos con una expresión cándida.

—Me encanta ver que lo disfrutas —me dice con una dulce expresión de felicidad en la cara —. Me encanta ver que puedo captar plenamente tu atención. —Y entonces me guiña el ojo—. Buenas noches, cielo.

Corta la llamada y la pantalla se queda en negro, igual que todo el pasillo. Y yo, aquí, intentando descifrar si de verdad está haciendo lo que creo que está haciendo. Y cuando el resplandor que hasta hace nada se colaba por debajo de la puerta también desaparece, me doy cuenta de que ha apagado las luces.

¿Se va a dormir?

Golpeo la puerta.

—¡Jordan! —grito—. ¿Qué coño haces?

Oigo que abre un cajón y lo cierra de golpe. La cama cruje porque se habrá tumbado encima. Y, de pronto, ya no se oye nada. Mis peores temores se han hecho realidad. Tengo una erección descomunal. ¿Qué haría Jordan si echara la puerta abajo ahora mismo? ¡Joder!

Apoyo la frente en la puerta. Estoy a punto de mandar a la mierda mi masculinidad y echarme a llorar.

—Cuando te pille, te enterarás —la aviso—. Te lo aseguro. Tú te lo has buscado.

Me suena el móvil. Bajo la mirada, desbloqueo la pantalla y veo que hay un mensaje:

Vete a dormir.

Me da un vuelco el estómago. No sé si bajar la escalera y poner la música a todo volumen para que no pueda conciliar el sueño, quemar energía haciendo largos en la piscina o empezar

otra pelea para que salga de la cama.

Pensándolo mejor, ya es tarde y, si ahora me pongo a hacer deporte, no podré dormir hasta dentro de unas cuantas horas. Pero tengo una mano e internet, ¿no? Aunque no necesito porno cuando el recuerdo de Jordan montándoselo hace un segundo todavía me pone cachondo.

Me dirijo a mi habitación, cierro de un portazo y me tumbo en la cama para frotarme la ingle, ya dolorida.

Recibo otro mensaje.

Y no te hagas una paja.

Aprieto los dientes y tiro el móvil a un lado. Choca con la cómoda y cae al suelo.

Más le vale que cuando me despierte por la mañana la tenga encima de mi polla o mañana nadie estará a salvo.

21

Jordan

Anoche no tardé tanto en dormirme como creía. Unos minutos después de mandar el último mensaje, oí algo en la habitación de Pike, como un golpe en una pared; en parte me sentí un poco mal, pero sonreí porque, en cierto modo, también me sentía poderosa. Mi intención no era jugar con él, aunque sí que me encanta que se nos dé tan bien vacilarnos.

Solo quería demostrarle que puedo hacer más cosas de las que cree. Y que no me gusta que la gente se piense que me conoce mejor que yo misma.

Cuando intentó entrar en la habitación, me moría de ganas de estar con él —de sus manos, de su boca, de sus palabras—, pero tiendo a perdonar muy fácilmente y no quiero seguir siendo este tipo de chica. Aunque Pike sea de los buenos, y estoy bastante convencida de que lo es, necesitaba demostrarme a mí misma que me merezco que se esfuercen y sepan esperar. Tenía que subir el listón por mi propio bien en lugar de darle a cualquiera lo que le apetezca desde el primer momento. Siempre me han tratado como han querido. Jay, Cole, mis padres...

Y, cuando me quedé dormida, estaba contenta. De pronto, me sentía más fuerte.

Hoy, en cambio... Puede hacer conmigo lo que quiera, porque yo tampoco aguanto más. Después de decirle anoche que no se tocara, me he obligado a hacer lo mismo. Lo primero que haré esta noche cuando lo vea será quitarle la camiseta; me encanta verlo en vaqueros y punto.

Hace buen tiempo, aunque una ligera capa de nubes impide que haga un calor bochornoso. Estoy en el jardín, tumbada bocabajo, escuchando a Don Henley en el radiocasete mientras ojeo el catálogo de otoño para ver qué asignaturas ofrece mi universidad. Ya he hecho la matrícula del próximo trimestre, pero quizá me apunto a otra clase.

Tengo las piernas levantadas y cruzadas a la altura de los tobillos, y las balanceo en el aire. Suena el móvil, que descansa en la hierba; me estiro y lo cojo. Miro la pantalla y arrugo la frente.

¿Qué querrá Dutch?

Descuelgo y me lo acerco a la oreja.

—Hola. ¿Todo bien?

Mi cabecita ya se imagina lo peor, como que Pike ha tenido un accidente terrible con una de las máquinas del trabajo.

—Hum, sí, perdona que te moleste —se disculpa—. ¿Sabes qué mosca le ha picado hoy a

Pike?

—¿Cómo dices?

—Bueno, es que está de muy mal humor —se queja—. Todo el mundo tiene miedo de acercarse a él. Nos grita, ha fijado como ocho clavos a cada placa de cartón yeso que ha colgado, y ha autorizado el envío de madera equivocado sin darse cuenta. Ha pillado una pataleta que ríete tú de las de mi hija de doce años. Es todo muy raro.

Río por la nariz, pero enseguida me llevo la mano a la boca para que no se me note.

—Eh... —Busco las palabras, pero temo que al abrir la boca se me escape una carcajada—. No tengo ni idea, sinceramente.

En realidad, sí lo sé.

—Pues prepárate, cielo —me avisa—. Está de camino a casa y no sé qué narices le pasa.

Río para mis adentros y, justo entonces, veo la camioneta de Pike a lo lejos. Hasta el motor del coche suena enfurecido.

—Vale —respondo a Dutch—. Te tengo que dejar.

Cuelgo sin esperar a que se despida. Pike conduce a toda velocidad y la *pick-up* chirría al frenar. Miro el móvil y veo que son solo las cuatro de la tarde. Ha llegado muy temprano.

Me mira y entrecierra los ojos. Yo sigo tumbada en la hierba. Su rostro está lleno de enfado y fogosidad, como si estuviera a punto de soltarme la gran de bronca que me merezco.

Lo miro coqueta, arqueo la espalda, levanto el culo y empiezo a mover las piernas más lentamente para que se fije en mi cuerpo.

Sale del coche y da un portazo, y yo no puedo evitar sonreír, engreída, mientras se acerca. Ninguno de los dos puede apartar la mirada.

—Yo no me río —señala serio—. Y, ahora, ve dentro y quítate la ropa. He tenido todo un día para pensar en el parque de atracciones que será tu cuerpo para mí esta noche.

Los pulmones se me llenan de emoción y no puedo ni respirar. Sus ojos me dejan entrever todas las promesas de lo que está a punto de pasar y ya no puedo mentirle ni jugar con él. Yo también quiero todo eso.

Me levanto, le aguanto la mirada y sus ojos me recorren el cuerpo a medida que camino de espaldas hacia su casa.

Se acerca y me sigue.

Pero entonces una voz lo llama y nos interrumpe.

—¡Pike, hola! —saluda una mujer.

Nos quedamos los dos quietos y veo a la señora Taft, una de las vecinas, justo detrás de él.

—¿Qué tal todo? —pregunta.

Pike aprieta los dientes y cierra los ojos. Si me dijeran que está a punto de pegarle una hostia a lo que sea, me lo creería. Todo esto me hace mucha gracia, pero no dejo que se me note.

Él se vuelve rápidamente, fingiendo una sonrisa.

—¿Qué hay, Constance? —dice en un tono que casi suena alegre y todo—. Muy bien,

aunque... ocupado.

Ella asiente y mira por encima del hombro de Pike.

—Buenas, Jordan.

—Hola, señora Taft.

Me acerco a Pike y escondo las manos en los bolsillos.

Se pasa una mano por la coleta mientras con la otra sujeta la correa del cavalier que lleva paseando desde que he salido y me he tumbado en la hierba hace media hora. Mira a Pike.

—Hace mucho que no veo a tu hijo por aquí.

—Ah, ya. También está... eh... o-ocupado —tartamudea Pike intentando inventarse algo—. ¿Tú qué tal?

—Pues verás, he oído que Jordan a veces hace de canguro. —Me mira—. ¿Te interesaría? Los Kuhl han organizado una fiesta de bienvenida en su casa, al otro lado del río. Deberías venir conmigo y relajarte —le sugiere a Pike—. Pero necesito que alguien cuide de los niños.

—¿Esta noche? —suelta el otro.

Constance me mira de nuevo, pero no responde.

—¿Qué te parece, Jordan? Sé que ya no tienes quince años, pero tenía que intentarlo —insiste.

—Claro, no hay pro...

—No —me corta Pike.

Cierro los ojos un segundo. «Madre mía, Pike.» Qué disimulo; no ha llamado para nada la atención.

Constance lo mira sorprendida.

—Tiene clases por la mañana —se apresura a explicar.

«Claro, tengo clases un domingo.»

—Y, eh... tiene que encargarse de acabar de hacer algunas cosas en casa —añade y me mira serio—, porque ha sido un poco descuidada y no lo ha hecho.

«Sí, señora Taft. Primero tengo que tirar la basura y luego tengo que tirarme al señor Lawson, o sea que...»

—Lo siento —sentencia Pike.

Constance nos mira a ambos. Seguro que se huele algo, porque Pike está actuando de una forma realmente extraña, pero ella disimula bien.

—Ah, no te preocupes. Ya lo dejamos para otro día.

Estoy pasando muchísima vergüenza, pero sonrío y asiento, intentando recomponerme un poco. Cuando se aleja, me relajo.

Pike y yo nos quedamos quietos durante un segundo. Vete a saber qué pasará después de este numerito, suponiendo que no estén hablando ya de nosotros.

—Señor Lawson... —le riño negando con la cabeza.

Me vuelvo y empiezo a caminar hacia casa, pero, cuando me vuelvo para observarlo, veo que

me sigue y clava sus ojos en los míos.

—La gente nos está mirando —le digo—. Más te vale no seguirme o sospecharán.

Pike mira a ambos lados y repara en los vecinos que están arreglando sus jardines, jugando fuera con sus hijos o sentados en sus respectivos porches. La verdad es que a mí me da bastante igual, pero sé que a él no.

Como da zancadas largas, llega a mí antes de que me dé cuenta. Abro la puerta apresuradamente y un hormigueo me recorre entera. Su cuerpo me empuja hacia dentro. Pike cierra, refugiándonos del mundo exterior, me da la vuelta y me abraza. Me da tiempo a coger aire con rapidez antes de que pegue su boca a la mía y me sujete la cabeza por detrás con una mano. Me rodea la cintura con el otro brazo y junta tanto nuestros cuerpos que hasta me cuesta respirar.

Pero me da igual. Dios, qué excitada estoy. Me envuelve su olor. Pike está tan entregado al beso que me arrastra con él. Le rodeo el cuello con los brazos y, cuando me levanta del suelo, doblo las piernas por detrás de su espalda y cruzo los tobillos.

—Mierda, cielo, estoy sucio —me dice sin parar de besarme—. Debería ducharme primero.

—Ya nos ducharemos luego —gimo y me aparto un milímetro de su cara.

Me lleva a la cocina y me sienta en la mesa. Tiro de su camiseta, se la quito y dejamos de besarnos solo un segundo antes de envolvernos con los brazos otra vez. Se inclina sobre mí y me obliga a echarme un poco hacia atrás cuando me besa aún más profundamente.

—No podía esperar a llegar a casa —susurra—. No tienes ni idea de lo mucho que me ha costado no perder los nervios hoy.

—¿De verdad? —me peleo con su cinturón, desesperada por quitárselo.

—Estaba que me subía por las paredes, joder —gruñe—. No te podía sacar de mi cabeza. Solo quería esto. —Me pasa las manos por las costillas, acariciándome; me empuja hacia atrás y me levanta la camiseta y el sujetador de un tirón. Caigo de espaldas sobre la mesa y Pike se agacha para morderme y lamerme los pezones.

Cierro los ojos y gimo. Me retuerzo debajo de su cuerpo y arqueo la espalda sin tener muy claro si lo que intento es acercarme más a su boca o si es que esto está siendo demasiado. El tacto de sus labios me recorre todo el cuerpo y lo siento hasta en los dedos de los pies.

El calor se apodera de mi vulva, ya húmeda, y miro cómo me da cálidos lengüetazos en el pezón que tengo duro. El clítoris me palpita con tanta fuerza que apenas puedo respirar. Tiemblo. Una cálida explosión de placer ha estallado dentro de mí. Pongo los ojos en blanco y grito.

¡Joder! Joder, joder, joder...

Vuelvo a temblar y abro los ojos un poco desconcertada.

Bajo la vista y veo a Pike mirándome fijamente.

—¿Acabas de correrte? —me pregunta sorprendido.

De pronto me noto la boca seca y trago saliva. Asiento.

—Creo que sí.

Levanta las cejas.

—Te gusta que te besen el pecho, ¿eh?

—Me gusta que me beses tú. Donde sea.

Se levanta, me pone de pie y me sostiene la mirada mientras me desabrocha los *shorts*.

—Lo de anoche fue espectacular.

Se me iluminan los ojos.

—O sea que me porté bien, ¿eh? —Al final resultará que tengo talento.

Pike se limita a arquear una ceja.

—No le des más vueltas. No lo harás con nadie más.

Se me caen los pantalones al suelo. Pike me da la vuelta de golpe y apoyo las manos en la mesa para no perder el equilibrio. Oigo el ruido de un envoltorio y el sonido metálico de la hebilla de su cinturón cuando se afloja los pantalones. Lo que está a punto de suceder me pone tanto que incluso me tiemblan los muslos. Menos mal que tenemos las persianas bajadas.

Arqueo la espalda, me abro de piernas y miro a Pike por encima del hombro.

—Siento lo de anoche —me disculpo.

Se saca la polla de dentro del pantalón, se pone el preservativo, se acerca, me coge del cuello con una mano y me besa con dureza.

—Aunque supongo que tampoco me sabe tan mal —jadeo con mi boca pegada a la suya—. Esto demuestra que valió la pena.

Joder. Está tan sexi ahora mismo... En realidad, lo está siempre, pero...

Me baja las braguitas, me agarra por la cadera, justo donde empieza la pierna, y guía su polla hasta mi entrada. Cuando ya ha encontrado el punto exacto, vuelve a tirar de mis caderas hacia él y me penetra por detrás. Ahogo unos gemidos y me estremezco a medida que su polla se desliza dentro de mí.

—Ah, Dios mío —gimo mientras agacho la cabeza. Estoy temblando muchísimo.

Pike no me da ni tiempo para recomponerme y yo me limito a aguantar cuando me agarra con fuerza y me folla. Levanto la rodilla derecha y la coloco encima de la mesa para inclinarme un poco más hacia delante y sentir su polla más hondo. Gimo.

Jadea ruidosamente y me gruñe al oído. Siento sus manos por todas partes; me aprieta el pecho con una y la otra la hunde entre mis piernas para frotarme el clítoris.

—Luego podrás repetir, ¿verdad? —le pido volviendo la cabeza hacia él.

—Eso me ha ofendido —se queja a mí oído—. ¿Crees que no puedo seguirte el ritmo?

—Es que tengo muchas ganas de...

—¿De qué?

Separo los labios y, cuando nuestros cuerpos se encuentran una y otra vez, le susurro a la boca:

—De hacerte una mamada. —Deslizo mis labios por encima de los suyos para provocarlo—. Quiero sentirte en mi boca.

Suelta aire con fuerza. Aprieta los dientes y cierra los ojos.

—Jordan... —Niega con la cabeza, previniéndome.

Lo beso y nuestros labios lo envuelven todo mientras el sudor me resbala por la espalda.

—¿Quieres que me meta tu polla en la boca? —susurro.

Me muerde el labio inferior delicadamente, y luego lo suelta.

—Repite eso.

—Quiero chuparte la polla.

Sus empellones son cada vez más fuertes y yo encojo los dedos de los pies. Estoy a punto de llegar al orgasmo.

—Quiero chupártela, saborearte y hacer que te corras —susurro.

Sus dedos se clavan en mi piel y me duelen las piernas de tanto golpearme contra la mesa, pero Pike está consiguiendo que me vuelva a correr. Nunca me he sentido mejor que en este preciso momento. Estoy muy a punto.

Le doy un lengüetazo en el labio y un fuego abrasador me recorre las piernas.

—Por favor —susurro apartándome de su polla y envolviéndola otra vez—. Fóllame la boca esta noche.

—¡Joder, Jordan! —grita y me coge el cuello a la altura del hombro para empujar con más fuerza. No puedo articular palabra; no podría, aunque quisiera.

Nos corremos los dos. Clavo las uñas en la mesa de madera y los nudillos de los dedos se me ponen blancos. Se me tensan absolutamente todos los músculos del cuerpo.

—¡Pike! —grito—. Ah, Dios.

Me inclino más encima de la mesa y me abrazo a mí misma. Cierro los ojos y siento las palpitaciones de Pike en mi interior. Tiene la mano apoyada en la mesa, al lado de mi cabeza, y se inclina encima de mí. Respira con dificultad y me penetra un par de veces más.

Quiero que se corra dentro. Quiero que su semen se deslice por mis piernas; quiero sentirlo. Me tomo la píldora y no tengo nada. Cuando sepa que él tampoco, le diré que ya puede deshacerse de las putas gomitas.

Igual vuelvo a provocarlo por videollamada, ahora que sé cómo es cuando acumula tanta frustración.

Recupero la respiración unos minutos más tarde. Estoy agotada.

—Sabes que lo decía en coña, ¿no? —le digo—. Estas demostraciones solo te las haré a ti.

Se desliza por detrás de mi espalda, húmeda del sudor, y coge aire como si fuera a decir algo, pero de repente oímos un golpe en la puerta.

—¡Jordan! —grita una voz—. Jordan, ¿estás aquí o no?

Ambos nos sobresaltamos y a mí se me para un segundo el corazón. «Cam.»

Pike sale de mi cuerpo. Me subo los pantalones y me pongo a buscar el sujetador y el top. Él cierra la tapa de la basura. Se pone la camiseta y me pasa la ropa.

Pero entonces la puerta de la entrada se abre y oigo la voz de Cam.

—¡Jordan! —grita al entrar.

—¿Qué cojones hace? —gruñe Pike en voz baja y me mira cabreado. Mi hermana entra en la cocina.

Pike se separa un poco de mí y se pasa la mano por el pelo a la vez que yo me subo la cremallera de los pantalones.

Cam se nos queda mirando y alterna su mirada entre Pike y yo. No hace falta decir que se ha dado cuenta de las pintas que llevamos.

—Buenas —saluda con un tono de voz más bien suspicaz.

Tengo los labios secos; me los humedezco e intento recuperar el aliento.

—Hola. ¿Ahora te dedicas a entrar en casas ajenas sin avisar? —la increpo.

—He llamado al timbre y he aporreado la puerta. —Su expresión confundida cambia para dejar paso a una llena de diversión—. Sabía que estabais aquí porque he visto los coches aparcados fuera.

A sus palabras las sigue un incómodo silencio y Cam mira a Pike con sorna. A mí, me levanta las cejas.

Pike tiene toda la pinta de querer salir por patas. Se endereza y señala el patio trasero con el pulgar.

—Voy a preparar la parrilla. Haré perritos calientes para cenar.

Saca un paquete de la nevera y sale pitando de la cocina.

A la que este cruza la puerta y se dirige al jardín, a Cam se le salen los ojos de las órbitas y abre la boca en un gesto de sorpresa.

—¡Madre mía! —dice en voz baja.

—Chsss... —siseo y miro preocupada hacia la puerta por donde ha salido Pike.

—¿Estás de coña? ¿Cómo ha sido? —Se me acerca y me pasa el pulgar por la frente, que sigue sudada—. Conque muy bien, ¿eh?

No puedo evitar reír un poco porque, al margen de eso, tampoco sé qué hacer. Ahora mismo no puedo pensar con claridad.

Seguro que me he ruborizado.

—Ay. —Me mira con cariño y me acaricia el brazo—. Me alegro por ti. Menuda pasada, ¿eh? Tirarte a alguien que realmente lo hace bien.

«Exacto.» No es que a Cole se le diera mal, pero con Pike es diferente. Pienso más en él de lo que he pensado en cualquier otro tío.

—Bueno, pues diviértete —me dice mientras se dirige a la nevera y coge un refresco—. Pero no te quedes preñada, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —suelto antes de darme cuenta de cómo ha sonado—. O sea que no es mi intención. Tengo diecinueve años. —Me acerco a ella—. Pero no me has dicho esto con ninguno de mis otros novios. ¿Por qué con Pike sí?

—Porque te lo estás pasando bien —contesta cerrando la nevera y volviéndose hacia mí—. Y puede que para él solo sea cuestión de divertirse también. Vigila.

Sus palabras me sientan como una patada. ¿Tendrá razón? ¿Solo estamos pasándonoslo bien?

—Tienes la oportunidad de disfrutar con un tío serio, que tiene trabajo y carné de conducir —continúa—. Y él tiene la oportunidad de meterse en la cama con una chica joven y que está buena. Aprovecha mientras dure. Aún tienes tiempo. —Me levanta suavemente la barbilla, como si tuviera cinco años—. Pero no te hagas ilusiones. Ten las cosas claras.

«Que no me haga ilusiones.»

El problema es que creo que, sin darme cuenta, ya me las he hecho.

El olor a parrilla se cuela en la cocina desde el patio, pero ya no tengo hambre.

22

Jordan

Pike me deja su camioneta para ir a la clase de verano que tengo el siguiente jueves; lleva toda la semana yendo a trabajar con Dutch para que yo pueda moverme con un coche decente. Incluso ha dicho que quizá se compre uno nuevo con el pretexto de que debería tener otro más bonito para «salir», aunque yo sé que no es más que una excusa para que me deshaga del Volkswagen.

Pero me he negado. Ya casi ha acabado de reparármelo y, mientras aguante, no lo voy a cambiar. Cuando se vuelva a estropear, ya veremos qué hago.

Paro encima del bordillo y aparco para no dejar en medio la *pick-up*. Dutch y Pike están en la calle, arreglándome el coche. Mejor dicho, Pike me está arreglando el coche y Dutch está apoltronado en una silla de jardín con una birra en la mano.

Cojo la cartera, cruzo la calle y me acerco a ellos.

—¡Hola! —digo alegre—. ¿Qué tal va?

Pike vuelve la cabeza y me repasa con la mirada. Reprimo una sonrisa y él hace lo mismo; se da la vuelta de nuevo y se pone a mirar algo debajo del capó.

Me ha despertado a las dos de la madrugada besándome la tripa de arriba abajo para acabar posando sus labios entre mis piernas. Y los ha dejado allí hasta que me he corrido dos veces.

No hemos vuelvo a dormir hasta las cuatro. Este hombre tiene mucha más energía que yo; estoy reventada, pero en el buen sentido de la palabra. Está aprovechando bien cada centímetro de mi cuerpo y me cuesta concentrarme en cualquier cosa que no sea la necesidad de estar con él cuando no le tengo al lado. Pero no quiero enamorarme de Pike.

A ver, querer, quiero, pero, hasta que no sepa qué pasa aquí, no. Cam podría tener razón y que esto no fuera más que un rollo.

—Ya casi estamos, cielo —contesta Dutch apoyando la cerveza en la rodilla—. En nada podrás volver a conducirlo.

—¿En serio? —Arrugo la frente—. Habéis ido muy rápido.

Pike levanta la vista.

—Aún falta un poco, pero no mucho.

Genial. Ya no necesitaré que me lleven a todas partes (al menos, durante un tiempo); mira tú qué bien.

—Gracias —les digo antes de dirigirme a Dutch—. ¿Cómo te lo pago? ¿Te preparo un bocadillo? ¿Te traigo otra cerveza? ¿Te cuido a los niños gratis?

Dutch se echa a reír.

—Bah, no te preocupes. Ya he visto que la casa está impecable, o sea que Pike ya debe de hacerte trabajar suficiente.

—Uy, ni te imaginas —bromeo—. Últimamente me toca sudar la gota gorda hasta altas horas de la noche.

Pike me lanza una mirada a la vez que se le resbalan de la mano una llave inglesa y un tornillo.

Me muerdo los labios para evitar sonreír y me doy la vuelta. Subo la escalera y entro en casa.

Dejo la cartera en la cocina, al lado del prototipo que descansa en la mesa, cojo una botella de agua de la nevera y me voy al piso de arriba. Saco una toalla del armario que hay en el pasillo, paso por la habitación de Pike y me meto en su cuarto de baño. Ya ha acabado de poner los azulejos en el baño principal, pero todavía no he cambiado mis cosas de sitio, y tampoco pienso hacerlo.

Cierro la puerta, me quito todo menos la ropa interior y abro la aplicación de música del móvil. Pongo *Hurts So Good*. Humedezco el cepillo de dientes antes de echar la pasta.

La puerta se abre y me enderezo, alarmada. Pero enseguida veo a Pike.

Entra y la cierra.

—No ha hecho gracia —me dice con cara de pocos amigos.

—Mi intención no era que te rieras —respondo con el cepillo de dientes en la boca.

Una ligera sonrisa se le dibuja en los labios, divertida. Se me acerca por detrás, me da la vuelta y clava mi espalda en el lavabo.

—¿Estabas intentando sacarme de mi zona de confort? —pregunta y yo sonrío—. Lo haces muy a menudo —me acusa chistoso.

Me encojo de hombros y me vuelvo para escupir la pasta de dientes y enjuagarme.

—No puedo evitarlo. —Me seco la boca con la toalla de manos que cuelga al lado y lo miro por el espejo—. No me gusta tu zona de confort, es demasiado pequeña para que quepamos los dos.

Pasea sus manos por mi abdomen y me abraza contra su pecho, desnudo, a la vez que me besa el cuello.

—Pero a mí me gustan los lugares pequeños —susurra.

Me doy la vuelta y le aguanto la mirada mientras le desabrocho el cinturón.

—Deberías ducharte —señalo—. ¿Sigue aquí?

Me coge las manos y me impide que siga.

—Me temo que sí...

Me acerco a la ducha, abro la puerta y, luego, el grifo.

—Oye —sigo—, si estorbo puedo apañármelas y buscar algo. April me ha llamado hoy y me

ha hecho una oferta.

Se vuelve, se cruza de brazos y se apoya de espaldas al lavabo.

—¿April? —repite—. ¿Cómo ha conseguido tu número? ¿Y qué oferta te ha hecho?

Me desabrocho el sujetador y este cae al suelo; luego me bajo las braguitas. Pike lleva la mirada a mis pechos, su parte favorita.

—Su hermano tiene una casa que no ha conseguido alquilar y ella ha pensado que sería perfecta para mí. No piden demasiado con la condición de que, quien la alquile, la arregle. Sería una casa entera solo para mí.

Me meto en la ducha; sin embargo, cuando intento cerrar la mampara, Pike me lo impide.

—Mira qué amable. —No suena para nada contento.

Y entonces empieza a desabotonarse los pantalones. Parece ser que, de repente, ha decidido ducharse conmigo.

Asiento inocentemente.

—Mmm —murmuro—. Es muy dulce y superdesinteresada.

—Seguro. —Pike levanta una ceja, entra en la ducha y cierra.

Ambos sabemos que le arruiné la noche a April la última vez que vino aquí. Puede «ayudarme» todo lo que quiera, pero lo que realmente está haciendo es ayudarse a sí misma y quitarme de en medio.

—¿Y qué le has dicho? —me pregunta echando la cabeza hacia atrás y metiéndola debajo del agua para mojarse el pelo.

—Que lo pensaría.

—Pero ahorrarás más si te quedas aquí —señala—. Creo que sería lo mejor; ¿tú no?

Me río y echo jabón en la esponja. Las intenciones de Pike tampoco es que sean exactamente desinteresadas, que digamos.

—Le preocupa que esté incómoda —prosigo—. Porque, claro, tú y yo, los dos juntos, aquí solos...

Me empuja contra la pared y yo tomo aire y suelto la esponja. Su mano se cuela entre mis piernas y me levanta la rodilla. Despacio, me acaricia el clítoris con cuidado, dibujando círculos. Me empieza a palpitar la entrepierna y me tiemblan las rodillas.

—¿Estás incómoda? —me pregunta con una voz grave y ronca.

—No. —Se me entrecorta la respiración—. Pero a lo mejor echas de menos tener la casa para ti solo. April quizá ha pensado que tenerme aquí te molestaba.

Clava sus apasionados ojos en los míos y niega con la cabeza, despacio.

—Si te vas, todo lo que necesito dejará de estar en esta casa.

Aumenta la velocidad de sus dedos y sitúa su boca encima de la mía antes de introducir un dedo en mi interior.

Ahogo un gemido, cierro los ojos y él me besa, dulce y lentamente, mientras me va penetrando una y otra vez.

Me da un lengüetazo en el labio superior y susurra:

—¿Cómo quieres que no me apetezca llegar a casa cada día si me encuentro con esto? Eres adorable, joder.

Saca el dedo y va metiendo dos, con delicadeza. Me empotra contra la pared. Echo la cabeza hacia atrás y gimo mientras él me mira a la cara.

Dios, qué bien se le da. Meto la mano entre nosotros y le agarro la polla.

—Está bien que se preocupe por ti, Jordan —me dice mordiéndome el labio inferior—. Eres demasiado joven para todas las guarradas que quiero hacerte.

—No soy tan joven —respondo—. En realidad, tengo edad suficiente para muchas de esas guarradas.

—¿Sí? —gruñe y su polla crece y se endurece en mi mano—. Agárrate, cielo.

Saca los dedos, me coge por detrás de las piernas, me levanta y vuelve a empotrarme contra la pared. Tiene la polla larga y dura, y ya la siento provocándome para entrar.

«Vamos.»

—¡Eh, Pike! —grita Dutch.

Ambos levantamos la cabeza. Pike me deja otra vez en el suelo y vuelve la cara para mirar a través del cristal empañado.

—¡Estoy en la ducha! —responde tapándome para que Dutch no me vea.

—Sí, ya —se ríe—. Te ha sonado el móvil un par de veces. Creo que es Lindsay. Te lo dejo aquí encima.

Pike se pone delante de mí. Así, si Dutch mira a través del cristal, verá solo un cuerpo.

—Vale, gracias —responde bruscamente.

Me muerdo el labio inferior. Esto es muy de chica mala. Me inclino hacia Pike, le beso la mandíbula y le acaricio la polla.

—Jordan... —susurra entre dientes y yo río en voz baja.

—Chsss...

—Voy a poner el partido —avisa Dutch—. Te espero abajo.

—Perfecto.

Hay un minuto de silencio.

—Oye, eh... ¿dónde ha ido Jordan? —se interesa Dutch—. Abajo no está.

—¿Y yo cómo voy a saberlo? —suelta Pike, que ya está empezando a perder la paciencia—. ¿Puedes irte de una vez?

—Vale, ya me piro —responde—. Pero dile que no se olvide de recoger la ropa del suelo cuando salga de la ducha que os estáis pegando los dos juntitos, ¿eh? —añade.

Abro los ojos y la boca a más no poder, y escondo la cara en el cuerpo de Pike justo a tiempo para sofocar la risa que me ha entrado. «Mierda.»

Se cierra la puerta y Pike apoya la cabeza en mi hombro. El calentón que teníamos hace un momento ha desaparecido. Ahora tengo más bien vergüenza.

«Gracias, Dutch.»

Me despierto tarde, sobresaltada y con la sensación de que estoy a punto de caerme. Abro los ojos y veo que Pike me lleva en brazos, sujetándome por la espalda y por debajo de la rodilla.

—¿Qué haces? —le pregunto cerrando los ojos otra vez y acurrucándome contra su pecho.

—¿Vienes a dormir conmigo?

¿Que si voy a dormir con él? ¿Me tiene que preguntar eso? Hace unos días me quedé dormida a su lado, pero, por lo general, he intentado dormir en mi cama por si Cole vuelve y me busca. O peor aún: por si entra en la habitación de su padre y me encuentra allí. Quiero que Cole lo sepa, no pretendo escondérselo a nadie; pero tanto Pike como yo estamos de acuerdo en que su hijo no debería enterarse así.

Me tumba en su cama y tiro de las sábanas para taparme las braguitas y el top.

—¿Quieres que me desnude? —lo provoco.

—No. Por favor, no lo hagas. —Cierra la puerta con pestillo, rodea la cama y se tumba en el otro lado—. Debería dormir un poco y, si te desnudas, a ver cómo lo hacemos para que no me empalme.

Levanta un brazo para que me acurruque a su lado. Me acerco a él y apoyo la cabeza en su hombro.

Me envuelve una sensación de paz. Me siento genial.

Deslizo los dedos por su torso, lo abrazo y lo examino en medio de la oscuridad.

Pike y yo nos encontramos en dos momentos completamente diferentes de nuestras vidas. Una vez me preguntó qué veía en él; yo podría hacerle la misma pregunta.

—¿Qué miras? —quiere saber.

Bajo la cabeza y le acaricio la piel con los labios mientras pienso.

—Me das envidia.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Porque tú ya tienes la vida solucionada, al contrario que yo. Me preocupo por todo. ¿Acabaré la universidad? ¿Seré quien quiero ser? ¿Tendré amigos y aportaré algo al mundo o acabaré trabajando en algo que no me gusta nada como hacen mi hermana, mi padre y todas las personas que conozco? —Levanto la vista para mirarlo—. Todas menos tú, entiéndeme. Da la impresión de que estás justo donde quieres estar y de que no te arrepientes de nada. Yo me arrepiento de todo. —Río un poco al suspirar—. Bueno, de todo tampoco —me corrijo—, pero a veces me siento muy tonta. Por cosas que digo sin pensar, por cosas que hago, decisiones que tomo... Siempre dudo de mí misma, como si fuera a sentirme mejor si me quedara callada, no abriera el pico y agachara la cabeza.

Me abraza con más fuerza.

—¿Te sentirías mejor o más segura?

¿No viene a ser lo mismo?

No. Ya sé a qué se refiere. «Es eso de que un pájaro está hecho para volar, no para estar enjaulado. No podemos pasarnos toda la vida en una cajita de cristal.»

—Jordan, yo creo que tienes miedo porque la gente se ha empeñado en hacerte creer que no mereces su atención. Tus padres, ese tío con el que saliste en el instituto..., incluso Cole. Les diste a todos una oportunidad y se aprovecharon de ti. Pero quien tiene la culpa de esto son ellos, no tú. —Me levanta la barbilla para mirarme a los ojos—. No pienses que tiene que ver con quién eres, porque no es así. Y no tengas miedo de ser tú misma por los demás. Eres increíble.

Una sonrisa se me dibuja en los labios y, a pesar de que tengo mil dudas sobre qué pasará con nosotros, disfruto del momento. Necesitaba escuchar eso. La única persona que me halaga así es mi hermana.

Pero con Pike es aún mejor, porque puedo besarlo.

—Además, yo me convertí en la persona que soy ahora porque tampoco tuve alternativa —señala—. Si las cosas hubieran sido diferentes, me habría gustado ir a la universidad. Viajar. Quizá tener uno de esos curros donde tienes que ponerte traje cada día. —Todo él se tensa—. Soy yo quien te tiene envidia. Todavía estás creciendo y aún puedes ser quien quieras. Tienes todas las opciones del mundo a tu alcance.

Eso no lo había pensado. Su vida podría haber sido muy distinta si Cole no hubiera nacido.

—El traje del otro día... —cavilo—. Deberías ponértelo otra vez y llevarme a una cita. Nunca me has visto con vestido.

Me acaricia el brazo con el pulgar, pero no dice nada. Sé bien qué es lo que calla. No podemos tener una cita a no ser que sea lejos de la ciudad.

Respiro profundamente e intento apartar ese pensamiento de mi cabeza.

—La primera vez que te vi, fue como si me hubieran pegado un puñetazo —susurra—. Cada vez que toco tu cuerpo es como si estuviera en una montaña rusa.

Sonrío y me bajo las braguitas antes de pasar una pierna por encima de Pike, apoyarla a su lado y sentarme a horcajadas encima de él.

Exhala y lleva las manos a mi cadera.

—Pero lo que lo exacerbó fue todo lo que haces, cada detalle: traerme la comida al trabajo, cantarme las cuarenta en el almacén del bar en ambas ocasiones... Hasta cuando me dijiste que tenía que poner un protector antisalpicaduras, me hizo gracia que me compararas con una cueva. —Se ríe—. Haces que me lata el corazón tan fuerte que incluso me duele, Jordan. Tú, tu boca, quien eres... hasta el más mínimo detalle hace que quiera tocarte. Que no quiera echar el freno. —Me mira a los ojos y me acomoda el pelo detrás de la oreja—. ¿Te arrepientes de esto? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—No pasa nada —sigue—. Puedes decírmelo, aunque solo sea muy en el fondo. Lo

entenderé.

Me inclino y apoyo una mano al lado de su cabeza.

—Me arrepiento de no haber podido dejar de mirarte el día que vine a vivir aquí mientras tú llevabas mis cajas dentro —le explico—. Y de que me encante que no hables demasiado, y de que te guste ver pelis conmigo. Me arrepiento del vuelco que siento en el estómago cada vez que oigo que te mueves en la habitación por la mañana porque sé que te veré pronto. —Le acaricio el pecho con la mano y la subo hasta el cuello—. Y me arrepiento de buscarte cuando entro en la habitación. Y también de que, después de que te vayas a trabajar por la mañana, tenga que meterme en la ducha otra vez porque no paro de fantasear contigo, y eso me pone tanto que no puedo esperar a que llegues a casa. —A Pike se le marcan los abdominales al erguirse ligeramente, apretando su polla contra mí—. Y me arrepiento de pensar que no cambiaría nada. No podría sentirme de otra forma.

Vuelvo a pasar la pierna por encima de Pike, me doy la vuelta y me siento de nuevo encima de él, pero esta vez a lo vaquera invertida. Me quito la camiseta y dejo que el pelo me caiga por la espalda, desnuda. Luego vuelvo la cabeza y tonteo con él.

Se le hincha la polla debajo de mi entrepierna y empiezo a menear las caderas y a frotarme contra ella.

—Tú lo que quieres es matarme —gruñe.

Me paso los dedos por el pelo. Sus manos me recorren el cuerpo, y, antes de que las suba y me agarre los pechos, le planteo una duda:

—¿Con cuántas mujeres te has acostado?

—¿Con cuántos hombres te has acostado? —replica—. No, déjalo. No me lo digas.

Sonrío y le respondo de todos modos.

—¿Antes de ti? Con dos.

—Con más de dos —contesta a mi pregunta.

—¿Hay algo que no esté haciendo y quieres que haga? —sigo meneándome y Pike se queda absorto mirándome el culo mientras lo muevo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me pregunto cómo puedo estar a la altura de un hombre con muchísima más experiencia que yo.

Me mira a los ojos.

—Uno: no tengo muchísima más experiencia. Y dos: hay muchas cosas que todavía no hemos hecho y que tengo toda la intención de hacer contigo cuando por fin nos relajemos y dejemos de arrancarle la ropa al otro nada más llegar a casa cada día —bromea.

Me recuesto, apoyo la cabeza al lado de la suya y Pike cuela una mano entre mis muslos.

—Deja de hacerme sentir así de bien y me controlaré —suelto.

Me besa y luego me mira de nuevo a los ojos, pero los suyos tienen un brillo más serio.

—No pienses en las otras mujeres —me pide—. Yo no lo hago.

Lo miro y se me oprime el corazón. Hay cosas que no puedo decir. «Te...»

Abro la boca. «Te...»

Lo beso. Su barba de tres días rasca un poco y siento su olor: olor a casa. «No puedo quererte. No te quiero, ¿verdad?» Pike dirá que es un capricho. Que soy una niña. Que no es real.

«Te quiero.»

—Por Dios, Jordan —dice con la voz entrecortada mientras me besa apasionadamente—. ¿Qué me estás haciendo?

«Lo mismo que tú a mí.»

Le suena el móvil y hacemos ademán de ignorarlo, sin apartar los labios del otro. Ante la insistencia, Pike se separa a regañadientes y mira quién es.

—Mierda —murmura.

Le beso la mejilla y le doy un mordisco en la mandíbula.

—Dame solo un momento, cariño. —Se sienta y me levanto para que pueda responder a la llamada.

Pike cuelga las piernas por su lado de la cama y contesta al teléfono. Yo tiro de las sábanas para cubrirme.

—¿Qué hay? —saluda.

Al otro lado de la línea se oye una voz fuerte y masculina. Creo que es Cole.

—Sí —responde Pike enderezándose y pasándose la mano por el pelo—. Ya, perdona; estaba saturado y no me di cuenta de que era urgente.

Cole vuelve a decir algo. Me parece que a Pike se le ha cortado la respiración.

—Cole, yo...

Cole lo corta y Pike se queda quieto, escuchando.

—No, no creo que sea una buena...

Cole lo vuelve a cortar.

Al cabo de poco, suspira y asiente.

—Vale. Sí..., de acuerdo. Está bien. Hasta mañana —sentencia finalmente.

Cuelga y tira el móvil sobre la cama. Luego se tumba de espaldas y se pasa las manos por la cara.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—¿A parte de estar hablando por teléfono con mi hijo mientras su exnovia está desnuda en mi cama?

Arrugo la frente.

Echa la cabeza hacia atrás y me mira.

—La verdad es que se avecina un problema aún peor. Prepárate.

23

Pike

—He dejado sábanas y mantas en el sofá —explico mientras me dirijo a la cocina—. La nevera está llena. Vosotros mismos, como si fuera vuestra casa.

Cole y su madre me siguen. Cierro la puerta de la entrada y mi voz rebosa hospitalidad. Mi hijo es más que bienvenido; pero, si pudiera, a ella la mandaría a un hotel.

Sin embargo, Cole me hace sentir culpable.

—No pienso dormir en el sofá —se queja Lindsay mientras deja el bolso en la encimera—. Soy una mujer hecha y derecha; necesito privacidad.

Jordan los sigue en silencio; se cruza de brazos y se apoya en el marco de la puerta. Tiene la mirada clavada en el suelo; creo que no me ha mirado ni una sola vez desde que Cole llamó anoche. Hoy trabajábamos los dos; yo en la obra y ella tenía turno de día en el bar. Además, entre que no le ha quedado otra que sacar lo que tenía en mi baño y llevárselo al suyo, que se ha encerrado toda la noche en su habitación para hacer vete a saber qué y que yo he acabado de arreglarle el coche, casi no hemos hablado. Supongo que ninguno de los dos sabe muy bien qué decir.

Observo a Lindsay: su abundante pintalabios rojo hace juego con el sujetador de encaje que le asoma por debajo del top negro. Hace veinte años creí, durante unos cinco minutos, que era una mujer sexi y segura de sí misma; pero, ahora que he visto cómo es en realidad, ya no me parece nada atractiva.

Con suerte, solo tendré que aguantarla una noche o dos, a lo sumo. Cole volvió a casa de su madre hace un par de días, pero están arreglándole las contraventanas y necesitaban un sitio donde quedarse hasta que acaben las obras.

—Si te vas a un hotel, tendrás tanta privacidad como quieras —le recuerdo—. Ya te he dicho que te lo pagaba yo.

—Venga ya, papá —susurra Cole mientras va a por un refresco a la nevera.

Este desvía la vista hacia Jordan, pero ella no mira a nadie.

Un silencio incómodo se impone en la cocina y yo carraspeo.

—Pues, como no quieras compartir habitación con Cole, no tengo nada más que ofrecerte a excepción del sótano —le digo a Lindsay.

—¿Y la habitación de invitados? —protesta.

—Ahí duerme Jordan.

—Jordan no debería ni vivir aquí —murmura antes de volverse hacia ella—. ¿Te importaría dormir en la misma habitación que mi hijo un par de noches para que yo pueda quedarme en la de invitados?

—Ya no es una habitación de invitados —respondo de mala gana. El corazón me late con tanta fuerza que creo que se me va a salir del pecho—. Es su habitación.

Ni de puta broma...

—Menuda estupidez. —Lindsay me mira—. Soy la madre de tu hijo y necesito una habitación. —Vuelve a desviar la mirada hacia Jordan—. Has dormido un montón de tiempo con Cole. No te importará hacerlo una o dos noches más, ¿a que no?

Doy un paso hacia delante y pongo las manos en la encimera.

—No va a dormir con Cole. Ya no están juntos. No es justo.

—Es una cama —interviene Cole, y suspira—. Y solo tenemos que dormir. No vamos a morirnos.

Miro a Jordan a la espera de que se resista de alguna forma y me eche una mano, pero se limita a levantar la vista y mirarme a los ojos sin mediar palabra, como si la culpa de que estemos en esta situación fuera mía y esperara que hiciera algo.

Si ella no me echa un cable mientras yo intento que no tenga que rebajarse de esa forma, pareceré idiota. Ya es mayorcita. Como siga insistiendo, Cole y Lindsay no entenderán por qué soy el único que se queja.

Además, ahora tengo miedo.

Quiero que Cole y Jordan arreglen las cosas y vuelvan a ser amigos, pero no quiero que se pasen la noche entera juntos y solos en la misma habitación. Que estuvieron saliendo, hostia. Cole se conoce tan bien el cuerpo de Jordan como yo. ¿Y si de repente empiezan a sentir lo mismo que cuando empezaron a salir y todo iba bien? ¿Y si Jordan empieza a plantearse que necesita a alguien... más joven? Tienen un pasado en común.

No me voy a poner celoso de mi hijo. No vamos a competir. Pero él la conoce desde hace muchísimo más tiempo que yo. ¿Y si hablan las cosas y vuelven a conectar?

Casi suelto: «Es mía y no va a compartir cama con otro hombre».

Pero miro a Lindsay y veo lo liante que ha sido siempre. Por no olvidar que, en los últimos seis años, Cole ha estado siempre de su parte. Lindsay se ha hecho la víctima constantemente y ha conseguido que él se sintiera culpable si no la defendía; y lo seguirá haciendo, porque mi hijo sabe que yo puedo apañármelas solo. Sería la mujer más feliz del universo si se enterara de que me estoy acostando con Jordan a escondidas. Quiere proyectar todo su odio en algo o alguien, y yo no voy a meter a Jordan en este berenjenal.

—Jordan, hay sábanas en el sofá —digo con los ojos clavados en el suelo y haciendo un esfuerzo sobrehumano por destensar la mandíbula—. Avísame si tienes frío.

Me dispongo a salir de la estancia, pero entonces Jordan interviene:

—No, Cole tiene razón. Es una cama y solo tendremos que dormir juntos un par de noches, como máximo. Da igual.

Me detengo y la miro, pero ella mira al frente y parece tranquila, como si nada. Aprieto el puño derecho, salgo malhumorado de la cocina y subo la escalera. Es viernes y apenas son las siete de la tarde, pero o me doy un poco de espacio o la liaré y haré lo que no toca.

Como enfadarme con ella delante de todo el mundo. Y ganas, ahora mismo, no me faltan.

No logro conciliar el sueño hasta pasada la medianoche. Antes he estado a punto de soltar algo y que se enteraran de lo nuestro en más de una ocasión; sin embargo, el riesgo de arrepentirme de haberlo contado era demasiado grande. Ahora no es el momento. Y menos delante de mi ex.

Es solo una aventura. Es una aventura sórdida y morbosa, ¿verdad? O eso es lo que pensará todo el mundo.

Y le rompería el corazón a Cole. Estoy seguro de que espera que Jordan acabe marchándose en algún momento. Al fin y al cabo, tampoco se ha preocupado mucho por ella desde que se fue.

Pero descubrir que he entrado por la puerta grande, que he cogido sus juguetes y que hasta puede que la haga más feliz... La experiencia me dice que siempre hay una parte de ti que cree que tienes más derecho a estar con tu ex que cualquier otro tío, incluso después de haberlo dejado. Lo verá como una traición, como si yo me hubiera puesto de parte de Jordan e intentara hacer las cosas mejor que él.

Y tendría razón. Lo entendería totalmente.

Se lo contaré. Algún día. Jordan se dará cuenta de que soy demasiado mayor para ella, de que tengo una vida demasiado estable, y querrá más. Lo nuestro no va a durar.

Sin embargo, y aunque consciente de ello, no dejo de desearla. Ni de echarla de menos ni de necesitarla.

La cama se hunde bajo mi cuerpo y abro los ojos. Hay alguien más en la habitación. Tardo un segundo en darme cuenta de quién es; cuando lo intuyo, me alivia, estiro la mano y la acerco a mí.

«Jordan.»

Pero entonces frunzo el ceño. El corazón me late de una forma distinta cuando Heavenly, el perfume de Victoria’s Secret, se cuela por mi nariz. Palpo una pierna que no tiene las mismas curvas ni está igual de tonificada que las que anhelo a diario.

Me levanto de golpe, vuelvo la cabeza y veo una silueta a mi lado. Una silueta que me resulta familiar, pero que no es la que quiero ver.

—¿Qué demonios...?

Aparto las sábanas de un tirón y enciendo la lámpara. Me siento y me quedo mirando a Lindsay. Lleva un camisón de seda rojo.

¿Qué coño está haciendo?

—¿Estás de broma? —Me mira sorprendida, como si no se esperase esta reacción—. No hagas como que no recuerdas cómo va la cosa, Pike. Cuando una mujer se te mete en la cama, con un calentón y medio desnuda, no se la rechaza.

Se inclina hacia mí, junta su cuerpo al mío y me busca el cuello con la boca.

—Para. —Me levanto de la cama, cojo los vaqueros de la silla y me los pongo—. No estoy tan desesperado, joder.

—No tiene por qué ser así, Pike. —Suspira, se pone de rodillas y se coloca el pelo detrás de la oreja—. No vi lo bueno que eras. O la suerte que tenía de tener a alguien ambicioso, sensato y estable a mi lado. Quiero estar contigo. —Ladea la cabeza y pone ojitos—. No todo fue malo. ¿Te acuerdas de cómo le dábamos?

Abro el cajón de la mesita de noche y veo los preservativos que tuve que comprar porque Jordan y yo acabamos el otro paquete más rápido de lo esperado. Sin pensarlo dos veces, saco el mechero y un puro de la caja y cierro el cajón de golpe para que Lindsay no vea lo que hay dentro. Le lanzo una pulla como respuesta:

—Tampoco tenía mucho con lo que comparar por aquel entonces. Ahora ya sí.

—Estás solo —puntualiza—. Y quiero volverlo a intentar. Por el bien de Cole. ¿Sabes lo mucho que le gustaría que estuviéramos juntos otra vez? Cuando nos separamos, era demasiado pequeño; ya no se acuerda de nada.

Río amargamente. «Menos mal.» En esa época, ella salía de fiesta por la noche y yo llegaba a casa después de haber trabajado dos turnos seguidos, pagaba sesenta pavos a la canguro e intentaba pegar ojo los ratos que Cole no se despertaba pidiendo comer.

—¿No estás cansado de no tener a nadie? —Salta de la cama y se acerca a mí—. De ver a todos tus amigos con sus familias, sus casas, sus vacaciones... Podemos ser como ellos. He madurado. Puedo estar aquí para ti, para cuidarte y para cuidar de esta casa.

Esta casa. Lo que Lindsay quiere decir es «nuestra casa». Quiere vivir aquí.

Y la idea de que venga y se pasee por aquí como si fuese su casa me pone enfermo. Porque no es suya. Nunca lo será. «Es...»

Basta. No necesito ponerle palabras. Solo me imagino a una mujer viviendo aquí.

Voy hacia la puerta.

—Y déjame que adivine... A cambio de todo esto, te mantendré económicamente, ¿no?

—Podría hacerte feliz —insiste—. Ya lo he hecho antes.

Bajo la mirada. Hace un mes habría estado de acuerdo con ella, pero ahora ni me lo planteo. En el pasado fuimos felices, aunque durara muy poco. Días. Horas.

Ahora sé que esto no va así. No hay punto de comparación entre lo que tuve con Lindsay y lo que he vivido estas últimas semanas.

—Vuelve a tu habitación. —Salgo y dejo la puerta abierta—. A la de Jordan, quiero decir —añado mirándola por encima del hombro.

Camino pasillo abajo con firmeza y ralentizo el paso cuando llego delante del cuarto de Cole, cuya puerta estoy muy tentado a abrir de un tirón. Lo que hay ahí dentro es mío. ¿Qué hombre pone a su chica entre la espada y la pared? ¿Qué clase de hombre soy si no tengo los cojones de aceptar las cosas y defender lo que me pertenece?

Necesito pensar. Bajo la escalera a toda prisa, atravieso la cocina y el cuarto de la lavadora. Con cada segundo que pasa, más cerca estoy de estallar. Sé que no dejará que ocurra nada, pero no puede quedarse ahí.

Y, entonces, justo cuando salgo, veo que el problema ya está solucionado. Al menos, por ahora. Está sentada en el borde de la piscina, con las piernas en el agua, y me mira mientras atravieso la puerta.

Permanezco inmóvil un momento. Sus ojos azules son fríos y distantes. Me tenso un instante porque caigo en que la habitación de Lindsay (es decir, la de Jordan) da al patio y es posible que nos esté mirando.

Me acerco a la mesa del jardín como si nada, enciendo el puro, dejo el mechero y voy soplando e inhalando hasta que la boquilla se prende del todo y se tiñe de un naranja chillón. El dulce olor del puro me satura la nariz; suelto el humo y un hormigueo me sube a la cabeza. Camino hacia la piscina, me quedo en el borde opuesto de donde está Jordan y la miro. Lleva un pantalón corto de pijama y una camiseta de tirantes negra, pero va sin sujetador.

Se le ven los pezones desde aquí.

Aprieto la mandíbula.

—¿Te has puesto eso para dormir? —digo entre dientes, intentando no separar demasiado los labios y hablando lo más bajo que puedo.

—Cole me ha visto con menos ropa.

Sujeto el puro con el pulgar y el índice y golpeo la boquilla con el dedo corazón.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

Arqueo una ceja.

—¿Te ha tocado?

Oigo cómo se ríe por lo bajo.

—Puede. —Y entonces entorna los ojos y me mira—. Y puede que le haya dejado. Total, de tal palo, tal astilla.

Me duele la mandíbula de tanto apretarla. Jordan sacude la cabeza y se aleja de mí.

Sé que está enfada. Sé por qué lo está. Y sé que todos hacemos estupideces cuando estamos cabreados. Me está apartando y necesito tiempo para pensar. Solo un poco.

—No lo hagas —le pido.

—Pues no me preguntes estas tonterías.

Respira de forma superficial y el pecho se le hincha con cada inhalación. Está destrozada y no sé qué hacer.

—Esto me está matando —susurro y miro hacia la ventana para asegurarme de que Lindsay no nos observa desde arriba—. Saber que estás en la cama con él me está matando de verdad, joder.

—Haber contado la verdad —suelta—. Deberías haber dicho que podía quedarse con mi habitación porque yo duermo contigo.

Se levanta, se pasa las manos por detrás del pantalón para limpiarse y dejo de mirarla a la cara porque ya no puedo más. «Duerme conmigo.» Pues sí.

Y ahora mismo lo daría todo por tenerla en mi cama.

—Si quieres estar conmigo, vamos a tener que decírselo tarde o temprano —añade—. No puedes tenerme encerrada para siempre, Pike. Quiero que hagamos cosas juntos sin tener que encerrarnos entre cuatro paredes donde no nos vea nadie; quiero que salgamos, que vayamos a cenar, que podamos besarnos...

Me quedo callado un momento, pero sale disparada hacia dentro sin darme una tregua para encontrar las palabras. Vuelvo a mirar rápidamente hacia la ventana de su habitación antes de salir corriendo detrás de Jordan. La cojo de la mano, tiro de ella hacia la esquina de la casa y la pongo de espaldas a la pared.

—No podemos —me quejo mirándola a la cara—. Todavía no. Lo que estamos haciendo no está bien. Todos hablarán. Y Cole no lo entenderá.

Los ojos se le llenan de lágrimas mientras me aguanta la mirada, pero aprieta la mandíbula, enfadada.

Doy un paso hacia atrás y me paso la mano por el pelo.

—¿Y si esto se acaba en un par de semanas y soy yo quien se ha cargado la relación que tengo con mi hijo por no haber sabido mantener la bragueta cerrada? —pregunto—. ¡No debería haber dejado que pasara! ¿Por qué no pude resistirme? ¿Eh?

Por más que sea una pregunta retórica, no deja de ser la verdad. No debería haberlo hecho. Quién sabe cómo narices se tomará esto Cole. ¿Hasta qué punto aprovechará Lindsay la oportunidad para ponerlo todavía más en mi contra? Todo lo que he hecho a lo largo de mi vida ha sido por él. No fui a la universidad porque Lindsay no trabajaba y necesitábamos el dinero. Me he dejado la piel currando para poder pagarle lo que quisiera. Y ahora que por fin está empezando a entendernos... Esto podría arruinarlo todo.

Jordan se queda un segundo en silencio. No lo soporto. Quiero saber en qué está pensando. Cuando está enfadada, al menos sé que quiere discutir. Ahora, sin embargo, respira lentamente, como si nada, y me mira sin más. Está demasiado tranquila.

Asiente para sí misma.

—No merece la pena —concluye antes de ponerse a andar otra vez—. Si ya lo sé. Tienes razón.

—Jordan...

—No. No importa. —Se detiene—. Lo pillo. Debería haber hecho caso a Cam. Esto no iba a

llegar nunca a buen puerto.

«No quería...»

Pero sí es lo que quería decir, ¿no? Si ahora no soy capaz de explicárselo a Cole, ¿lo haré más adelante? ¿En qué momento dejará de ser tan difícil? ¿Cuando hayan pasado dos años desde que rompieron?

Al ver que no respondo, me mira.

—Nos vemos por la mañana.

Se dirige a la puerta trasera y me siento como si acabaran de pegarme una paliza. Como si no fuera a verla nunca más.

La sigo a toda prisa, vuelvo a cogerla de la mano y le impido que siga.

—No —le suplico—. Joder, es que no quería decir eso. Jordan, yo... Vales mucho, pero yo... —Niego con la cabeza—. Yo qué sé.

—Da igual —contesta tan tranquila que me asusto—. En serio. En realidad, debería darte las gracias. Por lo que parece, llevo años intentando ser el tipo de mujer que admiro y, de pronto, es como si ya lo fuera. Ya sé que valgo mucho. A diferencia de ti.

Intenta alejarse, pero vuelvo a frenarla.

—Jordan.

Se da la vuelta, con la cabeza alta, y tira de la mano para soltarse de mí.

—Pues díselo ya. —Su ultimátum hace que se me llenen los pulmones de aire—. Díselo ya, conmigo, para que pueda meterme en nuestra cama y podamos irnos a dormir. Y mañana será un nuevo día y seguiremos con nuestras vidas porque ya se lo habremos contado y no tendremos que preocuparnos más. —Me amenaza con la mirada—. Díselo ya.

Abro la boca para hablar. Para decirle que de acuerdo. Que voy a subir y a contarle la verdad a mi hijo. A contarle que creo que la quiero y que lo siento, que no quería hacerle daño.

Pero sé que tengo razón. Volverá a la universidad en dos meses, tendrá clases a jornada completa, conocerá a chicos con estudios y que todavía tienen la vida por delante. No voy a destrozar mi familia cuando todavía no sé ni qué tenemos ahora mismo. No tiene ningún derecho a pedírmelo.

Se aleja de nuevo y el azul de sus ojos se asemeja al color del hielo.

—Es increíble lo rápido que cambian las cosas, ¿eh? —dice mientras se aparta despacio—. De repente, ya no siento nada por ti.

24

Jordan

—No tienes muy buena pinta, cielo.

Levanto la vista del arcón que estoy rellenando de botellas de cerveza y sonrío lánguidamente a Grady.

—Nada que una caja de galletas de chocolate con menta no pueda arreglar —tercio.

O una cubeta entera de sorbete de helado o Pike entrando por la puerta ahora mismo, cogiéndome en brazos delante de todo el mundo y diciéndome que me quiere.

Dios, no puedo más. Estoy agotada. Anoche no soportaba la idea de mirarlo a la cara y lo único que quería era alejarme de él y desaparecer de su vida.

Cogí mi Volkswagen recién arreglado y me fui a dormir a casa de mi hermana. He venido al bar a las diez, me he preparado para empezar el turno del mediodía, y ya llevo más de doce horas trabajando. Más de lo que marca mi horario.

Sigo enfadada y mi opinión no ha cambiado; pero ahora, además, estoy triste. Le echo de menos.

Aunque, sobre todo, estoy cabreada conmigo misma.

Lo quiero y quiero estar con él, pero...

No puedo estar a su lado.

Me hace reír y, cuando estamos juntos, siento que estoy en casa. Como si lo único que tuviera sentido para mí en la vida fuera Pike.

La cuestión es que ahora ya ni me entiendo. Si alguien quiere estar conmigo, tendrá que ganárselo.

No voy a dar marcha atrás.

—La última vez te fuiste antes de que te pudiera dar la propina —sigue Grady y se saca un poco de efectivo del bolsillo—. Toma, aquí tienes.

Me pasa un par de billetes de veinte por la barra. Me pesan los ojos de lo cansada que estoy; cierro el arcón y río por la nariz.

—Grady, no hace falta, en serio. No te preocupes por estas cosas; me basta con que estés aquí.

Lo cual es cierto. Si Grady está en el bar, no tengo que entablar conversación con nadie más mientras trabajo. No tontea conmigo ni hace comentarios fuera de lugar; además, le gusta la

música que ponemos.

Dejo el dinero donde está, recojo la botella vacía, abro otra y se la doy.

—Oye, ¿me pones un par de Bud? —pide alguien desde el otro lado de la barra con el dinero en la mano.

Alguien llama al bar y responde Shel. Yo me dirijo hacia el cliente.

Abro el arcón y saco dos Bud.

—¿Jordan? —repite Shel al teléfono.

Le paso las dos botellas al tipo de la barra y la miro.

—¿Quién es? —pregunta ella.

Empiezo a respirar superficialmente y cobro al chico que ha pedido las cervezas sin apartar la mirada de mi jefa.

—¿Pike? —continúa.

Me mira y niego con la cabeza. Es tarde; me fui anoche y la verdad es que me sorprende que no haya venido a buscarme y a insistirme como suele hacer.

—No, no está aquí —miente—. Ya ha acabado el turno. Intenta llamarla al móvil.

Estoy segura de que no espera a que Pike responda antes de colgar. Lo que Shel no sabe es que hoy ya me ha llamado más de una vez al móvil, aunque no me ha dejado ningún mensaje de voz ni me ha escrito.

Se acerca a mí.

—¿Qué pasa?

—Nada.

No me cree. Ladea la cabeza.

—Tienes pinta de estar reventada. —Me sujeta el pelo detrás de la oreja con cariño mientras yo limpio la barra—. ¿Has comido algo en lo que va de día?

—Estoy bien, solo un poco cansada —respondo.

—¿Cole te ha traído más problemas?

Suspiro y siento retortijones en el estómago. Quiero contárselo a alguien, pero ya estoy harta de ser la niña que siempre tiene problemas con los tíos. Estoy cansada de que Shel se preocupe por mí y no quiero que se entere de esto. Ya piensa que Pike es un capullo, y, por alguna razón que desconozco, no me gusta que tenga esa imagen de él. No quiero darle un motivo más para que se crezca.

—¿Por qué te llama su padre? —insiste.

Evito mirarla a los ojos, meto el paño en un cubo de agua caliente y cojo otro para pasarlo por las botellas de licor que ya he limpiado esta tarde.

Siento su mirada clavada en mí.

—Jordan, ¿en qué lío te has metido?

Me tiembla la barbilla y las lágrimas empiezan a nublarme la mirada.

—En ninguno —respondo sin mirarla—. Estaré bien.

Una camarera sale de la cocina con comida y esquivo a otra que viene del almacén con una botella de Captain. Pienso rápidamente en qué puedo hacer ahora y, al final, opto por agacharme y coger un paquete de servilletas del armario. Rasgo el envoltorio y empiezo a colocarlas en los servilleteros que hay en la barra.

—Vete a casa —me ordena Shel tapando la caja que estoy rellenando con la mano—. Duerme un rato.

—Estoy bien. Prefiero quedarme aquí.

—Si no quieres irte a casa, ve con tu hermana —sugiere—. Pero, por favor, descansa un poco. Si ahora sigues trabajando, luego no podrás ni conducir. Mañana nos vemos.

Abro la boca para contradecirle, pero niega con la cabeza porque ya sabe qué voy a decir.

—No soy tu madre —señala—, pero es como si lo fuera. Tienes que dormir. Ve a por algo de comida a la cocina y márchate. Por favor.

Le hago caso a Shel. Me hago un bocadillo que no me apetece nada, me subo al coche y arranco el motor. Tengo sintonizada una cadena de los ochenta donde suena una canción de Alice Cooper, pero apago la radio porque no estoy de humor para refugiarme en la música como hago a menudo.

«A casa.» Me paso unos veinte minutos largos conduciendo sin rumbo por la ciudad, perdida en mis propios pensamientos, antes de decidir finalmente a casa de quién voy. Necesito algo de ropa y los libros de la uni, y, aunque no quiera ver ni a Pike ni a Cole ni a su madre, no puedo seguir utilizando el maquillaje de mi hermana. Todo lo de Cam lleva purpurina.

Llego a Windy Park Place y me fijo en los coches y camionetas que hay estacionados a ambos lados de la calle y que llegan hasta la casa de Pike. Algunos de esos vehículos me suenan; otros no. Encuentro un hueco delante de la casa de Cramer y aparco. Una luz que proviene del jardín trasero de Pike se refleja en la valla.

Cole debe de haber montado una fiesta. «Lo que me faltaba.»

Dejo el bolso en el coche. Cojo las llaves, lo cierro y me dirijo hacia dentro. Ahora mismo querría estar en cualquier parte menos aquí, pero sé que tengo que hacerlo. Cuando oigo la música, un escalofrío me recorre el cuerpo y se me pone la piel de gallina. Me dirijo decidida hacia el porche. No me he cambiado al salir del bar, de modo que todavía llevo la blusa con la espalda al aire que me pongo para trabajar. Me ajusto la coleta y espero que, con toda la gente que habrá, ni Pike ni Cole se enteren de que he venido.

Entro y echo una ojeada a mi alrededor. Alguien acaba de salir por la puerta trasera. Luego oigo que se cierra la del baño que hay en el cuarto de la lavadora. Sé que hay luz en el sótano porque se cuela por el umbral de la puerta, y afuera hablan tan fuerte que las conversaciones se oyen casi tanto como la música. Al menos Cole no ha metido a la gente dentro de casa, aunque alguno se ha colado. Es bastante improbable que Pike esté durmiendo con este jolgorio.

Subo la escalera sin hacer demasiado ruido y atravieso el pasillo. La puerta de la habitación de Pike está cerrada y la luz, apagada. El cuarto de Cole también está cerrado y, cuando abro el mío y meto la cabeza para ver si hay alguien, me doy cuenta de que la habitación está vacía. La madre de Cole, que durmió aquí anoche, no ha hecho la cama. Echo un vistazo al cuarto sin encender la luz y me guío solo por la que se cuela por la ventana. Aquí no queda nada de Lindsay; quizá ya han acabado de arreglarle el piso. Cojo la cartera de cuero, meto dentro los libros y libretas que tengo en el escritorio, y lleno una bolsa de viaje con ropa y todo lo que pueda necesitar en los próximos días.

—Ya decía yo que había oído entrar a alguien —dice una voz detrás de mí.

Se me para el corazón y, aunque por un breve segundo me pregunto quién será, lo reconozco enseguida. Cierro los ojos con la esperanza de que desaparezca.

Dudo que Cole lo haya invitado. Se habrá colado en la fiesta.

En el escritorio que tengo delante hay unas tijeras. Me las quedo mirando. El instinto...

—Cole ha roto con Elena —me cuenta Jay—. ¿Quieres volver con él?

«¿Que han roto?» Pero ¿en serio estaban juntos? Me miro el pulgar y veo la pequeña cicatriz en la oscuridad, pero ya casi no siento nada. Antes me daba un vuelco el corazón cada vez que la miraba; no obstante, ahora es como si hiciera muchísimo desde que Cole se preocupaba por mí. Esta noche, ni siquiera echo un poquito de menos la conexión que teníamos tiempo atrás.

Estoy en modo «supervivencia». Ahora es mi cerebro quien está al mando y no me dará las llaves de mi corazón hasta que esté seguro de que puedo cuidarlo.

—¿Te apetece vengarte antes? —me provoca Jay con una voz que cada vez oigo más cerca—. Vamos, Jordan. Te voy a follar pero bien, aquí y ahora.

—¿A diferencia de como solías hacerlo? —le increpo.

No dice nada. Sin embargo, me imagino la mueca que debe de habérsele dibujado en la cara y el hormigueo que debe de sentir en las manos, pidiéndole que me haga pagar por lo que le acabo de decir.

Cojo las tijeras, me doy la vuelta y las hago girar sobre mis dedos mientras lo miro y jugueteo con ellas.

Se queda ahí, plantado en mi habitación. Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta, y me mira con esos ojos fríos enmarcados por sus oscuras cejas.

—A saber qué te has dicho para autoconvencer a tu diminuto cerebro de que hacías que me corriera —digo sobrada—. Las tres veces que nos acostamos fueron malísimas. Yo me quedaba ahí tumbada, confundida, distraída y, finalmente, hecha un mar de lágrimas porque dabas asco. En todos los sentidos.

Arruga el labio superior. Está sopesando cuáles son las probabilidades de que pueda hacerme lo que tantas ganas tiene de hacerme ahora mismo sin que nadie se entere, a pesar de que el patio trasero esté atiborrado de gente que sería testigo de ello porque se vería todo por la ventana.

—Ahora compadezco a las chicas con las que estás —prosigo—. Pero en realidad sonrío para

mis adentros porque sé que, en el momento en que dejen de fingir lo mucho que les gusta tu polla cuando estáis en la cama, se irán al baño y se masturbarán imaginándose a cualquier otro tío de la ciudad.

Da un paso hacia delante, tambaleándose, y me pongo firme. Bajo las manos y agarro las tijeras con fuerza. Jay sigue mi movimiento con la mirada y se queda quieto.

—Sal de mi habitación —le digo tranquila, sin alzar la voz—, y no vuelvas a hablarme nunca más.

Duda un momento.

—Vete —repito.

Se muere de ganas de atacarme.

Pero no le tengo miedo. No siento nada.

Su orgullo tarda un poco en darse cuenta de que, si grito, todo el mundo lo oirá. Entonces da un paso hacia atrás, se vuelve y desaparece por el pasillo. Lo oigo bajar la escalera y, antes de moverme y arriesgarme a encontrármelo otra vez, espero hasta que sé que ha cerrado la puerta trasera.

Puede que no se marche de mi vida definitivamente, pero ya ha demostrado en repetidas ocasiones que no va a hacer grandes esfuerzos para estar conmigo y enseguida va a por otra. Espero que la cosa siga así y no vaya a más.

Acabo de meter mis cosas en la bolsa y entro en el baño para coger el cepillo de dientes, la cuchilla y el champú. Lo guardo todo y cierro la cremallera. Me cuelgo ambas bolsas en el hombro y salgo del cuarto, evitando la tentación de mirar atrás. Bajo la escalera y cruzo el salón.

Pero Pike está delante de la puerta principal. Me detengo y nos miramos.

Mierda. Ya casi estaba fuera.

—Te estaba buscando. Solo quería asegurarme de que estás bien. —Desliza la vista hacia las bolsas y aprieta las llaves con el puño—. Por favor, no lo hagas —añade casi susurrando.

—¿Que no haga el qué? —Doy un paso hacia delante—. ¿Que no me vaya o que no se lo diga a Cole?

Fuera, la fiesta está en pleno apogeo, pero Pike y yo estamos en el salón, a oscuras, librando una batalla en la que nadie sale ganando. Es cuestión de ver quién acaba herido, aunque, para Pike, es una decisión que cree que puede no tomar.

Quiere estar conmigo, pero es un cobarde.

—Tenía que acabar, ¿no? —suelta en voz baja—. En diez años, tendré casi cincuenta tacos. No quiero que tengas que cargar con eso. Lo que hemos tenido tenía que acabar. Lo has sabido siempre.

Ahora lo sé. Me arden los ojos y se me llenan de lágrimas, pero me siento extraña. Creo que no estoy triste. Lo que me está diciendo casi que me tranquiliza, porque ya me conozco esta historia. Estoy acostumbrada.

Me acerco a la puerta.

—No estoy preparado para que te marches. —Se sitúa delante de mí—. Todavía no. No he acabado... —Busca las palabras—. No he acabado de hablar contigo ni de... quererte. —Me coge por los hombros y nos pone detrás de la puerta, apoyando mi espalda en el armario—. Vamos a algún sitio. Nosotros solos. Ponen una peli en el cine a medianoche. Podemos ir, alejarnos de aquí un par de horas y hablar las cosas.

Lo miro a los ojos.

—En un sitio a oscuras, ¿no?

¿En un cine donde nadie nos vea?

Me mira como si estuviera pensando justamente lo mismo y lo lamentara, pero es lo que hay.

—Ya veremos cómo lo hacemos. —Descansa las manos a ambos lados de mi cabeza, en la puerta que tengo a mis espaldas, y se inclina hacia mí—. Pero aún no. No te vayas todavía.

La frialdad que me ha acompañado desde anoche se desvanece y sus palabras resuenan en mi cabeza. «No me voy a ninguna parte. No me voy a ninguna parte...»

No tengo ninguna duda de que es verdad. Y siempre lo será. Pike no se escaquea; asume sus obligaciones. Siempre me cuidará.

Y lo último que quiero es ser una responsabilidad para él. No puedo ser como Cole o como su trabajo, o como la casa o las facturas. No soy un deber con el que tiene que cumplir.

Soy todo lo demás.

—¿Me quieres? —le pregunto—. ¿Estás enamorado de mí?

Me aguanta la mirada y, a pesar de que estamos a oscuras, veo que tiene los ojos rojos, cansados y doloridos. Abre la boca, pero no dice nada.

Niego con la cabeza.

—Bueno, da igual. —Me rindo—. No eres valiente; lo nuestro tampoco duraría para siempre. —Me enderezo y agarro las tiras de las bolsas con fuerza—. Además, al final acabarás siendo poco más que una pérdida de tiempo para mí.

Le cambia la expresión. Parece hundido. No está tan convencido de nada como para actuar; lo único que sabe es que no quiere que me vaya.

—Guau, esto es la hostia. O sea que te va ese rollo, ¿eh, Jordan?

Pike y yo volvemos la cabeza de golpe. Jay acaba de salir de la cocina y ha entrado en el salón. Pike baja las manos, se yergue y lo mira con dureza.

—Venga, cielo —me vacila Jay. Huelo su aliento a cerveza desde aquí—. Yo seré tu papito; también puedes abrirte de piernas para mí a cambio del alquiler.

Pike arremete contra él y yo ahogo un grito. Coge a Jay por el cuello, lo levanta del suelo y lo lanza a través de la contrapuerta. Jay apenas se asusta, seguramente porque ya tenía claro a lo que iba.

Se me para el corazón cuando lo veo trastabillar en el porche. A continuación, Pike va a por él.

Ambos ruedan escalera abajo. Algunas de las personas dispersadas por el jardín, que bien ya

se iban o bien acaban de llegar, se acercan.

Jay empuja a Pike, pero este lo coge del brazo, echa la mano hacia atrás, le atiza un puñetazo en toda la cara y lo manda al suelo. Voy al porche y veo que algunos curiosos se paran a mirar; otros los animan.

—¿Qué narices está pasando? —pregunta Cole.

Desvío la mirada y lo veo llegar desde un lado de la casa. Me acerco a la barandilla y veo que Pike levanta a Jay del suelo y lo estampa contra un coche.

—¡Papá! —grita Cole corriendo hacia allí.

Parece que nadie más lo ha visto.

—Tranquilo. —A Jay le sale sangre del labio. Mira a Pike y se ríe—. Podemos compartir a esa putita.

Cole me mira.

—¿Te ha hecho daño?

Supongo que no le ha costado mucho adivinar a quién se refería Jay con lo de «putita». No respondo.

Jay me mira y grita:

—¡¿Por qué no le dices a Cole lo bien que habéis estado tú y su padre estos días sin él?!

—¿De qué habla? —Cole nos mira a ambos, claramente confundido.

—¡Volveremos a vernos, Jordan! —grita Jay deshaciéndose de la mano de Pike y sacando las llaves del coche—. Estarás trabajando en The Hook igual que tu hermana y yo entraré y pagaré por tu culo. Te lo pro...

Alguien descarga otro puñetazo en la cara de Jay, pero esta vez no ha sido Pike. Cole ha salido corriendo hacia él y lo ha mandado a la acera, tropezando y de espaldas.

Jay gruñe, escupe, se lleva la mano a la boca y, cuando la aparta, se la queda mirando.

—¡Me has partido un diente! —vocifera.

—¡Sal de aquí! —grita Cole haciendo aspavientos con los brazos—. ¡Que te pires!

A Pike le brilla la frente del sudor y me mira con los mismos ojos que la primera noche que nos acostamos, cuando en mi cama me senté a horcajadas encima de él, me miró y dejó de encerrarse en sí mismo para darme todo lo que tenía.

Todo lo que hay a nuestro alrededor desaparece. Se lleva los puños a los costados. Está completamente tenso, como si ahora fuera a venir a por mí, cogerme en brazos y llevarme a otro sitio.

—¿Mi padre y mi ex? —oigo que pregunta Cole.

Pestañeo, Pike baja la cabeza y el hechizo se rompe. Cole se queda de pie entre nosotros, alternando la mirada entre los dos mientras los demás se van marchando poco a poco. Y entonces Cole cae en cómo nos estábamos mirando Pike y yo hace un segundo y empieza a atar cabos.

—¿Jordan? —Cole me anima a que diga algo, pero me limito a bajar los ojos porque soy incapaz de mirarlo.

Pike traga saliva y se le entrecorta la respiración.

—Cole...

—Mira, vete a la mierda —lo corta este dando un paso hacia atrás.

Pike da uno hacia delante, pero su hijo se da la vuelta y se aleja enfadado. Sale del jardín y se pone a caminar por la calle.

No lo sigue. Lo conoce tanto como yo o más, y esta noche Cole no escuchará a nadie. Además, ¿qué podría decir Pike para mejorar esta situación? El daño ya está hecho.

Se queda ahí, mirando a Cole como si acabaran de arrebatarle la vida. ¿Qué le queda ahora?

Saco las llaves, bajo la escalera y me dirijo hacia mi coche. Paso al lado de Pike Lawson, decidida, y no me detengo.

Tampoco me sigue.

Ahora entiendo a qué se refería con lo de anoche. No valgo nada.

Escribo un mensaje de texto:

Sé que es un marrón, pero quiero que sepas que no lo hice para vengarme.
Pasó sin más. Lo siento.

Llevo mirando el móvil veinte minutos, intentando descifrar qué puedo decirle a Cole. Voy a cerrarme las redes sociales temporalmente y a hablar solo con mi hermana y pocas personas más. Necesito espacio y tranquilidad, pero tampoco quería desaparecer sin decirle nada.

Lo que ha ocurrido con su padre no me sabe mal, pero haberle hecho daño a Cole sí. Me convencí de que me había engañado y de que no le debía nada.

Sin embargo, no quiero que las cosas acaben así. No me importa irme. No me importa no verlo ahora mismo.

Pero necesito que sepa... que no fue por él.

Llega su respuesta:

¿Lo quieres?

Se me hace un nudo en la garganta y pulso el botón lateral del móvil para apagarlo.

Trago saliva, guardo el teléfono en el bolsillo de la cartera y cierro la cremallera. Luego aprieto los ojos para no llorar.

Shel entra en el almacén y me encuentra delante de un montón de cajas de cerveza. En lugar de darme la paga que he ido a buscar, coge un fajo de billetes y me lo mete en la cartera, sin que yo pueda verlo.

Anoche volví a quedarme en casa de mi hermana y, esta mañana, he venido para cobrar antes de irme. A juzgar por los billetes que acaba de esconder en mi bolsa, estoy segura de que me ha dado mucho más de lo que me corresponde.

Contradecirla no me servirá de nada. Me apunto mentalmente que tendré que hacer horas

extra cuando vuelva, aunque no tengo ni idea de cuándo será.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta mirándome con una mano en la cintura.

—No lo sé.

—¿Dónde vas?

—Tampoco lo sé.

Suspira y yo me cuelgo la cartera en el hombro.

—En otras circunstancias me daría miedo, pero... —Bajo la voz y me quedo pensativa—. No quiero seguir haciendo lo mismo que hasta ahora. Solo quiero despertarme mañana y que mi vida sea completamente diferente. —Levanto la vista y la miro—. Y, por favor, no me sermonees ni me digas que estoy huyendo, que estoy hecha un lío o que estoy dejando que los demás controlen mis emociones...

Me agarra por los hombros.

—Corre —dice con firmeza—. Márchate lejos. Vete. Y llama si necesitas algo, ¿vale?

Asiento. Me alegro de que me entienda.

—¿Puedes decirle a Cam que no se preocupe? Dile que estoy bien y que ya la llamaré.

—¿No piensas despedirte de ella?

Las lágrimas me suben a los ojos, amenazantes. Paso a su lado, me alejo y salgo de la despensa.

—No puedo.

Si me lo pienso demasiado o si la miro a la cara, me echaré atrás. Pike una vez me dijo: «Ve a por todas». Estoy segura de que no se refería a esto, pero allá voy.

Jordan Hadley no deja el trabajo. No se sube a un coche que está en ruinas y que la va a dejar tirada para largarse sin rumbo fijo. Y, además, le tiene pánico a la idea de quedarse sola.

Si lo pienso, no lo haré. Me voy. Ya no hay vuelta atrás. Quizá regrese mañana, o en dos días, o la semana que viene, pero cuanto más tiempo pise el acelerador, más me alejaré de mi yo del pasado.

—Sé que duele —me consuela Shel acercándose por detrás—. Eras feliz.

—Estaré bien. —Me cuelgo el jersey por encima de la camiseta para evitar mirarla a la cara —. No ha sido el primero.

—Sí lo ha sido. —Me quedo quieta y la miro; el nudo que siento en el estómago se ensancha de golpe—. No tienes que decir nada, pero... —prosigue— nadie más te ha hecho sentir así, ni Cole ni Jay.

Vuelvo a apartar la mirada y me muerdo la comisura de los labios para mantener mis emociones bajo control.

«Lo superaré.» Y, muy pronto, todos sus recuerdos se habrán difuminado, sus palabras habrán volado y no recordaré cómo era el tacto de su piel. Todo habrá desaparecido.

—Pero déjame que te diga algo —continúa, bajando la voz para que los pocos clientes que hay en el local no la oigan—. No necesitas lo que puedas sentir por él o por cualquier otro tío.

Esto —me toca el pecho a la altura del corazón—, lo que sientes ahora mismo, es lo mejor que te puede pasar en la vida. Porque, cuando cada pedacito roto de tu corazón se vuelva a juntar con los demás, y ese momento llegará, serás más fuerte. Y no dejarás que lo manosee cualquiera. —Me coloca el pelo detrás de la oreja como siempre hace—. Puedes estar segura de que, cuando le abras tu corazón a otra persona, será porque se lo ha ganado. Para sobrevivir en este mundo hacen falta muchas cosas, pero nada es tan necesario como que nos rompan el corazón al menos una vez en la vida. La buena noticia es que la primera es la peor; las otras no van a dolerte tanto.

Eso me alegra.

Aunque también hace que me asalte una duda. Si nunca van a volver a romperme el corazón como ahora, ¿querré a alguien más como he querido a Pike Lawson?

25

Pike

Paro delante de la casa de Lindsay y echo una ojeada al aparcamiento para ver si encuentro el Challenger de Cole. No lo veo, pero con la que está cayendo tampoco es que haya mucha visibilidad. Llevo veinticuatro horas llamándolos sin parar, a él y a Jordan, pero ya no puedo más. Si mi hijo quiere tiempo, se lo daré. Si necesita espacio, también.

Solo necesito pedirle disculpas a la cara. Necesito que sepa que le quiero y que no era mi intención que pasara esto.

Sé que no me escuchará y que seguramente esté tan enfadado que no oiga ni una palabra de lo que le quiero decir, pero no puedo seguir de brazos cruzados.

Salgo de la camioneta, corro hacia casa de Lindsay y, cuando ya estoy a cubierto, llamo a la puerta. No ha parado de llover desde esta mañana y, aunque he dado el día libre a los chicos, yo he ido a la obra y me he ocupado de algunos asuntos solo para mantenerme ocupado hasta que Cole acabara de trabajar. En caso de que ya haya empezado en ese nuevo puesto, claro.

Lin abre la puerta. Todavía lleva la falda de tubo del trabajo, pero va descalza y se ha sacado la camisa por fuera. Cuando me ve, se cruza de brazos y me mira engreída.

—Quiero hablar con él —anuncio.

—Bastante has hecho ya. —Me mira con desdén y se deshace la coleta—. Dios, y yo que pensaba que la mala madre era yo. ¿En qué estabas pensando? Te lanzaste a la ex de tu hijo como si no hubiera otras mujeres en la ciudad con las que acostarte.

—No fue así.

—Ahórrate los detalles. —Estira el brazo hacia una mesa que tiene cerca y coge un vaso lleno de lo que seguramente sea vodka con zumo de naranja—. Creías que era muy distinta a mí, pero ya ves que no. Te ha utilizado, Pike. Te ha utilizado para tener dónde dormir, ducharse y ¿qué más? Ah, sí, le arreglaste el coche, ¿no? —Niega con la cabeza y sonríe con malicia—. A esa niña le tocó el gordo contigo y solo tuvo que abrirse de piernas. Señor, si es que a los hombres se os pone una cara bonita delante y ya perdéis el norte, ¿eh?

Aprieto la mandíbula. «Jordan no es así. No se parece a ti ni en el blanco de los ojos.»

Pero no he venido a hablar con ella.

—No tienes la menor idea de nada —gruño entre dientes.

—Oh, ¿os habéis enamorado? —se burla.

El corazón me late con más fuerza de lo habitual y me entristezco. La imagen de Jordan en la piscina hace solo tres noches me viene a la cabeza, cuando me pidió que se lo dijera a Cole y que me la llevara a la cama. A nuestra cama.

Se me retuercen las tripas. La echo muchísimo de menos.

—Ay, Dios. Que la quieres —afirma Lindsay mirándome a la cara y a punto de echarse a reír.

Sin embargo, antes de que pueda decir nada, me enderezo.

—¿Dónde está Cole?

—Se ha ido —responde apoyándose en la pared y dando un sorbo a su bebida—. Ocho semanas.

—¿Que qué?

—Quizá, si prestaras más atención a tu hijo que a esa pordiosera, sabrías que la semana pasada fue a la Subdelegación de Defensa para hacer las pruebas físicas y otros exámenes —me cuenta, entusiasmada de restregármelo por la cara porque yo no sabía nada de todo eso—. Se ha alistado en la Armada, Pike. Parece que necesitaba que le guiaran urgentemente y ha quedado más que demostrado que de ti no se podía fiar. Se ha ido esta mañana.

Frunzo el ceño con fuerza.

—¿Que qué? —repito alzando más la voz.

«¿La Armada?» No te alistas en la Armada así, sin más. Hay que superar un proceso que tarda meses. Y lo sé porque, a su edad, estuve a punto de hacerlo.

Como si pudiera leerme la mente, Lindsay continúa:

—Llevaba planteándoselo un tiempo. Está perdido y necesita buscar su propio camino —explica como quien lee la lista de la compra—. Tenía miedo de decírselo a alguien porque está acostumbrado a no cumplir su palabra. Quería darnos la sorpresa cuando lo supiera seguro. Tenía la esperanza de contártelo después de haber ido allí, hacer las pruebas, pasar el examen físico y que lo aceptaran, pero supongo que nunca tuvo la oportunidad de hacerlo.

Me quedo sin aire y agacho la cabeza.

Siento un nudo en la garganta y me pican los ojos. No puede ser. Cole no haría tal cosa. No tiene... disciplina. ¿Cómo iba a meterse en algo así por voluntad propia? ¿En qué estaba pensando?

—Está en la base naval de Great Lakes —me cuenta—. Volverá en un par de meses. Si no me crees, mira su Instagram. Ha subido una publicación esta mañana.

¿Instagram? No...

«Por el amor de Dios.»

Lindsay me cierra la puerta en las narices y oigo cómo pasa el pestillo por detrás.

Yo me quedo ahí fuera, en medio de la lluvia, repasando los últimos días y buscando alguna pista que Cole pudiera haberme dado. Dijo que había dejado el trabajo y me habló de las ventajas que tenía el que otro que había conseguido... Y quería hacerse un tatuaje.

Su nuevo trabajo secreto no era uno cualquiera.

¿En serio se había alistado en las Fuerzas Armadas?

Vuelvo a la camioneta, subo y cierro la puerta para resguardarme del chaparrón que está cayendo. Miro el móvil otra vez por si tengo algún mensaje.

Nada. Ni de Cole ni de Jordan.

¿Ella lo sabía?

No. Me lo habría dicho.

Recuerdo lo que ha comentado Lindsay y tecleo «Cole Lawson Instagram» en la barra de búsqueda del móvil. La pantalla se llena de distintos perfiles a los que voy entrando hasta dar con uno que tiene una foto de Cole. Su primera publicación también es la más reciente. Es una imagen en la que solo se ven las puertas abiertas de un autobús, como si él fuera a subirse; en el pie de foto, ha escrito:

Debería haberme tomado la pastilla azul.

¿A qué se refiere? Entonces recuerdo que una de sus películas favoritas cuando era pequeño era *The Matrix*.

Me paso la mano por el pelo. Estoy por arrancarme la piel. ¿Cómo ha podido no enviarme ni un mensaje siquiera? Entiendo que no quiera hablar conmigo, pero sabe que me preocupo. Y encima me dejará con todas estas preguntas atormentándome durante meses...

Me quedo sentado en la camioneta y me paso media hora buscando páginas webs y blogs sobre padres que me ayuden a descubrir cómo puedo hablar con Cole. Durante el tiempo de formación, no les dejan tener el móvil, y tampoco puedo llamarlo a no ser que se trate de una emergencia, en cuyo caso tendría que pasar primero por la Cruz Roja para dar con él.

«Joder.» Ahora mismo estoy perdidísimo. Mi hijo se ha ido y no tengo manera de ponerme en contacto con él hasta dentro de ocho semanas.

No es que hayamos pasado mucho tiempo juntos en los últimos años, pero siempre podía llamarlo para charlar. No puedo dejar las cosas así durante dos meses.

Busco cuál es el centro de alistamiento de nuestra zona y llamo a las oficinas. Quizá puedan decirme dónde está cuando lo hayan nombrado.

No responden, así que decido que volveré a intentarlo mañana para que me cuenten cómo puedo contactar con Cole.

«Me cago en leche.»

—¡Mierda!

Me siento indefenso, joder.

Sé que, a estas alturas, es bastante probable que ya le hayan confiscado el móvil; sin embargo, marco su número y me acerco el teléfono al oído. Salta el buzón de voz al instante.

—Cole —digo antes de tragar saliva repetidamente para humedecerme la garganta—. Yo...

Te... —Sacudo la cabeza y cierro los ojos—. Te quiero —consigo articular—. Y estoy aquí para lo que necesites. Sé que... que... Sé que lo que he hecho no tiene excusa, pero... —Los ojos se me llenan de lágrimas; no sé qué decirle aparte de la verdad—. He intentado no enamorarme de ella. Lo he intentado, de verdad. Perdóname.

Cuelgo, tiro el móvil al suelo y siento un gran vacío dentro de mí. No quiero que ninguno de los dos ande por ahí sin saber que los quiero.

Vuelvo a estar solo y lo único que deseo ahora mismo es recuperarlos a ambos. Lo son todo para mí.

Jordan tenía razón. Debería habérselo dicho a Cole. Debería habérmelo quitado de encima y dejar que lo aceptara desde el principio. Nunca dejaría de luchar por ella por voluntad propia. ¿Cuánto tiempo pensaba mentir a mi hijo? Aunque lo mío con Jordan hubiera acabado de otra forma, se lo habría tenido que contar en algún momento.

Arranco el motor, doy marcha atrás, salgo del aparcamiento y me voy. Conduzco por la carretera en dirección a la ciudad, echando alguna que otra ojeada al móvil de vez en cuando, por si me llega algún mensaje.

Jordan no cogió prácticamente nada de mi casa. Se llevó algo de ropa, los libros y algunos objetos personales, pero se dejó los prototipos, la pintura y la cama y sus muebles. Vendrá algún día a recogerlo, ¿no? No está todo perdido. Volveré a verla.

Pero no me la he encontrado por la ciudad, no ha ido a trabajar y tampoco he visto su coche aparcado en ninguna parte. ¿Dónde está?

La otra noche estaba muy tranquila. Sorprendentemente tranquila, diría yo. Como si ya no le importara.

Si le he hecho daño, no me lo perdonaré jamás. Mi preciosa niña, tan alegre y sexi, que me mata con su sonrisa y sus bromas.

Sigue lloviendo, pero aparco en The Hook, salto de la camioneta y voy hacia la puerta del club.

No hay nadie cobrando en la entrada, pero, aunque lo hubiera, dudo que me parara. Paso y los recuerdos me inundan la mente de inmediato. Me detengo. Suena la misma canción que sonaba el día que Jordan me bailó por FaceTime, y hay dos mujeres haciendo piruetas en las barras del escenario. Una imagen me viene a la cabeza: Jordan meneando su hermoso cuerpo solo para mí. Casi me mareo al pensar lo estúpido que he sido y lo que he perdido.

Veo a Cam a la izquierda y me acerco a ella. Me da igual que esté con un cliente. Está sentada a horcajadas encima de este y descansa los brazos en sus hombros.

—¿Dónde está? —pregunto de mal humor.

Cam levanta la vista, arquea las cejas mientras se frota con el cuerpo de ese tío y sigue como si nada.

—Mira, solo quiero hablar con ella, ¿vale?

Cam acaba lo que está haciendo, susurra algo al oído de su cliente, se levanta de la silla y pasa

por mi lado, ignorándome.

La sigo.

—¿Al menos puedes decirme si está bien? —pregunto con tono firme—. Llevo días sin saber de ella. ¿Está en algún lugar seguro por lo menos? No se llevó casi nada de mi casa, o sea que es imposible que se haya ido a vivir por su cuenta.

Cam continúa caminando y la sigo a pesar de que me siento un poco incómodo viéndola con esa especie de pareo de rejilla que lleva por encima del tanga. Le hace una señal a la camarera, y esta le pasa por encima de la barra una botella de agua que acaba de sacar del arcón.

En lugar de pararse y dar un trago a la botella, coge el agua, se vuelve y sigue andando sin hacerme ni puñetero caso.

—¡Por el amor de Dios, Cam! —grito mientras cojo la cartera y saco algo de dinero—. Toma, te doy cien pavos para que me dediques solo cinco minutos de tu preciado tiempo. —Golpeo la barra—. Y no quiero que me bailes. Solo quiero...

Se da la vuelta y no me da ni tiempo a reaccionar. Cam me da un golpe en la entrepierna, con la rodilla, y me tambaleo hacia delante.

Gruño. El estómago, la ingle y los muslos me arden simultáneamente. Aprieto los ojos, apoyo una rodilla en el suelo y un sudor frío me recorre todo el cuerpo.

Me habla al oído, pero la oigo lejana.

—Por mí como si la polla te sabe a piruleta de cereza. No bailaría para ti ni aunque me pagaras mil millones de dólares —ruge—. Aléjate de mí y de mi hermana. Olvídate de que existe.

Me mareo y tardo un poco en volver a respirar con normalidad. Cuando consigo levantarme, con las piernas temblorosas, Cam ya ha desaparecido.

Y los cien pavos que le había ofrecido, también.

—No la quieres, ¿no? —me interroga Dutch.

Acabo de amontonar las cajas en el garaje. Es la cuarta tarea que me he impuesto en lo que va de semana para mantenerme ocupado mientras no estoy trabajando.

Dutch está sentado en una de las sillas del jardín, inclinado hacia delante y con los codos apoyados en las rodillas. Me mira como si fuera un elefante en una cacharrería y estuviera a punto de cargármelo todo en cualquier momento.

Ya hace nueve días que vi a mi hijo y a Jordan por última vez, y cada día que pasa siento que se alejan más y más de mí. Tengo la sensación de que Cole ha seguido con su vida y de que Jordan se ha olvidado de mí, como si nunca hubiera existido.

La esperanza que albergaba hasta hace poco se está disipando por segundos.

Los he llamado, les he mandado SMS y les he dejado mensajes de voz. Lo único que ha cambiado es que ahora sé a qué dirección puedo escribir a Cole porque no he parado hasta que el

reclutador me la ha dado. Ayer mandé la primera carta.

En cuanto a Jordan, solo he conseguido saber que está bien. Me lo ha dicho Dutch, que se ha enterado a través de su mujer; a ella se lo ha dicho Shel. Se ve que Jordan se ha ido a ver a unos amigos, pero está bien.

¿Volverá?

Dejé de llamarla hace unos días porque es evidente que no quiere saber nada de mí y, aunque intento respetar su decisión... Si me llamara ahora mismo, iría a buscarla donde fuera y le daría todo lo que quisiera. Le daré lo que quiera el resto de mi vida.

—Pike, no puedes casarte con ella —apunta Dutch como si supiera en qué estoy pensando—. Lo tienes claro, ¿no?

Le doy la espalda mientras cuelgo las herramientas que he dejado antes en la mesa de trabajo y la voy limpiando.

Hace nueve días habría estado de acuerdo con él y le habría dado la razón.

Todos hablarán. Seguramente ya lo estén haciendo. Dirán cosas feas y que no son verdad, y sus amigos del instituto se burlarán de ella. Nadie nos tomaría en serio; solo verían la diferencia de edad y que Jordan ha pasado de estar con un chico a estar con el padre de este. Seríamos la comidilla de la ciudad.

Pero ahora no lo tengo tan claro. ¿A quién le importa lo que digan los demás? Lo superaremos. Tanto Jordan como yo tenemos un círculo de amistades reducido. Le dará igual lo que diga la gente que no nos conoce.

Seremos felices, joder. Y algún día la gente dejará de hablar de nosotros.

Quería estar conmigo. Quería quererme.

Estaba preparada para que estuviéramos juntos.

Niego con la cabeza y rebato el argumento de Dutch:

—Jordan es distinta.

—No, no lo es —objeta—. Es joven y está llena de ilusiones. Igual que nosotros a su edad.

Me vuelvo con lentitud y lo miro a la cara. Dutch no suele contradecirme.

Aun así, escucho con atención.

—Para ella, todo es absolutamente nuevo —sigue—. Tiene ganas de vivir, y te recuerda cómo era sentirse así antes de que creciéramos y nos diéramos cuenta de que no pilotaríamos aviones de guerra para salvar el mundo o que no iríamos en limusina ni seríamos los reyes de Wall Street. —Se ríe por lo bajo y se acomoda en la silla—. Te recuerda a cómo era todo antes de que tuviéramos que pagar facturas y asumir cada vez más responsabilidades.

Baja la mirada y en su cara se refleja exactamente lo mismo que siento yo. No es que Dutch deteste la vida que le ha tocado vivir, adora a su mujer y a sus hijos. Sin embargo, si pudiera volver atrás, cambiaría una cosa. Solamente una, pero la cambiaríamos los dos.

Aquí estamos, sin ninguna aspiración.

—Mira, tío —levanta los ojos hacia mí—, lo habéis pasado bien. No digo que hayas hecho

algo malo. Si el sexo es bueno, aprovechadlo y disfrutad. Pero tienes que pensar en el futuro y sabes que no siempre será así. —Para y arruga la frente—. Dentro de diez años, se despertará un día, se conectará a internet y verá una foto de un amigo del instituto que está subiendo montañas en Nepal o vete tú a saber. Y entonces echará la vista atrás y se preguntará cómo acabó quedándose en una ciudad tan pequeña como esta, con dos hijos y casada con un tío que tiene casi cincuenta años y que ya ha vivido más de media vida. —Guardo silencio; sus palabras me pesan enormemente—. ¿En serio crees que no le importará quedarse contigo a sabiendas de que está a punto de dejar atrás los mejores años de su vida? —pregunta.

No tengo que contestarle. Dutch sabe que está en lo cierto.

En diez años, Jordan seguirá siendo joven y preciosa, y entonces la mereceré aún menos de lo que la merezco ahora. No puedo darle todo lo que quiere, por mucho que mi ego se empeñe en hacerme creer lo contrario.

Nació para vivir a lo grande. Es una chica lista y fuerte, y se merece lo mejor del mundo. Se merece la vida que yo dejé escapar hace años.

Llegará otro hombre a su vida y será todo lo que yo no soy y nunca seré. Y, por mucho que me atormente pensarlo, sé que él la hará más feliz de lo que jamás podré hacerla yo. Y eso es lo que quiero, por encima de todo lo demás. Envejecerá al lado de otra persona. Esa es la vida que se merece.

Cierro el garaje y Dutch se va. Entro en casa y subo la escalera. Me detengo delante de la habitación de Jordan, la puerta sigue abierta. La suave brisa que sopla al otro lado de la ventana agita las hojas del árbol que hay en el patio trasero.

Todavía huele un poco a ella y el cojín que hay apoyado en la silla sigue ligeramente hundido con la forma de su cuerpo.

No entro. Esta no es mi habitación, Jordan ya no es mi chica y ahora está por ahí, rehaciendo su vida. Y yo tengo que hacer lo mismo.

«Ya basta.» Debo hacer lo correcto.

Con la mano en el pomo, respiro su fragancia una última vez.

Y cierro la puerta de golpe.

26

Pike

Dos meses después

Enrosco la fina cuerda de color blanco a un poste de madera, tiro de ella y la polea se mueve hacia mí. Me acerco al otro poste que he colocado en el patio trasero y también tiro de esa cuerda para asegurarme de que esté bien sujeta.

No tengo ni la menor idea de por qué estoy construyendo un tendedero.

Lo único que tengo claro es que se me están acabando las ideas. Ya he acabado la mesa de exterior con un agujero en medio para dejar las cervezas, la he pintado y he añadido bancos. También he hecho un brasero, un camino de piedras que va desde la verja que hay en el jardín de detrás hasta la puerta trasera, he abonado los parterres, he decorado el perímetro de la piscina con antorchas y he puesto una pérgola, una hamaca y hasta un estanque no muy grande con un jardín rocoso. No paro de hacer cosas porque así no tengo tiempo para pensar en que no estoy utilizando nada de esto. Supongo que ya lo aprovecharé cuando termine.

—Qué diferente está todo —puntualiza alguien.

Levanto la vista y veo a Kyle Cramer estudiando mi patio desde su balcón.

¿A este tío le pongo o qué? ¿Por qué siempre busca una excusa para hablarme?

—Tienes tiempo libre, ¿eh? —añade—. Me he dado cuenta de que las cosas han estado un poco más tranquilas por aquí últimamente.

Vuelvo a desviar la mirada hacia él y le dedico una breve sonrisa. Igual, si le presto un poco de atención, me dejará en paz.

Y sí, las cosas estaban más tranquilas. Hasta ahora.

—Oye, eh... —sigue y yo gruño silenciosamente—. Una noche te vi con Jordan.

Me detengo, levanto la vista otra vez y me lo quedo mirando. Oír su nombre me pone la piel de gallina. Hace meses que no hablo de ella con nadie.

—Mi cocina da a la tuya —me cuenta—. Era tarde y estabais en el fregadero.

Al recordar aquella noche, entro en calor. La recuerdo caminando desnuda por la cocina, de noche. No la dejé ir a por su tentempié de medianoche hasta que me hubiera dado a mí el que me tocaba. Estaba preciosa.

Me yergo y aprieto los dientes.

—¿Y te quedaste mirándonos?

—No —suelta como si fuera una respuesta obvia, pero luego sigue—. A ver, quizá lo habría hecho si no os hubierais tumbado en el suelo; ahí ya no podía ver nada.

Ríe. Si pudiese volar, saltaría la maldita valla que separa nuestras casas y lo estrangularía.

Debe de darse cuenta de que me ha cabreado, e intenta tranquilizarme.

—No era mi intención verlo, eh, pero podríais no poneros delante de la ventana. —Sacude la cabeza—. Lo que quiero decir que es que creo que fue la primera vez que te vi sonreír. No hay duda de que te hace feliz. En realidad, creo que haría feliz a cualquier hombre.

—Cállate ya —mascullo mientras me agacho y meto las herramientas en su caja.

Ahora en serio: ¿cómo pudimos ser tan descuidados? Kyle es la última persona que quiero que la mire.

—Bueno, ¿y dónde se ha ido? —se interesa—. ¿Lo vuestro no funcionó? —Lo ignoro y recojo mis cosas para entrar en casa—. ¿Cómo puedes haberte cargado algo así, macho? —Se ríe y da un trago a la cerveza—. Si te toca una mujer como ella, joven, sexi y que está la mar de buena, no puedes dejarla escapar.

Suelto la llave inglesa y camino decididamente hacia delante, sin rumbo.

—Como no te calles de una puta vez, te daré una paliza.

—O sea que ahora no está con nadie, ¿no?

—Hijo de puta —refunfuño.

Mi vecino ríe con disimulo. Debe de estar pasándoselo en grande.

—Es evidente que estás triste —continúa—. No es tan difícil hacer feliz a una mujer, siempre y cuando estés dispuesto, claro.

—No soy inútil —tercio—, pero eso es lo de menos. Las chicas de su edad tienen que estar con chicos de su edad, y ni se te ocurra olvidarlo la próxima vez que te cruces con una. Jordan se merece a alguien más joven.

Asiente pensativo y luego me mira de soslayo.

—Bueno, era del mismo año que tu hijo, ¿no? ¿La trató él mejor que tú?

Cojo aire profundamente, pero no digo nada. Me dedica una sonrisa de medio lado, ufano, antes de alejarse y meterse en su casa.

«Eso da igual, imbécil.»

Puedo confirmar que las relaciones que tuvo con chicos jóvenes tampoco es que fueran una maravilla, pero...

Pero ¿qué? ¿Que no podré darle todo lo que quiera? ¿Que no envejeceré a su lado? ¿Que a mi edad ya no empezaré de cero y formaré una familia?

Hace dos meses, todas estas preguntas tenían más o menos sentido, pero ahora ya no lo veo tan claro. Quizá todavía puedo cambiar el rumbo de mi vida y quién soy. Ahora mismo, no todo tiene por qué ser definitivo.

Niego con la cabeza. «Qué sé yo.»

No. Hice lo que tenía que hacer. Han pasado meses y aún no sé nada de ella. Está claro que lo ha superado.

Pero, joder, cómo la echo de menos. Es como si estuviera constantemente hambriento, pero, por más que coma, no me sacio. Por mucho que lo intente, no consigo llenar el vacío que siento en mi interior.

Voy hacia dentro con la caja de herramientas en la mano. Sin embargo, cuando levanto la vista, veo a Cole en medio de la puerta trasera.

Me quedo helado. «Dios mío.» ¿Cuánto tiempo lleva allí?

Nos aguantamos la mirada y la caja se me resbala de los dedos. Verlo aquí me ha dejado estupefacto.

—Te vi en la graduación —me dice con la mano en el bolsillo.

Le he escrito todo el verano, y también he ido detrás de su reclutador todos estos meses para poder hablar con él. Sin embargo, ayer se graduó del campo de entrenamiento y tenía que ir a verlo. No me lo podía perder. Ha conseguido algo extraordinario.

Me acerco a él lentamente, incapaz de apartar la mirada. Está increíble. Más alto; más cuadrado. Y también más moreno, se nota que se ha pasado el verano entrenando; además, ahora tiene el pelo aún más rubio y revuelto. Lleva el uniforme de camuflaje verde y se apoya en el marco de la puerta, con la gorra en una mano.

—Solo quería verte —le cuento—. No sabía si tú o tu reclutador me habíais puesto en la lista de invitados, y, como no respondiste a ninguna de las cartas que te envié, tampoco tenía muy claro si sería bienvenido.

Quise hablar con él cuando acabó la ceremonia, pero su madre también estaba allí con su actual pareja, y Cole charlaba con un par de amigos que se habían acercado para verlo. Así que, como no quería cargarme ese momento, me largué. Supuse que ya le habrían devuelto el móvil y que, por lo tanto, vería todas las llamadas, los SMS y los mensajes de voz que le había dejado. Ya me avisaría cuando estuviera listo para hablar conmigo.

Agacha la cabeza y mira el patio.

—Recibí todas tus cartas. Y gracias por las tarjetas del móvil.

¿Esas que no utilizaste para llamarme? Sonrío levemente; no lo culpo. Sabía que podía pasar, pero al menos me alegra que le llegara todo. Me bastaba con que supiera que pensaba en él...

—¿Cómo estás? —Me acerco, dejo la caja en el suelo, tiro del paño que me he metido en el bolsillo trasero antes y me limpio las manos.

Coge una bocanada de aire, sin decir nada. Al final, me mira con sus ojos azules.

—¿Tienes una birra?

Asiento despacio y le indico que me siga. Entramos en casa y nos dirigimos a la cocina. El aire acondicionado está encendido y enseguida me enfría el sudor de la espalda. Estoy tan nervioso que incluso me cuesta respirar, aunque creía que, llegado el momento, lo estaría aún más. Todavía no me ha gritado, lo cual es una buena señal.

Abro un par de Coronas. Está atardeciendo y unas cuantas nubes tapan la luz del sol que suele bañar la mesa de la cocina a estas horas.

Se sienta. Lo imito. Al ver que Cole no dice nada, me doy cuenta de que me toca hablar a mí.

—Dime, ¿eres feliz? —pregunto—. ¿Eres feliz en la Armada?

Ha pasado tanto tiempo que ya me he hecho a la idea (sobre todo después de que su reclutador me garantizara una y otra vez que Cole se había alistado), pero necesito que me lo diga él.

—Sí. —Apoya la cerveza en la mesa, pero no la suelta—. No sé, supongo que era lo que necesitaba. Necesitaba tocar fondo para cambiar y ser mejor.

Espero a que continúe.

—Tengo que despertarme temprano —sigue— y no puedo presentarme borracho, ni llamar y decir que estoy enfermo porque me da pereza levantarme... Es una mierda, pero tengo trabajo y dinero en la cuenta corriente. Y esto no está nada mal. —Por fin me mira a los ojos—. Tengo un futuro y, para alguien que nunca había tenido claro dónde estaba su lugar en este maldito mundo, dejar que la Armada me guíe y lo decida por mí está bien.

—¿Estás seguro? —Levanto la botella y doy un sorbo.

Estoy encantado con la idea de que haga algo por su cuenta, pero también quiero asegurarme de que esté abriéndose camino.

—Por eso lo mío con Jordan nunca funcionó —continúa—. Ella sabía lo que quería; a su lado, me sentía mal, porque yo no tenía ni idea. —Suspira—. No estaba hecho para ella, nunca fui lo bastante bueno. Nunca tendré las cosas tan claras como ella. Forma parte de mi personalidad.

Al oír su nombre otra vez, se me para el corazón, pero no le presto atención. No tengo muy claro que Cole realmente quisiera alistarse, pero sé que no iba a encontrar las respuestas en esta ciudad. Al menos supo buscar una alternativa.

Tuvo las cosas lo bastante claras como para pegar el salto.

—Pero lo has conseguido. Has superado el entrenamiento. Estoy orgulloso de ti.

La nuez se desliza por su cuello y se le tensa la mandíbula. Da otro trago a la bebida sin mirarme.

—¿Dónde está? —pregunta desviando la vista hacia el salón, como si Jordan siguiera en casa.

—No lo sé. —Niego con la cabeza—. Se fue después de que lo hicieras tú. Hace dos meses que no la veo.

Vuelve a mirarme y arruga la frente, preocupado.

—He hablado con su hermana —lo tranquilizo—. Dondequiera que esté, está bien.

Da otro sorbo a la cerveza e intuyo que ha dado por buena la respuesta. Sin embargo, ahora estoy un poco más inquieto que hace solo un minuto. Por lo que parece, no ha seguido en contacto con Cole. Tampoco es que creyera que fuera a hacerlo después de todo lo que ha pasado, pero eran amigos. En el pasado, solo se tuvieron el uno al otro. Cuantas menos ataduras tenga aquí, mayor es la probabilidad de que no vuelva.

—¿Estás con alguien? —pregunta.

—Qué va, ahora mismo no. —Doy un sorbo—. Estoy dedicándome de lleno a la casa y a la empresa.

—Ya. Me encontré a Dutch cuando volvía y me dijo que estáis trabajando tanto que os habéis adelantado un par de años.

Río.

—Tampoco nos pasemos...

Aunque lo cierto es que estamos yendo por muy buen camino. Cuando no vuelves a casa a toda prisa cada día para acostarte con una mujer que te pone a cien, la verdad es que las horas te cunden muchísimo.

—Y... ¿quién dejó a quién? ¿Ella a ti o al revés? —quiere saber, volviendo a sacar a Jordan a colación.

Me lo quedo mirando. No quiero hablar del tema. Solo quiero que Cole esté bien. Quiero que me hable de cualquier otra cosa.

Sobre todo, porque no me siento orgulloso de mi respuesta. Si Jordan no se hubiera ido, habría seguido con ella todo el tiempo que hubiese querido quedarse. Debería haber renunciado a ella por respeto a Cole, pero no lo hice. Y, si me hubiera dejado elegir a mí, creo que tampoco lo habría hecho.

—Lo siento —respondo redirigiendo la conversación—. No puedes ni imaginarte cuánto.

Clava sus ojos en los míos y una infinidad de emociones le atraviesa la mirada; unas emociones a las que no sé si quiero hacer frente. Dolor, decepción, confusión, soledad... Aunque también se aprecia calma, decisión y aceptación.

—Cuando ayer te vi en la graduación, quería seguir enfadado contigo, pero ya no lo estaba —responde—. Y eso me fastidió. —Baja la mirada, pensativo—. Supongo que el tiempo y la distancia ayudan. —Sonríe con tristeza—. Lo ves todo desde otra perspectiva y tienes mucho tiempo para pensar.

«Justo.»

—Cuando tenía seis años, perdiste un encargo porque viniste a mi partido de Little League —comenta—. A los diez, buscaste un plan B para celebrar mi fiesta de cumpleaños y pagaste la entrada de todo el mundo a los karts, porque mamá y uno de sus novios empezaron a pelearse delante de los invitados que había en casa y a mí se me caía la cara de vergüenza. Cuando acabé el instituto, pediste otra hipoteca para pagarme la universidad, y yo la eché a perder.

Se me forma un nudo en la garganta. ¿Se acuerda de todo eso?

—No te importó tener que sacrificarte con tal de que yo fuera feliz. Era como si no te costara tomar esas decisiones. —Me mira y le tiembla la voz, emocionado—. O sea que supongo que hacer algo que sabías que iba a dolerme no tuvo que ser fácil. Sé que me quieres.

Aprieto los dientes para que no se me entrecorte la respiración. Me siento aliviado.

—No sé hasta qué punto me parece bien toda esta situación, pero... —Asiente—. Sé que me quieres.

Me quedo sin palabras. Mirar a tu hijo y preguntarte si realmente has tenido algo que ver con que se haya convertido en un buen hombre, como Cole, es una sensación desgarradora. Hasta hace poco, creía que nunca volvería a mirarme a la cara y ahora casi me parece imposible que esté sentado justo delante de mí.

—¿Todavía la quieres? —me pregunta.

Me quedo dubitativo un segundo y busco las palabras adecuadas. Sí, todavía la quiero, pero...

—Está mejor sin mí —sentencio.

Cole deja el tema y no insiste.

—Tengo que volver al campamento mañana por la noche. ¿Puedo quedarme a dormir aquí hoy?

—Por supuesto.

Se levanta y se lleva la cerveza al salón.

—Juegan los Twins contra los Cubs. ¿Vemos el partido? —propone.

Respiro profundamente. Es como si mi cuerpo se estuviera relajando por primera vez en unos cuantos meses.

—Claro. Pediré *pizza*.

—De queso.

Río por lo bajo.

—Sí, me acuerdo.

Saco el móvil del bolsillo y marco el número de la pizzería Joe, pero Cole vuelve a intervenir:

—Ah, y, ¿papá?

Lo miro.

—Te quiero —me dice—. Pero nadie está mejor sin ti.

Por la noche, los truenos que retumban a lo lejos me despiertan. No abro los ojos; las pestañas me pesan de haber estado demasiadas horas trabajando en la obra durante días. Me doy la vuelta; enseguida volveré a conciliar el sueño.

La parte interior del brazo derecho me arde a causa del tatuaje que me he hecho hace unas horas. Después de comernos la *pizza*, Cole y yo hemos decidido ir a Rockford para tatuarnos algo juntos, como sugirió la última vez. Él ha elegido un ancla en medio de la espalda, junto a una brújula y un nudo de pescador rodeado del lema de los marines: «Forjados por el mar». Aunque solo se ha hecho la silueta y dice que se lo rellenará cuando se lo haya ganado.

Supongo que con eso quiere decir cuando haya regresado de los primeros seis meses en alta mar.

La vela que me han dibujado a mí en la piel parece que esté encendida de verdad y el humo que se desprende de la mecha me sube por el brazo hasta llegar a la altura del codo. Cuando Cole me habló de los tatuajes por primera vez hace dos meses, enseguida supe que lo único que quería

tatuarme para que me durara toda la vida era algo que representara a Jordan. A la cumpleañera y a sus deseos. Siempre formará parte de mí.

Tomo aire y, aunque he lavado las sábanas más de una vez desde que se fue, todavía siento el olor de su pelo en los cojines.

Y, si me concentro mucho y cierro los ojos, la siento a mi lado.

La rodeo con un brazo, la acerco a mí y hundo la nariz en su increíble pelo.

—¿Roncaba? —susurra.

Sonrío e intento no reírme.

—No.

De tan miedosa que es, es adorable. La abrazo y me siento lleno, porque todo lo que necesito ya está entre mis brazos. Sus curvas se ajustan a mi cuerpo a la perfección y me siento completo. El corazón se me llena de una sensación que es tan grande que casi no puedo ni contenerla.

Respira tranquilamente. Tiene la tripa al aire y se la acaricio con la mano. Mi cuerpo se despierta por ella. Con Jordan es muy fácil; siempre lo es.

De pronto, vuelve a romper el silencio de la habitación con su dulce voz.

—Estoy embarazada —susurra.

Me quedo helado. ¿Qué ha dicho?

No, es imposible. Hemos tenido cuidado.

Cuando ve que no respondo, se vuelve y me mira con cautela.

—La semana pasada no me vino la regla —comenta con timidez—. Y me he hecho algunas pruebas de embarazo antes. Intuyo que debo de estar de un mes.

Cierro los ojos. Dios mío. ¿Un bebé?

Mi bebé.

—Espero que sea una niña y que tenga mis ojos —me dice.

Abro los míos.

—¿Tus ojos?

—A ver, al fin y al cabo, será una mezcla de ambos —argumenta—. Y quiero que tenga tu sonrisa. Así lo compensamos, ¿no?

Le acaricio la cara.

—¿Estás embarazada? ¿Seguro?

Asiente.

—Seguro. —Me mira recatada—. ¿Te parece bien?

Abro la boca, pero no digo nada. ¿Un bebé? Me imagino levantándome con una criatura en medio de la noche, visualizo las sillitas del coche y los dibujos animados, y me siento abrumado. Pero, por extraño que parezca, también me siento... perdidamente enamorado de Jordan y de la idea de que su cuerpo cambie con mi hijo dentro.

Aunque yo quería que Jordan pudiera decidir. ¿De verdad es esto lo que quiere?

Lo único que sé es que quiero estar con ella. Con ella lo quiero todo. Y, si bien no esperaba

que esto fuera tan rápido (por su bien), sí que quería tener un hijo con ella algún día.

—Te quiero —susurro—. Te quiero muchísimo.

Sonríe y suspira, como si hubiera estado aguantando la respiración hasta ahora. Entonces se sienta encima de mí a horcajadas.

—Yo también te quiero. —Me besa y su cuerpo desnudo encaja con el mío—. Estaba muy nerviosa. No sabía si querías más hijos o...

—Chsss, cariño —la corto besándola con las manos en la cara—. Te quiero. Es solo que... —Guardo silencio un momento antes de continuar, mirándola directamente a los ojos—. Ahora me tendrás que aguantar para siempre. Lo sabes, ¿no?

Sonríe un poco y le agarro el culo con las manos.

—Pike, no siempre te han querido como hay que querer —señala—. Y a mí tampoco. —Menea sus caderas una sola vez para frotarse con mi entrepierna y me despierta el cuerpo entero de inmediato—. Pero nosotros sí nos queremos de una forma bonita. Y, cuando esto pasa, tenemos que aferrarnos a este amor, porque es lo más importante del mundo.

Se menea encima de mí y se me pone dura. Y yo le sujeto la cara entre las manos y la miro a los ojos.

—¿Me quieres? —pregunta.

—Nunca dejaré de quererte.

Se tumba sobre mí, me besa y luego apoya su boca, dejando que se roce con la mía.

—Entonces tengo muchísima suerte —susurra—. Tenemos muchísima suerte.

La abrazo para acercarla más a mí, pero no encuentro nada. Abro los ojos y pestañeo. No tengo nada entre los brazos. No ha sido más que un sueño y me cuesta ralentizar la respiración. Aparto la sábana, me siento, cuelgo las piernas por el borde de la cama, agacho la cabeza y hundo la cara entre mis manos.

—Mierda.

Tengo la frente sudada. Sigo con la erección y la sangre me corre por la polla porque, a estas alturas, continúo sintiéndolo todo con la misma intensidad que hace dos meses. Daría todo lo que fuera por tenerla entre mis brazos ahora mismo.

Me levanto, me pongo los pantalones y salgo de la habitación. Paso por delante del cuarto de Cole, que vuelve a estar ocupado, y abro la puerta de la habitación de Jordan procurando no hacer ruido. Su cuarto lleva ocho semanas cerrado y, al respirar, me arrolla su olor. Está en todas partes. Cierro la puerta y enciendo la luz.

Al final de la cama descansan sus revistas de decoración y jardinería. Desvío la mirada hacia el escritorio y, al fijarme en la esquina, recuerdo lo preciosa que estaba esa noche. El radiocasete que Dutch le regaló descansa ahí mismo. Me acerco, ajusto el volumen y de doy al «Play». Por

los altavoces suena *I'm On Fire*, de Bruce Springsteen. Bajo un poco más el volumen porque no quiero despertar a Cole.

Me acerco de nuevo a su cama, me siento y escucho la canción mientras miro a mi alrededor.

No puedo alejarme de ella, y tampoco quiero hacerlo nunca. Una vez creí, erróneamente, que estaba enamorado de Lindsay. Pero no me sentía así.

Ni siquiera se lo he dicho. No sabe que la quiero.

Nunca pensé que diría esto, pero Cramer tiene razón. La habría querido con todo mi corazón porque, para mí, lo era todo. Habría ido hasta el fin del mundo con tal de hacerla feliz toda la vida.

Pero la cagué.

Echo una ojeada por la habitación y veo que hay un frasco en la mesita de noche con una etiqueta en la que se lee «Sueños». Estiro el brazo y lo cojo. Me fijo en los papelitos enrollados que hay dentro: cada uno es de un color distinto y están atados con una cuerda.

El corazón me late con fuerza. No quiero invadir su privacidad, pero tengo que saberlo. Tengo que saber que sus sueños no me incluyen a mí ni nada que yo pueda darle. Que el amor que siente no la deja pensar con lucidez. Estoy a punto de descubrir la verdad.

Abro la tapa, vierto los papeles en la cama y cojo uno. Tiro de la cuerda y, hecho un manojo de nervios, desenrollo el primero.

Inventarme mi propia tradición navideña.

Una lánguida sonrisa se me dibuja en los labios. Le pega muchísimo. Es creativa. Me encantaría ver qué se le ocurre.

Lo dejo en la cama. Cojo otro, lo abro y lo leo.

Conducir un descapotable con el techo abierto bajo la lluvia.

Sí, ya la veo intentando convencerme de hacer algo así para que me divierta.

Elijo otro papel, pero la sonrisa me desaparece de la cara y se me seca la boca. Hago de tripas corazón y me preparo para ver algo que quizá no me guste. Mientras lo desenrollo, siento cómo me palpitan las venas del cuello.

Tener una biblioteca en casa. Con estanterías empotradas, un diván con mantas calentitas, y que dé al exterior para ver las hojas caer.

Arrugo la frente y dejo el papel. Me apresuro a pillar otro.

Conseguir que Pike se quede un día entero en la cama cuando llueva para poder ver pelis juntos.

Nena, si nos pasamos el día en la cama no solo miraremos películas. Eso te lo aseguro.

Desenrollo uno más.

Montar en globo.

Sigo leyéndolos, uno tras otro, y se me acelera la respiración.

Adoptar un perro.
¿Cómo se hace la cerveza casera? Me gustaría intentarlo.
Llevar a mis hijos de excursión al lago en verano.
Poner un tendedero en el patio trasero de mi futura casa. ¡La gente ya no los usa!

Pestañeo. Yo acabo de instalar uno. Una cosa menos.

Continúo.

Correr una maratón.
Dejar una manta en la camioneta para pícnics espontáneos.
Ver un desfile.
Aprender a preparar chili.
Conducir un quad fuera de carretera y en malas condiciones meteorológicas.
Nadar en el océano.
Llenar la caja de la camioneta de Pike con mantas y cojines, tumbarnos ahí y mirar las estrellas.

Sigo abriendo papelito tras papelito hasta que ya no puedo más y los aparto de mi vista.

—Joder —suelto. Me pican los ojos.

Le puedo dar todo esto. Le puedo dar todas estas cosas; le puedo dar la vida que quiere, hacer que se cumplan sus sueños. Se lo puedo dar todo.

¿Qué pensaba? ¿Que Jordan quería dinero, fama y poder? ¿Qué dijo una de las primeras noches que pasó aquí?

«Lo de la boda me da igual. Yo solo quiero una vida completa y feliz.»

Quiere un hogar. Quiere personas a quienes querer.

Quería que yo quisiera estar con ella. No quería nada más.

Los ojos se me llenan de unas lágrimas que pienso reprimir a toda costa. «¿Qué cojones hice?»

27

Pike

Cojo aire y lo aguanto mientras agarro el pomo de la puerta del Grounders. He intentado llamar a Cam y hasta he vuelto a pasarme por The Hook, pero no la encuentro. Supongo que tendré que preguntarle a Shel. Estoy seguro de que va a ser una pérdida de tiempo, porque esta mujer me odia desde el día que me conoció, pero estoy desesperado.

Abro la puerta, entro y automáticamente me envuelve no solo la música del local, sino también el olor a frito. Shel se encuentra detrás de la barra, sirviendo a los únicos tres clientes que están ahí sentados. Echo un vistazo a la sala; está casi vacía, tan solo hay unas pocas mesas ocupadas. Es lunes por la noche y el ambiente está bastante tranquilo.

Hago crujir el cuello y me mentalizo mientras me acerco a la barra.

Me ve enseguida. Deja de secar el vaso que tiene en la mano y se yergue.

—Cam, ¿puedes servir a este tío?

Miro a la otra punta y veo a la hermana de Jordan inclinada encima de la barra. Debe de venir a cubrirle los turnos durante su ausencia.

Está hablando con un cliente y apoya la cabeza en una mano. Sin embargo, cuando me mira a los ojos, se endereza y pone cara seria.

Shel hace ademán de alejarse.

—Espera —le pido—. No voy a quedarme.

—Bien.

—Solo...

—No te diré dónde está —me corta.

Cam nos está mirando. Inhalo otra vez y me cuadro de hombros.

—Solo necesito saber que está bien.

—Está bien —responde seca—. Y estará todavía mejor si no vuelve acercarse ni a ti ni a esta ciudad.

Me acerco a ella y bajo la voz.

—Tengo que verla. Por favor.

—Demasiado tarde.

A pesar de que su melena negra con flequillo le cubre parcialmente los ojos, continúo

pudiendo apreciar el odio que siente hacia mí.

No quiero molestar a Jordan. Ha decidido alejarse y no he sabido nada de ella en ningún momento, con lo cual intuyo que he hecho lo correcto. Ahora está bien y en un futuro será más feliz sin mí.

Pero yo no. Para mí, esto no se ha terminado. Necesitamos el corazón para levantarnos, caminar, hablar, trabajar y comer, y cuando Jordan se fue, me lo arrebató. Antes de conocerla, mi vida no era gran cosa, pero al menos tenía algo dentro de mí que Jordan se ha llevado. Y ahora estoy destrozado, joder.

—Por favor, dile... —Guardo silencio un segundo antes de admitir en voz alta algo que hasta ahora tenía miedo de aceptar—. Dile que la quiero.

Shel no dice nada. Tampoco me atrevo a mirarla a los ojos y ver que todo lo que piensa es cierto. La he cagado.

Cuando estoy a punto de marcharme, Cam viene hacia nosotros.

—Ya han pasado dos meses —le dice a Shel— y Pike todavía tiene unas pintas de mierda.

—Eso no es problema de Jordan.

—Y nosotras no somos sus tutoras legales —replica Cam—. Ya se fue una vez; si quiere, puede volver a hacerlo. No hace falta que la protejamos.

Shel duda un segundo, me mira con cara de pocos amigos y deja de insistir. Pasa por el lado de Cam y se dirige a la otra punta de la barra.

Cam se vuelve hacia mí.

—Mira, no sé dónde está exactamente —me informa—. A veces me llama para contarme cómo le va, pero no lo hace cada semana. Lo que sí sé es que la familia de una amiga suya tiene un motel en el noreste de Virginia. Su amiga ya llevaba un tiempo intentando que Jordan fuera a verla y, un verano, hasta le ofreció trabajo. —Se queda pensativa y se encoge de hombros—. Jordan no tiene mucho dinero; no se me ocurre otro sitio donde pueda estar.

Virginia. Esto está a doce horas en coche. ¿Fue en su Volkswagen?

Cam dice que la llama, con lo cual imagino que no está en peligro. Y, por ahora, esta es toda la información que voy a conseguir. El trimestre de otoño empieza en una semana y, si fuera a volver, ya lo habría hecho. Porque digo yo que querría sacar las cosas que dejó en mi casa y tendría que buscar un sitio donde vivir. ¿O es que no tiene pensado volver?

Tengo que encontrarla. No puedo esperar más.

Me doy la vuelta para salir, pero entonces me detengo.

—¿Cómo se llama el motel? —le pregunto a Cam.

Se encoge de hombros y suspira.

—Mmmm, no me acuerdo —me vacila—. Supongo que, si tanto la quieres, tendrás que espabilarte tú solo.

Se aleja, contenta de ponérmelo todavía más difícil. Supongo que podría llamar a los moteles de la zona, pero, si acabara dando con ella, probablemente me colgaría el teléfono. Tengo que ir

allí.

Tengo que verla aunque sea una última vez y decirle que la quiero y que lo es todo para mí.

Y que, sin ella, me muero.

28

Jordan

Pulso el ratón y arrastro el seis de corazones rojos y todo lo que hay debajo hasta el siete de tréboles negro. Hago doble clic para ver otra carta y el as se desliza hacia la columna que ha quedado vacía.

Después de pasarme nueve semanas practicando, el solitario se me da bastante bien. Danni no para de decirme que debería darle una oportunidad al póquer o al *blackjack* o quizá incluso a alguno de esos juegos en línea donde te conectas con gente de todo el mundo, pero a mí estas cosas no me van. Prefiero jugar sola. Para mí no es más que un pasatiempo, una forma de tener la mente ocupada. Además, han sido unas vacaciones de verano muy ajetreadas. He ganado unas trescientas cincuenta partidas y solo he perdido otras tantas, sobre todo porque seguía jugando hasta tarde, me quedaba dormida y se me acababa la batería del ordenador.

En realidad, cuando me pongo a pensar en la de increíbles horas y horas de verano que he malgastado en esto, me doy más bien pena. Pero, cuando me siento así, empiezo otra partida y me olvido del tema.

Suena la campana de la puerta. Un hombre joven con vaqueros y una sudadera negra se dirige hacia la recepción.

Bajo del taburete y me pongo de pie. Cada vez que entra un cliente a estas horas de la noche, me pongo nerviosa. El motel está en una carretera antigua más bien sombría en la que escasean los negocios. La gente suele pasar por la interestatal, sobre todo cuando ya ha caído la noche, de modo que, cuando alguien elige esta ruta, me pregunto por qué será.

Pero, oye, lo importante es que vengan.

—Hola. —Sonrío—. Bienvenido a The Blue Palms.

Se acerca al mostrador y me tiemblan los labios al ver el enorme tatuaje que lleva en el cuello: una ala con el texto «El demonio nunca duerme» en negro. Esta zona es bastante conservadora. Dudo mucho que sea de por aquí.

—Hola. —Me mira un segundo a los ojos—. ¿Cuántas habitaciones libres os quedan?

—Hum... —Miro el casillero de las llaves y cuento cuántas hay—. Seis.

Asiente y se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón para, supongo, sacar la cartera.

—Pues dame cinco, por favor. Solo para una noche.

«¿Cinco?» Creo que es la primera vez que estamos tan cerca de tener completo desde que llegué. ¿Para qué necesita tantas habitaciones?

Que no me quejo, eh. Necesitamos el dinero.

The Blue Palms es de mi amiga Danni y de su familia. Descansa al lado de una carretera que quedó prácticamente desierta cuando construyeron la interestatal hace veinte años; ya casi no pasa ni un alma por aquí. Es como si los únicos que supieran de la existencia del motel fueran los mismos lugareños, los parientes que vienen a visitarlos y los moteros que buscan una experiencia más auténtica y prefieren pasar por las carreteras viejas.

Aun así, me alegra haber venido a echarles una mano. Danni llevaba años suplicándome que fuera a verla y la verdad es que volver a pasar un verano con ella ha sido como hacer un viaje en el tiempo. Cuando teníamos doce años nos dieron una beca para ir a un campamento y, desde entonces, hemos seguido en contacto a pesar de la distancia. Siempre quise ver si el lugar donde sucedían todas sus sensuales y estrafalarias historias era tal y como me lo imaginaba.

El cliente me pasa su DNI.

—Gracias. —Lo cojo y lo apoyo en el teclado del ordenador para apuntar las habitaciones a su nombre.

Entonces, la puerta se vuelve a abrir, suena la campana y oigo una voz exigente que grita:

—¡Tenemos que comer!

Levanto la vista. Hay tres mujeres apoyadas en la puerta y, fuera, unas cuantas más. No veo a ningún otro hombre. Las examino con la mirada. Mi hermana, con la ropa que lleva en The Hook, parece una beata a su lado. Entre el pelo, el maquillaje y los tacones...

Desvío los ojos hasta el tipo que tengo delante y veo que pestañea con fuerza, agobiado. En la pared tenemos un tablón con panfletos de diferentes restaurantes; coge algunos de distintos locales.

—¿Sirven a domicilio? —pregunta dejándolos en el mostrador y sacando un fajo de billetes de la cartera.

—Sí, todos.

Levanta el brazo, enseñando los panfletos y dinero, y una de las chicas se acerca corriendo para quitárselo de las manos.

—Quiero la cuenta y el cambio de todo —señala él sin mirarla.

La chica, con la vista puesta en la espalda del hombre, le hace una mueca y vuelve fuera con las demás.

Me siento en la obligación de avisarlo. Aquí tenemos una serie de reglas extraoficiales y Danni es bastante estricta en cuanto a este tipo de jueguecitos. Su familia y ella se las han arreglado durante mucho tiempo, pero ahora el ayuntamiento está interesado en explotar la propiedad y Danni no quiere darles otra razón para que se la expropien.

—Este es un lugar bastante silencioso y donde vienen muchas familias —le cuento mientras tecleo lentamente su nombre y dirección en el ordenador—. Las fiestas no están permitidas. Solo

para que lo sepa...

Me mira divertido con sus ojos de color sándalo oscuro, como si mi comentario le hubiese hecho gracia.

—Son mis hermanas —contesta.

Me muerdo el interior del labio para reprimir una sonrisa y vuelvo a centrarme en lo mío. «Sí, claro. Y yo soy su madre.»

Aunque lo que sí es verdad es que parecía estar bastante molesto con ellas. Igual que un hermano, supongo.

Dejo las llaves en el mostrador (con sus anticuados llaveros redondos y con brillantes) e imprimo la factura para que la firme.

—La piscina cierra a las diez —le informo—. Las máquinas expendedoras y las de hielo están entre ambos edificios y, si cruza por ahí —lo miro y señalo detrás de él, hacia fuera—, encontrará una lavandería. La recepción está abierta veinticuatro horas. Si necesita algo, solo tiene que decírnoslo. Serán doscientos ochenta con cuarenta y dos, por favor.

Pero, cuando dejo el boli encima de la factura y espero que haga o diga algo, me fijo en que ni siquiera me estaba escuchando. Tiene la mirada clavada en las luces de neón que decoran la pared que hay a su derecha, donde pone:

Well, they're nothing like Billy and me...

Cuando lo lee, su expresión, rígida hasta hace unos segundos, deja paso a una sonrisa. Parece medio confundido, medio sorprendido, como si acabara de venirle algún recuerdo a la mente. Vuelvo a desviar la mirada hasta las luces de neón. Danni está obsesionada con la música de los noventa (y yo he tenido que cargar con esta cruz todo el verano). Lo que pone en la pared es una frase de una canción de Sheryl Crow, pero nunca le he preguntado si tiene algún significado para ella, porque me mortificaría hasta que la escuchara.

—Disculpe —llamo su atención; el tipo pestañea y se vuelve hacia mí, aunque, de pronto, parece un poco desorientado—. ¿Se encuentra bien?

Sacude la cabeza y abre la cartera otra vez.

—¿Cuánto era?

—Doscientos ochenta con cuarenta y dos —repito.

Me pasa tres billetes de cien dólares. Tenemos un letrero que dice que no aceptamos billetes de más de cincuenta, pero, en vista del taco que lleva en la cartera, no me apetece hacerlo enfadar. Cojo el dinero y le paso el cambio.

Mientras espera, da golpecitos con los dedos en el mostrador, al ritmo de *The Distance*, la canción de Cake que ha puesto Danni y que suena a través de los altavoces del vestíbulo.

—Ay, no haga eso —bromeo y le tiendo el cambio—. La propietaria se crecerá y estoy intentando convencerla de que su *playlist* ahuyenta a la clientela.

Guarda el cambio y me mira.

—La música de los noventa es la mejor. En esa época, la gente cantaba la verdad. —Sonrío ligeramente, sin ganas de discutir. Sin duda, este tío mamó lo mismo que Danni—. Gracias —añade al tiempo que coge las llaves.

Le devuelvo el DNI y miro cómo se aleja. Sale, reparte las llaves a las chicas y, un minuto más tarde, se dirigen todos a las habitaciones. Me siento tentada de acercarme a la ventanilla para ver si se va con alguna de ellas. O con las cinco. Me mata la curiosidad.

—¿Era un cliente? —me pregunta mi amiga.

Me vuelvo y veo que está entrando en el despacho. Danni vive en un piso que da justo detrás de la oficina, con su abuela. Como vive tan cerca, se escapa de vez en cuando para ver cómo está.

—Sí —contesto—. Se queda solo esta noche y ha pillado cinco habitaciones. Va con seis mujeres como mínimo. Ánimo con el turno.

Resopla, se acerca a mí y coge la factura.

—¿Tyler Durden? —lee el nombre entornando los ojos detrás de las gafas.

Asiento y le quito uno de sus pelos castaños de la camiseta de franela. Hasta se viste como en los noventa.

—¿No le has pedido el DNI? —Me mira decepcionada—. Este nombre es falso.

—En el DNI ponía Tyler Durden —tercio—. ¿Qué te hace pensar que es falso?

—Tyler Durden es uno de los protagonistas de *El club de la lucha* —suelta como si yo fuera tonta—. Es la mejor película de los noventa y uno de los mejores libros del mundo. Me parece increíble que no lo sepas, Jordan.

Río y niego con la cabeza. Solo tiene un año más que yo y, aun así, tenemos gustos muy pero que muy distintos.

«El club de la lucha.»

La sonrisa desaparece de mi cara; bajo la vista y vuelvo a centrarme en el ordenador. He visto la película, pero no me acordaba de cómo se llamaba. Y, además, la he visto hace poco, con Pike...

Trago saliva y siento que se me encoge el corazón. «Joder.» Estas últimas semanas lo he llevado muy bien, me he mantenido ocupada para no pensar en él. Al principio me costó, pero no verlo cada día lo hizo todo más fácil. Tomé la decisión correcta al marcharme sin decir adiós ni contarle a nadie adónde iba.

Sin embargo, sigo acordándome de él de vez en cuando; por ejemplo, cuando le preparo la salsa para *dipear* a Danni si tiene que trabajar muchas horas un sábado, cuando oigo una canción o cuando veo mi chubasquero con las salpicaduras de barro de cuando fuimos a divertirnos por ahí y que todavía no he lavado. Tampoco he encendido ni una vela porque no sabría qué pedir al soplarla.

Desear volver a sentirme como cuando estaba con él sería como darle el poder a Pike de nuevo. Y a pesar de que lo tengo clarísimo, muy en el fondo, es lo único que quiero.

Quiero volver a sentirme así de bien.

Pero ahora tendrá que ser con otra persona.

—Mmm... —Danni trae otro taburete—. ¿El próximo semestre no empieza pronto?

Cierro la pestaña del solitario y evito su mirada.

—Sí.

Danni espera a que siga hablando, pero no sé qué más decirle. Ya he recibido la subvención que estaba esperando, he pagado las clases y he ahorrado lo suficiente como para alquilar un piso para mí sola, pero, si vuelvo, me sentiré como si estuviera dando un paso hacia atrás. Me llamó al principio de haberme ido, pero dejó de insistir al cabo de unos días y, desde entonces, nada.

No me gusta aceptarlo, pero debo decir que muchas veces (demasiadas) me pregunto qué estará haciendo, si estará con alguien, si me echará de menos...

Si regreso, me lo encontraré. ¿Cómo será volver a verlo?

Estoy orgullosa de mí misma por haberme alejado, pero me avergüenza seguir acordándome de él, no habérmelo sacado de la cabeza. No lo he superado y, hasta que no pueda soplar una vela y desear algo mejor, no creo que esté mentalmente preparada para volver. Me da miedo.

—Ya sabes que puedes quedarte aquí para siempre —prosigue Danni—. En serio. Mi universidad no está nada mal. Puedes pedir un traslado de expediente.

—Gracias, pero tengo que volver. Tengo que hacerlo, lo sé. Lo que pasa es que he estado intentando evitar pensar en todo esto.

—¿Porque no lo quieres ver?

La miro a los ojos. Las gafas de montura negra le han vuelto a resbalar y le llegan por encima de la punta de la nariz.

—Porque no quiero volver a ser la misma que cuando me fui —aclaro.

—No lo eres. —Apoya un codo en el mostrador y descansa la cara en la palma de la mano—. No pasa nada si todavía te duele. Lo importante es que no dejaste que te hundiera. Eso es lo que nos hace fuertes. No lo has llamado y nos lo hemos pasado bien. Y él no te ha arruinado el verano porque no le has dejado.

«Ya...» Nos hemos emborrachado al lado del estanque, hemos bailado al son de una música que no valía nada mientras conducíamos a todo gas por la ciudad en su Pontiac Sunbird descapotable del noventa y dos, y hemos montado alguna que otra fiesta en la piscina del motel. Algo me he reído.

—Y tampoco me ha buscado, o sea que... —añado yo—. Supongo que ambos sabíamos que no iba a durar. Que no era más que una aventura. Pike tenía razón.

Una aventura.

Un rollo que, cuando lo recuerde una vez haya dejado de quererlo, me parecerá divertido. Y lo recordaré por lo bueno que era el sexo.

Siento la mirada de Danni clavada en mí. Es mi amiga y, aunque sabe que me estoy engañando a mí misma, deja que me recree en mis propias películas. A veces necesitamos las

mentiras para sobrevivir porque la verdad duele demasiado.

Quizá lo de pedir un traslado de expediente no sea tan mala idea.

Me levanto.

—Hay que poner más papel en la impresora —aviso.

Y, sin mirarla, me adentro en la oficina y pestañeo antes de que Danni se fije en la rojez de mis ojos. No voy a llorar. Al fin y al cabo, tampoco puedo esconderme aquí toda la eternidad. Northridge es mi hogar; mi familia está allí y tendré que volver en algún momento. Puedo hacerlo.

—Hola. —Oigo que canturrea Danni—. Bienvenido a The Blue Palms.

Me río para mis adentros. Aquí, de palmeras, no hay más que las de neón que tenemos fuera. Por supuesto, tampoco son autóctonas de Virginia. Aun así, me gustan los colores tropicales de este motel, con sus rosados y azules de estilo retro, y su encanto playero, chapado a la antigua. Puede que no tenga las mismas comodidades que otros hoteles más grandes, pero está limpio y es nostálgico. Y, si la gente busca privacidad, también la encontrará aquí. Tiene personalidad.

—Eh... gracias —responde una voz masculina—. Hum...

Abro el armario y cojo un paquete de folios mientras sigo escuchando la conversación a lo lejos. Espero que solo quiera una habitación porque, por una vez, estamos completos.

—¿Jordan Hadley? —repite Danni más fuerte de lo necesario.

Me quedo paralizada con el paquete en la mano y el armario por cerrar.

—Sí —contesta el hombre, y yo me acerco a la puerta para escucharlo mejor—. Siento molestar. ¿Trabaja aquí? Me dijeron que trabajaba en un motel de la zona y ya la he buscado en casi todos.

Se me instala un nudo en la garganta y empiezo a respirar con dificultad.

—¿Y usted es...? —le interroga Danni.

—Pike Lawson. Un amigo.

Flaqueo y casi se me cae el paquete de papeles.

—Pike... —repite ella—. ¿Igual que en *Buffy, cazavampiros*?

—¿Disculpa?

—Un clásico de culto del noventa y dos —explica mi amiga—. Con Luke Perry. Su personaje se llama Pike.

En otra ocasión me reiría de su verborrea, pero ahora mismo tengo la cabeza en otra parte y la tripa me da unos vuelcos increíbles. ¿Está aquí? ¿Está aquí de verdad?

Durante un minuto, ambos guardan silencio y entonces Pike vuelve a hablar:

—Entonces, ¿Jordan trabaja con vosotros? Tengo que verla, es importante.

Suena decaído y, al oír su voz, me doy cuenta de que le echo mucho más de menos de lo que creía.

No obstante, algo dentro de mí me hace recobrar la fuerza. Me enderezo, lista para enseñarle que no me voy a esconder. No sé qué hace aquí, pero si intenta coaccionarme con sus exigencias

otra vez como cuando decidí irme a vivir con mi padre, creo que no me costará mucho defenderme y mandarlo a freír espárragos. Pike no puede decirme lo que tengo que hacer.

Por más que lo intente.

Salgo por la esquina, entro en el vestíbulo y veo a Pike al otro lado del mostrador. Enseguida desvía sus ojos hacia mí y se me queda mirando.

Coge aire con fuerza y permanece ahí quieto, sin moverse ni un ápice.

Lleva una camiseta de manga corta negra y está más moreno, como si se hubiera pasado todo el verano trabajando a pleno sol. Al encontrarme con la mirada cálida y penetrante de sus ojos de color avellana y con esas manos fuertes que tantas veces me han agarrado y llevado de un sitio a otro, el corazón me late con fuerza. Parece más alto, aunque sé que es imposible.

Danni salta del taburete.

—Voy a... ver cómo está mi abuela —se excusa antes de pasar por mi lado y marcharse en silencio hacia su piso.

Me acerco al escritorio y dejo el papel.

—¿Qué? —pregunto.

Una gota de sudor me resbala por el cuello. Me estoy poniendo nerviosa. ¿Por qué sigue ahí plantado, mirándome?

—¿Qué quieres? —insisto cortante.

Abre la boca, pero la cierra de inmediato y traga saliva.

—Pike, por el amor de Dios...

—El día que te fuiste... —suelta y me callo al instante. Espero a ver qué dice, atenta, y atisbo un poco de miedo en sus ojos—. La casa se quedó completamente vacía. Había un silencio sepulcral, como nunca lo había habido. No te oía subir la escalera, ni oía tu secador; no te oía por ninguna parte. Te habías esfumado. Se había esfumado... —baja la vista— todo.

Vuelvo a notar un nudo en la garganta y siento que van a empezar a brotarme lágrimas de los ojos, pero aprieto la mandíbula para evitarlo.

—Pero todavía te sentía allí —susurra—. Estabas en todas partes: en la caja de galletas de la nevera, en el panel antisalpicaduras que tú misma escogiste, en los marcos de fotos que desordenabas después de limpiar el polvo de las estanterías... —Una sonrisa se le dibuja en la cara—. No volví a ponerlos en su sitio porque era lo último que habías tocado y quería que se quedaran como los habías dejado tú.

Me tiembla la barbilla y me cruzo de brazos para que no vea que estoy apretando los puños.

Se queda callado un momento antes de continuar.

—Nada volvió a ser como era antes de que llegaras a mi vida. Y no quería que lo fuera. —Niega con la cabeza—. Iba a trabajar, volvía a casa y no me movía de allí en toda la noche; me quedaba allí cada fin de semana, las cuarenta y ocho horas. Porque allí es donde tú y yo fuimos uno. Allí es donde todavía te sentía. —Se acerca a mí y baja la voz—. Allí es donde podía

abrazarme a ti y aferrarme a cualquier cosa que quedara en casa y que demostrara que, aunque fuera por poco tiempo, fuiste mía.

Se le entrecorta la voz y se le empañan los ojos de lágrimas.

—Te prometo que pensaba que estaba haciendo lo correcto —dice arrugando la frente—. Pensé que me estaba aprovechando de ti porque eres joven y guapa, desprendes una alegría extraordinaria y estás llena de esperanza a pesar de todo lo que has vivido. Contigo me sentía como cuando era joven, como si el mundo fuera un lugar enorme.

Se me agita la respiración y no sé qué hacer. Odio que esté aquí. Y odio que me encante que esté aquí. Le odio.

—No podía robarte toda la vida que tienes por delante y atarte a mí, ¿me entiendes? —prosigue—. Pero entonces me di cuenta de que no es que desprendas alegría ni que estés llena de esperanza ni que me hagas sentir bien solo porque eres joven. Eres todo eso y consigues hacerme sentir así porque eres buena persona. Por cómo eres tú.

Una lágrima me resbala por la mejilla.

—Cariño —susurra con las manos temblorosas—, espero que me quieras, porque yo te quiero con locura y voy a seguir haciéndolo el resto de mi vida. He intentado mantenerme alejado de ti porque pensé que era lo correcto, pero es que no puedo, joder. Te necesito. Y te quiero. Estas cosas solo pasan una vez en la vida y no pienso volver a comportarme de una forma tan estúpida nunca más. Te lo prometo.

Me tiembla la barbilla y me sube otro nudo a la garganta. Intento aguantar, pero no puedo. No puedo seguir manteniendo esta expresión de chica dura. Me vuelvo y me echo a llorar. Las lágrimas me saltan de los ojos como si fueran dos cascadas. Le odio. Le odio, joder.

No tarda ni un segundo en abrazarme por la espalda y hundir su cara en mi cuello.

—Siento haber tardado tanto —me susurra al oído.

—Pues sí —digo llorando—. Has tardado mucho.

—Te lo compensaré. —Me da la vuelta, me agarra la cara con las manos y pega sus labios a mi oído—. Te lo prometo.

Se queda abrazado a mí durante un rato y el orgullo me dice que no ceda. Que no vuelva a abrirme a nadie más y que no dé segundas oportunidades.

Aunque, si yo hubiera estado en su lugar, quizá habría actuado igual. Cole, Lindsay, Shel, mi hermana, Dutch, el vecindario entero... todos hablarán. Algunos lo juzgarán. Es normal que esté asustado.

Pero toda esa gente no tiene la menor idea de nada. No sabe la suerte que tenemos y lo bien que estamos juntos.

Le quiero.

Me aparto y me seco las lágrimas con su camiseta.

—Y no desordenaba los marcos de fotos —le digo—. Los ponía donde tienen que ir.

Ríe y se limpia las lágrimas. Luego me acerca a él y me besa. Y, de repente, todo vuelve: su

boca, suave pero fuerte, y su sabor. Le devuelvo el beso y me pongo de puntillas para hacerlo con más ímpetu.

—¿Necesitan una habitación? —Nos interrumpe alguien—. Han venido al lugar indicado.

Me aparto de nuevo. Pike se aclara la voz y Danni se sienta en el taburete de detrás del mostrador.

—Pike, esta es Danni. Danni, Pike —los presento.

—Encantada de conocerte —dice mi amiga.

—Igualmente —responde él tendiéndole la mano y dándole un apretón.

—Bueno, ¿queréis una habitación? —insiste—. Invita la casa.

Coge la última llave del casillero y la sujeta en el aire, enseñándonosla.

Pike se acerca para cogerla.

—Gracias, de veras. Nos vendrá genial.

Danni me mira para cerciorarse de que estoy bien. Asiento para tranquilizarla.

—Pues nada, buenas noches —dice mi amiga—. Nos vemos por la mañana.

Pike me coge de la mano y vamos hacia fuera. El viento húmedo de agosto se me pega a la piel. De camino a su camioneta, me abraza como si fuera a perderme. Cuando llegamos, coge su bolsa de viaje y un paquete no muy grande. Al ver que todavía hay barro en la puerta y en las ruedas, me río.

Mientras nos dirigimos a la habitación, pasamos por delante de las cinco que le he dado a «Tyler» y a sus amigas; en algunas se oye música y gente hablar y reír. En otra habitación, que nada tiene que ver con las cinco anteriores, las cortinas están corridas, pero se ve el reflejo del televisor.

En la acera veo a Peter, un cliente habitual, que se acerca a la máquina expendedora de Coca-Cola. Va vestido con sus típicos pantalones de cuero negros, pero lleva el torso al descubierto, lo cual me permite ver la espada que tiene tatuada en la espalda.

—¿Quién demonios es ese? —masculla Pike siguiéndolo con la mirada.

—Peter —respondo mientras observo su oscuro pelo, que casi le llega a la cintura—. Viene cada fin de semana, por lo del LARP. —Pike arruga la frente y me mira—. Eso de los juegos de rol —le explico—. A veces viene con una princesa elfo despampanante y hacen cosas muy raras. Se los oye por todo el motel.

Pike ríe por la nariz. Al llegar a nuestra habitación, abre la puerta. Entro, me acerco a la mesita de noche y enciendo la luz. Él cierra y echa el pestillo.

—¿Podemos volver a casa mañana? —me pregunta—. Estoy nervioso.

Lo miro.

—¿Nervioso? ¿Por qué?

Sonríe.

—Por todo, supongo.

Me lanza la caja que ha sacado antes de la *pick-up* y la cojo al aire.

—¿Qué es? —quiero saber.

—Ábrela.

Me acerco al lavabo, me pongo delante del espejo y desenvuelvo el paquete. Abro la caja, donde reposan tres casetes. Los saco y sonrío de inmediato.

—He encontrado algo de música de los ochenta que no acaba de disgustarme para que puedas escucharla —anuncia acercándose por detrás mientras yo estudio las nuevas incorporaciones a mi colección de cintas y leo las etiquetas.

—AC/DC, Metallica... Beastie Boys.

Levanto la cabeza para mirarlo. Pike se agacha y me besa. Cierro los ojos, casi mareada. Me pregunto si le habrá costado mucho encontrar estas cintas. Espero que sí.

Enrosco mi lengua con la suya y el beso se vuelve cada vez más fuerte y apasionado. Lo abrazo por detrás, pasándole una mano por el cuello. No voy a dejar que se escape.

Coge aire sin apartar su boca de la mía, y siento que se le endurece la entrepierna debajo del pantalón.

—Cariño, me he pateado todo el puto estado de Virginia —jadea—. Tengo que ducharme.

—Ya nos ducharemos luego —respondo recordando nuestra breve incursión en la cocina hace un par de meses, cuando también dijo que prefería ducharse antes.

Dejo los casetes en el lavabo y aprieto la espalda contra su pecho, gimiendo.

Me besa y me aleja un milímetro para mirarme a los ojos.

—No ha habido nadie más desde que te fuiste —confiesa.

Pestañeo y lo miro.

—Lo sé. Pero yo no puedo decirte lo mismo.

Me mira disgustado y tensa la mandíbula.

Yo lo miro y pongo ojitos.

—Te echaba de menos, así que decidí tomarme unas copas el Cuatro de julio y luego quedé con la esquina del escritorio de la habitación 108 —admito—. Fue bastante intenso.

Se echa a reír y siento cómo se agita su cuerpo detrás de mí.

En realidad, no lo hice, pero a punto estuve en más de una ocasión. La cuestión es que, si cierro los ojos, solo lo veo a él, y me parecía penoso masturbarme pensando en un tío que creía que no me quería.

He sido casta. Pero ahora estoy lista para darlo todo.

Me da la vuelta, me coge en volandas y le envuelvo la cintura con las piernas. Me lleva a la cama. Me tumba bocarriba, se quita la camiseta y se me queda mirando mientras se desabrocha el cinturón.

Pero entonces oímos unos golpes muy fuertes y rápidos detrás del cabezal de la cama, acompañados de estridentes gemidos y quejas que atraviesan la pared. Paramos al instante y nos quedamos escuchando a Peter y su princesa, que están a tope en la habitación contigua. El cabezal de su cama choca con tanta fuerza con la pared que hasta se mueve el nuestro.

A Pike se le salen los ojos de las órbitas.

—Dios, sí que hacen ruido.

«Sip.»

Y entonces me mira travieso.

—Nosotros podemos hacerlo mejor.

Me pasa las manos por detrás de las rodillas y tira de mí hasta dejarme tumbada en el borde de la cama. Se coloca encima de mí y grito.

29

Jordan

Un año más tarde

—¡Si dejas de decirme todo el rato lo que tengo que hacer, aprenderé a hacerlo sola! —gruño intentando apartar las manos de Pike del manillar.

Está sentado detrás de mí en mi *quad* recién estrenado. Acelera y hace que rebasemos la zanja y el barro. Ahogo un grito, me echo para atrás y el estómago me da un vuelco enorme mientras me agarro con fuerza a sus brazos para no caerme. Me río.

—Si llevaras el casco... —me riñe.

—Es que, si me lo pongo, no veo nada.

Estamos haciendo *mudding*. Ni que fuéramos en moto a cincuenta quilómetros por hora por mitad del barro... No necesito ponerme el casco para esto. Además, es la primera vez que conduzco un *quad*; aún estoy aprendiendo. Si llegamos a los doce quilómetros por hora, puede estar contento.

Pero, si no me pongo el casco, no me dejará conducir sola hasta que me haya enseñado a hacerlo como Dios manda. De ahí que me esté dando una clase.

Conducimos por la orilla del río y el barro salpica mi nuevo ATV rojo, además de ensuciarme las botas y los vaqueros. De vez en cuando, también me caen unas gotas frías que no sé muy bien qué son en la camiseta y el pelo, que me he apartado de la cara con una gorra.

Esta semana he acabado los exámenes finales. A lo largo de los últimos días he acumulado sueño y me dolía muchísimo la cabeza, pero hoy ya me encuentro mejor. Me ha hecho ilusión que me diera esta sorpresa. La verdad es que me hacía mucha falta pasar un día entero al aire libre, con él, divirtiéndonos.

Llevaba un par de semanas con altibajos y Pike ha tenido muchísima paciencia. Me ha preparado tentempiés y me ha dejado estudiar sin distracciones.

A excepción de las veces que, cuando estudiaba en la biblioteca (mi antigua habitación), entraba para echar un polvo rápido con la excusa de que tenía que darme un descanso.

«Bueno, si tú lo dices.»

Sonrío al recordar a Pike asomándose a la puerta mientras yo tenía la nariz metida en el libro. Se quitaba la camiseta y me decía que iba a darse una ducha. Pero yo ya sabía cuáles eran sus

intenciones, porque es consciente de que mi porno favorito es verlo en vaqueros y sin camiseta. No me resistía. Nunca lo hago. Le deseo tanto como él a mí.

Sin embargo, ahora que los exámenes ya se han acabado y que no vuelvo a tener clases hasta otoño, soy toda suya.

Ha dejado la camioneta aparcada un poco más adelante, y su *quad* sigue en el remolque, superlimpio y brillante.

Para, apaga el motor y hunde los labios en mi cuello para besarme.

—Tengo un regalo para ti —anuncia dulcemente.

Vuelvo la cabeza, deslizando los labios hasta su mejilla.

—Ya me lo has dado. —Acaricio el manillar de mi nuevo *quad* con las manos y me acuerdo del orgasmo que he tenido a las seis de la mañana. De momento, está siendo un cumpleaños maravilloso.

—En realidad, el *quad* ha sido solo una excusa para comprarme otro para mí —confiesa.

Le muerdo la barbilla.

—Entonces, ¿qué es? ¿Más antigüedades para añadir a mi colección?

—Los casetes no son antigüedades, Jordan —señala serio.

Me río.

—Tienes razón. Se consideran «clásicos». Como los coches que tienen más de treinta años, ¡como tú! —bromeo—. Eres un clásico.

Me tapa la boca con la mano para sofocarme la risa y niega con la cabeza. Este tipo de bromas solo las hago para intentar relajarlo, todavía ve nuestra diferencia de edad como un problema.

A algunos les parece raro, pero a nosotros nos da igual lo que opinen los demás. Cole, mi hermana y Shel ya lo han aceptado, aunque a Cole le ha costado un poco más. Y a nosotros solo nos importan ellos.

Le muerdo los dedos con los que me cubre la boca, juguetona, pero entonces me pone una cajita de cuero negro delante y me quedo helada.

Dejo de reír.

Aparta su mano de mi cara y guarda silencio; yo me quedo mirando el estuche. Un millón de pensamientos distintos me vienen a la cabeza, pero el corazón me late con tantísima fuerza que ni siquiera los oigo.

«Dios mío.» No será un... anillo, ¿no? Nunca hemos hablado de esto.

Siempre he tenido la esperanza de que llegáramos a este punto en algún momento, pero Pike no suele dar grandes pasos por su propia cuenta; necesita que le echen un cable. Yo no tenía ni idea de que...

Cojo el paquete y lo abro poco a poco. Cuando veo el anillo de diamantes que hay dentro, la boca se me seca de inmediato cual desierto.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me quedo boquiabierta.

Es una rosa. Como las del pastel de cumpleaños que me compró el año pasado y como las

flores que plantamos por toda la casa en primavera. En medio, un diamante enorme, rodeado por pétalos de platino adornados con más brillantes. Jamás había visto algo así. Es precioso. Y especial. No podía ser más de mi estilo.

¿Quiere casarse conmigo?

Sollozo emocionada.

—¡¿Estás de coña?! —grito—. ¡Estoy llena de barro!

¿Piensa pedirme matrimonio ahora? ¡Ha tenido cientos de oportunidades a lo largo del año, mientras cenábamos o desayunábamos en la cama, en las que yo no estaba llena de barro e iba monísima!

Su pecho se agita ligeramente al reírse detrás de mí y me pasa los brazos por la cintura.

—Eres preciosa.

Acaricio el diamante central con el pulgar. Es de verdad. No estoy soñando.

—Lo he estado planeando durante muchísimo tiempo —me cuenta—. Teóricamente debería saber qué hacer o qué decir, pero ahora mismo no puedo ni pensar —susurra y su aliento me acaricia el pelo—. Supongo que tendría que haberme arrodillado, ¿no?

—No. No me sueltes. —Me tiembla la voz.

Hago desaparecer el enorme nudo que tengo en la garganta, saco el anillo, dejo la cajita y me lo pruebo. La alianza se desliza suavemente por mi dedo; me queda perfecta. Le cojo la mano y la pongo en el manillar; luego descanso la mía encima.

Entrelazamos los dedos. Él no lleva ningún anillo.

Todavía.

El corazón me va a estallar. No sé qué decir. Me ha sorprendido, sin lugar a duda. No puedo creer que haya hecho todo esto sin darme ni una sola pista.

Me quedo mirando nuestras manos y me echo para atrás para apoyarme en su pecho. Ahora todavía tengo más ganas de ver qué nos depara el futuro. Creo que una parte de mí, por pequeña que fuera, seguía esperándolo. Ese miedo a que siguiera pensando que soy demasiado joven o que no estoy lista para esto o para estar con él nunca se fue del todo. Pero tiene que saber...

Que soy feliz todos los días. No hay nada mejor que estar con él.

Unas gotas de agua me salpican los brazos. Las nubes son cada vez más feas. Recupero el aliento y respiro profundamente.

—Bueno, me dirás que sí o... —Se le va apagando la voz, parece acobardado al ver que no respondo.

Sonrío.

—Sí. —Me vuelvo y le robo un beso—. Me haces tan feliz... Te quiero.

Apoya su frente en la mía antes de añadir:

—Te quiero tanto que duele, mi amor.

Nuestras bocas vuelven a fundirse en un beso. Me coge la cara entre las manos y juguetea con mi lengua para que lo sienta por todo el cuerpo. Empiezo a respirar de forma más agitada y estoy

a punto de proponerle que sigamos en la camioneta aprovechando que estamos aquí solos, pero, de repente, se pone a llover con más intensidad.

Dejo de besarlo un segundo y miro al cielo con los ojos entrecerrados. Este año, las tormentas de verano no están haciéndose de rogar.

Salta del *quad*, me ayuda a bajar y corremos hacia la camioneta. Pike abre la puerta del copiloto para que suba yo primero.

—¿Podemos hacerlo hoy? —me pregunta apartando el casco que aún no he estrenado del asiento y dejándolo en el suelo—. Lo de casarnos, digo —insiste—. Lo de la boda te daba igual, ¿no?

Me vuelvo y veo que me sonríe mientras se quita la camiseta (que está llena de barro) y la tira a la caja de la *pick-up*.

Me quedo en medio de la puerta y me encojo de hombros. Hasta ahora nunca se me había pasado por la cabeza lo de querer celebrarlo con una fiesta y arreglarme para la ocasión. Otras chicas soñaban con qué vestidos llevarían sus damas de honor y de qué color serían; yo solo soñaba con lo que vendría después. El marido, los niños, la casa que olería a galletas cuando mis hijos llegaran del colegio, los pícnics, los viajes por carretera...

Subo y, cuando ya casi estoy dentro, Pike me da la vuelta y tira de mí. Caigo contra su pecho desnudo, aunque sigo con los pies en el escalón, y lo abrazo por el cuello.

—En realidad a mí sí me importa un poco —admite encogiéndose como si me estuviera pidiendo disculpas—. Yo tampoco me he casado nunca, ¿sabes? Y me encantaría verte vestida de novia.

¿Ahora cómo se supone que tengo que decirle que no? Asiento y vuelvo a besarlo. Hasta podría ser divertido. ¿Fotos de la pedida de mano llenos de barro? «Por supuesto que sí.»

—Estaba pensando en México —me cuenta levantando la vista—. En una playa en el mar de Cortés. Solo tú, yo y las personas más cercanas a nosotros.

Sonrío.

—Suena genial.

Va mucho con nosotros. Algo tranquilo y privado. Es perfecto. Además, mentiría si dijera que no me hace una ilusión tremenda ir a un sitio donde no he estado nunca. Apenas he salido de esta ciudad y la idea de tener que viajar con pasaporte me parece tan emocionante como ahora eso de comprarme un vestido que haga que a Pike le dé un infarto cuando me vea de novia.

Me emociono solo con imaginarme la cara que espero que ponga ese día.

Me mira sin decir nada, serio.

—¿Querrás tener hijos? —me interroga.

Me da un vuelco el corazón. A ver si ahora entramos en terreno pantanoso.

—Uno, al menos —respondo con timidez—. ¿Te parece bien?

Sé que pedirle que vuelva a empezar de cero con esto de los niños puede ser un poco complicado, pero me encantaría tener un hijo suyo.

Algún día.

Para mi sorpresa, asiente casi sin pensárselo.

—Me parece bien —contesta—. Aunque no podemos esperar demasiado porque, si no, para cuando se gradúe, a mí ya me ofrecerán el descuento sénior. —Me echo a reír—. Pero, cuando hayas terminado la carrera, lo intentamos, ¿vale?

—Vale.

Me siento, me quito las botas, que están llenas de barro, y las meto en la caja, junto con la camiseta de Pike. Luego me quito la gorra y el pelo me envuelve la cara.

—¿Sabes? Estoy un poco nerviosa —reconozco.

—¿Por qué?

Niego con la cabeza.

—Tsss, voy a casarme con un hombre con muchísima más experiencia que yo...

Se acerca a mí, me agarra de la cintura y tira de mí hacia él, justo en el borde del asiento. Le acaricio el pecho con la mano.

—No hace falta que mi mujer sepa lo que les gusta a otros hombres —señala—. Le basta con saber lo que me gusta a mí.

Arqueo una ceja. Acabo de tener una idea. Me desabotono lentamente la camisa de franela que llevo puesta y Pike abre los ojos como platos cuando ve que no hay nada debajo. La desabrocho un poco más, dejando que sus ojos se posen en mis pechos, desnudos.

—¿Y qué te gusta? —lo provoco igual que hice aquella noche en la cocina, mientras le curaba el dedo.

Dejo que me caiga la camisa. Con la lluvia, ha refrescado; tengo los pezones duros y Pike sigue sin apartar los ojos de mi pecho.

—Creo que necesito practicar un poco más —añado casi susurrando.

Me mira. Los ojos se le han oscurecido y ahora están llenos de deseo. Sube el escalón, se mete en la camioneta para resguardarse de la lluvia y se inclina sobre mí. Me dejo caer en el asiento y me abro de piernas mientras le desabrocho el cinturón.

Nuestros labios se buscan.

—Lo que la cumpleañera desee —susurra.

Epílogo

Pike

Nueve años más tarde

Un trueno rompe el silencio y pestañeo cuando un relámpago ilumina la habitación. Suspiro y me llevo el pulgar y el dedo índice a los ojos para frotármelos.

«Joder, ya vuelve a llover.»

Nope. No me toca preocuparme por el trabajo hasta dentro de dos semanas, o sea que voy a hacer como si nada. Dutch ya sabrá apañárselas (o eso me digo a mí mismo).

Jordan y yo vamos a irnos por la mañana y Dutch se ocupará de todo durante mi ausencia. Le prometí a ella y a los niños que estaría para ellos al cien por cien, sin ninguna distracción, siempre que Jordan dejara el ordenador en casa y no intentara trabajar en ningún proyecto. El problema es que su trabajo también es su *hobby* y, en parte, me sentí mal pidiéndole que no hiciera algo que la apasiona tanto durante tanto tiempo.

Pero tiene razón. Nuestros hijos no pueden vernos con los ojos pegados a una pantalla continuamente.

Vuelvo la cara y la miro. Está acurrucada a mi lado, con la nariz y los labios hundidos en mi brazo, y tiene el suyo encima de mi pecho. Su mano descansa en mi hombro y su media melena reposa en el cojín. Estiro el brazo y subo un poco las sábanas para taparle las piernas y las braguitas de color blanco. Lleva la camiseta amarilla que se compró en nuestra luna de miel en México. Todavía no se le nota que está de cuatro meses, embarazada de nuestro segundo hijo. El primero, Jake, está durmiendo en su habitación, al final del pasillo. «Jake Ryan Lawson.» Le puso ese nombre por algún tío que salía en una peli de adolescentes de los ochenta, pero yo eso no lo digo. Si quiere, que lo cuente ella; yo no pienso hacerlo.

Dejo mi la mano en su muslo y me quedo mirando al techo.

Tengo cuarenta y ocho años. ¿Qué hago yo con un niño de seis y a punto de tener otro?

Qué más da. Soy feliz.

El tintineo de la lluvia golpea los cristales de las ventanas y siento la plácida respiración de Jordan a mi lado. Cierro los ojos. «Mía.» Mi casa, mi mujer, mi familia... «Mía.» A veces me cuesta creer que todo esto sea real; he tenido una suerte increíble. Sigo sin poder contener la

necesidad de abrazarla cuando está cerca y continúo muriéndome de ganas de que llegue la noche para meterme en la cama y estar los dos solos.

De pronto, me acuerdo de que tenemos la ropa tendida en el patio trasero y me levanto.

—Mierda —susurro mientras me pongo los pantalones del pijama.

Salgo de la habitación y cruzo el pasillo. Cuando llego a la habitación de Jake, abro la puerta intentando no hacer ruido. Duerme en su cama, al lado de Parker, el hijo de Cole. Tienen las piernas y los brazos entrelazados en lo que parece algo así como una telaraña humana y me río por la nariz. Les hemos explicado que Jake es hermano de Cole, lo que le convierte a su vez en tío de Parker, pero los niños tienen la misma edad y les cuesta entender este embrollo.

Sin embargo, cada vez que los veo así, me da un vuelco el corazón. Mi hijo y mi nieto son como hermanos, pero la verdad es que me la sopla que a los demás les parezca extraño. Somos una familia con mucha suerte.

Cole conoció a su esposa, Kotori, cuando lo destinaron a Okinawa. Ahora han venido porque la empresa de Kotori le ha pedido que asista a un congreso que se organiza en Las Vegas. Les hemos dicho que nos dejaran a Parker un par de semanas para que pudieran acudir tranquilos a la convención.

Cierro la puerta, bajo rápido la escalera y paso por delante de todos los marcos que tenemos colgados en la pared con fotos familiares (yo salgo en casi todas). Atravieso la cocina y me dirijo al cuarto de la lavadora; una vez allí, cojo la cesta de mimbre que tenemos encima de la secadora y salgo al jardín. Las gotas de lluvia son finas, aunque se me clavan en la espalda cual dardos, ávidas y con fuerza. Corro hacia el tendedero y empiezo a recoger las toallas de playa y algunas piezas de ropa que Jordan ha querido lavar en el último minuto para meterlas en la maleta. Seguro que llevamos ropa de sobra para nuestra escapada al norte, pero no sería de extrañar que llegásemos a la casita del lago y Jordan pusiera morros las dos semanas por no haber cogido una camiseta que combina muchísimo mejor que las demás con las bambas que se compró una vez de viaje.

Guardo las pinzas en su bolsa y vuelvo a entrar con la cesta y la ropa. Abro la secadora, lo meto todo dentro y la enciendo. Así seguro que, cuando nos despertemos por la mañana, ya estará seco.

Subo otra vez a la habitación, cierro la puerta y me meto en la cama. Jordan me busca enseguida, dormida, y vuelve a acurrucarse. La rodeo con un brazo.

—¿Pasa algo? —pregunta en voz baja.

—Nada. —Le doy un beso en la frente y nos cubro con las sábanas otra vez—. Sigue durmiendo. Mañana nos espera un gran día.

—Ya sabes que no puedo dormir cuando hay tormenta.

Me río. Es una mentira como una catedral. Ese supuesto problema de insomnio cuando hay tormenta nunca ha sido tan grave en nuestra cama. Cuando está a mi lado, duerme como un lirón, y a mí eso me hace sentir muy orgulloso.

Me entran ganas de verle la cara. Cojo la caja de cerillas y enciendo la vela que tenemos en la mesita de noche con la mano que me queda libre. Apago la cerilla y la miro bajo la tenue luz que ahora mitiga la oscuridad de la habitación.

Observo sus largas pestañas y su preciosa piel. Sus labios rosas, esos que he besado miles de veces durante miles de horas. Su cuerpo, ese que llevo diez años queriendo de un millón de formas distintas. Cualquiera pensaría que ya me he acostumbrado a estar con ella, pero la realidad es que la polla se me pone dura solo con imaginármela encima de mí.

Levanta la cabeza, sobresaltada, y mira a nuestro alrededor.

—Ay, la ropa.

—Ya me he ocupado yo —la tranquilizo con una palmadita en la pierna—. No te preocupes.

Se relaja y asiente con la cabeza, bostezando.

—¿Los niños están bien? —pregunta apoyando la cabeza en mi pecho otra vez.

—Sí, duermen como troncos.

Le acaricio la espalda para que vuelva a dormirse y ella pone una pierna encima de mí. Aprieto los dientes. El calor de sus muslos se me contagia y me palpita la ingle.

—¿Estás nerviosa? —susurro.

—Un poco.

Le han pedido que mañana hable en la inauguración de los jardines botánicos que ha diseñado para el nuevo museo de Rockford. Estuvo trabajando varios años para una empresa al terminar los estudios, pero el año pasado decidió abrir su propio negocio. El proyecto del museo fue su primer gran encargo y los clientes han quedado tan maravillados que han corrido la voz y le han entrado muchos proyectos más. Es una artista.

Una artista a la cual no le gusta nada hablar en público. Imagino que mañana dará un breve discurso que le costará sangre, sudor y lágrimas.

—Tú solo recuerda —la beso en el pelo— que, en cuanto termines, subimos al coche y nos vamos.

Me abraza con más fuerza.

—Qué ganas.

Cuando haya acabado la presentación, iremos a Minnesota. Hemos alquilado una casita en un lago durante dos semanas. Cam y su novio (el último de su lista de ligues ricachones) han alquilado otra cerca y van a ir con su hijo. Así podremos juntarnos cuando nos apetezca.

Y también podremos encajarles a los niños alguna noche, en caso de querer estar solos.

Desliza los dedos por mi pecho y luego me pasa suavemente las uñas por el abdomen. La sangre me empieza a hervir y creo que ya no podré dormir hasta que haya quemado toda esta energía.

—Ahora ya estás despierta, ¿eh? —bromeo.

Asiente.

—¿Y tú?

—Resulta un poco complicado dormir si me haces esto.

Se ríe y se levanta. Estira una pierna y se sienta a horcajadas encima de mí.

—Ay, mami —digo socarrón.

Se quita la camiseta y mis manos van directas a su tripa, que crece poco a poco para dar vida a mi futuro hijo o hija.

Me sonríe y mueve la cabeza, juguetona. Cada vez que la miro, sigo viendo a la niña del cine que gateaba por el suelo en busca de su móvil. Me cautivó enseguida.

—Te quiero —le digo.

Se inclina sobre mí y me mira a los ojos mientras yo le paso la mano por el pecho.

—Uy, espera. —Vuelve a erguirse y se inclina hacia la mesita de noche para apagar la vela.

—No, déjala encendida —me quejo moviendo la cadera debajo de su cuerpo—. Quiero verte.

Me mira.

—¿Has pasado el pestillo?

Una mueca se me dibuja en la cara.

—Mierda.

¿Por qué se me olvida siempre? Hace más de media vida que tengo hijos.

—No podemos dejar que nos pillen, hombre —me riñe alegre.

Se inclina de nuevo, cierra los ojos y se queda quieta un momento, pensativa. Luego vuelve a abrirlos para soplar la vela con ternura. La oscuridad inunda otra vez la habitación, donde solo brilla la luz de la luna; las gotas de lluvia se reflejan en la pared y yo veo la silueta de Jordan acomodarse encima de mí otra vez.

La agarro con fuerza de la cintura y siento cómo se frota con mi cuerpo.

—¿Piensas decirme algún día qué es lo que pides? —quiero saber.

Me besa.

—Si te lo digo, no se cumplirá —me susurra cerca de la boca.

Me recorre el cuello con los labios, arqueo la espalda, cierro los ojos y me dejo llevar.

—Lo que sí te diré —añade mordiéndome la barbilla— es que siempre pido lo mismo. Y se cumple cada día.

FIN

Agradecimientos

En primer lugar, y como siempre, a mis lectores. Sois muchos los que me habéis acompañado y apoyado, y habéis compartido vuestro entusiasmo conmigo día sí y día también. Os agradezco de todo corazón que continuéis a mi lado y que hayáis depositado vuestra confianza en mí. Muchísimas gracias.

Se me ocurrió la idea de *Birthday Girl* cuando estaba trabajando en *Hideaway* y ya no me la pude sacar de la cabeza. Me obsesioné con Pike y Jordan, y empecé a escribir esta novela antes siquiera de terminar la otra. Es mi historia de amor más «romántica», y necesitaba cambiar un poco de rumbo. Gracias por darme esta tregua mientras esperabais que salieran los libros de las otras sagas.

Estoy con *Kill Switch* otra vez, me gustaría que fuera mi próxima publicación. Además, quiero anunciaros que pronto oiréis hablar de Danni, la amiga de Jordan del motel The Blue Palms; espero que os haga ilusión. Será una novela independiente que estará ligeramente relacionada con *Birthday Girl*. La historia de Danni llevará como título... (redoble de tambores)... *Motel*.

Podéis añadirla a Goodreads: https://bit.ly/2q50qc6

Y podéis seguirla en su tablero de Pinterest: https://bit.ly/2Jk16lX

Y, ahora, dejadme que continúe...

A mi familia: a mi marido y a mi hija, que no se quejan a pesar de mis alocados horarios, mis envoltorios de caramelos y mis divagaciones cada vez que se me ocurre una conversación, un giro de acontecimientos o una escena mientras cenamos. Gracias por aguantar todo esto y por tener tanta paciencia.

A Jane Dystel, mi agente en Dystel, Goderich & Bourret LLC. Nunca podría dejar de trabajar con vosotros. Ya no podéis deshaceros de mí.

A los PenDragons: me encanta leeros en Facebook. Gracias por apoyarme siempre y por vuestra positividad. Gracias, en especial, a las aplicadísimas administradoras del grupo: Adrienne Ambrose, Tabitha Russell, Tiffany Rhyne, Katie Anderson y Lydia Cothran.

A Vibeke Courtney, mi editora independiente, que mira con lupa absolutamente todo lo que escribo. Gracias por enseñarme a escribir como es debido.

A Kivrin Wilson: ¡vivan las chicas calladas! Nuestras cabecitas no descansan nunca.

A Milasy Mugnolo, que me lee, siempre me da el voto de confianza que necesito y se asegura

de que tenga alguien con quien hablar en las firmas de libros.

A Lisa Pantano Kane: tus enrevesadas preguntas son todo un reto para mí.

A Jodi Bibliophile: nada de *cowboys*, entendido. Ni de pelo púbico, nunca. Ni de preservativos; bueno, a veces. (Permíteme que ponga los ojos en blanco.) A ver... lo he intentado. Gracias por leerme y apoyarme, y gracias por tu ocurrente sentido del humor y por hacerme sonreír con tanta frecuencia.

A Lee Tenaglia, que hace maravillas para los libros. ¡Me fascinan tus tableros de Pinterest! Gracias. Tienes que dedicarte a eso profesionalmente. Ya hablaremos.

A todos los blogueros: sois demasiados para mencionaros uno a uno, pero sé quiénes sois. Veo las publicaciones, las menciones y todo vuestro ahínco. Os pasáis el tiempo libre leyendo, haciendo críticas y promocionando mis libros, y sin cobrar. Sois el alma del mundo literario. No sé qué haríamos sin vosotros. Gracias por vuestros incansables esfuerzos. Lo hacéis porque es vuestra pasión, y esto lo convierte en algo todavía más increíble.

A mi compañera de oficio, Jay Crownover, que siempre se acerca a las firmas de libros y me saca tema de conversación. Gracias por leer mis libros y animarme siempre tanto.

A Tabatha Vargo y a Komal Petersen, las primeras autoras que se pusieron en contacto conmigo después de que se publicara mi primera novela para decirme lo mucho que les había gustado *Bully*. Nunca lo voy a olvidar.

A T. Gephart, que se toma el tiempo de preguntarme cómo estoy y ver si necesito que me envíe un paquete de Tim Tams australianas, pero de las de verdad. (¡Eso siempre!)

A B. B. Reid, por leerme, compartir a las chicas conmigo y darme el empujón que a veces necesito. Me muero de ganas de meterme en tu cabeza. (Guiño guiño.)

Es muy gratificante que otros autores reconozcan nuestro trabajo. La positividad es contagiosa. Quiero dar las gracias a mis compañeros del sector por el amor que desprenden.

A cada autor o aspirante a autor: gracias por las historias que habéis compartido conmigo, muchas de las cuales me han permitido ponerme el sombrero de lectora y disfrutar de un rato de desconexión. Hacéis que quiera ser mejor escritora; ojalá algún día pueda llegar a vuestro nivel. Escribid y cread, y no dejéis de hacerlo nunca. Vuestra voz importa y, siempre que os guieis por el corazón, lo que digáis será válido y estará bien dicho.

Birthday Girl
Penelope Douglas

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Birthday Girl*
© Penelope Douglas, 2018
Este libro se ha publicado gracias a un acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC por medio de International Editors' Co.
© de la traducción: Mariona Gastó, 2022
Cubierta de Pink Ink Designs
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

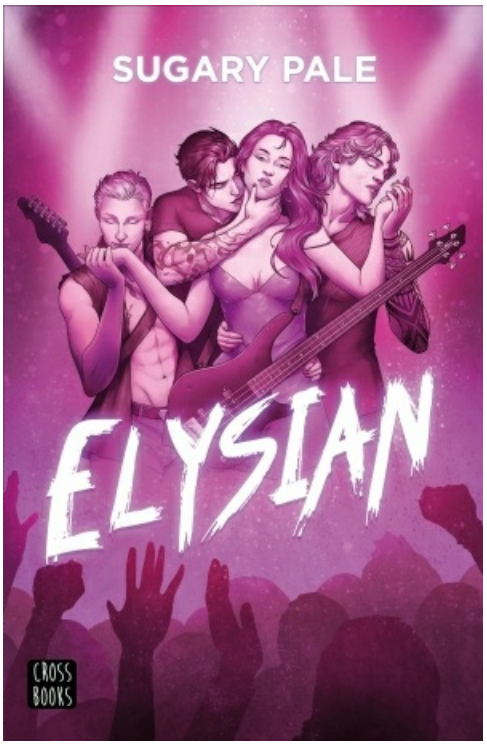
ISBN: 978-84-08-26882-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


SUGARY PALE
ELYSIAN
CROSS BOOKS

Elysian

Sugary Pale

9788408270249

512 Páginas

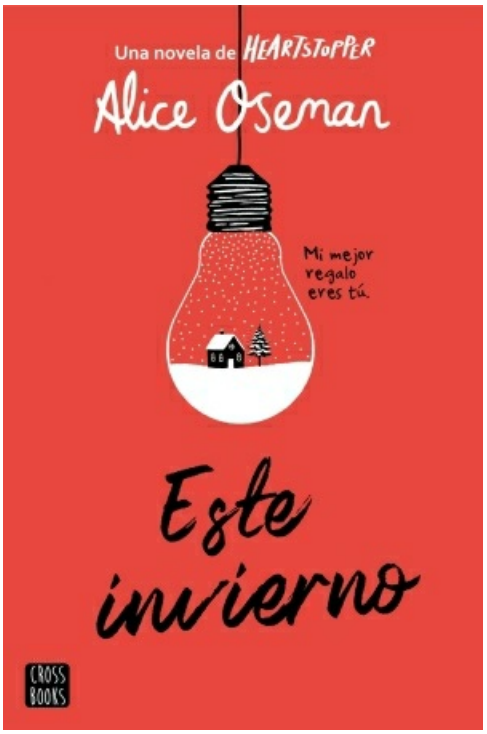
Cómpralo y empieza a leer

Tres no son multitud. Una manera de evitar las tentaciones… es caer en ellas.

Peach está dispuesta a todo para ser bajista de Elysian, incluso acatar las exigentes normas que los miembros del grupo de rock le han impuesto. Mudarse con ellos parece la más difícil de todas, pero vivir con tres chicos tan sexys hará que se salte la regla más importante: no tener sexo con sus compañeros.

Será difícil resistirse al ardiente Drew, no derretirse con el protector Zac y evitar sucumbir al frío Jax, la tentación más peligrosa de todas.

Cómpralo y empieza a leer


Una novela de HEARTSTOPPER
Alice Oseman
Mi mejor regalo eres tú.
Este invierno
CROSS BOOKS

Este invierno

Oseman, Alice

9788408270355

192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La novela que te cuenta más de los personajes de HEARTSTOPPER.

Estas Navidades no van a ser fáciles para Charlie. Es la primera vez que se enfrenta a una celebración tras salir del hospital. Su ingreso y que sea el único miembro de su familia abiertamente gay no ayudará a darle lo que más desea: tranquilidad y pasar inadvertido. Las cosas quizá no salgan como Charlie espera, pero, pase lo que pase, sabe que siempre podrá refugiarse en Nick, a su lado, en el sofá, mientras espera a que la tormenta a su alrededor se calme.

¡Con ilustraciones de Alice Oseman!

Cómpralo y empieza a leer


PUNK
57
ERAN PERFECTOS EL UNO PARA EL OTRO.
HASTA QUE SE CONOCIERON
PENELOPE DOUGLAS
CROSS
BOOKS

Punk 57

Douglas, Penelope

9788408262138

384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Eran perfectos el uno para el otro hasta que se conocieron. La novela que ha arrasado en Tik Tok.

MISHA

Mi profesora creyó que Ryen era un chico, la suya que Misha era nombre de chica y las dos, completamente equivocadas, nos juntaron para ser amigos por correspondencia. A nosotros no nos costó mucho darnos cuenta del error, pero antes ya habíamos discutido sobre cualquier tema posible: ¿la mejor pizza de la ciudad? ¿iPhone o Android? ¿Es Eminem el mejor rapero de todos los tiempos?

Y ese fue el principio de todo. Esos fuimos nosotros los siguientes siete años.

Ella siempre escribía en papel negro con boli plateado. No lo hacía con regularidad: a veces me llegaba una a la semana. Otras, tres en un día. Daba igual. Las necesitaba. Ella es la única que me mantiene centrado, que me habla y que acepta todo aquello que soy. Solo tenemos tres reglas. Sin redes sociales, sin teléfono, sin fotos. Teníamos algo bueno. ¿Por qué arruinarlo?

Hasta que un día, encuentro la foto de una chica llamada Ryen, que ama la pizza de Gallo's y adora su iPhone. ¿Demasiada casualidad? Joder. Necesito conocerla. Solo espero no acabar odiándola.

RYEN

No me ha escrito en tres meses. Algo pasa. ¿Se habrá muerto? ¿Estará en la cárcel? Conociendo a Misha, cualquier opción es posible. Sin él, me estoy volviendo loca. Necesito saber que alguien me escucha. Y es mi culpa, debí pedirle su número de teléfono, o una foto. Algo. Puede que se haya ido para siempre. O puede que esté delante de mis narices y no ni siquiera saberlo.

Cómpralo y empieza a leer


DANIELLE L. JENSEN
EL
REINO DEL
PUENTE
CROSS
BOOKS

El Reino del Puente

L. Jensen, Danielle

9788408270263

464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Y si te enamoraras de la persona que juraste destruir?

El fantasy romántico de la autora que ha seducido a Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout.

Lara, una princesa guerrera que ha sido duramente entrenada en soledad, ha crecido con dos convicciones indiscutibles: la primera es que el Rey Aren es su enemigo; y la segunda, que será ella quien lo ponga de rodillas.

El Reino del Puente aprovecha su enclave privilegiado para enriquecerse y oprimir a sus rivales, incluyendo la patria de Lara. Así que, cuando es entregada para cerrar un acuerdo matrimonial para conseguir la paz, está preparada para hacer todo lo que haga falta para desgastar desde dentro las defensas del Reino... y derribar las de su rey.

Sin embargo, a medida que se infiltra en su nuevo hogar y va descubriendo los intereses que se mueven en este juego, empieza a preguntarse si realmente ella es la heroína de esta historia, o es la villana.

Pero cuando descubra que sus sentimientos por Aren están transformándose, Lara deberá elegir qué reino va a salvar... y cuál va a destruir.

«No esperes a comprar este libro. ¡Corre!» Jennifer L. Armentrout

Cómpralo y empieza a leer


JENNY HAN
No hay verano sin ti
CROSS BOOKS

No hay verano sin ti

Han, Jenny

9788408019909

272 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La trilogía en la que se basa la serie de Prime Video. (Libro 2)

Año tras año, Belly espera con impaciencia la llegada de las vacaciones para reencontrarse con Conrad y Jeremiah en la casa de la playa. Pero este verano no podrá ir. No después de que la madre de los chicos volviera a enfermar y de que Conrad cambiara. Todo lo que el verano signifi caba se ha esfumado y Belly está deseando que acabe. Hasta que recibe una llamada inesperada que la convence de que aún podría volver a ser como antes. Y eso sólo puede ocurrir en un lugar…

Cómpralo y empieza a leer